

El silencio de Nora

Ana Zarauza

A decorative symbol consisting of a stylized, intertwined 'S' and 'e' shape, positioned in the upper right quadrant of the cover.A blue banner with a white border, containing the text 'Lectulandia' in white serif font. The banner is located at the bottom right of the cover.

Lectulandia

Nora, una chica de treinta y pico solitaria y atormentada por un truculento pasado, es testigo del homicidio de Clara, propietaria de un restaurante de reconocido prestigio en Llanes. El asesino, sorprendido por su presencia, la persigue para darle caza, pero ella milagrosamente consigue escapar. Oculta en la casa que ha heredado de sus abuelos en Niembro, un coqueto pueblecito costero de Llanes, decide guardar el secreto y no desvelar lo que ha visto; su pasado marca profundamente su presente. Aunque ese no es su único secreto. Ni su único problema. Nora se siente vigilada y eso le hará tomar decisiones arriesgadas. Su silencio la hará agonizar... De la Fuente y Posada, dos Guardias Civiles pertenecientes a la Policía judicial con una incipiente y aún tambaleante relación que se ven obligados a ocultar a sus compañeros, son los encargados una vez más de llevar a cabo la investigación. Mentiras, engaños, traiciones, venganzas,... van complicando los hechos enturbiando la investigación.

Lectulandia

Ana Zarauza

El silencio de Nora

De la Fuente y Posada - 2

ePub r1.0

Titivillus 06.06.2018

Título original: *El silencio de Nora*

Ana Zarauza, 2017

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

Sinceramente esta parte de la novela es la que más me agrada escribir. Quizá porque he tenido y tengo la suerte de contar con numerosas personas que, sin dudarle un minuto, me han mostrado, de una u otra manera, su apoyo incondicional. Y este es el momento en que, de una forma muy honesta a la par que sincera, les devuelvo mi gratitud dejándolo por escrito, al comienzo de *El silencio de Nora*, para que estas palabras nunca se las lleve el viento, y tanto vosotros como yo las tengamos siempre presentes. Porque *El silencio de Nora* se debe a vosotros.

A mi editora Marta Magadán y a Jesús Rivas, por seguir confiando en mí y en las posibilidades de *El silencio de Nora*. Porque antes de que siquiera hubiesen leído una palabra ya estaban planificándolo todo. Y por supuesto, por su excelente trabajo de difusión con los medios, con las presentaciones, con las distribuidoras, con las redes sociales... Sin ese buen hacer, *Algo que ocultar* no hubiese llegado donde llegó. ¡Hay que superarlo chicos!, así que tenemos un buen reto con *El silencio de Nora*...

A los librereros y sus librerías... Una de mis aficiones es pasearme un buen rato por una librería. Detenerme ante el escaparate (algo que raras veces puedo evitar cada vez que paso por delante de una), curiosear por aquí y por allá, observar las cubiertas, las sinopsis, las novedades... todo. Creo que os podéis imaginar lo que sentí al ver mi novela *Algo que ocultar* en los escaparates y en las estanterías... Mil gracias a todos los que habéis apostado por mí, a los que os habéis atrevido a vender la novela de alguien desconocido como yo, y a los que la habéis recomendado.

A las bibliotecarias, por esa encomiable labor de difusión sobre las bondades de la lectura, pero sobre todo por su labor con los clubs de lectura. A ellas, que dedican tiempo a organizar talleres y otras alternativas innovadoras ligadas a la lectura, les dedico mi agradecimiento. Me he sentido no sólo apoyada por vosotras, sino también arropada.

A los clubs de lectura. ¡Qué sería de mí sin vosotros! Había oído hablar de ellos y de su actividad, pero nunca hubiera imaginado lo primordial que sois para una autora novel como yo. En todos y cada uno de los clubs en los que he participado, habéis hecho que me sintiera especial. Así que mil gracias por esa porción de felicidad y de motivación que me habéis regalado.

Escribir *El silencio de Nora*, me ha llevado mi tiempo en consultas por internet, en investigación, en lecturas... Porque he contrastado hasta el más mínimo detalle, pese a que esta es una novela de ficción y no se tiene porque ceñir a la realidad. Pues aunque parezca mentira, en ocasiones, era como encontrar una aguja en un pajar, pero ahí estabais vosotros. Además, una máquina nunca podrá sustituir el entusiasmo o la experiencia de los amigos y allegados que me han transmitido sus conocimientos especializados, técnicos o simplemente de Llanes y sus gentes. Mi agradecimiento para: Ceferino Cimadevilla, Jorge Mestas, Mar González, M^a Luz Mateo, María Olay, Nacho Cachón, Natalia Capellin, Paulino Lorences, Teresa Fernández y Vicente

Alonso.

Alguno de los que han colaborado activamente conmigo, prefiere permanecer en el anonimato, pero no por ello quiero dejar de hacerles llegar mi más sincero agradecimiento.

Y por supuesto, las excelentes aportaciones de Ángeles Roces y Jorge González a los que, además, tengo que agradecer de una manera especial sus incesantes ánimos y la sencillez con la que dan por hecho la continuidad de mis novelas.

Tengo un reducido pero muy importante grupo de amigos que han comprado una y otra vez mi novela. La han regalado tantas veces que han perdido la cuenta. Siempre tienen una excusa para regalarla: porque adora Llanes y está lejos, porque le encantan este tipo de novelas, porque es su cumpleaños, regalo de empresa, para el día de la madre o del padre... Sea por lo que sea, mil gracias por escogerme. Es una verdadera satisfacción.

A mis amigos de siempre de Llanes, de Oviedo, de Madrid, de Málaga... Gracias por estar ahí, por alentarme, por asistir a mis presentaciones arropándome y por vuestras palabras de ánimo. Son fundamentales cuando pasan las horas, los días, los meses y aún ves muy lejano el momento en que pongas «fin».

Y a los que he ido haciendo por el camino en las redes sociales. Gracias por compartir vuestros momentos, por difundir mi novela y por vuestras ganas de leer la siguiente.

A mi querida familia por lo orgullosos que se sienten conmigo y porque son mis mayores fans acompañándome en mis presentaciones. A mis tres compañeros de viaje, mis hijos: Alicia y Pelayo, y mi marido: Julio, gracias por todo.

He dejado para el final a Llanes y a su gente. Mi agradecimiento porque me habéis prestado un marco incomparable para mis novelas, el lugar soñado para cualquiera que necesite un destino que luzca con luz propia. Hay tantos rincones y tantos lugares que me gustaría ambientar en mis novelas que se me hace difícil escoger. Así que, con vuestro permiso... Continuará...

Ana Zarauza

El teléfono la sorprendió mientras releía mentalmente las líneas de aquella escueta pero inquietante carta que ya había memorizado.

—¿Sí? —respondió mecánicamente.

—Buenas tardes —le contestaron con tono reservado.

—Buenas tardes —respondió suspicaz.

—Ha llegado el momento...

—Bien.

—¿Estás preparada?

—Lo estoy...

Él la esperaba y la esperaría todo lo que fuese necesario. Tenía que hablar con ella y convencerla de que le dejase explicarse. Ella tendría que comprenderlo y darse cuenta de que un fallo lo tiene cualquiera, lo tendría que perdonar, después de tantos años... Lo necesitaba. Necesitaba que lo perdonase, que ella confiase en él, que todo volviese a ser como antes pese a las constantes discusiones. Tenía que asegurarle que había sido un error, una equivocación garrafal que no volvería a repetirse, pero para ello necesitaba una oportunidad y conociéndola, dudaba de que se la concediese. Sin embargo, a él le iba la vida en ello, así que estaba dispuesto a implorar si llegaba el caso.

Durante largo rato estuvo esperando sentado en el coche, aparcado en la zona portuaria —a media distancia entre el restaurante y la barrera de salida del área reservada para los servicios portuarios de la rula y del puerto—, a que ella saliese y se quedasen solos los dos para hablar tranquila y sosegadamente sin nadie que les presionase, sin testigos. Ella siempre salía la última, le gustaba dejarlo todo listo para el día siguiente. Y aunque era lunes y los martes no abrían por descanso, lo dejaba todo igualmente preparado como si los clientes estuviesen a punto de llegar. Le obsesionaba el orden, era su manera de gestionar el restaurante y a la vista de cómo le iba, estaba claro que su sistema funcionaba. Así que no le quedaba más remedio que esperar pacientemente a que ella diese por finalizada la jornada.

Al cabo de un rato, después de ver como desfilaban los últimos clientes por delante de él, camareros y cocineros salieron prácticamente a la par en un goteo continuo. Desde su posición no le costaba reconocer quién era quién a pesar de que la densa niebla, que emergía del mar insaciable por adueñarse de la tierra y que avanzaba voraz como si el tiempo se le agotara, dificultaba la visibilidad. Algunos salían solos y con mucha prisa, otros acompañados y sin ganas de regresar a casa. Tal y como se sentía él: sin ganas de irse a casa, ansioso por dejar aquello zanjado lo antes posible y resolverlo allí mismo.

De sobra sabía que posponer aquella conversación hasta el día siguiente aliviaría momentáneamente su alma; por un tiempo estuvo tentado de dejarlo pasar hasta el día siguiente, incluso llegó a pensar que con unas horas de por medio la cosa se enfriaría y le sería más fácil hacerla entrar en razón. Pero finalmente desistió. Retrasarlo le supondría, probablemente, menos problema que enfrentarse a la desagradable situación que se imaginaba al suplicar perdón, pero era preferible al padecimiento de darle vueltas toda la noche incesantemente una y otra vez.

En cuanto la vio decidió salir tras ella nervioso y con ganas de pasar página. Con la mano apoyada en la manilla de la puerta, observó un movimiento por el rabillo del ojo: un coche se acercaba silenciosamente, como salido de la nada, llegando hasta la misma puerta del restaurante. Alguien se bajó y le abrió la puerta del copiloto. Ella se subió decidida y en tan solo unos segundos el coche se puso en marcha.

Él se escurrió en el asiento, evitando ser visto, mientras observaba atontado como el coche pasaba por delante de sus narices y salía de la zona portuaria.

La sangre le hervía por todo el cuerpo y la ira contenida luchaba por explotar viendo como ella se marchaba con otro y él perdía la oportunidad de mostrar el arrepentimiento que había estado ensayando mentalmente durante su larga espera. Iracundo pensó en seguirla y averiguar con quién se había marchado. A pesar de la discusión y de que ella había finiquitado su relación se sentía traicionado, ni tan siquiera se había preocupado un segundo por él pese a la cantidad de años que habían estado juntos. Enfurecido, arrancó el coche y los siguió.

Una vez más Nora se despertó sobresaltada con la frente perlada de sudor y las manos chorreando. Resignada, alcanzó el despertador de su mesita para comprobar lo que ya se imaginaba: de nuevo eran las tres. A veces se cuestionaba sobre la ridiculez de mirar el despertador e incluso de tenerlo; en su caso era absurdo. Pese a su escepticismo, muy en el fondo, seguía esperanzada y confiaba en que algún día recuperaría el ritmo normal de sueño.

Durante un rato permaneció absorta, esforzándose una vez más por aceptar su realidad, porque aunque habían pasado casi dos años, diariamente necesitaba enfrentarse a su pasado y como consecuencia, a su presente.

Repentinamente se despabiló, no quería dedicar más tiempo a pensar en ello. Con determinación, cogió la ropa que había dejado apoyada en el sillón de su habitación el día anterior y se vistió. Le encantaba la costumbre, que en poco tiempo había adquirido, de dar un paseo y bañarse en la diminuta playa de la Entrada, ubicada en la ría que hermanaba Barro con Niembro, pese al agotamiento que recorría su cuerpo por las escasas horas dormidas.

Por entonces, Zac ya estaba brincando alrededor de su dueña excitado ante la expectativa de salir. Tanto ella como él, necesitaban aire fresco, aunque a ciencia cierta, en el exterior no lo encontrarían a tenor de la insoportable ola de calor que asolaba la península en el inicio de aquel período otoñal con el octubre más cálido de los últimos años. Nora bajó las escaleras de su hermosa casa asturiana que daban directamente al salón, lo cruzó a oscuras llegando hasta la puerta principal y, tras girar la llave que siempre dejaba puesta en el bombín, la abrió e inhaló el espeso aire con la esperanza de relajar su mente. Al salir, una atmósfera enrarecida, cargada de humedad la recibió. Ni tan siquiera a esas intempestivas horas de la madrugada aplacaba el calor —caviló.

Atravesó el jardín y se encauzó casi a tientas hacia la maciza portilla ubicada en el lateral derecho de la pequeña pero cuidada parcela, para desde allí observar el hermoso paisaje que se dibujaba ante ella a pesar de que la bruma lo difuminaba. A pocos metros, aquel espectacular rincón permitía que la mar lo abordase serpenteante hasta llegar a orillas de la Iglesia de Nuestra Señora de los Dolores y su acogotado pero coqueto cementerio, justo enfrente de su posición. Debido a la niebla, su reflejo en el agua no era tan evidente, pero su imagen era igualmente arrebatadora.

Caminó por aquellos recónditos parajes convencida de que no se encontraría con nadie, aunque aún se notaba el aluvión de turistas que abarrotaban Llanes. Zac saltaba alrededor de ella anhelando que, como tantas otras ocasiones, cediese ante el cristalino color turquesa del agua y, desnuda, permitiese que el mar rozase su piel. No le defraudó. Borearon la ensenada hasta llegar a la Iglesia, atravesaron su jardincillo y por el lateral izquierdo accedieron a las escaleras que bajaban a la playa. En cuánto llegaron se despojó de su indumentaria y, ansiando que el agua calmase su cuerpo y su alma, se adentró en la sinuosa ría.

Faltaban un par de horas para la pleamar, por lo que Nora se vio obligada a avanzar mar adentro más metros de lo que deseaba, sin embargo, la pureza de aquel agua y el placer de sentir como cubría su cuerpo merecía la pena. Cuando el agua alcanzó su pecho, nadó suave y plácidamente adentrándose en la bruma hasta llegar a mar abierto. Zac chapoteaba incansable distanciándose excepcionalmente de ella, buscando algún banco de peces para jugar. En poco tiempo desapareció de su vista, no porque estuviera muy alejado sino más bien por la enigmática niebla que se iba tupiendo a tenor de su avance mar adentro.

En aquel paraje de ensueño, sólo se escuchaba la mar al chocar contra la costa y los sonidos emitidos por la naturaleza que, como ellos, no pernoctaba. Todo invitaba a la relajación del cuerpo y de la mente. Justo lo que tanto anhelaba Nora y que encontraba en escasos momentos, casi reducidos a cuando nadaba en aquel agua cristalina a horas intempestivas. Contagiada de aquella paz, se echó abandonándose al antojo del escaso vaivén de la mar que casi no daba vuelta. El agua acunaba su cuerpo, rozándolo con un placentero cosquilleo que su piel aceptaba de buen grado. Disfrutar de aquel sosiego era algo que había descubierto hacía un par de meses cuando decidió trasladarse a la casa de sus abuelos en Barro, una pequeña localidad en el municipio de Llanes. Con ello había encontrado un soplo de descanso para su alma. Aquella calma y el sonido acompasado que escuchaba a lo lejos, la empujaba a dejarse llevar por el sopor que inundaba su mente con un sueño sereno que no lograba en su habitación. Sin embargo, la sensación de no sentirse sola, de tener que compartir una porción de aquel paraíso con algún desconocido afloró haciéndose un hueco por entre el letargo de su mente. Nora se enderezó activando todos sus sentidos procurando no remover el agua para no entorpecer su agudizado oído, pues necesitaba desvelar de donde provenía aquello que osaba entorpecer su codiciada serenidad, de donde provenía la preocupación que se había asentado en su mente. El sonido rítmico que primeramente la amodorraba se había vuelto inquietante. Dirigió su cuerpo hacia el lugar de donde parecía provenir y... allí estaba... Se trataba del chapoteo de los remos de un pequeño bote que distaba unos pocos metros de ella y que, en ese preciso momento, habían cesado de remar. El bote se había parado bastante más cerca de lo que ella deseaba. La bruma impedía distinguir la realidad con nitidez, pero además era evidente que el remero estaba enfrascado en alguna tarea que le impedía advertir su presencia. Posiblemente estuviese preparando sus

aparejos para pescar algún calamar, pues era la temporada y en aquella zona se daban realmente bien.

La presencia del pescador no le entusiasmaba en absoluto puesto que su mayor deleite era sentir la paz y la tranquilidad que solamente era capaz de captar en la soledad. Además no le gustaban las personas fuera quién fuese. Molesta, decidió alejarse de aquel lugar, pero lo que estaba haciendo el remero llamó su atención. Torpemente cogió algo del fondo del bote, que por su esfuerzo aparentaba muy pesado, y lo elevó tirando de él. Al principio, Nora no reconoció de qué se trataba, pero pronto apreció el balanceo de un largo apéndice que sobresalía del bulto. Su corazón rebotó en su pecho como respuesta al pánico que la abordó cuando descubrió que sin duda se trataba de un brazo, y el bulto, de una persona. Paralizada, observó como el remero arrastraba el cuerpo inerte hacia la borda con claras intenciones de arrojarlo al mar. Una nebulosa invadió su cerebro imposibilitando cualquier reacción; su cuerpo pesaba como si estuviera envuelto en una capa de cemento impidiéndole casi mantenerse a flote y su mente se había quedado en blanco, anulada por completo. De pronto, un ladrido inundó aquel sepulcral silencio. Zac había ido en busca de su dueña y no reprimió su potente gruñido en cuanto visualizó el bote. El remero se volteó alarmado en su dirección ante la certeza de que había alguien más. Empujó el cuerpo por la borda y sin dilación, tomó los remos con fuerza, giró el bote hacia ellos y se dispuso a alcanzarlos. Nora sintió el miedo coleteando por todo su cuerpo, y sin pensar hacia donde, nadó. Zac, sin embargo, se resistió a ceder terreno.

Ella estaba habituada a nadar en aquellas aguas desde su regreso a Llanes, pero su mente no estaba despejada para dilucidar cuál era la dirección más apropiada para llegar a tierra y evadirse de su perseguidor, simplemente nadó confiada en que su perro, acostumbrado como estaba a seguirla a todas partes, tampoco le fallaría en aquella ocasión. De pronto, su cerebro, ante el riesgo que corría su vida, se despejó como por arte de magia. Sabía por dónde salir: el diminuto puerto de Niembro la salvaría. Alcanzaría una de las escaleras de hierro ancladas a la pared vertical que daba acceso al aparcamiento y a partir de ahí la bruma y la espesa naturaleza de la loma colindante los ocultarían. Sólo tenía que nadar con fuerza para alcanzar la escalera. Sin embargo, en su placentero baño no se había percatado de que se había alejado demasiado de la costa y tras varios interminables metros sus brazos empezaban a dolerle, los sentía recalentados y su respiración se había desacompasado ante la angustia y la presión de la cercanía a la que presentía el choque de los remos contra el agua. Su perseguidor estaba ganando terreno y ella sentía que no podría resistir mucho más... ¡Y además estaba Zac! ¿Qué sería de Zac? ¡Tendría que acarrear con él por las escaleras! ¡Dios mío! ¡No había pensado en ello! ¡No iba a lograrlo! —se decía.

Su mente libró una dura batalla entre seguir adelante por el miedo a morir o el alivio inmediato de dejar de nadar, de dejar de sufrir por siempre... Sin poder evitarlo, su cuerpo se rindió. No tenía miedo a morir, nada le ataba a la vida... El

profundo dolor que sentía en sus brazos se atenuó ligeramente, la presión del pecho también había cedido y una sensación de alivio la embargó, quizá porque por fin se libraría de su pesada carga...

Zac permanecía a su lado, como siempre desde que lo acogió. Era lo único que tenía, el único ser que se preocupaba por ella, sólo se tenían el uno al otro. Él la miraba fijamente, con lealtad incondicional, con la devoción de aquel que siempre está cuando se necesita. De pronto una voz sonó en su interior: ¡nada! —le decía—, ¡nada, no te rindas! Mirando aquellos tristes ojos del que una vez se sintió desahuciado, igual que se sintiera ella tiempo atrás, las fuerzas regresaron a su cuerpo y a su mente. Al menos tenía a Zac, y no lo abandonaría, se dijo, y aquella voz...

Nadó envalentonada los pocos metros que la distanciaban de la escalera. Al llegar, con una mano se aferró a ella, con la otra agarró al cocker del pelaje color canela y lo aproximó. El perro dócil como un cordero, se dejó llevar. Ella lo abrazó suspendiendo parte de su cuerpo sobre su hombro derecho y con la fuerza del que siente la necesidad de sobrevivir, ascendió por los escasos peldaños de la escalera, gracias a que la marea había subido un buen trecho. Cuando casi había llegado, exhausta, soltó al perro antes de percibir como su alma se helaba al notar la presión de una mano agarrándola con todas sus fuerzas, haciéndola descender brutalmente un par de peldaños. Ella, asida únicamente por las manos, con el cuerpo tambaleándose y su mirada fija en aquella mano que la aferraba como si su vida dependiera de ello, comenzó a patallar con toda su energía, hasta que milagrosamente su captor perdió el equilibrio y cayó al agua sin conseguir arrastrarla con él. Nora, exhausta, volvió a subir los peldaños insegura porque la fuerza se había escapado de sus manos temblorosas debido al sobreesfuerzo, arrastrando el resto de su cuerpo hasta alcanzar el hormigón. Zac llevaba un rato ladrando, angustiado por no poder hacer nada, pero el entendimiento con su dueña era tal, que enseguida comprendió la necesidad de seguirla y olvidarse de aquello de lo que huía Nora. Ambos se introdujeron en la espesura de la naturaleza ocultándose de su perseguidor.

Cuando oyó la voz del locutor de Onda Cero, Pablo se desmoralizó. Aún era martes y percibía un cansancio tan atroz, quizá porque su cuerpo no estaba acostumbrado al bochorno de los últimos días, que dudaba de que llegase al fin de semana.

Pablo daba clases en el Colegio Público de Llanes y vaticinaba que aún le supondría hacerse al madrugón unos cuantos días pese a que llevaba un par de semanas plenamente incorporado. A Nico le pasaba lo mismo. Después de los meses de verano, Pablo comprendía que a su hijo de quince años le costase desperezarse y hacerse a la idea de que hasta el siguiente verano aún quedaba mucho. A él, al menos, se le hacía cuesta arriba.

Continuaba en un estado de somnolencia cuando escuchó el crepitar del agua

contra el plato de ducha, señal de que Nico ya se había levantado. Con gran esfuerzo y tras estar a punto de quedarse traspuesto, sacó los pies de la cama y se incorporó. Adormilado, se dirigió a la cocina para poner la cafetera italiana, que ya tenía preparada del día anterior, en la cocina de inducción; necesitaba un café bien cargado que lo espabilase. Mientras salía, esperó inactivo, sentado en uno de los taburetes de la cocina con los codos apoyados en la mesa y las manos sujetando su rostro ensimismado en un punto escogido al azar.

De pronto una idea confusa cruzó por su mente. Tenía la costumbre de salir a oscuras de su cuarto para no despertar a Clara, pero... o muy atontado estaba o le daba la sensación de que ella no se encontraba en la habitación. Algo intranquilo regresó para cerciorarse de que ella estaba profundamente dormida y él tan adormecido que no se había percatado de su presencia. Preocupado avanzó por el diminuto pasillo hasta llegar a la puerta, la abrió lentamente, posiblemente para evitar despertarla, aunque también por el temor a no encontrarla. No estaba. Incrédulo, entró y tras dar una vuelta alrededor de la cama, tuvo que admitirlo: ella no estaba y, además, su lado estaba intacto.

Recorrió el pequeño piso en el que vivían en Llanes, ubicado en el barrio de la Moría, mientras un pensamiento martilleaba su mente incesantemente: Clara no había dormido en casa.

El aparatoso estruendo de la cafetera lo sobresaltó. Corrió hasta la cocina y la retiró del fuego sin tan siquiera molestarse en apagarlo; sabía que pasados unos segundos se apagaría sola y además no podía perder ni un segundo en otra cosa que no fuese en buscarla. Le preocupaba demasiado la idea de que su mujer no hubiese regresado a casa. Incrédulo, se acercó hasta el armario de la entrada para comprobar si faltaba algún par de zapatos. Una fuerte palpitación rebotó en su pecho: faltaban sus bailarinas preferidas, unas de color marino con pedrería en varios tonos azules adornando en la parte superior. El desasosiego se iba apoderando de Pablo. Con la mano aún apoyada en la puerta y la mirada concentrada en el lugar donde debía estar el calzado de Clara, no oyó la llegada de Nico que, tras salir de la ducha se había dirigido a la cocina, donde esperaba encontrar a su padre con el desayuno listo. Él lo miró con el rostro preocupado.

—¿Qué pasa? —le preguntó con su habitual tono seco y distante.

—Tu madre... —titubeó él.

—Mi madre, ¿qué? —dijo cortante.

Por unos segundos pensó en ocultarle la información, pero a su edad, engañarlo no tenía sentido.

—No está.

—¿Y? Estará esperando a los proveedores... O simplemente no se podría dormir e iría a dar un paseo —contestó sin más.

—Posiblemente —respondió procurando no transmitirle su habitual inquietud cuando no lo tenía todo controlado, tal vez, porque lo que menos le apetecía era

iniciar una de sus absurdas discusiones—. Voy a llamarla —dijo en voz alta sin querer hacerlo.

Nico resopló desdeñando la preocupación de su padre, acostumbrado como estaba a las películas que se montaba.

La ansiedad de Pablo por tenerlo todo controlado, incluidos su mujer y su hijo, sobre todo desde aquel momento tan amargo que habían vivido tiempo atrás, disparaba sus alarmas de una manera un tanto exagerada.

Corrió en busca del móvil, accedió a la agenda, con la mano temblorosa pulsó en favoritos y seguidamente en su nombre. La tan conocida voz melodiosa de Movistar salió al paso: «El móvil al que está...». Colgó sin más.

Intranquilo, llamó al fijo del restaurante. Esperó cinco tonos, que se le hicieron eternos, y colgó. Regresó a la cocina en busca de Nico, al que ni tan siquiera le había dado tiempo a dar cuenta del desayuno.

—Date prisa —le ordenó. Vamos a pasar por el restaurante. Puede que no oiga el teléfono —aclaró— dejándose engañar por esa idea tan absurda, con el temor de que le hubiese ocurrido algo acuciando su mente.

—Como quieras —respondió indiferente—. Tampoco él tenía ganas de discutir, pues tenía la cabeza llena de cuestiones más importantes que las excentricidades de su padre.

Pablo se introdujo en el baño para darse una ligera ducha. Durante el tiempo que el chorro de agua acariciaba su dorada piel, aún bronceada por el sol, la imagen de su mujer no lo abandonó. Necesitaba verla desesperadamente porque presentía que la cosa no iba bien. Él daba por hecho que ella no había dormido en su cama e incluso se arriesgaba a pensar que ni tan siquiera había ido a casa después de cerrar el restaurante. Y eso le tenía especialmente preocupado, pues aunque le costaba reconocerlo y ante los demás hacía como si aquello no hubiese pasado, no era la primera vez.

Llanes, 1971

Desde la lejanía observaba aquella hermosa pomarada con la que llevaba soñando en secreto demasiados años, casi cada vez que bajaba a la Villa, sintiéndose dichoso ya que con toda probabilidad, por fin al día siguiente sería suya. El propietario, un pobre desgraciado, había accedido a vendérsela por cuatro tristes pesetas. No es que el precio fuera bajo, les llevaba prácticamente todo el botín de lo que su hermano y él habían obtenido con el premio de la lotería en las Navidades pasadas, pero merecía la pena. Además valía mucho más de lo que iban a pagar por ella aunque sólo fuera por su gran extensión de terreno. A Álvaro, su hermano, había tenido que convencerlo porque no lo tenía tan claro. Le gustaba la cantidad de hectáreas que iban a adquirir, pero los llares llevaban unos cuantos años en crisis, y eso le hacía desconfiar. Sin embargo, él estaba tan entusiasmado que no dudó en desplegar sus dotes comerciales para venderle la idea de que comprar el llagar y la pomarada era una extraordinaria inversión precisamente porque vaticinaba que la crisis estaba coleando y porque en aquel momento se podía comprar a buen precio. Después sería impagable. Álvaro había aceptado a regañadientes porque con ello vaciaban prácticamente sus arcas. Sin embargo, eso a Roberto no le importaba, no significaba nada en comparación con el valor de lo que obtenían. Y, por otro lado, estaba seguro de que en muy poco tiempo se recuperarían.

Junto con el llagar, la pomarada y la enorme superficie de terreno virgen aún sin explotar, habían adquirido la casona de indios que estaba integrada en la misma finca y para la que no había la escisión. Era todo o nada. Al principio no le gustaba la idea de acarrear con aquel caserón, ya tenía bastante con las penurias que habían sufrido con el de su padre sobre todo por los gastos de mantenimiento que les supuso en la precaria situación a la que habían llegado. Y visto desde fuera, parecía que ese también pedía a gritos una buena mano de obra, lo que conllevaría unos gastos adicionales con los que no contaba. Pero con el paso de los días, la idea fue calando en él hasta sentirse entusiasmado. Sólo de pensar en levantarse por las mañanas y asomarse por la balconada de una de las habitaciones para observar sus posesiones, le embargaba la felicidad. Él, Dolores y su hijo, abandonarían la casa de su padre y se trasladarían a vivir allí de inmediato. Su hermano podía hacer lo que le viniese en gana; la casa era lo suficientemente grande como para alojarlos a todos y si se iba a vivir con ellos o no, poco le importaba. Él ya tenía lo que quería.

La casona estaba prodigiosamente ubicada en la entrada oeste de Llanes, en una zona en la que unos cuantos indios habían levantado sus lujosas viviendas como muestra ineludible de la riqueza y posición que habían alcanzado tras emigrar a América convencidos de que sus miserias quedarían atrás en aquellas tierras de oportunidades. Un aliciente más a tener en cuenta que Roberto no desdeñaba en absoluto porque por fin estarían en la posición que debían de tener desde hacía mucho tiempo y de la que, sin embargo, no disfrutaban ya que su padre, que

pertenecía a ese grupo de emigrantes enriquecidos pero venidos a menos, lo había perdido prácticamente todo hasta el punto de tener que vivir de las apariencias.

Ricardo González tenía cincuenta y siete años muy bien llevados. Su tez curtida en la misma proporción por el frío y por el sol, no evidenciaba su edad. Su fornido cuerpo transmitía un aspecto bastante jovial. Sin embargo, la robustez física, no era claro reflejo de su salud interior. Hacía pocos meses le habían diagnosticado una dolencia de corazón que sólo podía resolver con una cara operación. Le daba miedo morir y aún le quedaba mucho por hacer —se decía a sí mismo—, así que con gran pesar se veía obligado a vender la única y preciada posesión heredada de su padre que a su vez había recibido de un tío lejano que había muerto joven y sin hijos, con el fin de costearse la cirugía. Lo había meditado durante varios días, flaqueando en su decisión en varias ocasiones sobre todo por los recuerdos que atesoraba con su padre cuando aún vivía, pero a la postre, si quería vivir, la conclusión era que tenía que venderlo todo.

Una semana antes, la víspera de Reyes, habían cerrado la venta acordando que Roberto ingresaría la mitad del dinero en el banco y entregaría la otra mitad en mano, en el momento en que Ricardo le proporcionase las escrituras. Este había comprobado con gran tormento pero con la seguridad de que era su única alternativa, que Roberto había llevado a cabo la primera parte del trato. Sin embargo, el incremento de su saldo en la cuenta bancaria no le había supuesto el alivio que esperaba. En su fuero interno, ansiaba que Roberto no hubiese ejecutado su parte y así tener la excusa perfecta para echarse atrás. Para su desgracia, Roberto había cumplido sin demora.

Desde entonces, Ricardo había percibido una presión en su maltrecho corazón más intensa de lo habitual. Sin embargo, bien por miedo, bien por verse muy próximo a la cura, no lo había tomado en consideración prefiriendo engañarse simulando que el dolor no estaba ahí.

Al amanecer el malestar persistía. Masajeándose el pecho con la intención de suavizar la punzada que le oprimía, Ricardo se levantó lentamente de la cama y se asomó por última vez a la ventana, observando la pumarada y el llagar que su padre, con gran esfuerzo y dedicación, había levantado al poco de heredar las tierras. Entristecido y tembloroso por el intenso frío que lo atenazaba se alejó del ventanal sorprendido por el enorme vacío que se percibía en la estancia prácticamente sin muebles y carente de adornos; ya lo tenían todo dispuesto para abandonar la casa.

El sueño de Nora había sido tan real que por un momento pensó que había sucedido. Había soñado que era testigo de un homicidio mientras se daba un placentero baño de madrugada, y que el asesino la perseguía para darle muerte. Sólo aliviaba su angustia la certeza de que en su pesadilla se liberaba del verdugo. Sin embargo notaba su corazón más agitado de lo normal; aquella pesadilla había calado en su ser

profundamente, la había imaginado tan intensamente...

Recostada aún en la cama y sin fuerzas para moverse, Nora se sentía descorazonada. Durante varios meses había fingido ante su psiquiatra que todo iba bien. Y aunque no era del todo cierto, con la llegada del verano se había sentido alegre y muy animada, incluso fantaseaba con que su depresión había remitido y que podía pasar página, sobre todo porque tanto las pesadillas como las voces habían disminuido, casi desaparecido. Y aunque su subconsciente le insinuaba que pronto volverían, su optimismo era tal, que sin precaución de ningún tipo ni control médico alguno, había dejado de tomar una de las pastillas, la de las alucinaciones, segura de que era un episodio prácticamente superado. Además había reducido la dosis de la otra. Dos meses más tarde estaba arrepentida; las pesadillas habían vuelto con una fuerza fuera de lo normal, y además, no dormía bien, aunque eso nunca lo había superado.

Apesadumbrada recordaba las palabras del doctor Alvargonzález cada vez que ella le insinuaba la posibilidad de suprimir o reducir la medicación. Él siempre se negaba justificándose con que su traumática vivencia y el sentimiento de culpa no le permitían sanar y que sin superar ese trance, la depresión y las alucinaciones siempre estarían latentes. Como colofón, él siempre aludía a que la medicación le ayudaba a mantener el equilibrio que necesitaba su mente.

Pero ella no le había hecho caso y ahora sufría las consecuencias y se sentía angustiada. Tanto que hasta imaginaba un intenso dolor en la planta de los pies, porque para huir de su captor, había soñado que escapaba del agua a través de las escalerillas del puerto de Niembro y para ocultarse de él, había recorrido medio pueblo pisando zarzales y hierbajos que le habían destrozado los pies. El dolor que se imaginaba era tan real...

Tumbada en la cama desnuda, lo que no era de extrañar por el bochorno que asolaba toda la península, percibía un malestar tan intenso por casi todo el cuerpo que la tenía paralizada. No alcanzaba a comprender cómo algo que había imaginado podía parecer tan veraz ¡No se podía ni mover! La única explicación coherente que encontraba era la misma de siempre: su cabeza no andaba bien y parecía que volvía a padecer una de sus crisis.

Desconocía la hora que era pese a que, a través de las contras de la ventana, se colaban unos rayos de luz tan intensos que calculaba que al menos debían ser las ocho de la mañana, pues a esas horas el sol proyectaba todo su esplendor por ese lado de la casa. Y no se equivocaba. Extrañada por haber dormido más allá del alba movió su cabeza lo estrictamente necesario para ver la hora que marcaba el reloj despertador de la mesita. Exactamente eran las 7:52.

Mientras permanecía bajo la ducha, Pablo había imaginado de todo, aunque luchaba por eludir el primer pensamiento que le había venido a la cabeza. Sin

embargo, pese a sus esfuerzos, la idea de que Clara tuviese un problema de salud y esa fuese la explicación para no haber regresado a casa iba imponiéndose hasta el punto en que decidió dar por finalizada su ducha y llamar al Centro de Salud.

Clara era una de esas personas potencialmente expuesta a las enfermedades que producen una dieta excesiva en grasas, un elevado consumo de alcohol durante bastante tiempo y fumarse una cajetilla casi a diario, pese a que en el restaurante estaba prohibido fumar desde mucho antes de que se aprobara la Ley del tabaco. El pesimismo que tanto caracterizaba a Pablo había abordado su ser y el infarto que tantas veces le había vaticinado cuando en reiteradas ocasiones le instaba a ponerse a dieta y ante todo a dejar de fumar, iba cobrando fuerza hasta tal punto que la daba por muerta; el tabaco, el alcohol y el exceso de peso eran razones más que suficientes.

La congoja atenazaba su garganta cuando se la imaginaba muriendo sola, con la angustia de saberse a punto de morir y sin nadie a quién abrazar. Tales pensamientos hundieron un poco más el ánimo de Pablo. Las lágrimas luchaban desafortadamente por emanar, y aunque a Pablo le costaba no dejarse vencer, hacía un esfuerzo sobrehumano tragando saliva reiteradamente para aliviar ese profundo dolor que presionaba su garganta, pensando en que tenía que sobreponerse por Nico. No quería que lo viera así, ni tampoco contagiarle su terrible presentimiento.

Encerrado en su habitación, buscó el teléfono en contactos y pulsó las teclas con un tembleque que le recorría todo el cuerpo por el temor que le producía la respuesta al otro lado de la línea.

Al cabo de unos minutos, con el corazón estallando contra su pecho, sabía que ni en el Centro de Salud ni en el Hospital de Arriondas tenían noticias de ella. Pese a todo, a Pablo le costaba discernir si eran buenas noticias o no. Bien pensado, casi prefería que le hubiesen dicho que sí, al menos sabría dónde estaba y eso era mejor que la dichosa incertidumbre que le corroía por dentro.

Repentinamente, se espabiló; necesitaba ver a Clara cuanto antes y siempre cabía la posibilidad de que, contra todo pronóstico, ella se encontrara bien. O que al menos llegaran a tiempo —pensó de nuevo angustiado.

Pablo era un hombre más bien bajo de cuarenta y dos años que se mantenía delgado, sobre todo por su obsesión por la salud. Por su profunda calvicie rasuraba el pelo al cero, lo que pronunciaba aún más su redondeado rostro. Lucía una perilla perfectamente recortada alrededor de unos labios poco marcados. Sus vivos ojos de color marrón destilaban el pesimismo que siempre lo acompañaba y aunque la nariz aguileña le imprimía carácter, no era valiente, ni tenía el coraje suficiente para enfrentarse a una situación como la que le esperaba. Su excesiva preocupación le llevaba a extremar el control de los miembros de su familia, necesitando saber donde se encontraban y qué estaban haciendo de continuo. Solamente Nico y lo enamorado que estaba de su mujer le daban la fuerza necesaria para avanzar.

En pocos minutos estaba listo para salir por la puerta y como su pequeño pero coqueto piso no distaba mucho del restaurante, agradecía en silencio el poco tiempo

que les llevaría llegar hasta allí. Tomó la precaución de coger el otro juego de llaves para entrar en caso de que estuviese cerrado y ella no diese señales de vida, y viendo que su hijo también estaba listo, salieron por la puerta sin mediar palabra; su zozobra era tal que no podía ni hablar.

En cuanto dejaron atrás su calle y giraron hacia el puerto, la rula se hizo presente. Pablo fijó la vista en ella, el restaurante estaba encima y abarcaba todo el primer y último piso. Él quería vislumbrar alguna señal, por pequeña que fuese que le diese la pista de que ella estaba viva.

La presión que percibía por todo su cuerpo, le nublabla la vista y le ofuscaba la mente. Sólo podía rezar mentalmente implorando que Clara estuviese viva.

Nico, que por una vez se había olvidado de la postura defensiva y egocéntrica que había adoptado hacía unos meses, intentaba escudriñar en su cerebro algún comentario que relajase la tensión que se respiraba, pero por más que lo intentaba no encontraba las palabras adecuadas. Tal vez porque sospechaba lo que estaba pasando...

El radiante sol penetraba por el balcón inundando de encanto la habitación del hotel. Con los ojos aún cerrados acarició con sus manos las impolutas sábanas de algodón buscando su cuerpo. Él no estaba. Extrañada, abrió los ojos de sopetón. En su lugar había una rosa, que a buen seguro pertenecía al cuidado jardín de la propietaria del hotel. Ella la cogió, la olió y sonrió llena de felicidad.

Oteó la amplia habitación con la esperanza de encontrarlo. Allí estaba: sereno, hermoso, ataviado únicamente con el pantalón del pijama, lo que dejaba al descubierto su espectacular torso. Sentado en un sillón orejero que había aproximado al balcón, con las ventanas abiertas de par en par, observaba con tal intensidad el paisaje que se dibujaba al otro lado del antiguo palacio asturiano del siglo XVI en el que estaban alojados, que la cautivó y la incitó a regodearse en su dicha. Ella, sentada en la cama, se cubrió con la sábana descubriendo, aspirando y disfrutando de la esencia que la tela emitía: olía a él. Se acercó envuelta en la sábana y lo abrazó arrullando su rostro contra el de él sin importarle la aspereza de su incipiente barba. Durante unos segundos ambos se dejaron embelesar por el extraordinario paisaje que rodeaba y que se descubría desde el Palacio de Cutre: la Sierra del Suevo y algo más allá los Picos de Europa. La vista desde allí era maravillosa pero sus cuerpos clamaban deseo. De la Fuente se giró, sujetó la cara de Julia entre sus manos y la besó en los labios, suave y delicadamente absorbiendo toda su esencia, con la pasión estallando por sus cuerpos. Se levantó y con un delicado movimiento le aflojó la sábana dejando que se deslizara suavemente por su cuerpo, y con la mirada embebida en aquellos almendrados y sinceros ojos verdes que tanto le atraían, la tomó en brazos para llevarla de nuevo a la cama, la tumbó boca abajo y con la yema del dedo índice recorrió su espalda ascendiendo lenta y suavemente hasta llegar a la nuca

deleitándose con el tacto de su piel. A Julia se le erizó el vello y el deseo explotó por todos los poros de la piel. Su corazón golpeaba frenético contra su pecho, pero no se movió pese a que el placer de sentirse amada era tan grande que estaba enloqueciendo. Con sus labios recorrió todo su cuerpo besándola y acariciándola, haciendo que su cuerpo se embriagara de deseo hasta que finalmente ella se volvió y se amaron ávidos por fusionarse en un sólo ser.

Decidió incorporarse para iniciar la mañana únicamente porque el estómago llevaba un rato dándole muestras del hambre tan descomunal que tenía. La comida que más le gustaba y disfrutaba era el desayuno y nunca se lo saltaba, el resto de las comidas las hacía en función del apetito que pudiera sentir.

Echó las sábanas para atrás y... la impresión de ver lo que vio la asoló... ¡Tenía los pies completamente arañados, incluso algo inflamados! La piel se le erizó y un escalofrío recorrió su ser. Con los ojos desorbitados, fue recorriendo toda su figura para comprobar que tenía arañazos y rojeces por casi todo el cuerpo, sobre todo por las piernas. Durante un rato quedó pasmada, recordando, analizando y asimilando que lo que había considerado un sueño, no lo era: su pesadilla había existido, no era fruto de su imaginación. ¡La habían perseguido e intentado matar! ¡Había visto cómo mataban a una persona!, o al menos ¡cómo se deshacían del cadáver! ¡Lo había visto todo!

Durante un buen rato permaneció absorta, observando sus heridas, asimilando lo que había ocurrido, lo que había vivido y cómo se había zafado de su perseguidor. Poco a poco, según iba rememorando lo ocurrido unas horas atrás, fue asumiendo que había sido testigo de un homicidio y a consecuencia de ello, corría un grave peligro. El asesino de aquel pobre desgraciado había querido atraparla para matarla también a ella y seguramente no cejaría hasta conseguir su objetivo; sólo de pensarlo, un nuevo temblor invadió su cuerpo angustiándola.

Estaba indecisa sobre lo que tenía que hacer. Su mente parecía sumergida en un estado de shock y aunque luchaba por pensar, por aclarar sus ideas y por tomar una decisión sobre qué hacer, estaba bloqueada.

Unos minutos más tarde, algo más despejada, dudaba entre dos posibles opciones: contar a la policía lo que había ocurrido o dejarlo pasar y no meterse en líos. Esa última era la que imperaba, porque algo le decía que si tomaba la otra alternativa no saldría airosa de la situación. Si habían intentado matarla y ella contaba lo ocurrido, a buen seguro que el malo daría con ella y entonces no habría escapatoria. Fantaseaba con que si no hacía nada y pasaba desapercibida, el asesino se olvidaría de ella; sería como demostrarle que no era una chivata y que, por lo tanto, se podía confiar en ella. En cuánto fue consciente de su razonamiento se percató de lo absurdo de su justificación e incluso del poco peso que tenía su explicación. Aún así no cambió de opinión, hacía mucho que había decidido olvidarse del prójimo y hacer su vida. Sus

relaciones con el resto del mundo no le habían traído nada bueno, más bien todo lo contrario. Y ya estaba escarmentada e incluso harta de ver que, aunque ella intentaba actuar de la forma más correcta posible, no se veía correspondida, los demás hacían con ella lo que les daba la gana e incluso la juzgaban exclusivamente por sus errores y no por lo bueno.

Le daba lástima aquel pobre hombre... pero seguramente estaba mejor muerto, así no sufriría más.

El crujir de su estómago había desaparecido, ya no tenía hambre. En su lugar percibía un tapón que lo obstruía.

Desesperada y agotada, hundió su cabeza en la mullida almohada de plumas. Quería llorar para desahogar parte de su angustia y su dolor, pero no podía. Años atrás su alma lloró amargamente agotando hasta sus reservas de lágrimas, si es que existen, y aunque lo intentaba ya no derramaba ni una sola gota. O quizás se trataba de que sólo podía llorar una pena tan sumamente grande como la que había vivido. Y como ésa nunca llegaría otra, de eso estaba segura.

Permaneció así, con su mente perdida en el tiempo, cuando la felicidad llenaba su vida, para más tarde acabar impregnándose en la desgracia y concluyendo una vez más que la vida que tenía era la que se merecía. Ni más ni menos.

Desde lejos, todo aparentaba normalidad. Al acercarse también.

En los últimos metros, Pablo iba a un paso demasiado rápido para caminar, aunque lento para correr. Quería llegar cuanto antes, pero también sentía verdadero pánico, cosa que no quería que fuera evidente. El miedo a la crueldad que asomaba a su vida se había aferrado a él. Al llegar, abrió la puerta y subió los peldaños de la empinada escalera de dos en dos llamándola a gritos, pero nadie contestaba. Todo estaba en orden; la sala con las mesas ya montadas para el servicio de comidas con sus manteles, su cubertería y su cristalería en perfecta armonía. Se giró y caminó por el exiguo pasillo que llevaba al diminuto despacho confirmando desde la entrada que allí no estaba. Sin pérdida de tiempo volvió por donde había ido y se dirigió hacia la cocina. Al llegar, golpeó la puerta abatible más fuerte de lo que quería, haciendo que del impacto se volviese a cerrar tan rápido como se había abierto. La abrió menos enérgicamente, pero nada. Allí no había nadie. Todo en orden. De pronto, una terrible idea rondo por su mente. Corrió hacia la zona de cámaras y las abrió bruscamente. El gélido frío del cuarto congelador en contraste con la excesiva temperatura ambiente, formó un pequeño vaho. Con el corazón en un puño lo difuminó con bruscos manotazos. Allí tampoco estaba. Su última esperanza era el almacén, corrió hacia él con el ansia devorando sus venas, pero su corazón volvió a sufrir el impacto de su ausencia.

La angustia abordó de nuevo a Pablo, y Nico, que había seguido a su padre en el recorrido por el restaurante, sospechaba que su padre, en esa ocasión, no estaba

siendo tan exagerado como era su costumbre y apostaba porque a la postre, por desgracia, tendría motivos más que suficientes para estar preocupado. Él también comenzaba a dejarse asolar por la zozobra. Había atado cabos y sospechaba lo que estaba ocurriendo, de hecho lo sabía, pero por el momento no podía decir nada.

Pablo intentaba pensar en otras opciones mientras se paseaba sin sentido de un lado a otro, pero a su mente sólo asomaba una y otra vez la inquietante pregunta de dónde podía estar su mujer, y eso le impedía pensar con claridad.

—Papá —dijo Nico frenándolo en su incesante movimiento mientras lo agarraba por el codo.

Él lo miró.

—Seguro que sabrás de ella cuando menos te lo esperes. Habrá ido a dar un paseo —dijo intentando calmarlo—. Además, tenemos que irnos —argumentó lleno de cordura.

Pablo asintió. Hacía mucho tiempo que no le hablaba con la sensatez con la que acababa de hacerlo. La adolescencia los había alejado terriblemente y él ansiaba el momento en que todo volviera a ser como cuando Nico era un chaval con el que se entendía. Miró el reloj. Tenía razón. Era la hora de ponerse en marcha. Pero él no podía ir a trabajar y olvidarse así de fácil de Clara. Tenía que buscarla, saber dónde estaba y tener la tranquilidad de que ella estaba bien. Con todo, tampoco quería que Nico se viera envuelto en aquello. Era terriblemente protector tanto con él como con Clara. Así que su única alternativa pasaba por deshacerse de Nico para poder maniobrar sin tener que fingir que no estaba terriblemente preocupado. De pronto tuvo una idea:

—Tienes razón. Vete o llegarás tarde —dijo con una sonrisa forzada—. Yo aprovecharé que entro más tarde para desayunar, ¡sin el café estoy perdido! —exclamó intentando parecer distendido—. Toma —le dijo dándole un billete de diez euros—. Cómprate algo al pasar por la confitería.

—Gracias —contestó mientras se despedía de él alzando la mano. Sentía lastima por él, pero su rebeldía no le permitía mostrarle su solidaridad.

—¡Anda vete! —le contestó con cierto apuro. Tenía una necesidad imperiosa de que se fuera, de dejar de aparentar y de poner en marcha el plan que en unos segundos había maquinado.

Esperó impaciente mientras él bajaba las escaleras y en cuánto oyó el portazo, echó mano de su móvil para enviar un *whatsapp* a su compañera.

Coge a los míos. Llegaré tarde. Urgencia

ok. Todo bien?

Luego t cuento

Seguido, llamó a la Guardia Civil.

—Cuartel de la Guardia Civil, buenos días... —le dijo Pili San Román con una

voz firme pero cantarina.

—Buenos días —contestó por mantener las formas—. Mi mujer no ha regresado a casa y estoy muy preocupado —explicó sin esperar a que le preguntaran.

—Tranquilícese señor, vamos a empezar por el principio. ¿Cómo se llama? —le preguntó.

—Pablo Fernández.

—Bien Pablo —contestó la guardia—. ¿Y su mujer?

—Clara Amieva, es la propietaria del restaurante «La Taberna Marinera» —dijo en un tono lleno de orgullo a pesar de las circunstancias.

—¡Ah sí! Buen restaurante —comentó ella—. Cuénteme, ¿qué es lo que ha pasado?

—Mi mujer no ha regresado esta noche a casa —comentó forzando la voz por el nudo que tenía en su garganta—. Normalmente suele llegar entre la una y las dos de la madrugada, dependiendo de lo que se alarguen los clientes. Y esta noche no ha vuelto —repitió con la voz forzada por la fuerte presión que sentía en la garganta.

—¿Cómo está tan seguro de que no ha regresado a casa? ¿No pudo haber madrugado sin que usted se hubiese enterado?

—No. Su lado de la cama estaba sin deshacer. No durmió en casa —contestó—. Y ella nunca hubiera hecho eso —respondió desesperado sobre todo porque ella le había jurado y perjurado que nunca más volvería a ocurrir.

—Tranquilícese... Tiene que pensar que siempre hay una primera vez... No se preocupe, lo más probable es que se encuentre perfectamente.

—¿Es que no me ha escuchado? ¡Le estoy diciendo que mi mujer ha desaparecido! —le espetó a gritos con la yugular visiblemente dilatada y fuera de sí.

—No se ponga nervioso —le respondió lo más tranquila que pudo—. Si está tan seguro... tendría que cursar una denuncia y para eso debe personarse en el Cuartel. No obstante, lo comunicaré a mis compañeros y si tenemos alguna noticia le llamaremos. Déjeme un número de móvil...

—¿Alguna noticia como qué?

A Pili aquella pregunta la descolocó... Su intención no había sido la de insinuar que podía haberle ocurrido algo y sin embargo era lo que aparentaba. Parecía nueva —se recriminó—. Sin embargo, salió airosa del asunto.

—Pasaré aviso a mis compañeros, este es un pueblo pequeño y todos nos conocemos, no se preocupe y si recibe noticias tuyas, no deje de avisarme.

—¿Eso es todo?

—Le recomiendo que venga usted por el Cuartel y curse la denuncia por desaparición. Es el primer paso para que se pueda abrir una investigación —contestó con voz seria pero intentando transmitir comprensión.

—Bien, gracias —respondió a sabiendas de que aquello no resolvía su problema, pero seguro de que no iba a obtener nada más.

Pablo estaba abrumado. Esperaba que la Guardia Civil se hubiera puesto en

marcha y buscara a Clara y lo único que había conseguido eran buenas palabras pero ninguna acción. Lo de cursar la denuncia por desaparición le imponía demasiado, porque aunque no lo quería reconocer, sobre todo porque luchaba por borrarlo de su mente, aquella vez seguía latente y eso, inconscientemente, le impedía estar al cien por cien convencido de su desaparición. Comprendía que había pasado poco tiempo, pero si él aseguraba que le había ocurrido algo, ellos tenían que entender que él conocía muy bien a su mujer y no tenían ni que dudar en ponerse en marcha con una búsqueda planificada, independientemente de que él denunciara su desaparición. Ella se lo había prometido y él estaba seguro de que ella cumpliría su promesa, más desde que había descubierto la ansiedad que padecía ante cualquier preocupación por pequeña que fuera.

Algo tenía que poder hacer —se repetía...

Inquieto, se paseaba por la sala del restaurante observando la belleza del mar que se veía a través de todos los ventanales. La vista desde allí era espectacular. El mar estaba en calma, tanto que no parecía el Cantábrico, aunque según el hombre del tiempo a lo largo del día el mar mostraría su bravura. Sus ojos se detuvieron en el faro y en las hermosas casas que lo rodeaban. Su imagen le hizo recordar al hombre que había sido empujado acantilado abajo hacía pocos meses. Aquel asesinato había traído de cabeza a la Policía Judicial... La investigación la habían llevado entre dos: un chico y una chica. Él era un experto de Gijón. ¿Y ella? ¿Cómo se llamaba aquella chica...? ¡Julia!, Julia Posada. Eso es, pensó... y según tenía entendido se lo había jugado todo por salvar a Raquel, la propietaria del Hotel donde había ocurrido el primer asesinato... ¡Eso es! —pensó de nuevo—. ¡Llamaría a Raquel! Era la madre de uno de sus alumnos, Mateo, y se había hecho muy amiga de la investigadora. La llamaría. Ella comprendería su desesperación, porque la estaba sufriendo al igual que él; su hijo Mateo estaba muy inquieto y nervioso, suponía que a consecuencia del mal momento que había vivido cuando se enteró de que su padre estaba arrestado, pero de eso ya habían pasado varios meses y aún así el crío no lograba tranquilizarse. Estaba tan preocupada que se lo había comentado con la esperanza de que vigilase de cerca a su hijo y de que con sus conocimientos pedagógicos vislumbrara si podía haber algo más. Pablo había hablado con ella en tres ocasiones preocupado por el desasosiego general que mostraba el crío y se habían enviado varios mails. A buen seguro, Raquel se sentía en deuda con él y en esos momentos era él quién necesitaba ayuda. Le contaría sus sospechas y le pediría que llamase a su amiga. Pese a lo que decía Nico y aquella chica de la Guardia Civil, estaba seguro de que su mujer tenía problemas...

El sonido del móvil la sacó del amodorramiento en el que se había sumido, pero estaba tan a gusto entrelazada con De la Fuente que renunció a moverse; si era algo importante seguro que le enviaban un *whatsapp* —se dijo—. Seguido, el característico tono de que le había llegado uno le hizo sonreír, aún así, permaneció

inmóvil.

Durante unos segundos se dio el gusto de explorar el hermoso rostro que tenía ante ella, se sentía tan dichosa... Él se sintió observado.

—¿Qué ves? —le dijo ansioso por descubrir los pensamientos de ella mientras abría sus felinos ojos y la deslumbraba con la mirada.

Pero ella, azorada por verse descubierta ante aquella salvaje mirada, no supo qué contestar. En su lugar eludió la respuesta que realmente tenía en la mente porque le parecía muy precipitado demostrarle lo enamoradísima que estaba de él, y además tenía miedo de no ser correspondida.

—Me han llamado y tengo un *whatsapp*, debería ver si es algo importante... —contestó indecisa. Realmente no le apetecía nada despegarse de su lado.

—Bien, ¿y qué te retiene? —contestó él juguetón.

—Nada —dijo ella burlona.

Posada agarró la sábana para envolverse en ella y acercarse al bolso donde sospechaba que tenía el móvil.

—¡Eh! —protestó él, sonriente al verse despojado de las sábanas.

Ella le lanzó una mirada traviesa, le guiñó un ojo a modo de complicidad y continuó sin decir nada.

—¡El mensaje es de Raquel! Y la llamada perdida también —aclaró—. ¡Vaya! —dijo suspicaz. Algo ha pasado... si no ella no me llamaría, no querría interrumpir... —pensó picarona—. Voy a llamarla si no te importa —le dijo cortés.

—Por supuesto —replicó él.

Ella se acercó a la zona de estar de la habitación, decorada toda ella con un exquisito estilo provenzal, con el ánimo de disfrutar de un poco de intimidad para charlar con su querida amiga. Desde que habían pasado por aquella dramática situación como venganza personal contra Raquel, se habían convertido en muy buenas amigas. Pero además, Julia sentía la inevitable obligación de velar por ella; se habían conocido en una época en la que ambas necesitaban sentirse apoyadas y escuchadas, en un momento difícil, y aunque no se trataba de las mismas circunstancias, ellas lo habían superado juntas. Se entendieron desde el principio y en poco tiempo se habían acostumbrado a estar muy pendientes la una de la otra cuidándose mutuamente.

—¡Hola! —contestaron al otro lado de la línea en un tono jovial y alegre—. ¿Qué tal va todo? ¿Puedes hablar?

—Muy bien, ¿y tú? —contestó sin más dando por hecho que podía.

—Liada con los críos y con el hotel, pero feliz como hace tiempo que no estaba.

—No sabes cuánto me alegra oír eso.

La relación de Raquel con su marido había pasado por momentos muy complicados tras un engaño amoroso por parte de Álex, pero ella descubrió lo arrepentido y enamorado que estaba de ella, cuando se enteró de lo que él había sido capaz de hacer por recuperarla, pese al plan que tan magistralmente habían

organizado contra ella y su familia. Eso les había vuelto a unir y ahora vivían uno de esos momentos dulces digno de envidia por más de uno.

—Supongo que me habrás llamado para algo más que para eso, ¿no? —le preguntó Julia perspicaz y directa como le gustaba ser.

—Sí. Así es. ¿Recuerdas mis reuniones con el tutor de Mateo? Él me pareció encantador... de alguna manera conecté muy bien con él, es un hombre que se preocupa realmente por sus alumnos —explicó—; siempre le estaré agradecida por todo lo que hace por mi hijo... aceptó echarme una mano con él... —le recordó algo turbada—. El caso es que me acaba de llamar tremendamente angustiado. Parece que su mujer no ha dormido en casa y eso es algo inusual en ella. Llamó a la Guardia Civil, pero aunque han sido muy amables y le han intentado tranquilizar, no parece que vayan a hacer mucho más, al menos de momento. Le han comentado que es muy pronto para darla por desaparecida y emprender su búsqueda y que es necesario que curse una denuncia. Así que ha recordado que somos amigas y me ha pedido el favor de que lo hable contigo... —explicó mordiéndose un labio.

—Efectivamente es muy pronto...

—Ya..., pero él asegura que le ha pasado algo y fue muy comprensivo cuando le conté lo de Mateo... ¿no podrías hacer algo? —dijo suplicante.

Ella se volteó para observar a De la Fuente. No quería renunciar a él ni al momento que estaban viviendo, pero, por otro lado, quería ayudar a su amiga; sabía lo importante que era para ella que el tutor de su hijo le echara una mano y le ayudara a discernir qué era lo que le estaba pasando. Al final parecía que todo dependía de la decisión de Julia. Viéndose entre la espada y la pared, sagaz, le pidió el teléfono y prometió llamarlo, al menos para interesarse por su situación y tranquilizarlo.

Colgó, y mientras lo hacía, detuvo su mirada en De la Fuente. Nunca había experimentado un sentimiento tan intenso por un hombre. Sólo de verlo su cuerpo se alteraba de tal forma que parecía enloquecer. Lo deseaba con todas sus fuerzas y pese al sentido común que siempre la había acompañado, en esos momentos, se veía capaz de hacer cualquier locura.

Agitó su cabeza como si con ello se reprendiera y, volviendo a la realidad, recordó lo que le había prometido a Raquel.

Posada era del tipo de personas que no se encontraba a gusto si algo le rondaba la cabeza, sin embargo, le disgustaba en demasía volver a coger el teléfono para hacer la prometida llamada a Pablo, sobre todo porque en su anterior relación le había costado muy caro atender más al móvil que a su pareja. Aunque bien es cierto, que nunca tendría las suficientes palabras de agradecimiento, pues a consecuencia de ello ahora estaba con Javier. Sin embargo, aquel momento le había quedado grabado a fuego y en su interior luchaban las dos opciones: llamar a Pablo y quedarse tranquila por haber cumplido con lo prometido o dejarse llevar por los sentimientos que habían aflorado tan profundos por su guapo sargento. En esa ocasión la suerte estaba de su lado...

—¿Qué te parece si bajamos a desayunar al jardín? —propuso De la Fuente.

—Me parece una extraordinaria idea. Si te parece... mientras tú te duchas, haré una llamada, no me va a llevar más de cinco minutos —aclaró.

—Bien... luego me cuentas —le dijo curioso.

Sin quererlo había escuchado las respuestas de Posada y sospechaba que estaba relacionado con el trabajo. Le picaba la curiosidad.

Pablo percibió un ligero alivio cuando Raquel le confirmó que Posada se pondría en contacto con él. Sin embargo, fue una sensación efímera debido a la ansiedad que derrochaba por todos los poros de la piel y que le impedía permanecer quieto, dando continuos paseos por el restaurante.

Ansiaba tanto estar cerca de Clara, que una fuerza interior lo empujó a su despacho. Desde el marco de la puerta oteó, melancólico, la ordenada estancia: los montones de papeles perfectamente apilados, el material de oficina impecablemente colocado, su ordenador perfectamente alineado con la mesa, un bote para lápices que hasta parecían tajados al mismo tamaño, todo perfecto. Avanzó dos pasos y la melancolía lo golpeó brutalmente al ver aquella botella de whisky donde no debía de estar. La olió para verificar que era alcohol de verdad y con la certeza de que lo era la dejó de nuevo en su sitio. Bordeó la mesa del despacho y se sentó en su silla giratoria de piel sintética, posiblemente porque las piernas le flojeaban. Cerró los ojos y abalanzó su cuerpo sobre la mesa, abarcando con sus brazos todo cuanto podía, absorbiendo todos los olores, tocando sus cosas como si pretendiera que la esencia que ella había dejado en cada uno de los objetos lo traspasara. Abrió los ojos para que todos sus sentidos se empaparan de Clara buceando entre sus recuerdos. Distraídamente acarició una caja antigua con una rosa de los vientos grabada en el cuero marrón oscuro, que reposaba en el lado izquierdo de la mesa, y a la que Clara tenía especial aprecio por tratarse de uno de los últimos regalos de su padre antes de morir y la abrió. En ella había fotos, tarjetas de agradecimiento de sus clientes, recortes de periódico de los anuncios que hacía en Navidad para promocionar la cena de Nochevieja y un sobre que llamó vivamente la atención de Pablo, quizá porque era el único que había o quizá porque su subconsciente le empujaba a curiosear. Indiscretamente abrió el sobre y extrajo su contenido. Se trataba de una escueta carta manuscrita con letra cursiva con un estilo de caligrafía refinado. En esos momentos ya se había saltado todas las normas no escritas de respeto a la intimidad, por lo que ya puestos no reprimió su instinto y la leyó:

*Querida Clara,
Ha pasado más tiempo del que debiera y mi corazón ya no resiste estar lejos de ti.
Te quiero y siempre te he querido pese a la distancia que hubo entre nosotros.
Estoy ciertamente arrepentido por haberte alejado de mi lado.
Sé que no lo merezco, pero necesito que me des una oportunidad. Te ruego que me la concedas...
Estoy ansioso por conocer tu respuesta.
Con todo mi amor y cariño*

Notó como su corazón palpitaba tan bruscamente que sintió la necesidad de llevar su mano hacia el pecho realizando una pequeña pero continuada fricción para desvanecer aquella incómoda sensación. Enfurecido arrugó la carta y a punto de tirarla a la papelera, se lo pensó mejor, la desplegó e incrédulo, volvió a leer y releer aquellas escasas pero dañinas líneas tantas veces que perdió la cuenta. Sin embargo, al cabo de unos minutos su terco cerebro encontró una vía de escape para eludir lo más evidente a los ojos de cualquiera, menos a los de él: Clara tenía un admirador y no era de extrañar, pero eso no significaba nada, él la amaba, la amaba profundamente y ella también a él. Estaban hechos el uno para el otro y eso era inquebrantable.

No sabía dónde estaba Clara, y apostaba a que algo le había pasado; la buscaría, la encontraría y haría desaparecer aquella carta fingiendo que nunca había existido. Pasara lo que pasase, él no podía aceptar que existía otro. Y fuera como fuese Clara volvería con él.

Con las mismas, se guardó la carta en el bolso trasero del pantalón, revisó que todo quedaba como debía y se marchó hacia su trabajo, esperando ansioso la llamada de la cabo Julia Posada. Aquella carta ya no existía.

Llanes, 1971

Era uno de esos días soleados de invierno. El sol no calentaba, pero la sensación de su reflejo en la cara mientras iba caminando hacia el lugar de la cita, aliviaba su sufrimiento.

Aquel 12 de enero de 1971, era el día en que la venta iba a ser una realidad. Y Ricardo estaba seguro de que esa persistente molestia desaparecería en cuánto entregase la escritura y se olvidase de que aquel llagar, aquella casona y aquella pomarada habían formado parte de su vida.

Habían quedado en verse en el extremo norte de la finca, al lado opuesto de la casona, donde una gran extensión de bosque y maleza ocultaban la pomarada y el cerramiento dejaba de estar formado por un muro alto completamente ciego de mampostería de piedra y pasaba a ser un simple alambre de espinos sujetado por estacas medio derruidas. Roberto, a sabiendas de cómo estaba, quería aprovechar la ventaja que le daba su lamentable estado para negociar aún más. Soñaba con la posibilidad de apretar un poco a Ricardo y conseguir una rebaja de última hora, teniendo en cuenta las posibles mejoras que tendrían que acometer si querían vivir acomodados como Dios manda en aquella vivienda.

Roberto Sotiello Moreno era un hombre de complexión media en todos los sentidos. Su cabello ondulado de un brillante color negro lucía algunas canas tempranas para su edad. Los ojos de color ámbar estaban enmarcados por unas espesas cejas que imprimían aspereza a su mirada y a su rostro, agudizado por un severo bigote rectangular que reposaba sobre sus finos labios. Estaba a punto de ser el propietario del llagar más prometedor de todos, al menos en Llanes, y aunque para él no tenía tanta importancia, posiblemente la casona de indianos más suntuosa del municipio. Con esos pensamientos rondando por su cabeza, inhaló profundamente el oxígeno puro que le rodeaba y que llevaba disfrutando desde hacía un par de horas harto de permanecer en la cama sin conciliar el sueño. Con el olor de los manzanos impregnando su pituitaria, echó un vistazo a su Omega para que no se le escapase la hora y, radiante, se encaminó presuroso al encuentro del vendedor hasta la zona más salvaje de la finca.

Tras algo más de quince minutos, avistó a lo lejos a Ricardo en un pequeño claro. Ansioso por liquidar aquel asunto y disfrutar de lo que consideraba el mejor día de su vida, apretó el paso.

—Hola Ricardo —saludó cortésmente cuando lo tuvo suficientemente cerca.

—Hola —respondió lacónico.

—¿Tienes los papeles? —le preguntó sin dilación.

—Sí. Aquí están —le contestó sacándolos del bolsillo interior de su abrigo como si resquemasen.

—¿Y tú? ¿Trajiste el resto del dinero?

—Por supuesto, pero antes tenemos que hablar. El cierre está destrozado y no es

suficiente para delimitar la finca, cualquiera puede entrar en ella y robar a su antojo lo que le plazca, e incluso vivir sin que nos enteremos —dramatizó—. Y la casona, sabes perfectamente del continuo goteo que suponen estas casas de indianos de principios de siglo, cuando no es una cosa, es la otra —explicó dando muestras de que sabía de lo que hablaba—. Esto supone un dinero extra que tendré que desembolsar. Tendrás que tenerlo en cuenta.

—¿Qué me quieres decir con eso? —preguntó sin rodeos.

—Tendrás que descontarme el importe de los arreglos —aseveró.

—El precio es el que acordamos. No hay rebaja de ningún tipo —contestó irascible ante la avaricia del comprador—. Lo tomas o lo dejas, aún estás a tiempo —amenazó.

—¡Pero hombre!, sé razonable.

—Lo tomas o lo dejas —repitió entre dientes.

—Bien, bien. No hay más que hablar. Aquí lo tienes —respondió temeroso de que se echara atrás mientras alargaba el brazo para entregarle el resto del dinero.

Los pinchazos que Ricardo percibía en su pecho eran cada vez más agudos, hasta el punto que, tras estirar su mano para coger el sobre que le entregaba Roberto, una punzada mortífera dobló su cuerpo quedando arrodillado y finalmente tirado a sus pies.

—¡Ayúdame! —le suplicó con la voz ahogada.

Roberto, se agachó para socorrerle y por un instante tuvo la intención de hacerlo. Sin embargo, tras mirarle a los ojos, un malévolo pensamiento se instaló en su alma. No le ayudaría, le dejaría morir y así se quedaría con sus bienes y con parte del dinero prometido.

—¡Por favor! ¡Ayúdame! ¡No quiero morir! —le suplicó con una voz rota por el dolor—. Te haré la rebaja, pero ayúdame, por favor —imploró atemorizado.

Pero Roberto no se dejaba convencer tan fácilmente. Aquel hombre suplicante no le provocaba ninguna compasión, probablemente moriría de todas formas —pensaba—. Y eso después de malgastar su dinero enriqueciendo a otros. No merecía la pena salvarle.

El dolor de Ricardo era tan intenso que, convencido de que ese era su fin se agarró rabioso a la tierra como muestra de que aquella seguía siendo su preciada posesión o tal vez buscaba desesperado, en sus últimos momentos, sentirse más próximo a la quinta que había visto vivir y morir a su padre. A la postre, con la respiración sostenida, a los pocos segundos su corazón dejó de latir.

Roberto miró alrededor por si alguien los observaba y tras cerciorarse de que no veía a nadie, alargó su mano hasta alcanzar las escrituras que Ricardo aún tenía en la mano y el sobre arrojado a un lado de su cuerpo inerte, y lo embutió todo en su bolsillo interior. Sin embargo, oculto tras la maleza alguien observaba la maniobra... Tenía esa fea costumbre desde muy pequeño: le gustaba espiar y aún más mirar...

Avanzaba presuroso por las calles de Llanes, cuando le sonó el móvil a pocos metros de llegar al colegio. Ansioso, lo sacó del bolsillo derecho del pantalón y observó la pantalla con los nervios a flor de piel. Era un número desconocido, por lo que intuyendo que esa era la llamada que estaba esperando, se detuvo en seco con la intención de mantener una conversación sin sentir la presión en el cogote de las miradas acusatorias por la impuntualidad o peor todavía por el incumplimiento de su responsabilidad para con los críos de los que era tutor.

Tras varios minutos de conversación, Posada, había conseguido tranquilizarlo, al menos momentáneamente, enumerándole una decena de situaciones similares con un final feliz, provocando en Pablo un efecto apaciguador. Además, pese a que no había pasado el tiempo reglamentario, en la práctica cuando hay serios indicios de que algo no anda bien, le había asegurado que la Guardia Civil solía ponerse a trabajar en ello. Y eso lo aplacó aún más.

Con el ánimo más calmado, terminó de caminar los últimos metros hasta llegar a la puerta del colegio. Sin prestar atención a varias madres que aún permanecían dentro del recinto educativo charlando animadamente, atravesó la entrada principal y corrió hacia el aula donde su compañera atendía a sus alumnos. Ella aliviada porque ya había llegado, se acercó a él desconcertada por el extraño comportamiento de esa mañana, pretendiendo sonsacarle, curiosa, lo que había ocurrido. Pero Pablo no tenía ninguna gana de descubrir lo que realmente había pasado, no le apetecía que la incomprensible actitud de Clara campase libremente por el patio del colegio. Optó por inventarse una excusa muy comprensible relacionada con Nico. Él y su rebelde adolescencia dejó a su compañera satisfecha con la explicación, al menos de momento.

Había pasado la mañana tirada en la cama con el ánimo por los pies sin voluntad alguna para dirigir su vida, preocupada por sobrepasar esa sutil línea entre el estado normal y el depresivo tan conocido por ella. Nora sabía que un pequeño paso en falso era suficiente para caer al abismo al igual que las otras veces en los últimos años. Y, por desgracia, la situación de estrés que había vivido y la certeza de que alguien quería matarla, eran motivos más que suficientes para precipitarse a la oscuridad. Ella era consciente de lo que le estaba pasando o lo que podría llegar a pasarle si, como en anteriores ocasiones con la depresión acechando, no reaccionaba a tiempo y por contra pasaba el día entero ocultándose bajo las sábanas. Pero le faltaban las fuerzas para espabilarse, levantarse de la cama y encarar el día con la fortaleza necesaria para no dejarse vencer. Nora se debatía una vez más entre luchar o rendirse, entre vencer la inercia de seguir donde estaba o el placer de dejarse llevar. Siempre la misma disyuntiva, el mismo dilema desde que su mente había descubierto la comodidad de no tener ganas de nada, sólo de estar tumbada, aislada del mundo como forma de protegerse para que nada la golpease de nuevo.

Nadie, salvo Zac, la echaría de menos. Tampoco había nadie que dependiera de ella, solamente su perro, y él se las arreglaba para entrar y salir de la casa por algún escondrijo que ella desconocía, y que le permitía apañarse en caso de necesidad sin tener que molestar a su ama. Así que podía quedarse postrada en la cama todo el tiempo que quisiera, nadie la atosigaría ni le hablaría de coraje ni de voluntad. Sabía que podía dejarse llevar y que se lo podía permitir porque vivía prácticamente aislada. Sin embargo, después de los años de oscuridad a raíz de su dramática vivencia, al regresar a Barro a la casa de sus abuelos donde había transcurrido su niñez, Nora había sentido, por primera vez desde el trágico suceso, ganas de vivir. Tal vez porque allí se sentía cerca de sus raíces, en un lugar que estaba muy cerca de su corazón y que, inexorablemente, la arrastraba hacia los buenos recuerdos y no hacia el abismo de los malos. O tal vez porque, aunque sabía que era absurdo y que no se lo podría contar a nadie, y menos a su médico, escuchaba esa voz en su interior. Y tras darle muchas vueltas, había llegado a la irracional conclusión de que era él quien le pedía que lo hiciera, era él quien le pedía que tuviera ganas de vivir. Y por él, tenía que intentarlo.

En la playa, estuvo a punto de dejarse llevar por lo que le deparase el destino, pero él la salvó y eso empezaba a florecer en un rincón de su corazón aportándole un incipiente sosiego de la que ella aún no era consciente.

Nora Cué era una chica de unos treinta y pico excesivamente delgada y de estatura más bien escasa. Su larga melena de color caoba matizada con algún reflejo plateado enmarcaba, sin embargo, un rostro más bien ovalado y poco anguloso, lo que disimulaba su delgadez. Sus labios eran finos y su nariz algo prominente sin llegar a desentonar. Sus rasgados ojos de largas pestañas y de color avellana siempre denotaban tristeza, un estado permanente que formaba parte incluso de su fisionomía, aunque en otros tiempos no había sido así; años atrás su expresión era alegre y vivaracha, pero de aquella vida feliz...

Su estómago volvió a crujir. No tenía ganas de comer, pero sentía un hambre atroz acostumbrada como estaba a cenas ligeras y al abundante desayuno del que ese día había prescindido.

Con gran esfuerzo, pero resuelta a sobreponerse, decidió levantarse, limpiar sus heridas, comer algo y quizá valorar si la voluntad de la que ahora parecía dueña le permitiría regresar a la cama sin que ello supusiese un paso hacia la depresión.

Poco a poco se fue incorporando, segura del intenso dolor que se repartiría por su maltrecho cuerpo y sobre todo por los pies debido al lamentable estado en que estaban. Su predicción fue acertada, pero la desolación abordó su ánimo cuando comprobó los ardorosos pinchazos que percibía en los pies al dejarlos colgando en el aire, seguramente por la presión que ejercía la sangre. De repente algo llamó su atención: en el suelo, arrimados a la mesita de noche de forma descuidada, había unos zapatos de hombre totalmente irreconocibles para ella. Con la mirada fija en ellos recordó: los había robado en una casa cercana al puerto con la que se había tropezado

en su huída. Si quería alejarse del puerto y por lo tanto poner tierra de por medio con su perseguidor, necesitaba calzarse puesto que descalza no llegaría muy lejos y los pies se resentían en cada pisada. Lo había hecho por pura necesidad, pero al fin y al cabo por necesidad o no, el hecho era el mismo: los había robado y tendría que pensar en devolverlos, porque además sólo con verlos le recordaba la agonía que había sufrido.

Tras erguirse, el padecimiento era tal que comenzó a tambalearse con cada paso que daba hasta el punto de tener que agarrarse fuertemente a los muebles de su habitación para aliviar el intenso dolor que padecía. Se acercó como pudo al armario, cogió una camisola que solía utilizar para andar por casa, se la enfundó e intentó de nuevo avanzar lentamente hacia la cocina, llegando a maldecir la suerte que una vez más, como no, estaba en su contra.

La mañana avanzó más lenta de lo que deseaba envuelta en una preocupación permanente hasta el punto de que los niños lo notaron diferente. Y eso que llevaban con él poco más de una quincena y no lo conocían lo suficiente. Él procuraba sonreír e intentaba aparentar normalidad, sin embargo, apenas lo conseguía y cada poco se daba la vuelta para, a escondidas, llamar insistentemente al móvil de su mujer. Además, su corazón persistía en hacerse presente y lo notaba con una angustia que no le dejaba casi respirar, y la cabeza le reventaba por el agudo dolor que le presionaba las sienes. Aún así, el verse ocupado con los críos le había ayudado y hasta en algún efímero momento, habría logrado olvidar si no fuera por esa persistente presión de su corazón y de su cabeza que impedían que el mal presagio abandonara su pensamiento.

Al finalizar las clases, cuando ya había terminado de entregar los niños a sus respectivos padres, decidió esperar a Nico a la salida del instituto. El colegio y el instituto estaban el uno al lado del otro y sólo tendría que esperar unos minutos.

El día anterior Nico le había comentado que tenía planes con sus amigos y no llegaría hasta el atardecer, sin embargo, en unas pocas horas su rutina se había visto impregnada de incertidumbre y por lo tanto nada de lo que se hubiese planificado el día anterior tenía sentido. Seguramente Nico se pondría de uñas con él: lo acusaría, como de costumbre, de controlarlo todo y de ser un exagerado y un alarmista. Y no le faltaba razón —reconoció— pero además de que por mucho que lo intentase no lo podía evitar, aquella situación era diferente. Pablo se justificaba como siempre que no podía librarse de esa sensación que enraizaba en su interior hasta dominarlo. No obstante, no sabían nada de Clara desde la noche anterior y eso marcaba la diferencia.

Por una vez se armaría de paciencia y no se encendería hasta convertir una simple orden en una discusión a gritos, ni cedería por el desgaste que le ocasionaba ante uno de sus arrebatos de adolescente egocéntrico como venía siendo de unos meses para acá; en esa ocasión no estaba dispuesto a que él se saliese con la suya, ni a aguantar

desplantes como la última vez. La desaparición de su madre era algo muy serio que, con el paso de las horas, estaba empezando a tomar un cariz muy preocupante y ellos dos, unidos, tendrían que hacer frente a la situación. Además, necesitaba tenerlo cerca, no sabía si por el miedo que recorría su cuerpo o por la acuciante necesidad de controlar todo lo que acontece a su alrededor.

Su cita había transcurrido en un abrir y cerrar de ojos, puesto que aunque Posada tenía el día libre, él tenía que incorporarse a las tres de la tarde.

Tras degustar las frivolidades del excelente desayuno que les habían servido en el Palacio de Cutre habían disfrutado de un romántico paseo por los alrededores del hotel, pese al insoportable calor, recorriendo angostos y sinuosos caminos bajo centenares de robles y de castaños que ya empezaban a dar los primeros frutos anunciando la tardía pero segura entrada del otoño. Su corta pero intensa despedida, no sin antes hacer el amor una vez más antes de dejar definitivamente la habitación, había dejado a Posada bastante tocada sobre todo al experimentar la sensación de ver como ella tiraba hacia el oriente y él hacia occidente.

Al llegar al apartamento, Julia Posada sintió un vacío difícil de disipar. Recordaba incesantemente los momentos que habían pasado juntos y tan sólo de pensar que pasarían varios días hasta que pudieran volverse a ver, se le encogía el alma. De hecho, no habían acordado su próxima cita. Lo echaba asombrosamente de menos, tan sólo había transcurrido algo menos de una hora desde que se había separado de él y ya ansiaba su escultural cuerpo, su profunda mirada y experimentar el tacto de su piel erizando la suya. Sentirse abrazada por aquellos musculosos brazos y besada con tanta pasión y delicadeza sometía su cuerpo a un estado de excitación incontrolable. Aquel hombre derretía su alma; nunca pensó que se podía desear a un hombre las veinticuatro horas del día.

Se sentía extraña, desconcertada y, por primera vez, locamente enamorada, porque en ese momento era consciente de que nunca lo había estado, no había experimentado esa sensación ni con Carlos ni con otros hombres. A Carlos, su anterior pareja, lo había querido mucho, pero... ¡qué engañada estaba! Hasta que De la Fuente llegó a su vida desconocía lo que era amar y sentirse amada, jamás había imaginado ni vivido la avidez que esa sensación causaba en su cuerpo. Y en aquel momento se sentía sola en su acogedor apartamento, desorientada y sin saber qué hacer. Veía cómo su vida carecía de sentido sin De la Fuente, sin embargo, reconocía que era demasiado pronto para dar un paso más allá. Y lo peor de todo era que cualquier alternativa era difícil: él trabajaba en la Comandancia de Gijón, ella en el Cuartel de la Guardia Civil de Llanes. En realidad la distancia no era el mayor inconveniente (solamente los separaban algo menos de cien kilómetros), sino que a él lo enviaban a resolver casos incluso fuera del Principado, siempre estaba viajando. Mantener una relación en la distancia se le hacía insoportable.

Posada y De la Fuente se habían conocido trabajando juntos para resolver el caso del hotel Palacete Valverde de Póo y curiosamente su comienzo había sido muy complicado, aunque finalmente sus cuerpos fueron incapaces de repeler la atracción que existía entre ellos e iniciaron una relación que aún era muy reciente. Desde entonces tan sólo habían transcurrido dos meses.

A ojos de cualquiera, estaba claro que era demasiado pronto para adoptar cualquier decisión y ella lo sabía. De hecho, la experiencia con Carlos, su anterior novio, había sido nefasta y eso también influía. Sin embargo, no podía renunciar a De la Fuente, ansiaba tanto estar con él a todas horas... tocar su cuerpo y sentir como explosionaba el suyo cuando él lo acariciaba... Sólo necesitaba que él la tocara para que todos los poros de la piel estallaran de placer.

Agobiada por tener que prescindir de su compañía y más por la incertidumbre de lo que sería su relación con él, decidió llamar a Raquel, su amiga y propietaria del hotel de Póo, su anterior caso, y desahogarse con ella.

—¿Qué tal? —respondió Raquel al segundo tono con ganas de conocer todos los detalles.

—Una cita inolvidable y ahora, agobiada por no poder estar con él.

Pese al poco tiempo en que se conocían, su relación había sido tan sincera desde los comienzos que, aunque aún se estaban descubriendo, entre ellas existía una confianza y una comprensión tal que les permitía hablar abiertamente sin miedos ni restricciones.

—Vente al hotel y nos damos una alegría; tomamos un vino mientras, picamos algo y me cuentas.

—Perfecto. Eso es lo que necesito. En diez minutos estoy ahí.

—Pues estupendo —respondió alegremente.

Mientras Julia conducía en dirección a Póo, seguía dándole vueltas a su relación con De la Fuente, llegando a la pesimista conclusión de que se trataba de una situación compleja y sin salida.

Tras varios minutos caminando lentamente, Nora se abalanzó sobre el taburete de la cocina anegada en el agudo dolor que ascendía desde los pies hasta invadir todo su cuerpo, mientras observaba la insólita quietud de la naturaleza a través de la ventana.

La cocina era de reducido tamaño aunque muy práctica, toda ella compuesta por muebles de madera en donde almacenaba básicamente menaje de cocina que casi nunca utilizaba. Como mesa para comer tenía simplemente un murete que a modo de barra surgía de uno de los laterales acompañada de un único asiento, pues ella nunca recibía visitas ni las quería. Cuando el frío acechaba, utilizaba la cocina para realizar todas sus comidas. Sin embargo en el verano o cuando el tiempo se lo permitía, salía al porche al que accedía por una portezuela que emergía de la cocina. Desde allí disfrutaba de una privilegiada vista de la ensenada que bordeaba Barro y Niembro, de

la Iglesia y del cementerio. Cada vez que salía al porche, aquella vista llenaba parte de su vacío, reconfortándola pese a que el recuerdo acudía inexorable, mientras ensimismada añoraba momentos en los que había sido muy feliz, momentos que ella misma había destrozado y por los que nunca haría suficiente penitencia.

Una punzada de tristeza recorrió su cuerpo, pero eso ya no le afectaba, estaba tan acostumbrada...

Embargada en el temor de que el asesino la viese y, peor aún, que la reconociese, decidió tomarse el pequeño refrigerio en la cocina a pesar de que el recargado ambiente que se había acumulado en aquella estancia la asfixiaba. Sin embargo, no resistió la tentación de abrir la ventana ansiosa por percibir aunque tan solo fuera una brizna de aire fresco. Por contra, el ambiente de fuera aún estaba más cargado que el de dentro de la casa. En el cielo no había ni rastro de nubes y el calor era insoportable.

Indudablemente con el estómago saciado a base de pan con queso de untar y tomate natural, Nora se sentía bastante mejor, incluso parecía que su mente se iba despejando. A pesar de que sus melancólicos recuerdos no ayudaban, la nebulosa que había revoloteado por su mente se iba disipando igual que la niebla de aquella madrugada. La cordura parecía regresar a su mente y con ella el reconocimiento de que sin sus pastillas no era capaz de controlar su ánimo e incluso su mente. Sin moverse de su asiento, alargó la mano hacia el cajón donde guardaba los medicamentos, cogió las dos cajas, las miró apesadumbrada durante unos segundos y con un movimiento rápido, como pretendiendo no darle tiempo a arrepentirse, segura de que lo tenía que hacer pese a que no era lo que le apetecía, cogió una pastilla de cada y se las tragó empujándolas únicamente con la escasa saliva que segregaba. Con ella curaba el dolor de su alma, pero no el de sus pies, así que seguidamente, cogió un ibuprofeno e hizo lo propio.

De pronto el sonido de los cascos de un caballo llegó a sus oídos y alimentada por la atracción que desde niña había sentido por la equitación, levantó la vista con la intriga aguijoneando por descubrir de quién podía tratarse. La imagen la deslumbró hasta tal punto que se sonrojó al comprender la admiración que le había causado aquel hombre, que cabalgaba con suma destreza, de pelo ensortijado, barba tupida de al menos un par de días y piel tostada por el sol. El jinete llevaba como simple indumentaria unos vaqueros bastantes desgastados y una impoluta camisa blanca remangada casi hasta el codo, de la que únicamente llevaba dos botones abrochados dejando parte de su pecho al descubierto al antojo de cada cabalgada. Él, que llevaba las riendas asidas con la mano izquierda y la derecha apoyada sobre su muslo con cierto aire de arrogancia, no fue consciente de que ella lo espiaba discretamente ansiosa por descubrir hacía donde se dirigía. Para su sorpresa se detuvo en la casa que lindaba con la parte trasera de su propiedad, abrió el portón y ambos, jinete y caballo, entraron al paso dejando bien claro que, tanto amo como animal, estaban muy compenetrados. Súbitamente, Nora se sintió vigilada. Giró su cabeza hacia la

vivienda vecina, al otro lado de la carretera y aunque no se veía a nadie, el movimiento de la cortina de la ventana del segundo piso, le daba pistas suficientes para sospechar que ese anciano malhumorado con el que nunca había cruzado una triste palabra, pero que, sin embargo, presentía su odio y su malestar en las escasas ocasiones en que se había tropezado con él, la había cazado ojeando al vecino y ella a él espiándola... Se asustó, sobre todo cuando dejó volar su imaginación y la idea de que él fuera el asesino empezó a rondar por su cabeza. Si era así, poco tenía que hacer: seguro que sabía que ella conocía su secreto. Convencida de que tenía al asesino por vecino, con el corazón en un puño, cerró la ventana que daba al porche y cojeando por el dolor que percibía en los pies, regresó de nuevo a su dormitorio languideciendo.

En tanto subía las escaleras analizó su existencia. Después de su traumática vivencia, aún le seguía sorprendiendo cómo se podía truncar la vida en milésimas de segundos. Ella, que había sido tan feliz, todavía le costaba asimilar su desdicha y su soledad. Y ahora, no siendo suficiente con lo que ya tenía, había tenido la desgracia de estar en el lugar y en el momento equivocado. Había padecido mucho en la vida y de hecho clamaba justicia si existía un Dios allí arriba en el cielo, porque ella ya había cumplido con creces con la parte de sufrimiento que le correspondía para toda la vida, durase lo que durase.

Mientras esperaba a Nico, surgía una idea que ocupaba por completo su pensamiento. Aquella botella que había visto en el despacho le empujaba a imaginar a Clara bebiendo hasta perder el sentido. Nunca había llegado a ese extremo, pero tiempo atrás, ella utilizaba la bebida como válvula de escape sobre todo cuando tenía problemas en el trabajo. Pablo, cuyo fatalismo estaba siempre presente, le auguraba que la bebida la llevaría a la muerte. En aquellos tiempos, había evocado a uno de los personajes más populares de Llanes: la Nixia. No recordaba exactamente el año, pero sí que hacía mil ochocientos y pico, la Nixia era una mujer que vivía de la caridad del pueblo y sobre todo de los tragos a los que era invitada. En una de sus famosas borracheras, quedó en estado catatónico y todos pensaron que había muerto. Iba a ser enterrada cuando despertó, lo que provocó el pánico entre los que, por caridad, la acompañaban en su último momento. Aquella espeluznante situación se había repetido cientos de veces en el cerebro de Pablo, desesperado por perder a Clara y por convencerla de que dejara el alcohol. Pero ella se lo tomaba a risa, le hacía gracia lo exagerado que era su marido.

Sin embargo, hacía mucho que Clara no bebía más de la cuenta, había dejado de hacerlo por su hijo, no por la exacerbada preocupación de Pablo. Nico era la única razón, pues no quería que él la viera embriagada y que, viendo que ella lo hacía, deseara beber hasta la saciedad. Y menos, cuando la moda entre los adolescentes, según había leído en la prensa, era la de beber seis copas en dos horas dejándolos

prácticamente en coma etílico con el deterioro que para su organismo, incluido su cerebro podía sufrir, si es que sobrevivían.

No obstante, pese a que ella no le daba tanta importancia como Pablo, le había supuesto más de lo que imaginaba, no tanto por su fuerza de voluntad, sino porque los clientes insistían en tomarse una copa con ella. Dejarlo le había costado lo suyo, pero lo había logrado y como mucho bebía un par de copas al día. En el restaurante se las apañaba muy bien con un sencillo engaño: había rellenado una botella de *Macallan* con una infusión de té, para recurrir a ella cuando se veía comprometida a compartir un trago una vez superadas las dos copas diarias que se había marcado como límite. Sin embargo, aquella botella de su despacho era whisky de verdad, por lo que a Pablo se le había pasado por la cabeza la idea de que hubiese sobrepasado la barrera. Además, el día anterior, antes de irse a dormir, Pablo la había llamado como era su costumbre desde hacía muchos años y en su conversación había percibido la preocupación a través de su tono de voz, el desencadenante perfecto para que Clara reincidiera. Estaba claro que nadie la daría por muerta como a aquella mujer de mil ochocientos y pico, pero ¿y si al salir en ese estado del restaurante se hubiese acercado al puerto y un traspíe le hubiese empujado a caer al agua?

La repentina imagen de Clara flotando en el agua, desbordó su afligido rostro de lágrimas. Con esa traumática idea rondando por su cabeza, no dejaba de mirar reiteradamente el reloj viendo como pasaban los segundos sin que Nico apareciese. Hasta le dio por pensar que todos sus compañeros de clase ya habían salido salvo él. Estaba claro que tenía que relajarse o acabaría desquiciado. Quizá estaba más alterado de lo que suponía... La serenidad le abordó por unos instantes cuando vio a lo lejos a uno de sus profesores. Era el que le daba la asignatura de Física y Química y antiguo colega de Pablo en su juventud. Sin pensárselo dos veces se aproximó a él.

—¡Hombre Pablo! ¡Cuánto tiempo!

—Sí, mucho —contestó amigablemente.

—¿Qué le pasó a Nico? ¿Cómo está?

—¿Cómo? —contestó con la preocupación reflejada en su rostro.

—A media mañana se marchó... ¿lo sabías no? —dijo ciertamente extrañado.

—No —balbuceó.

—Pues... la ausencia está justificada... Hemos recibido un correo de tu mujer diciendo que no podía acudir a clase porque tenía una consulta médica...

—¿Qué mi mujer ha justificado su falta?

—Sí —contestó cada vez más extrañado.

Pablo comenzó a pasearse masajeando su calva sin alcanzar a comprender las palabras que acababa de escuchar de Félix, para él era inconcebible que Clara y Nico hubieran desaparecido de su vida sin más.

En aquellos momentos no podía hablar con nadie, ni tan siquiera explicar el penoso momento que estaba viviendo, por lo que de la forma más educada que pudo y simulando que no pasaba nada, se despidió de su antiguo compañero y comenzó a

caminar sin rumbo fijo.

La única conclusión a la que llegaba era que su mundo se estaba desmoronando, porque si así fuera, si ellos habían desaparecido de su vida, su existencia ya no tendría sentido. Y para colmo, el tormento que sufría se agudizaba por la ansiedad que le provocaba el bloqueo mental que estaba experimentando: no se le ocurría qué podía hacer, por dónde empezar...

Raquel recibió a su amiga con los brazos abiertos ansiosa porque le contara los pormenores de su cita con De la Fuente, dejar que aliviara sus penas y confortarla en la medida de lo posible; por la exigua conversación que habían tenido, deducía que estaba bastante baja de ánimo. Ella no había perdido el tiempo y con el fin de agasajar a su amiga y con la firme idea de que un buen vino lo cura todo, en cuanto colgó el teléfono, indicó a Joaquín, el camarero, que pusiera a ventear una botella de un excelente caldo de Ribera de Duero. Para acompañarlo, ella misma preparó el maridaje perfecto: un plato con un insuperable jamón de bellota, una pequeña variedad de deliciosos quesos asturianos y tres tipos diferentes de pan que encargaba en la panadería de la Plaza de las Barqueras. Pese a que allí se había gestado su relación con la que había querido hundir su vida y le había costado lo suyo pasar página, aquella era la mejor panadería de Llanes sin lugar a dudas. Y no tenía pensado renunciar al lujo de ofrecer a sus clientes lo mejor.

Aunque Julia no tenía mucho apetito, picoteó de aquí y de allá según iba avanzando en su historia con De la Fuente. Al cabo de un rato su amiga había conseguido su objetivo y ambas estaban distendidas conversando y riendo.

Durante un tiempo la viuda de Ricardo no veía a Roberto con buenos ojos, sospechaba que él lo había dejado morir y le había robado su dinero. Desconocía los detalles del trato entre ellos, solamente tenía la certeza de que Ricardo le había asegurado que parte de la pequeña fortuna estaba en el banco y la otra se la daría en mano a cambio de las escrituras. Esa otra fracción nunca había llegado y ella estaba segura de que Roberto había actuado de mala fe, pero no podía probarlo porque era su palabra contra la de él. Roberto se defendía alegando que la totalidad de la venta la había ingresado en el banco. Él no prestaba atención a los deplorables comentarios que la viuda difundía a los cuatro vientos por todo el concejo. Por el contrario, se mantuvo discreto y muy respetuoso durante los días del sepelio, de forma que con aquella actitud tan correcta sus vecinos desestimaron cualquier comentario que pudiera ir contra su honor. Sin embargo, una vez enterrado, Roberto sentía la impaciencia de iniciar la actividad en el llagar y los arreglos en la casona, por lo que, dejando a un lado la compostura, se puso manos a la obra; había mucho por hacer.

Podía permitirse contratar una cuadrilla para solventar el deterioro de la vivienda, pero no quería ni llamar la atención ni ser ostentoso, sobre todo por el acoso al que se veía sometido por parte de la viuda de Ricardo. Pero no sólo por eso. Le había llegado el rumor de que ella estaba al acecho, muy pendiente de cada uno de sus movimientos y que no cejaría en su intento por demostrar que él era un ladrón y un asesino. Esos argumentos le bastaron para decidirse a contratar a un obrero que poco a poco, para su desesperación, iba poniendo la casa al día.

La mujer de Roberto, Dolores, era algo entradita en carnes pero con unas curvas muy bien definidas. Sus facciones eran suaves de pómulos redondeados, boca perfilada y mirada alegre. Quienes la conocían, hablaban de su dulzura y sobre todo de la condición servicial para con su marido; lógico por otra parte en una fémica de veinticuatro años, hija del farmacéutico de Llanes que había pasado su adolescencia encerrada ayudando a su padre en la farmacia, viudo desde que ella tenía los siete años. Ella había accedido a casarse con él pese a que no estaba enamorada, siguiendo las enseñanzas que su padre intentaba inculcarle, sobre todo en lo que se refería a las obligaciones de una buena hija y esposa. Convencida de la suerte que tenía porque su destino era estar al lado de un hombre acomodado como era él, proveniente de una de las mejores familias del concejo, cumplía a rajatabla con las doctrinas de su querido padre llegando incluso a tener fe ciega en Roberto. Sin embargo, las acusaciones de la viuda de Ricardo le preocupaban pese a que no se dejaba convencer y se negaba a creer que su marido fuese capaz de tales atrocidades. Pero en los años que llevaba casada, en más de una ocasión había sufrido las consecuencias de un mal día. Y una pequeña semilla comenzaba a germinar en su interior cuando, por breves momentos, atisbaba en su marido una

mirada gélida de indiferencia y menosprecio hacia ella que la asustaba.

Cuando, orgulloso, llevó a su mujer a conocer la que sería su nueva residencia en cuanto tuviesen todo listo para realizar la mudanza, Dolores se quedó boquiabierta. Había escuchado miles de elogios respecto a la casa pero nada en comparación con la impresión que se llevó estando frente a ella, contemplándola desde la calle a través de los barrotes de forja de la verja de entrada en la que estaba trabajando aquel hombre con suma destreza sustituyendo la antigua por una nueva en la que se veía claramente las iniciales SM de Sotiello Moreno, los ilustres apellidos de su marido.

Aunque suponía que no se desharía de su cuñado, lo que no le hacía ninguna gracia, las cuatro plantas de aquel edificio conseguirían incluso que pareciesen estar en casas diferentes. O bien pensado, cualquiera de las dos torres que emergían hacia el cielo, desde la fachada principal y desde la posterior, podían ser su refugio particular. Y si no era así, el formidable jardín le permitiría evadirse sobre todo cuando se respiraba esa profunda tensión entre los dos varones y que ella tanto detestaba porque Roberto solía pagar con ella las frecuentes desavenencias que existían entre ellos. Observando extasiada su casa, rogaba, porque pudiera ocupar la habitación que disponía de aquel mirador que ya le hacía sentir la reconfortante complacencia de los rayos de sol atravesando los coloridos cristales. Aunque tampoco desdeñaba cualquiera de las otras habitaciones por los bonitos balcones de forja que había en cada una de ellas. A ella le encantaba observar la naturaleza y la magnitud de aquellos ventanales se lo permitiría.

Atravesaron la verja y avanzaron por el camino de piedra bordeado por el romántico jardín de influencia francesa con parterres llenos de flores de invierno y rodeados de pequeños arbustos que los limitaban, hasta alcanzar la presencia de las dos diosas de bronce, una a cada lado, que custodiaban la entrada principal realizándola con pequeños faroles. Subieron la pequeña escalinata que les llevaba hasta el pórtico suspendido sobre dos columnas de piedra con adornos vegetales y él con ademanes caballerosos, abrió la lujosa y labrada puerta de entrada mientras Dolores admiraba los pequeños y coloridos ventanales que había a cada lado.

Roberto le mostró, pletórico, cada palmo de la casona y ella se dejó llevar por aquel momento de felicidad conyugal agradeciendo su dicha en la pequeña y coqueta capilla que su marido había dejado para el final como colofón al recorrido por las dependencias por las que ella podía discurrir. El llagar era una zona prohibida para ella por ser mujer pero además, y sobre manera, porque aquel era su santuario.

Él, su mujer y su hijo se trasladaron precipitadamente a Villa Concepción, que así se denominaba la casona, a primeros del mes de febrero, dejando atrás la de su padre. Roberto necesitaba estar cerca del llagar, pues durante los últimos meses del año su antiguo propietario, había realizado la recolecta de la manzana e igualmente se había encargado de realizar la compra de otras variedades para mezclarlas con las de su propiedad y así obtener una excelente sidra. Pero a partir de la mayada y

de trasladar el mosto a los toneles, el proceso de elaboración de la sidra dependía de él. Si se equivocaba la sidra no sería buena y el fracaso sería suyo. Su hermano Álvaro no tenía ni voz ni voto.

Álvaro se trasladó a la casona un par de meses después. Sentía la imperiosa necesidad de controlar a Roberto porque conociéndolo como lo conocía, no se fiaba de él.

Durante varios minutos llamó insistentemente al móvil de Nico obteniendo la misma respuesta nítida e impersonal de Movistar que había estado escuchando toda la mañana cuando llamaba a Clara; aquella voz volvía a salir al paso. Eso había multiplicado exponencialmente su nerviosismo, porque les tenía dicho bien claro que quería que sus móviles estuvieran conectados de continuo. Hasta le había exigido a Nico que lo tuviera siempre encendido sin voz por si tenía que hablar con él o enviarle un *whatsapp*, pese a la prohibición por parte de la dirección de instituto del uso de móviles en clase. Constantemente le decía que si tenía algún problema con esa cuestión, ya lo resolvería él con el director del instituto, pero bajo ningún concepto quería que apagara el teléfono. En conclusión: si no lo tenían encendido era porque algo les había ocurrido, porque era imposible que incumplieran esa orden.

Para Pablo la sensación de no tenerlo todo controlado y desconocer dónde estaba su familia era fiel reflejo de su peor pesadilla.

La opresión que sentía era ya tan fuerte que su respiración se hacía cada vez más entrecortada y desacompañada. Percibía como se le nublaba la vista, lo que le hacía sospechar que el oxígeno no le estaba llegando bien al cerebro. Él era una de esas personas que no le gustaba ir al médico y que, en su defecto, consultaba todos sus males por *internet*. Allí encontraba su consuelo o desconsuelo, según el caso, para nutrir sus indoctos conocimientos con las explicaciones médicas que encontraba en diversas páginas a las que incluso estaba suscrito. Sabía lo que le estaba pasando y su diagnóstico era un cuadro de ansiedad agudo. Y la receta que todo lo curaba era tomarse una de las pastillas de Clara. Iría a casa, se tomaría Lorazepam y seguidamente iría a cursar la denuncia por desaparición de Clara y de Nico.

A Pablo, solo de imaginar su siguiente paso se le encogía el alma. Pensando en ello, rompió a llorar como si fuera uno de sus alumnos de infantil cuando se desprende de su madre en los primeros días de cole.

Cuando volvió a escuchar el timbre del teléfono, San Román deseó que no volviera a sonar el resto del día. Había jornadas en las que no paraba y esa era una de ellas, lo que no le disgustaba en absoluto, pero le impedía avanzar en otras tareas administrativas que le habían encomendado y eso la ponía ciertamente nerviosa.

—Cuartel de la Guardia Civil de Llanes, buenos días...

—Buenos días, soy Daniel González, del 062. Hemos recibido un aviso de avistamiento de un cuerpo flotando en el mar en la zona de Niembro, hacia los acantilados contiguos al puerto.

—Buenos días Daniel. Enseguida enviamos una patrulla de seguridad. Muchas gracias —dijo por cortesía San Román.

El cadáver había sido encontrado por una familia de excursionistas que habían decidido utilizar la zona recreativa y que, desde una de las mesas con las que estaba equipada y cuyas vistas daban directamente al Cantábrico, habían descubierto el cuerpo inerte muy próximo a un acantilado ondeando a ritmo de las olas de un mar que se había encrespado.

En escasos minutos una patrulla de la Guardia Civil estaba aparcando en el exiguo puerto de Niembro. Un hombre de mediana edad y con evidente aspecto de turista se acercó a ellos con el rostro desbordado por la impresión.

—Buenos días —dijo con respeto—, soy el que ha dado el aviso. Si suben por la colina hacia la zona recreativa lo verán fácilmente, desde aquí no se ve —aclaró.

Alfredo Bustillo, un veterano guardia que con los años permanecía en forma por su abigarrada pasión por el culto al cuerpo y su afición a la media maratón, tomó las riendas.

—Sotres, que nadie más acceda al área recreativa —ordenó a su compañero—. Buenos días —dijo volviéndose hacia el turista—. Soy el guardia Alfredo Bustillo del Cuartel de Llanes. ¿Cómo se llama usted?

—Diego Sánchez —respondió algo nervioso.

—Bien Diego, ¿sería tan amable de acompañarme hasta la zona desde donde se puede avistar el cuerpo?

—Por supuesto, sígame —respondió solícito.

Ascendieron unos metros colina arriba hasta alcanzar la segunda mesa de picnic que ofrecía el área recreativa y bordearon una veintena de personas que fisgoneaban ante la escandalizada alerta que ellos y otros turistas habían dado y que, morbosas, no atendían más que a la curiosidad de visualizar el cuerpo poniendo incluso en peligro su vida si hacía falta.

—Atrás por favor —comenzó a decir Bustillo alejando a la gente del lugar—. Despejen la zona. En esta área está restringido el paso —advirtió—. Por favor —rogaba mientras iba sujetando a los que no se daban por aludidos mostrándoles el camino para descender.

El turista que lo acompañaba recorrió prudentemente unos pocos metros hasta el precipicio, se hizo a un lado para dejar espacio en primera fila a Alfredo y señaló hacia abajo.

—Ahí está.

Flotando en el mar, muy próximo al acantilado, se encontraba el cuerpo boca abajo. Bustillo oteó la zona buscando la posibilidad de descender hasta el agua. Rápidamente encontró una vía por la que el acceso parecía menos complicado.

—¿Está usted de paso? —dijo volviéndose al turista.

—Pues no. Estoy alojado en un hotel en Llanes, Hotel La Mansión, pasando unos días —contestó amablemente.

—¿Y tiene pensado moverse de la zona?

—No, no. Hacemos excursiones por los alrededores... Hay mucho que visitar —respondió con un mohín.

—Bien. Necesito que me dé su número de móvil, mis compañeros tendrán que hablar con usted.

—Sin problema —contestó. Seguidamente se lo dictó para que Bustillo lo anotara en la libreta que acababa de sacar.

—Si decide moverse del municipio antes póngase en contacto con el Cuartel para comunicárnoslo —solicitó mientras le facilitaba el número de la centralita.

Bustillo descendió con el turista y lo acompañó hasta el diminuto aparcamiento donde se encontraba su mujer y su hija.

—Muchas gracias por su colaboración Diego —le dijo mientras le daba la mano para despedirse de él—. No se olvide de comunicarnos si piensa moverse de Llanes.

—Sí. No se preocupe.

En tanto veía a la familia alejarse en su coche, Bustillo le daba vueltas a los siguientes pasos.

—Voy a bajar —le dijo a su compañero en cuanto estuvieron lo suficientemente alejados de un grupo de curiosos que merodeaba por los alrededores.

—¿Estás loco? ¡Es peligroso! —bramó Sotres.

—Desde arriba he visto una bajada que parece buena. Además, tarde o temprano tendremos que hacerlo —justificó— y a pesar de los años, estoy más en forma que tú —dijo sonriendo—. Desconocemos si el mar arrastró el cuerpo hasta la orilla o si se ha precipitado al vacío desde el acantilado, los de la judicial y la forense tendrán que investigar si se trata de un accidente o no; ese trabajo les toca a ellos. Pero no podemos arriesgarnos a que el mar se engulla el cadáver, cada vez está más bravo y es fácil que eso ocurra si no hacemos algo. Empecemos por acordonar la zona —habló con la voz de la experiencia—. Con tal de curiosear la gente se pone en peligro asomándose sin control; además tenemos que preservar la zona por si acaso.

—Sí. Tienes razón —reconoció Sotres al que se le notaba más de la cuenta la poca práctica que aún tenía—. Bajo contigo.

—No. Tú vete llamando a Salvamento Marítimo, eso es lo primero —dijo sin dar más explicaciones—. Luego acordona la zona y controla a los que se van acercando a husmear.

—De acuerdo —contestó sin más.

Sin dilación, Sotres cogió la cinta a rayas blancas y verdes de la parte trasera del coche, mientras Bustillo inició la bajada, primero sorteando la maleza y posteriormente los peñascos que discurrían por el acantilado más próximo al mar. Por un momento perdió el equilibrio llegando casi a caer de no ser por su habilidad para

agarrase a una de las rocas. Tambaleándose por el musgo que enraizado en las piedras le hacía resbalar peligrosamente, se adentró en el mar casi hasta la rodilla. Con suma precaución, agarró el cuerpo por la ropa y empeñó toda su fuerza en darle la vuelta con la absurda esperanza de que aún respirase.

Sus ojos se detuvieron en la imagen pétreo de porcelana de aquella mujer, quedándose inmóvil y observándola ante la desagradable sorpresa de lo que estaba viendo. No se necesitaba ser un experto para darse cuenta de que aquella muerte había sido violenta; los arañazos repartidos por los brazos, los jirones y los botones que faltaban en su camisa eran más que suficientes para llegar a la deducción de que estaban ante un homicidio. Con gran esfuerzo por el peso inerte de su cuerpo, le dio la vuelta de nuevo alertado por algo que inicialmente llamó su atención pero que no se detuvo a comprobar, verificando lo que sospechaba: tenía una profunda herida a la altura de la nuca.

Bustillo dudó sobre la decisión que tenía que tomar. Si soltaba el cuerpo antes de que llegase Salvamento Marítimo, las olas podían arrastrarlo y llevárselo a una zona que les complicara el rescate, pero sujetarlo suponía un esfuerzo que a pesar de sus horas de gimnasio, no tenía claro que pudiera realizar durante mucho tiempo a tenor del fuerte oleaje y de la resaca. Maldijo para sus adentros que la mar se hubiera embravecido a lo largo del día y la inestabilidad por el musgo resbaladizo de las piedras sobre las que estaba.

Por otro lado, tenía que informar al Cuartel para que sus jefes pusieran en marcha el protocolo en caso de homicidio y eso no podía esperar. Estaba dándole vueltas a todas esas cuestiones cuando de pronto escuchó su nombre.

—¡Bustillo!

Se giró y, a medio camino, vio con alivio a su compañero mientras, agarrándola tan fuertemente como le era posible, aguantaba una embestida de la mar.

—¡Llama al Cuartel! —gritó— se trata de un homicidio.

Sotres quedó perplejo hasta el punto de que Bustillo tuvo que repetir la orden.

—¡Sotres! ¡Es un homicidio! —gritó por encima del embravecido mar—. ¡Avisa al Cuartel!

En esa ocasión reaccionó para alivio de su compañero, sobre todo, porque en un homicidio, el tiempo siempre corre en contra.

Aunque pareciera absurdo, Sotres sintió la necesidad de voltearla de nuevo dejando que su rostro estuviera fuera del agua. La volvió y se quedó mirando para aquel rostro inerte. La imagen viva de aquella chica acudió a su mente. La conocía pero le costaba recordar de quién se trataba. Sotres intentaba evocar dónde la había visto mientras luchaba contra la voracidad del mar. En poco tiempo, le faltaban las fuerzas para sujetarla con seguridad por la bravura con la que el mar se la quería llevar. Con la mano bien asida a la ropa de la chica, miró a un lado y a otro buscando en la orilla algo a que agarrarse cuando por entre los silvestres sonidos de la naturaleza que le rodeaba se coló uno que parecía el ruido de un motor. Con ansia

oteó el horizonte rogando porque los de Salvamento hubiesen sido tan rápidos como era habitual en ellos. Aliviado cuando la identificó, se centró por luchar contra la resaca que echándole un pulso arrastraba el cadáver mar adentro.

La comida que estaba disfrutando con Raquel estaba siendo de lo más entretenida, hasta que, para su desdicha se vio interrumpida en el mejor momento. La conversación había derivado en un intercambio de elocuentes historias basadas principalmente en aventuras con chicos en su época universitaria que las ayudó a conocerse un poco más y a pasar un rato entre risas de los que suelen escasear.

—¡Vaya! —dijo en cuánto cogió el móvil— es una llamada del Cuartel, ¡qué raro! Tengo el día libre —comentó extrañada—. ¿Sí?

—Buenas tardes, Posada.

—Qué tal, San Román, ¿pasa algo?

—Pues la verdad es que sí, de no ser así no te llamaría, pero la cuestión es que el capitán ha cancelado todos los descansos, quiere que vengas al Cuartel de inmediato —comunicó pesarosa por lo que acababa de decirle.

—Pero... ¿ha pasado algo?

—Sí. Se ha encontrado el cuerpo de una mujer con signos de violencia en el mar, en Niembro. En estos momentos la están rescatando —explicó.

—Voy para allá —contestó sin dilación—. Me reclaman en el Cuartel, luego te llamo —le dijo sospechando que probablemente no tendría tiempo para hacerlo en unos cuantos días.

Agradecida por el grato momento que había disfrutado con su amiga, Posada se despidió de ella con un caluroso abrazo que lo decía todo y sin darle explicaciones, evitando así adelantar acontecimientos y cumpliendo con el sigilo profesional, se subió al coche y se marchó.

Posada era una de esas personas a las que le perjudicaba seriamente su excesiva empatía. Era capaz de interiorizar los sentimientos de los demás hasta el punto de hacer suyo el problema de otros, lo que le hacía sufrir en más ocasiones de las necesarias. De camino no había dejado de pensar en Pablo, estaba muy preocupado por su mujer y a la postre estaba segura de que aquel pobre hombre tenía motivos para estarlo. Algo le decía que era mucha casualidad que encontrasen el cuerpo de una mujer en el agua y que Pablo estuviese preocupado porque la suya no hubiese dormido en casa.

No estaba preparado para sobreponerse a la sensación de vacío que albergaba su casa. Cuando Pablo entró en su apartamento y cerró la puerta tras de sí, el silencio, la soledad y la certeza de que desconocía el paradero de su mujer y de su hijo le aterrorizó hasta tal punto que empezó a sentir la necesidad de dejarse llevar por la

locura, por no mantener la calma. Ese era el camino fácil y la tentación de cogerlo rondaba por su mente. La idea de no volver a verlos no era algo para lo que estuviese preparado, ni quería estarlo.

Desesperado, corrió hasta la cómoda de su habitación, con los nervios a flor de piel, sacó la caja donde Clara guardaba los medicamentos y cogió una de sus pastillas. Se acercó a la cocina, abrió la nevera y bebió a morro de la botella de agua mineral mientras se la tragaba.

Él percibía desde el principio que algo le había pasado. Sabía que Clara, su Clara, no podía desaparecer sin más. Pero además estaba Nico y que él también estuviera desaparecido le hacía dudar hasta de él mismo. ¿Podía ser que ambos huyesen de él? —se preguntaba—. Muchas veces le habían recriminado su excesivo control, su necesidad de tenerlos cerca y de saber en todo momento donde se encontraban. Pero no era por antojo —se decía— simplemente tenía miedo a perderlos y la única forma en la que conseguía apaciguar ese pavor era vigilando donde estaban.

Con las lágrimas arrollando por su mejilla, Pablo se mofó de sí mismo soltando una irónica carcajada: al final su mayor preocupación se había hecho realidad, toda la vida luchando para que eso no ocurriese y a la postre no había podido evitarlo...

Reconocía que los presionaba en exceso, pero era por lo mucho que les quería. Su relación era buena, él lo notaba, y con Nico, aunque tenían fuertes enfrentamientos, y últimamente estaba bastante rebelde, se podía llegar a entender sobre todo cuando no lo presionaba y lo dejaba un poco a su aire. A la postre, era un buen chico o al menos eso creía... ¿Se habrán hartado de él? ¿Estaría todo orquestado para abandonarlo? No, ellos nunca me harían eso —se decía insistentemente—. Eran una familia y como tal tenían momentos mejores y peores, como todas, pero la idea de que huyesen de él le parecía insultante.

Con las manos apoyadas en la encimera y la cabeza hundida entre los hombros procurando serenar su respiración sentía tal impotencia por no tener noticias de los suyos que, mientras permanecía en la misma postura, pero con la mirada fija en el balanceo de las barcas que estaban amarradas en el puerto deportivo, languidecía pensando en ellos. Esos pensamientos llenaban su mente.

Lo que más le imponía era pensar que por algún desconocido motivo, él sabía que algo les iba a ocurrir y por ello luchaba por mantenerlos cerca. El pánico que siempre había tenido porque les pasara algo, había llegado, parecía como si hubiese tenido una premonición y por ello se hubiese vuelto tan maniático. Sí, seguramente a eso se debía su debilidad por controlarlo todo —se decía. Pablo se sorprendió de lo convencido que estaba de aquella teoría que de pronto había surgido de su mente. Fue entonces cuando comenzó a asaltarle la gran duda: ¿cómo podía saberlo?

Permaneció sumida en sus tortuosos pensamientos durante un buen rato incapaz de moverse, en parte por el dolor físico, que aun habiendo disminuido seguía

sintiendo, en parte por el invisible pero pertinaz dolor de su corazón.

Aunque los días de Nora se sucedían aislada entre los muros de su finca, en pocas ocasiones se quedaba encerrada en la casa y menos en aquella estación. Pasaba muchas horas en el jardín. Una afición inculcada desde pequeña por su abuela y que, por otro lado, le ayuda a matar el tiempo cuando no estaba diseñando una página web o la imagen corporativa para algún cliente captado, eso sí, de forma *online* o a través de las empresas con las que colaboraba, ya que bajo ningún concepto conocía en persona a sus clientes. El resto del tiempo lo dedicaba a fotografiar la naturaleza y a leer, sus otras aficiones que le ayudaban a pasar el tiempo. Para cualquiera de sus ocupaciones, siempre estaba al aire libre. Hasta cuando el tiempo era frío y desapacible permanecía en el porche bien abrigada, como había ocurrido en los primeros días de julio. Incluso tenía previsto continuar haciéndolo cuando llegara el invierno, tapada con alguna manta y al calor de la estufa de pelet que había instalado recientemente en uno de los laterales del porche, aprovechando la pequeña reforma que había hecho antes de su traslado.

Sin embargo, aquel día casi podía decirse que no había salido de su habitación. La situación que estaba viviendo la tenía acorralada y la evocación a oscuros pensamientos llenaban su tiempo.

Repentinamente recordó lo que solía hacer para huir del persistente reconcomio que dominaba su mente con esas martirizantes ideas: ponía esa canción *Please forgive me*, de Bryan Adams a todo volumen. En el pasado esa canción le hacía llorar, pero al menos lloraba por lo emotiva que era y no porque sintiera rotas sus entrañas. A la postre, el alto volumen a la que la escuchaba y por supuesto la conmovedora balada expulsaban los malos pensamientos de su cerebro. Y en ese momento lo necesitaba. Aunque, por otro lado, no estaba segura de que le diese el mismo resultado para su incapacidad de derramar esas lágrimas que tanto la habían ayudado a desahogar y aliviaban su dolor tiempo atrás.

Sin dilación se levantó de la cama, cogió la *tablet* que tenía apoyada en la mesita, entró en *YouTube*, escribió el título de la canción, se puso los auriculares, cerró los ojos y dejó que aquella música inundara su alma: primero el piano, luego la voz y finalmente ambos acompañados por la guitarra eléctrica.

Escuchó la canción una docena de veces con las pulsaciones aceleradas, hasta que finalmente la emoción que le transmitía Bryan Adams venció la negrura de su corazón.

Al entrar en el Cuartel Pili y Posada se saludaron con el abatimiento marcado en sus rostros. Llanes era una villa costera muy turística que en poco tiempo había tenido dos asesinatos y, en aquel momento, por las noticias que habían recibido, se encontraban ante un tercero. Entre ambos momentos había mediado un escasísimo período de tiempo.

El capitán Naves había ordenado que el reducido equipo de la Judicial del que disponía desde el desgraciado final de uno de sus miembros y la baja médica del jefe de Policía Judicial y mano derecha, estuviese listo para acudir al puerto de Llanes, lugar donde los de Salvamento Marítimo depositarían el cadáver y donde lo recogería la funeraria para llevárselo a Oviedo al Instituto Anatómico Forense para realizarle la autopsia. Pero a pesar de las prisas con las que los había reunido y en el caso de Posada, cancelarle el descanso, tuvieron que esperar a que él diese señales de vida durante al menos una hora en la que casi continuamente había permanecido colgado al teléfono. Ni tan siquiera Pili San Román, con su conocida habilidad para manejar al capitán había conseguido que él la atendiese. Cuando Naves asomó la cabeza de su despacho, los ánimos habían comenzado a crisparse al ver cómo el tiempo pasaba sin más. Posada empezaba a pensar que la única pretensión del capitán era la de simplemente tenerlos bajo su poder, a sus órdenes o incluso a su antojo, porque en aquellos momentos tan cruciales le parecía imposible justificar la inactividad que a su costa estaban teniendo.

Sin embargo, estaba muy equivocada.

La patrulla que se había acercado a la zona había identificado a la víctima y confirmado sin duda alguna que se trataba de un homicidio, en cuyo caso, la Comandancia de Gijón era la responsable de la investigación, por lo que sin perder tiempo y satisfecho porque volcaba la responsabilidad en un superior, dedicó largo tiempo a charlar con el Comandante y menos a tratar el tema por el que realmente urgía la llamada. Resuelto ese tema, se dispuso a solucionar la otra parte que tanto le pesaba. La inseguridad del capitán en todo lo que concernía la operatividad de un caso de esas características, la escasa confianza que tenía en su equipo pese a la profesionalidad que habían demostrado al colaborar activamente en el caso del hotel un par de meses atrás y el hecho de que con el verano de por medio se había retrasado la sustitución de García, su mano derecha y hasta la fecha Jefe de la Policía Judicial, le hacía tener que soportar un peso mayor del que era capaz de tolerar. Le hacía sentirse responsable. Dedicó una buena parte del tiempo a hablar con Emilio García, pese a que continuaba en reposo por prescripción médica. Su opinión era clave sobre todo por su enorme capacidad para organizar una investigación sin dejar cabos sueltos. Ante los escasos conocimientos del capitán en una investigación criminal, cuestión de la que nunca se había preocupado con García a su lado, necesitaba que él lo instruyera, porque él bajo ningún concepto quería quedar en evidencia ante su gente. El capitán lamentaba casi a diario que su futuro dentro del Cuerpo se viera truncado de esa manera, ya que en un porcentaje muy elevado, no podría volver a trabajar. Y él lo echaba de menos.

Llanes, 1971

En la primera luna menguante de abril, Roberto estaba tan ansioso por conocer el resultado de su primera producción que contrató al mejor catador de la zona para, entre los dos, a puerta cerrada, realizar la primera cata. La conclusión en tan temprano momento era que se iba a obtener una sidra de excelente calidad. Su anterior propietario, que había iniciado el proceso, sabía lo que se hacía. Roberto, desbordado de felicidad, le propuso contratarlo como capataz del llagar, asegurándose así una producción insuperable, además de evitar que la pericia de Antonio sirviese a otros lagareros.

Antonio Romero se había formado en la Escuela de capataces de Villaviciosa y tenía amplios conocimientos como para ser él mismo quien llevase un llagar. Sin embargo, no tenía los recursos suficientes y ello le obligaba a tener que conformarse con ser un simple empleado. Su aspecto era ciertamente agradable. Aunque no se podía decir que fuera hermoso, su cara ovalada, su tez morena y sus vivaces ojos, forjaban un rostro interesante. Pero lo que realmente le aportaba algo era su estilizado cuerpo y sus andares rítmicos, observados por el rabillo del ojo de muchas mujeres. Él no prestaba atención a esas miradas fugaces, sin embargo, sentía algo muy diferente cada vez que la veía a ella, algo que le hacía quedarse mirando a Doña Dolores y que le costaba disimular cada vez más. Había intentado evitarlo, pero le era imposible.

Cuando Álvaro se enteró de la contratación de Antonio y sobre todo, de la cata que ambos habían realizado a sus espaldas, entró en cólera. Su hermano lo ninguneaba continuamente y ese era motivo perpetuo de desavenencias entre ellos. Roberto, que no consideraba ni tan siquiera la posibilidad de tener que informar a su hermano de cada uno de los pasos que daba se enfurecía con él, pero no le mostraba su enfado porque era tan avaricioso, que pese a que guardaba en la caja fuerte el dinero que le había robado a Ricardo, pretendía que Álvaro siguiera haciendo los desembolsos necesarios para sacar adelante el llagar y finalizar los arreglos de la casona. Sin embargo, Dolores no contaba con esa suerte y él desahogaba su furia con ella.

Unos golpecitos que provenían del piso de abajo la asustaron.

Para acceder a la casa había una verja con barrotes de hierro forjado, flanqueada por dos columnas macizas, desde la que se podía divisar la finca casi por completo. En la columna derecha, Nora había instalado un pulsador con un potente timbre que se escuchaba desde cualquier rincón de la casa, sobre todo desde que descubrió que podía evitar relacionarse con el resto del mundo haciendo sus compras por *internet* y que, claro está, si quería que los paquetes no danzasen semanas enteras por los almacenes o las furgonetas de reparto, tenía que ponérselo fácil al mensajero.

Sin embargo, no había oído que timbraran y por el contrario, tenía una persona aporreando la puerta. No recibía visitas, salvo las de los repartidores y si fuera el caso, la del cartero, y para ello había un buzón que ella misma se había ocupado de colocar bien visible, justo en el muro de al lado de la verja, debajo del pulsador. En la casa no había timbre, ni picaporte, ni nada similar. Si alguien quería llamar, la única opción era esa: golpear la puerta.

Por la cabeza de Nora pasaron miles de tormentosas ideas... Precisamente en aquel momento tan dramático, precisamente cuando ella sentía la necesidad de ocultarse más que nunca, precisamente ese día llamaban a la puerta... Habían pasado varios meses desde la última vez que alguien alcanzaba la entrada de su casa y a todas luces parecía demasiada coincidencia como para sospechar que la persona que estaba abajo esperando a que alguien le abriese, estaba relacionada con lo ocurrido en la ensenada. Demasiada casualidad...

El capitán Naves había escuchado atentamente las cuatro claves que Emilio García consideraba necesarias e imprescindibles para que la situación no se le escapase de las manos. Con la lección bien aprendida y con la certeza de que su mejor opción, al menos hasta que llegase el experto de Gijón, era la de seguir al pie de la letra sus indicaciones, respiró hondo y recordó el paso número uno de la lista que García le había dado.

Mientras tanto, a pesar de que la lancha de Salvamento Marítimo había tardado poco tiempo en llegar donde se encontraba el cadáver, la fiereza del mar impedía que se aproximara lo suficiente por lo que la posibilidad de fondear la lancha tan cerca del acantilado no era tarea fácil. Finalmente, dos de los tripulantes, se tiraron al agua con la camilla de rescate y tras luchar contra las enfurecidas olas hasta llegar cerca de la orilla donde estaba Bustillo, se hicieron cargo de la situación.

Regresar al barco y embarcar el cuerpo también les había llevado su tiempo. Avanzaban cada vez que la ola había pasado, pero volvían a retroceder cuando arremetía la siguiente en pleno auge de la subida de la marea. Todo ello había supuesto que las tareas de rescate habían resultado bastante trabajosas llevándoles más tiempo del que inicialmente tenían previsto.

El capitán Naves estaba preparado para dar las oportunas órdenes. Inflado como un globo, sintiendo que dominaba la situación, convocó al equipo de la Judicial a través de una llamada interna que realizó a Pili. Con el ambiente algo crispado por la espera, todos los que formaban el equipo: Posada, Herrera y López, entraron en su despacho. Con un tono dominante y seguro, les dio unas breves explicaciones de la situación en la que se encontraban y organizó a su equipo siguiendo fielmente las indicaciones de García, antes de que se pusieran en marcha hacia el puerto.

Cuando terminaba orgulloso su discurso, Pili golpeó la puerta y seguidamente se asomó para darle el último parte, como si todo hubiera estado así organizado. Naves

henchido por lo bien que estaba llevando la situación, le dio pie a que comunicase su mensaje con un movimiento afirmativo.

—Capitán, acaban de comunicar que ha finalizado el rescate y que se dirigen hacia el puerto. La juez y la forense están de camino. En un principio la juez había delegado en Merche, pero en cuánto le confirmamos que estábamos ante un homicidio y nuestras sospechas de quién se trataba ha decidido acompañarla. Además, parece ser que la conoce —aclaró haciendo evidente referencia a la muerta.

—Bien. Pongámonos en marcha —ordenó mientras para sorpresa de todos cogía su gorra y se la ajustaba—. Voy con ustedes, es un caso de suma importancia que requiere de mi presencia —dijo con solemnidad.

El capitán quiso acercarse al puerto con los demás, pero su interés era otro muy diferente al concerniente al caso.

Se oyeron de nuevo los golpecitos en la puerta... Nora, muerta de miedo, se fue levantando lentamente de la cama en la que aún seguía postrada, intentando evitar el más mínimo ruido, pues quería hacerle creer, a quién fuera que estuviera en la entrada, que no había nadie en casa. No tenía intención de abrir, pero se sentía en la obligación de descubrir de quién se trataba. Pasó por delante del espejo del tocador antiguo que había pertenecido a su abuela y que ella conservaba con esmero. La imagen que se proyectó en él la impresionó. Era el reflejo de alguien descuidado y completamente desaliñado. Desde que su vida se vio truncada por aquel momento fatídico, ella se había olvidado aposta de cuidar su aspecto, pero aquella imagen era impactante e inesperada. Había llegado a un extremo que jamás se hubiera imaginado. Como si se tratara de un acto reflejo, se acercó al tocador, cogió una goma para el pelo que tenía apoyada en una bandejita de porcelana blanca y como pudo se lo sujetó en cola de caballo. No arreglaba gran cosa, pero así dejaba de escuchar en su cerebro que ese era el primer síntoma de que no estaba bien y al menos la imagen mejoraba. Seguido, se acercó al armario y agarró un vestido de tirantes, floreado en tonos azules y que había comprado por *internet* como la gran mayoría de las cosas que poseía, y se cambió. En ese momento una idea pasó por su mente: había abandonado su ropa en la playa y no se había acordado más de ella... ¡Dios mío! —se decía—, ¿cómo había sido tan descuidada?

Preocupada por la laguna que se había formado en su cerebro, no tuvo más remedio que pensar en que más tarde tendría que ir a buscarla, quizá amparada en la noche, cuando escuchó por tercera vez que llamaban a su puerta.

Nerviosa y sumamente atemorizada por la insistencia del que aporreaba la puerta, caminó suavemente por el suelo de castaño para asomarse por uno de los miradores de la casa que daban a la entrada principal. Descorrió lentamente las cortinas, pero no vio nada. De repente, Zac, que hasta entonces había permanecido desaparecido, comenzó a ladrar al lado de Nora. La visita dio un paso atrás y la vio a través de la

ventana. Ella se maldijo para sus adentros por no haber reaccionado a tiempo y no haberse retirado en el momento en que el cocker comenzó a ladrar.

—¡Buenas tardes! —escuchó a gritos.

Apoyada en la pared contigua al mirador con los ojos cerrados por el pánico, sintió un respingo que avanzó por todo su cuerpo. ¿Y si era el asesino?

—Soy su vecino —se oyó.

Eso la ponía en un aprieto aún mayor... ¿Y si se trataba del huraño de enfrente al que había cogido espiándola?

—¡Tengo que hablar con usted! ¡Será un momento!

Pero no podía ser —reconvino—. La voz sonaba joven y amigable y lo poco que había observado cuando él se había asomado confirmaba su instinto. Así que no podía tratarse del vecino de enfrente.

Ella no quería abrir la puerta, pero dada la situación y la insistencia del visitante, no le quedaba otra que acudir a la llamada.

Nora respiró hondo, notaba el corazón latiéndole a gran velocidad. Su último pensamiento mientras bajaba fue para él. Siempre estaba en su pensamiento... Llegó al recibidor y con el corazón en un puño lentamente abrió la puerta.

—¿Sí? —dijo temerosa.

Zac se escurrió por un pequeño hueco que encontró entre las piernas de su dueña y la puerta y saltó animado alrededor de su visita que sin dudarlo, se inclinó para acariciarlo.

—Buenas tardes. Soy Paco, su vecino. Mi casa es Villa Soledad —se presentó señalando hacia donde estaba su vivienda—. No quería molestarla, únicamente quería comentar con usted que vamos a cortar un roble centenario que, por desgracia, corre peligro de caerse. Durante la tormenta de finales de este invierno ha quedado muy resentido y, a consecuencia, bastante inestable. Me ha costado mucho tomar la decisión, le tengo cariño —le dijo con una mueca como si tuviera que explicarse— y aunque no es el mejor día para hacerlo, no quiero demorarlo más.

Paco se quedó mirando fijamente aquellos grandes ojos temerosos y desvalidos y le embargó un sentimiento protector hacia Nora que incluso a él le sorprendió. Nora percibió esa mirada amable que él le dedicaba.

—El roble está muy cerca de su cierre y parte de sus ramas sobrevuelan su parcela, así que temo que durante la tala pueda ocurrir algún percance. Sólo venía a advertirla y a tranquilizarla. Cualquier desperfecto que pudiera ocurrir o si cayesen restos del árbol en su jardín, yo me encargaré de dejarlo tan hermoso como lo tiene —dijo con ojos sinceros.

Nora estaba totalmente obnubilada. El tal Paco era el jinete que horas antes había visto entrar a lomos de su caballo en la parcela de al lado. Rondaría los cuarenta y pico y si le había impresionado su porte y su físico cuando lo vio cabalgando, ahora le impresionaba aún más, pese a que no era tan guapo de cerca como se había imaginado. No era excesivamente alto ni excesivamente fuerte, pero su cuerpo estaba

muy proporcionado. Su tupido y ensortijado pelo oscuro se percibía claramente pese a lo corto que lo llevaba. La dureza que impregnaban las espesas y bien perfiladas cejas a su mirada, no impedían ver la dulzura que asomaba a sus ojos de color castaño. Su piel morena y la barba bien recortada le daban un aspecto resultón. Y por sus ademanes se veía a un chico educado más bien a la antigua, de los que ya no se estilan pero que en el fondo seducen a todas las féminas.

Los ojos de Nora se desviaron inintencionadamente hacia sus manos. El moreno dejaba clara la evidencia de que no había un anillo de casado, aunque eso no significaba que no lo estuviera. Ella se sonrojó. Aquel atrevimiento no era propio de ella.

—Bien —contestó en el tono más normal que pudo sin lograrlo—. ¿Cuándo tiene intención de hacerlo?

—Siento avisarla con tan poco tiempo. No me di cuenta de que podría ocurrir hasta que me puse a ello. Tengo a los jardineros en casa y se pondrán a talar en cuánto les dé la orden. Sólo están esperando a que yo regrese...

—Gracias por avisar. No se preocupe por mi jardín, si cayese algo, yo misma lo recogeré.

—Aún así, cuando acabemos, si no le es molestia, pasaré por su casa a revisar que todo está correcto.

De un vistazo fugaz, Nora observó como las cortinas de una de las ventanas del segundo piso de su malhumorado vecino se movían. De nuevo la sensación de sentirse vigilada por aquel anciano la inquietó. Pensar que muy probablemente tenía al enemigo por vecino le parecía algo inaudito.

Paco se dio cuenta de que algo la había perturbado y se giró para ver qué podía ser. Pero no vio nada. Ella no quería alargar más su encuentro, por lo que rápidamente finalizó su conversación con él.

—De acuerdo —contestó Nora sin mucha gana, por lo poco que le apetecía tener a alguien rondando por allí amenazando su fortaleza.

—Hasta luego entonces —contestó él dándose media vuelta para marcharse.

El cocker lo acompañó hasta la salida saltando y danzando alrededor de él, como perro guardián no tenía mucho valor. Nora lo había acogido tras ser abandonado por sus dueños, pero por cómo se relacionaba con las personas, incluso los desconocidos, se notaba que en ningún momento había sido maltratado.

El pequeño puerto de Llanes, se introduce serpenteante en la propia villa, acompañado de hermosos y cuidados edificios de arquitectura tradicional que discurren a lo largo de su escasa extensión, siendo espectadores de primera línea de los amarres de las embarcaciones de recreo. La simbiosis entre el mar y la ciudad es perfecta hasta el punto de embaucar a lugareños y visitantes. La lonja se encuentra a mitad de camino entre este y el puerto pesquero que finaliza en una escollera con

cubos de hormigón decorados con vivos colores por Ibarrola.

Tras atravesar el coqueto puerto deportivo, aparcaron los dos todoterreno, uno al lado del otro, en la zona reservada para autorizados, muy próxima a la rula. En uno iba el capitán con el nuevo, Luis Herrera, un hombre de unos treinta y tantos que había solicitado el traslado en cuanto se enteró de que estaba libre esa plaza, buscando un lugar agradable en el que criar a su hija de seis años. Había enviudado hacía tres, y lo único importante en su vida era aquella pequeña con la que pasaba todas las horas que le dejaba libre su trabajo.

Posada y López iban en el otro.

El capitán marcó el paso encaminándose hacia la zona de atraque del puerto pesquero, donde amarraba la lancha de Salvamento Marítimo. De cerca le seguían sus tres acompañantes.

—López, acordone la zona —ordenó secamente—. Herrera, despeje la zona —bramó.

—Sí señor —contestaron ambos casi al unísono.

López se giró desganado por perderse una vez más la parte más morbosa y jugosa de su trabajo. Su afán de protagonismo le acarreaba bastantes tormentos, pues en demasiadas ocasiones se encontraba ninguneado por su capitán. Él se creía mucho más válido de lo que los demás veían y con unos conocimientos que no terminaba de demostrar, porque no le daban la oportunidad que buscaba para hacerlo; siempre le ordenaban los trabajos más tediosos y menos cualificados y por ello estaba de un humor de perros casi de continuo.

Herrera, por su parte, comenzó a disolver grupos de viandantes que se alejaban cuchicheando sorprendidos y desconcertados por ver a la Guardia Civil actuando en aquella zona. Era evidente que algo grave había pasado en el mar y al disgregarlos de aquella manera se les estaba escapando la oportunidad de vivir la experiencia en primera persona para después erigirse como protagonistas ante el resto del pueblo, conocidos o no, narrando todo cuánto habían visto.

Posada caminaba inquieta al lado del capitán no por su trabajo, sino preocupada por lo antojadiza de su imaginación cuando al pasar al lado de un coche le recordó a su guapo sargento. Librando su mente de algo que consideraba absurdo, apuró sus pasos para no quedarse atrás, pues el capitán había apretado el paso tras superar la rula.

Por entre los graznidos de las gaviotas que revoloteaban nerviosas a la caza de algún pez despistado, escucharon un motor que se acercaba al puerto. El ruido disminuyó y seguidamente la embarcación anaranjada hizo su aparición maniobrando alrededor de la dársena hacia donde se dirigían Naves y Posada.

A lo lejos se atisbaba una figura conocida para ambos, especialmente para Posada. Una vez más pensó que su lucidez le jugaba una mala pasada imaginando que aquel era De la Fuente. Pero para su sorpresa no se engañaba: ¡De la Fuente estaba allí! En su mente se entremezclaron dos sentimientos contrapuestos. Uno de

emoción por volver a verlo y por tenerlo de nuevo con ella, pero imperaba el otro, el del desasosiego que le provocaba la certeza de que él estaba allí y que sin embargo no había tenido el detalle ni la necesidad de llamarla para comentarle que de nuevo se verían trabajando juntos en Llanes, porque ya daba por hecho que el tiempo que el capitán había empleado en su despacho era precisamente para hablar con la Comandancia de Gijón y que él era de nuevo el experto enviado para investigar. Habían mediado casi dos horas, tiempo suficiente para al menos haberle enviado un *whatsapp*. ¿Por qué no lo había hecho? —se preguntaba.

Su avance se vio interrumpido por el móvil del capitán. Él se detuvo a contestar. Ella continuó caminando hacia él con un falso paso firme, satisfecha por disponer de unos minutos a solas.

—Buenas tardes sargento —le dijo en un tono que intentó que fuera despreocupado sin conseguirlo.

—Buenas tardes cabo —contestó sin levantar la vista mientras anotaba algo en su libreta.

Ella quedó tan helada como había sido su contestación, mientras por su cuerpo recorría un escalofrío lleno de miedo y desolación. Tenía la intención de preguntarle qué había pasado, por qué ese repentino cambio de actitud con tan solo unas horas de por medio, por qué no la había llamado... Pero el capitán paralizó la ocasión antes de que le diera tiempo a intentarlo.

—Sargento, veo que ha sido usted más eficiente que nosotros —dijo como si la culpa hubiera sido de otros...

Posada sintió que la sangre le hervía. Respiró hondo y procuró relajarse y obviar esos sarcásticos comentarios.

—Mi capitán —contestó a modo de saludo—. Parece ser que se sabe de quién se trata ¿no?

—Y... ¿quién le ha informado de tal cosa? —respondió sorprendido olvidando que él mismo se lo había contado a su superior.

—Mi comandante, señor —contestó De la Fuente más sorprendido aún.

—En ese caso, está bien informado, sargento. No es necesaria la pregunta, ¿no cree? —contestó como si su intención hubiera sido la de darle una lección, evitando así reconocer que se había despistado.

De la Fuente quedó aturdido por unos segundos imperceptibles, pero rápidamente recobró la compostura.

—Mi capitán, le presento al sargento Alfonso Pertierra y al cabo Jesús Martínez, son los técnicos de laboratorio de Gijón que van a realizar la custodia de pruebas —le comunicó cuando ambos se acercaron al pequeño grupo.

—Sargento, cabo —saludó el capitán con autoridad.

Posada no se había percatado de su presencia por lo que, en cierta medida entendía la frialdad con que De la Fuente la había tratado, al fin y al cabo Pertierra y Martínez eran sus compañeros en la comandancia. Ambos habían aprovechado la

oportunidad de disfrutar de la belleza de la costa llanisca caminando por el espigón hasta que visualizaron la barca de Salvamento Marítimo y regresaron para comenzar con su trabajo.

Mientras los de Salvamento Marítimo terminaban de maniobrar, la jueza Carolina, por la que el capitán bebía los vientos, había llegado en su flamante Audi TT negro antracita. Aparcó una vez superada la rula, en el límite de la zona para autoridad portuaria, ya iniciado el puerto pesquero. La jueza no escatimaba en llamar la atención, pues al fin y al cabo era la que mandaba y además, era visible que le encantaba esa posición de poder sobre los demás.

El capitán se envaró y sin perder un instante dejó a los cuatro componentes del equipo y a los dos técnicos de Gijón con la palabra en la boca para ir en su busca.

—Posada, necesito hacerle unas preguntas... acompáñeme —ordenó De la Fuente en cuánto se alejó lo suficiente intuyendo el desconcierto que ella debía tener—. Por ahora creo que debemos mantener lo nuestro entre nosotros, no me gustaría que trascendiera en nuestro trabajo, ¿estás de acuerdo?

—Sí, por supuesto —contestó solícita aunque con los ojos entristecidos.

—Quiero ir despacio y dar muestras de lo nuestro sería precipitar las cosas, ¿no crees? —le explicó con una sonrisa embaucadora y un guiño, mientras se daba la vuelta dando la conversación por finalizada.

Posada tenía un sabor agridulce. En cierta medida estaba de acuerdo con él, sin embargo, su corazón le dictaba lo contrario; le hubiera gustado que su reencuentro hubiese sido de otra manera. Estaba feliz por tenerlo de nuevo con ella y porque volvieran a trabajar juntos, pero le disgustaba que él no hubiera tenido el entusiasmo de llamarla en cuánto supo que volverían a verse. Desde Gijón había unos cuarenta y cinco minutos, tiempo más que suficiente para hacer una llamada. Y por supuesto le hubiera encantado que la recibiera de una manera más cercana, más calurosa. Por contra, parecía como si la intimidad que habían tenido unas horas antes, se hubiese esfumado como por arte de magia, era como si hubiesen dado un paso atrás, pero ¡un paso para atrás de gigante! —se lamentaba Posada. Ella estaba enamoradísima de él y sentía pánico de no ser correspondida.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de un *whatsapp*. Sin demora, echó mano al bolso de su chaleco para leerlo. Era un mensaje de De la Fuente. Nerviosa pulsó la aplicación:

Alojado con Raquel y Álex.

En cuanto supo que tenía un nuevo caso en Llanes, De la Fuente también supo dónde se alojaría: en el Palacete Valverde que Raquel, la amiga de Posada, y Álex habían rehabilitado con la idea de explotarlo como alojamiento turístico y que había sido el centro neurálgico de su anterior caso.

Ella quedó ciertamente sorprendida y sin saber qué decir escudriñaba por su cerebro una respuesta, pero le costaba dar con ella. Quizá porque tenía que dilucidar

entre lo que su alma anhelaba o lo que emergía cada vez con más fuerza en su cabeza. Después de lo que habían vivido la noche anterior y durante incluso ese mismo día, la postura que él había tomado la tenía desconcertada e incluso enfadada. Estaba bien que quisiera ocultar su incipiente relación a los demás, pero la frialdad con la que la había recibido le recordaba el momento en que comenzaron a trabajar juntos, cuando él se mostraba tan arisco con ella. Finalmente decidió que ese no era el lugar ni el momento de pedir explicaciones, así que contestó:

Buena idea.

A pesar de que sentía una espina clavada en su corazón, Posada se armó de valor y en su afán por ser merecedora del puesto de jefe de la Policía Judicial, al que sustituía momentáneamente, aunque el capitán le impedía ejercerlo en su ánimo de acaparar todo lo que se organizaba en su Cuartel, aparcó sus pensamientos, pasó página y sin más se centró en el trabajo. Además, esperaba disfrutar de algún momento a solas con él y estaba segura de que ahí podría ratificar a ciencia cierta si las cosas continuaban por el buen camino o si por el contrario, la idílica aventura que habían vivido, no era más que eso, una aventura.

Entretanto, los expertos de Salvamento Marítimo atracaron el barco y sacaron el cuerpo inerte en escasos minutos ayudados por el equipo que esperaba.

Cuando el capitán llegó a la altura de Carolina vio para su desgracia que venía acompañada de la médico forense. Él ansiaba disponer de unos minutos a solas para lanzarse al vacío y proponerle una cita. Sin embargo, la presencia de Merche García, reventaba sus planes. Llevaba mucho tiempo meditándolo y aunque le parecía una mujer inalcanzable para él, verla prácticamente a diario le estaba matando. En algunas ocasiones había deseado no tener que tratar con ella, incluso lo había intentado, todo por el bien de su corazón que estaba locamente enamorado. Sin embargo su voluntad no era tan fuerte como para renunciar a ella teniéndola tan cerca, por lo que había llegado a la conclusión de que tenía que buscar el momento para confesarle su profunda admiración. Llevaba semanas en ello, pero o bien ella o bien él se veían continuamente rodeados de gente. La decepción por verla acompañada se dejó reflejar en su cara.

—Buenas tardes capitán —dijo ella mirándolo fugazmente.

—Buenas tardes Carolina, Merche...

Merche, la médico forense, únicamente levantó la cabeza en señal de saludo. No pretendía ser descortés, pero le instigaba tanto acercarse al cadáver que carecía de tiempo para nimiedades tales como entablar una conversación que, por otro lado, consideraba intrascendente en aquellos momentos.

Algo apresurada, se acercó al lugar donde Salvamento Marítimo había depositado el cadáver.

Con ello, Naves y Carolina se quedaron a solas. Sin embargo el capitán no era capaz de iniciar una conversación que le llevase a la cuestión que él quería abordar.

Así que, durante un rato hablaron sobre los pocos detalles que tenían hasta el momento de una manera bastante fría y distante. Inesperadamente, todo cambió cuando el capitán, en su afán por llamar la atención de la jueza y demostrarle su buen hacer, se arriesgó a desvelar a quién pertenecía el cadáver cuando ni tan siquiera estaba confirmado al cien por cien.

—Eso me han dicho, pero... ¿está seguro? —preguntó con la esperanza de que le dijera que no.

—En un porcentaje muy elevado...

El sonido del *whatsapp* del móvil de Carolina desvió su atención. Sacó el móvil de su bolso y lo leyó.

Es ella

Aquellas escasas palabras calaron en Carolina como un jarro de agua fría y pese al apuro que le daba mostrar sus sentimientos al capitán, sintió la imperiosa necesidad de liberar la congoja que le hacía padecer aquel intenso dolor en su garganta, dejando por una vez en su vida que los sentimientos aflorasen, explotando en un baño de lágrimas. Viendo su reacción, Naves dio un paso hacia ella y la abrazó arrojando con su enorme cuerpo el de ella.

En contraposición, él estaba jubiloso. La sensación que su alma experimentó al sentirse tan cerca de ella era algo indescriptible. Miles de veces había soñado con abrazar a Carolina, pero nunca hubiera imaginado que aquella sensación, fuese tan gozosa para él, pese a la profunda tristeza que ella transmitía.

Pasados unos minutos, ella se separó del cuerpo de Naves y mirándolo a los ojos descubrió algo que hacía mucho tiempo que no veía.

—Tengo que ordenar el levantamiento del cadáver —justificó ella.

—Por supuesto. La acompaño.

Y sin más avanzaron por el puerto hasta el amarre de Salvamento Marítimo.

Llanes, 1971

Roberto era una persona celosa y poco de fiar. En su pasado, había realizado diversos negocios favorables a su economía, no carentes de triquiñuelas. Sabía cómo conseguir que las situaciones corrieran a su favor y hasta el momento nada se había interpuesto en su camino. Pero todo conducía a que su suerte había cambiado, a tenor de la carta que su mujer le había entregado y que alguien, con poco que perder, había acercado hasta su esplendorosa casona. La carta proponía, con una pésima escritura e incluso alguna que otra falta de ortografía, mantener una charla reuniéndose con él de forma un tanto sospechosa. Por una vez en su vida dudó sobre cómo actuar. Ir al encuentro de aquel desconocido no era lo que más le apeteciera, pero en aquellas escasas líneas se entreveía un no sé qué, que le perturbaba. Quizás lo que más le intranquilizaba era el lugar de la cita. Se ubicaba en su propia pomarada, en el norte, en el lugar en que se había citado con Ricardo, el antiguo propietario del Llagar, a primeros de año. Justo donde lo había dejado morir.

Al día siguiente de recibir el misterioso escrito, unos minutos antes de la hora exacta reflejada en la carta, Roberto se puso en marcha. Al llegar era prácticamente de noche. Su contrincante lo esperaba oculto tras los arbustos.

—No te muevas —le advirtió.

—¿Por qué me has citado aquí? —le preguntó disimulando el susto que tenía en el cuerpo pero ansioso por confirmar que aquello no había sido más que una estúpida coincidencia.

—De sobra lo sabes.

—¿Qué tengo que saber? —escudriñó deseoso de que fuera un farol.

—Le robaste el dinero y lo dejaste morir.

—¡Bobadas! —le contestó—. Eso lo estás inventando —contestó hastiado de las amenazas que había recibido desde la muerte de Ricardo por parte de la viuda.

—¡Yo lo he visto!

—¿Ah sí? ¿Y a quién se lo vas a contar?

—A la viuda... Y a su hijo... Ellos sabrán que hacer...

Un respingo serpenteó por el cuerpo de Roberto hasta acalorar sus mejillas. La viuda había sido muy persistente y le había injuriado en más de una ocasión. Pero desconocía la existencia de un hijo. Y eso le preocupaba. Su aguzado machismo no tenía en consideración nada de lo que pudiese hacer o decir una mujer. Pero estaban hablando de un hijo... o lo que era peor, de un hombre, porque por la edad de Ricardo, su hijo al menos tendría treinta años. Rápidamente se recompuso. Su experiencia le decía que, en esos casos, era mejor negociar.

—¿Qué es lo que quieres?

—Dinero. Diez mil pesetas.

—¡No tengo tanto dinero! —gritó escandalizado.

—Tienes dos días para conseguirlo. Y no quiero que me lo traigas tú, quiero me

lo traiga tu mujer —aseveró.

Roberto se sobresaltó.

—¡Mi mujer! ¿Por qué mi mujer?

—¡Es más guapa que tú! —le contestó burlón.

A Roberto aquel chantajista le había irritado de tal manera que había conseguido que se le inflamara la vena de la sien derecha. Le estaban amenazando y robando en su propia cara, y eso no se lo consentía a nadie. Llegado el momento, le ajustaría las cuentas. Lo que no conseguía discernir era el porqué de la participación de Dolores. Sin embargo, poco a poco fue urdiendo un plan para librarse de su acosador. Su mujer era clave en aquel asunto. Y no dudaría en llevarlo a cabo costase lo que costase...

La inspección ocular realizada por la forense y por la Policía Judicial confirmaban lo que ya sospechaban. Se trataba de Clara Amieva, propietaria del restaurante «La Taberna Marinera», y efectivamente, los signos de violencia eran lo suficientemente descriptivos como para corroborar que estaban ante un homicidio. Además, Merche había apuntado un dato más: había *rigor mortis* por lo que al menos llevaba muerta doce horas.

La funeraria hizo su aparición para trasladar el cuerpo al Instituto Anatómico Forense de Oviedo. Merche ordenó a la funeraria el traslado del cadáver y se comprometió con De la Fuente a iniciar la autopsia a primera hora de la mañana y emitirles un informe lo antes posible, incluso a lo largo del día si no se le complicaba la jornada. Su mente cuadrículada ya había planificado el darse un madrugón para estar en el Instituto a las ocho como muy tarde, previendo que la urgencia por obtener alguna información interesante no sólo vendría por el sargento, sino que sospechaba que la juez también le apretaría las tuercas para conseguir su informe lo antes posible, a tenor de la amistad que había entre ella y la muerta.

Aquel no aparentaba ser un caso fácil, puesto que desconocían dónde se había perpetrado, por ahora no había escena del crimen y eso les hacía partir con cierta desventaja, los datos se reducían a un cuerpo encontrado en el mar a orillas de un acantilado con signos de violencia.

Una vez finalizado el rescate del cuerpo, De la Fuente se reunió con el reducido equipo para citarse en el Cuartel y comenzar con el caso. Por su parte, los técnicos de laboratorio que habían llegado de Gijón, comenzarían con una inspección en profundidad en el restaurante del que era propietaria Clara buscando huellas o algún tipo de pista que les dijera por dónde iniciar la investigación, aunque no lo tenían nada fácil.

Casualidades de la vida, el restaurante que regentaba Clara había sido testigo aventajado del final del rescate, pues estaba ubicado en la primera planta de la rula y su enorme ventanal daba precisamente a esa parte del puerto.

Naves hacía rato que se había marchado con la juez, aprovechando la oportunidad, que la providencia le había ofrecido, de estar con ella y de prestarle su hombro para enjuagar sus lágrimas.

Pasaron varios minutos hasta que Pablo consiguió olvidar sus tortuosos pensamientos. Los milagrosos efectos de aquella pastilla lo tenían impresionado. En aquellos momentos se encontraba lo suficientemente tranquilo como para analizar las circunstancias con serenidad. Reconocía que esa situación ya la había vivido en más de una ocasión. Algunas veces Clara necesitaba expansionar y dedicarse un día por entero, marcharse sola a Oviedo o a Gijón de compras y no volver hasta el atardecer. Esa podía ser la explicación. Y ojalá fuera esa —suplicaba. Sin embargo, también recordaba que habían hablado largo y tendido de este tema y que finalmente habían acordado que, tras aquella ocasión que afloraba pertinaz a su mente pero que mantenía a raya, ella lo advertiría claramente, se lo diría para que él no estuviese preocupado, sobre todo sabiendo lo enfermo que se ponía al pensar que les había ocurrido algo a él o a ella. Pablo obviaba a propósito aquella época. Aquello nunca más se repetiría. Algo más tranquilo logró tomar la decisión de salir de su casa para dirigirse al Cuartel de la Guardia Civil con la idea de poner dos denuncias por desaparición.

Tras bajar las escaleras y sobrepasar el portal, el implacable sol y la excesiva temperatura fue suficiente para convencerlo de que la mejor opción era conducir hasta el Cuartel, aunque no estaba excesivamente lejos. Sin embargo nada más avanzar unos pasos un nuevo golpe lo azotó. La tarde anterior había aparcado el coche justo enfrente de donde estaba, de eso estaba seguro. Allí no lo veía y por más que escudriñaba su cerebro siempre obtenía la misma respuesta: lo había dejado ahí, a doscientos metros de su portal, enfrente de la casita de planta baja ubicada al otro lado de la acera. Tras varios minutos dando vueltas a la situación sin llegar a ninguna conclusión clara, desesperado, decidió dejar aquel asunto de lado. El tiempo apuraba y su impaciencia por llegar al Cuartel de la Guardia Civil iba creciendo; iría andando. Además, desde que habían instalado el puente del puerto todo estaba mucho más cerca. Y aunque en un principio no le prestó atención ni le dio importancia, tenía que reconocer que había sido todo un acierto.

Según avanzaba hacia el Cuartel sentía como su corazón bombeaba descontrolado contra su pecho. En su autodiagnóstico eso no era nada bueno sobre todo después de llevar toda la mañana con esa presión y más, tras haberse tomado el tranquilizante. Este le había ayudado a racionalizar las cosas, pero no a detener la insoportable sensación de angustia que percibía por todo su cuerpo y que se agudizaba solo de pensar en lo que estaba a punto de hacer.

Atravesó el recinto vallado, subió las escaleras y caminó hasta el puesto de vigilancia donde se encontraba Pili San Román.

—Vengo a poner una denuncia —dijo sin rodeos.

—¿Es usted Pablo Fernández? —preguntó San Román perspicaz.

—Sí —contestó impresionado.

—Buenas tardes. Soy la guardia Pili San Román. He hablado con usted esta mañana —le dijo intentando que su rostro disimulara lo que sabía.

—¿Es usted el marido de Clara? —preguntó una voz que venía de la entrada.

—Sí —contestó desconcertado dándose la vuelta hacia donde venía la voz.

—Pase por aquí por favor.

Carolina acababa de llegar acompañada del capitán Naves. Ella tomó rápidamente las riendas haciendo uso de su autoridad; se sentía en la obligación de ser ella quién le comunicase el fatal suceso. A Naves le encantó la idea de cederle su responsabilidad, pues aún tenía muy reciente el mal trago que había pasado en la visita a la viuda de Miguel, el contratista que Raquel y Álex habían elegido para reformar la casona de indianos en hotel. A ese respecto, estaba encantado porque ella quisiera llevar la batuta en ese asunto. Además, así le daba la oportunidad de consolarla más tarde.

La juez se encaminó hacia el despacho del capitán, entró y se hizo a un lado indicándole a Pablo una de las sillas que bordeaban la mesa de reuniones para que se acomodara. Ella se sentó enfrente y el capitán hizo lo propio sentándose en la silla que quedaba libre.

A Pablo le temblaba todo el cuerpo llegando hasta el punto de que la juez y el capitán lo percibían. Él comprendía que todo aquel protocolo de acompañarlo al despacho no podía traer buenas noticias; sabía que la desgracia caería implacable sobre su vida y no le faltaba razón.

—Soy la juez Carolina Gutiérrez. Siento comunicarle que su mujer ha sido hallada muerta —le soltó sin andarse por las ramas.

—¿Cómo? —respondió Pablo totalmente desconcertado mientras volvía a sentir esa fuerte presión que atenazaba su garganta impidiéndole casi respirar, al mismo tiempo que el dolor en el pecho se volvía insoportable.

—Hemos encontrado su cuerpo en Niembro, en los acantilados en concreto. Posiblemente ha sido arrastrada hasta allí por el mar... Lo siento...

Pablo sintió como el miedo recorría su cuerpo como nunca lo había sentido, mientras se le nublaban los ojos por las lágrimas. Lo que estaba escuchando no era fácil de entender ni de creer. Sus sospechas eran ciertas y se recriminaba no haber acudido antes a la Guardia Civil.

—Pero... —titubeó con un temblor en la barbilla y los ojos anegados en lágrimas — ¿cómo ha ocurrido?

—Aún es pronto para saberlo —contestó Carolina con la voz ahogada.

—¿Y mi hijo? —preguntó aterrorizado—. ¿Dónde está mi hijo?

—¿Su hijo? ¿Cómo que donde está su hijo?

—Sí. Mi hijo se ha marchado a media mañana del instituto —contó con un hilo de voz aunque se esforzaba por contener el inmenso dolor que sentía en la garganta. Según uno de sus profesores, mi mujer ha enviado un justificante —aclaró— y no sé nada de él desde que lo vi esta mañana.

—¿Pero...? —titubeó Carolina mirando al capitán.

El capitán por una vez en la vida, quizá inspirado por ella o quizá instigado por quedar bien ante la juez, sabía qué tenía que hacer, no necesitaba los consejos de García. Salió de su despacho rápidamente para hablar con Pili y darle las órdenes oportunas.

—Pili, ¡su hijo también está desaparecido! ¿Dónde están De la Fuente y Posada?

—Aquí mi capitán —contestó De la Fuente.

—¡Su hijo también está desaparecido! —repitió.

—¿Cómo?

—La última vez que supo de él fue esta mañana antes de ir al instituto...

—¿Me permite interrogarle?

—Por supuesto. Pase a mi despacho. Usted también Posada.

—Sí, mi capitán —contestó ella.

—San Román, que una patrulla se acerque inmediatamente al restaurante para prestar apoyo a los del laboratorio. Que vigilen la entrada y si alguien pretende entrar que me llamen, deles mi móvil. ¡Ah!, y prepare una autorización para que nos firme el padre —ordenó De la Fuente dando por entendido lo que pretendía mientras avanzaban por el pasillo.

La imagen de ver a un hombre hecho y derecho como Pablo sumido en el llanto como un crío pequeño, los impresionó. Era lo esperado, pero la realidad superaba cualquier cosa que se pudieran figurar.

Al otro lado de la mesa, Carolina hacía lo posible por mantenerse firme y no dejarse llevar por la amargura que en esos momentos sentía en su alma. Quería mantener el tipo a toda costa consciente de que le había costado mucho conseguir el respeto de todos y de que no podía echarlo por tierra en milésimas de segundos dejándose llevar por el llanto que presionaba incesante su garganta. Ciertamente bajo la coraza que había creado a lo largo de tantos años, había una mujer sensible que no quería ser descubierta, pues estaba convencida de que esa sensiblería la perjudicaba en su trabajo.

—Sr. Fernández, siento el mal momento que está pasando. Soy el sargento Javier De la Fuente, estoy al cargo de la investigación por la muerte de su esposa. Esta es mi compañera, la cabo Julia Posada —dijo señalándola.

Pablo los miró incapaz de emitir ningún vocablo pese a que se había tranquilizado. Aunque las lágrimas seguían recorriendo su rostro y había conseguido

evitar el llanto, quizá por el efecto del tranquilizante que se había tomado hacía un rato, en cuanto a hablar, por el momento, era una batalla perdida.

—Lo más importante en estas circunstancias es encontrar a su hijo —continuó De la Fuente.

Pablo asintió con la cabeza —¿su hijo tiene móvil?

—Sí —contestó ahogado en las lágrimas.

—Dígamelo por favor.

Pablo intentó recordar el número, pero no era capaz de dilucidar cuál era. Metió la mano en su pantalón y sacó el teléfono. Durante unos segundos se quedó mirándolo fijamente con los ojos aguados. Posada le tendió un pañuelo de papel que él le agradeció en silencio. Entonces consiguió distinguir qué era lo que tenía que hacer. Con la mano temblorosa accedió a contactos y acercó el móvil hacia la posición de De la Fuente para que lo pudiera visualizar en la pantalla.

—Bien. Necesito que firme un consentimiento para poder rastrear el teléfono de su hijo. Es la mejor opción que tenemos si es que no tiene desactivado el localizador.

Pablo firmó el documento que San Román, que acababa de entrar, le ofreció sin detenerse a leerlo. Ella salió del despacho ante la mirada probatoria de De la Fuente.

—Bien, gracias Pablo —dijo intentando captar su dispersa atención. Ahora necesito que me cuente con todo detalle cuando fue la última vez que estuvo con él, que han hecho, que han hablado, todo lo que recuerde...

Pablo tragó saliva. Aún no estaba preparado para hablar, pero en esos momentos Nico era lo más importante; intentó sobreponerse, tragó saliva una vez más y se dispuso a contar sus últimos momentos con su hijo.

Era curioso cómo había cambiado su ánimo desde que había escuchado la canción de Bryan Adams. O tal vez ese cambio se debiera a aquel chico, Paco. O quizá lo que le había espabilado había sido la deplorable imagen que había visto reflejada en el espejo antes de bajar a recibirlo. Fuera lo que fuese, había tomado la determinación de que tenía que hacer lo indecible para evitar sufrir de nuevo la situación de verse acorralada por la oscuridad, por la incapacidad, por el consabido «no puedo» que tanto tiempo le había costado superar hasta que llegó al «me cuesta», porque dar ese paso había sido lo más difícil que se había planteado en su vida. No quería verse de nuevo ingresada en la clínica, con las enfermeras y el doctor detrás de ella para que hiciese lo que le era imposible hacer. Y además estaba él... Había llegado a la conclusión de que tenía que levantarse de la cama y seguir las pautas que tantas veces había escuchado. En definitiva, poner orden en su vida. Levantarse, asearse, vestirse y comenzar con su rutina: el trabajo, el jardín y leer. Tenía que entregar las primeras muestras de la imagen corporativa para una pequeña quesería y aún no había empezado, un libro recién empezado y seguro que había algún hierbajo que quitar. Y tenía el privilegio de hacerlo en su paraíso particular, rodeada de aquel paisaje y con

él presente de continuo, enfrente. Esa era su vida y eso llenaba su vida.

Con respecto a lo que había visto, haría como si no hubiera estado allí, como si nunca hubiera pasado. No podía ser que su anciano vecino fuera el asesino. No podía ser. Seguramente la cortina que había visto moverse y por lo que ella había deducido que la espiaba, no había sido más que una coincidencia que ella había malinterpretado.

Después de meditarlo durante un buen rato, ser testigo de un asesinato no es lo peor que le había pasado en la vida. Su peor pesadilla ya la había vivido y aquello no era más de lo que ya había pasado. Con todo ello, recordó las palabras que su médico tanto le repetía: relativiza las cosas. Y eso era lo que iba a hacer: relativizar. Al menos lo intentaría. Y sin más, bajo al salón y se sentó ante el ordenador. Zac la acompañaba postrado a sus pies.

Cuando cesó el ruido de la maquinaria con la que talaban el roble, Nora, oyó un descomunal estruendo al chocar el árbol contra el suelo. Ella subió al piso de arriba con la intención de asomarse discretamente por una de las ventanas de la parte trasera esperando no ser vista. Quería verificar si su jardín se había visto afectado por la tala, pero sobre todo, sentía curiosidad por aquel hombre. Algo la empujaba a volver a verlo y aunque el muro de piedra que separaba ambas parcelas era alto y su cierre de pinos más alto todavía, el roble estaba muy cerca y estaba casi segura de que desde allí arriba podría observarlo. Su sorpresa fue mayúscula cuando él la miró y la saludo efusivamente. El corazón de Nora palpitó brutalmente sintiéndose avergonzada y antes de tan siquiera darse cuenta de si había habido algún desperfecto, se retiró hacia el interior de la habitación en la que estaba quedándose pensativa.

Tras un buen rato en el que su cabeza quedó vagando con la imagen de Paco, decidió desempolvase los pensamientos que anidaban en su mente con un poco de ejercicio. Para estar más cómoda, se puso unos vaqueros cortos, una camiseta de tirantes y en los pies unas sandalias descalzas, pues con el calor que aún acechaba se le hacía imposible calzarse algo más propio para trabajar por el jardín. Y además, a pesar del antiinflamatorio que había tomado, aún sentía los pies dolorosos; le resultaría insoportable llevar algo cerrado.

Los restos del viejo roble que habían saltado a su finca eran más de lo que se esperaba debido a que la altura que alcanzaba el árbol centenario era considerable y porque previamente habían podado varias ramas de gran tamaño para evitar que, con la caída, arrasara los bonitos parterres cercanos que adornaban el jardín. Eso la obligó a trabajar durante un buen rato recogiendo ramas y hojas.

Cuando estaba finalizando, una voz varonil y embaucadora la sorprendió. Se giró con una expresión tan asustadiza en el rostro, que Paco deseó abrazarla para reconfortar aquel alma que aparentaba tan quebradiza, pero no lo hizo, no se atrevió.

—Siento haberte asustado, no era mi intención —dijo con una dulce sonrisa.

—¡Buf! —contestó ella al ver que se trataba de él—. Yo también siento haberme asustado —replicó—. No esperaba a nadie —se justificó ya que con él se sentía

tranquila. Desconfiaba de casi cualquiera, pero la mirada de Paco era especial, de alguna forma esos ojos le habían dicho que podía confiar en él.

—¡Vaya! Veo que has hecho mi trabajo.

—Bueno, no es nada, me gusta el jardín, así que para mí es una distracción.

Ella se fijó detenidamente en él. Llevaba una camiseta blanca sucia y sudada y unos vaqueros también bastante sucios, pero aún así le seguía pareciendo que tenía algo.

—Siento mi aspecto —dijo él dándose cuenta de que ella lo observaba mientras se pasaba la mano por el pelo— no suelo ir tan sucio por la vida, pero tú tampoco lo haces mal —replicó con una sonrisa de medio lado y un gracioso arqueo de ojos.

Nora se echó un vistazo y no podía más que darle la razón. Efectivamente ella estaba posiblemente igual o más desastrosa que él. No se había dado cuenta de que de la cola le caían varios mechones desordenando su peinado, el calor y el esfuerzo abordaban sus mejillas y su barbilla estaba tiznada de negro. Su ropa también estaba bastante sucia pero eso era lo de menos en comparación con su aspecto.

—Aunque por mi imagen no lo parezca, soy todo un caballero, y te lo demostraré. No prepares nada para cenar. A las ocho y media vuelvo con la cena preparada.

—¿Cómo? —dijo Nora perpleja.

—Lo que has oído. No admito un no por respuesta —dijo mientras caminaba hacia la entrada principal.

—Pero...

—Sin peros... a las ocho y media —le guiñó un ojo y se marchó.

Nora se quedó atontada durante un rato, con Zac a sus pies, viendo como él avanzaba por el grisáceo camino delimitado por pequeñas piedras blancas decorativas que llevaba hasta el portón de entrada.

Mientras Pablo les narraba atropelladamente su preocupación por la certeza de que Clara no había dormido en casa y la visita que él y su hijo habían realizado al restaurante, San Román trabajaba en la localización del móvil de Nico triangulando su posición. En unos minutos, ansiosa por comunicar lo que sabía, Pili golpeó la puerta del despacho de Naves sin mucha delicadeza.

—Está en el Paseo de San Pedro —dijo azorada.

—¿Cómo?! —respondió alterado Pablo.

—No se preocupe —le comentó Posada.

—¿Cómo no me voy a preocupar! ¡Acaban de anunciarme que mi mujer ha sido encontrada en el mar y me dice que mi hijo está en el Paseo de San Pedro! ¡Eso también puede implicar que esta flotando en el mar! —bramó mientras se paseaba de un lado a otro del despacho.

De la Fuente miraba extrañado los rostros de todos los allí presentes, Posada fue consciente de que él necesitaba una aclaración y se la dio.

—El Paseo de San Pedro, es uno de los lugares más hermosos de Llanes, pero linda con un acantilado y no es la primera vez que se encuentra un cuerpo en las inmediaciones.

—Vamos para allá —ordenó De la Fuente sin necesidad de escuchar ninguna explicación más.

—Quiero ir con ustedes —soltó Pablo con firmeza.

—Si usted lo desea no hay inconveniente —respondió De la Fuente— pero no se lo aconsejo.

—Pablo —dijo Carolina apoyando su mano sobre su brazo—. No es una buena idea. En cuánto sepan algo llamarán.

Él asintió sin fuerzas para llevarles la contraria. En realidad no tenía la seguridad de ser capaz de soportar la visión de ver como el mar arrastraba el cuerpo de su hijo.

Finalmente, del despacho de Naves salieron Pili, Posada y De la Fuente. El capitán y la juez permanecieron acompañando a Pablo por unos minutos más.

Al pasar por la recepción De la Fuente ordenó a López y a Herrera que los acompañaran.

Aparcaron el todoterreno al borde de la Playa del Sablón y subieron las escaleras de dos en dos hasta llegar al Paseo de San Pedro. La vista que desde allí arriba se observaba era seguramente una de las más bellas que De la Fuente había tenido la oportunidad de disfrutar y eso que por su trabajo había recorrido media España. En aquel momento comprendió lo que Posada quería explicarle cuando le revelaba que era una zona en la que habían aparecido algunos cuerpos. La impresión de ver el acantilado expuesto a mar abierto y percibir el embravecido oleaje que se había levantado poco a poco a lo largo del día enmudecía a De la Fuente. A lo lejos se veía como las olas embestían con fuerza la costa elevándose unos cuantos metros por encima de ella. Los bufones que se veían en lontananza expulsaban con fuerza el agua que penetraba por ellos hasta alcanzar varios metros hacia el cielo. Por desgracia si Nico, el hijo de Pablo y Clara, se había precipitado al agua no había nada que hacer. Las olas lo empujarían sin piedad contra las rocas o simplemente lo envolverían entre sus labios engulléndolo sin piedad provocándole, en ambos casos, una muerte segura. Las esperanzas quedaban reducidas a la posibilidad de que Nico estuviese en tierra y no en el mar, dado que la precisión del localizador daba un pequeño margen de error, pero viendo lo que había ocurrido con Clara, todos estaban ciertamente convencidos de que él había corrido la misma suerte que su madre.

Aún así, la tenacidad de Julia le hacía creer que no era así.

—¿Y si llamamos al móvil?

—Sí. Tienes razón. No debemos de cegarnos en lo evidente.

De la Fuente marcó el número que Pili había tenido la precaución de anotarle en un *post-it*. Sin embargo, no hubo suerte; el móvil estaba fuera de cobertura.

—Bien —dijo De la Fuente— recorreremos el paseo. El chico tiene que estar entre esta porción de tierra y el mar. Con un poco de suerte lo encontraremos con vida

¡Por hoy ya estuvo bien! —dijo haciendo referencia al destino que había corrido su madre.

—De acuerdo —respondió Posada. López no dijo nada, pero resultaba evidente que la tarea encomendada iba más con su perfil que las que solía encargarle el capitán. De la Fuente le caía bien.

Fueron avanzando lentamente arrimados al borde del acantilado; en aquel lugar había muchos recovecos por los que podría pasarles desapercibido alguien que, sin pretender estar oculto, lo estuviese.

El Paseo no era muy extenso y lo recorrieron en pocos minutos. Por allí no encontraron a ningún chaval que se pareciera a Nico. Acantilado abajo tampoco se veía a nadie.

De la Fuente suspiró. Pensativo llamó al Cuartel.

—San Román, mira a ver si el móvil se ha movido de sitio —le dijo sin saludar tan siquiera.

—Un momento sargento. Pasaron unos segundos entre que Pili se conectó y obtuvo una respuesta, que llegaron a desesperar a De la Fuente; estaba empezando a perder la paciencia.

—No. Sigue en el mismo punto.

—¿Y estás segura de que se trata del Paseo de San Pedro?

—Sí. No hay duda.

—Bien gracias. De la Fuente quedó pensativo.

De pronto Posada giró la cabeza a un lado y al otro. Buscaba algo: el lugar más accesible por el que bajar por el acantilado. De la Fuente le leyó el pensamiento y la siguió. López esperó sorprendido viendo como uno y otro saltaban el pequeño muro que separaba el acantilado y cautos se disponían a bajar. Herrera no conocía aún la zona, así que permaneció atento.

—Posada, ¿has visto algo?

—No, pero algo me dice que no lo estamos viendo todo.

De la Fuente se quedó gratamente sorprendido. Ella era persistente y no se dejaba vencer fácilmente. No se había equivocado, ella valía para la investigación —se decía.

El acantilado estaba formado por varios entrantes y salientes llegando a formar escaleras naturales debido a la fuerte erosión del viento y del mar. Avanzaron por una de ellas hasta llegar al extremo más oriental y allí en un recoveco vieron algo.

—¡Nico! —gritó De la Fuente para que se le escuchara por encima del batir de las olas contra la costa.

—¡Nico! —repitió De la Fuente con más energía.

Un chaval que estaba allí sentado ensimismado con el mar giró la cabeza sorprendido.

—¿Sí?

De la Fuente y Posada avanzaron hasta su posición.

—¿Eres Nico Fernández Amieva?

—Sí. ¿Qué pasa? —respondió asustado.

Dolores llevaba tiempo percibiendo como Antonio la observaba. En su mirada veía un brillo que la ruborizaba de pies a cabeza. Ningún hombre la había contemplado así, con la intensidad que emitían aquellos penetrantes ojos. Además, cuando se tropezaba con él por la finca, la trataba como una verdadera princesa. Al principio ella huía de él, pero con el paso de los días, anhelaba vislumbrar esa mirada y ese trato que le dispensaba. Le hacía sentirse bien y aplacaba su congoja. Sobre todo porque desde hacía un tiempo, sentía el desprecio de Roberto no sólo con la mirada o con su comportamiento hacia ella, sino también en su propia carne, por las noches.

Roberto también había notado esa devoción de Antonio por su mujer. Lo sospechaba desde hacía tiempo, pero lo había terminado de confirmar cuando ella hizo su aparición en los jardines aledaños al llagar y él se le acercó como un perrito faldero a saludarla sin que se hubieran percatado de que él estaba cerca. No le afectaba lo que ella sintiese. De hecho reconocía que nunca había estado enamorado de ella, se había casado únicamente porque era la hija del farmacéutico y tenía un estatus medianamente decente. Nada más. Pero lo que sí le molestaba era que un simple agricultor anhelase a su esposa. Eso hería profundamente su ego. Lo primero porque ella era de su propiedad, ni él ni nadie podían tocarla sin su consentimiento, y lo segundo, pero más importante, porque repudiaba que su esposa, la esposa de un distinguido miembro de la sociedad llanisca como era él, pudiera estar al alcance de un don nadie. Sin embargo, a pesar de la rabia que se gestaba en su interior, ese no era un tema al que quería dedicarse en ese momento. Al día siguiente tenía que entregarle el dinero a aquel canalla. Y eso ocupaba por completo su mente. Luego se encargaría de ese otro asunto...

En su rostro se reflejaba una mezcla de la inocencia del niño que aún llevaba dentro, del desaire de un adolescente en plena pubertad y del reconcomio que le producía verse rodeado de Guardias Civiles. Nico había preguntado discretamente el porqué habían ido a buscarlo, temeroso de lo que pudieran decirle, pero ellos no le dieron ninguna explicación. La situación requería de mucho tacto, pero además, entendían que nadie mejor para comunicar el trágico desenlace que su padre.

Descendieron por las mismas escaleras por las que habían accedido al Paseo con Nico flanqueado por los cuatro. Él echó un vistazo al móvil que no paraba de sonar por el aluvión de mensajes de llamadas perdidas que estaba recibiendo al coger cobertura. Casi todas de su padre. Nico resopló mientras seguía las indicaciones de sus acompañantes pensando en la bronca que tendría con él al no responder a sus llamadas. Entretanto, Posada llamaba discretamente al Cuartel para comunicar la dicha de haberlo encontrado.

No podía creer la suerte que había tenido. Por supuesto que sentía enormemente el destino de aquella mujer y de aquel pobre hombre, pero se consideraba dichoso porque podía demostrarle a Carolina lo mucho que la amaba y porque todo conducía a que su acercamiento hacia ella, era acogido de buen grado. Como su padre le había argumentado en muchas ocasiones, la fatalidad de unos supone el provecho de otros. Nunca había entendido el significado de aquellas palabras hasta ese momento. Y tenía que reconocer que era cierto. La pesadumbre de Carolina a él le venía estupenda. La vida era así de antojadiza, terminó por concluir.

Carolina había permitido que su sensibilidad, oculta a ojos de casi cualquiera, aflorase con Naves no porque concibiera algo especial con él, sino porque estaba en el lugar y en el momento adecuados. Aquella mujer, la que en esos momentos veía Naves, surgía de lo más profundo de su ser y era la verdadera Carolina, aunque durante muchos años había conseguido enterrar su esencia con el fin de superar el divorcio y de mantenerse firme en su puesto. Por ello se había centrado exclusivamente en su trabajo, en su reducida familia (formada únicamente por su madre y su hijo) y en el pequeño círculo de amistad que formaba con sus dos amigas, Carmen y Alicia, obviando, por tanto cualquier vía que le llevara a relacionarse con el sexo opuesto. No obstante, para sus adentros reconocía que la mirada que el capitán le había dispensado aquella tarde le había revuelto algo en su interior. Le había recordado lo bien que se sentía cuando en su época de universitaria tenía unos cuantos chicos mariposeando a su alrededor. Recordaba con nostalgia que esa sensación de sentirse gustada le encantaba y hacía mucho que no la experimentaba. Y, o mucho le engañaba su instinto de mujer o aquel hombre sentía algo por ella. Y sorprendentemente la sensación de que alguien suspirase así por ella, había despertado en Carolina lo que llevaba enmascarando desde su divorcio: la oportunidad de sentirse humana, de no ser la todopoderosa juez de Llanes distante, recta, meticulosa, sabelotodo y sin posibilidad de cometer error alguno. Esa sensación la embargó de tal manera que de pronto tuvo la necesidad de dejarse querer, de dejarse mimar y en definitiva dejar que alguien cuidase de ella. Aunque eso no implicaba que ella sintiese lo mismo por él. Simplemente albergaba la idea de dejarse cortejar.

Aunque a ellos les parecía que había pasado una eternidad, las noticias sobre Nico no tardaron en llegar. En cuanto lo encontraron sano y salvo, Posada llamó al Cuartel para informarles. El alivio que Pablo percibió en su resquebrajado espíritu fue indescriptible según palabras de la juez. Nunca en su dilatada experiencia había presenciado una mezcla tan contradictoria de desesperanza y regocijo a la par. El pobre Pablo no sabía si llorar o reír pese a que las lágrimas recorrían su rostro incansablemente. Aquella escena tan dramática, contagiaba a todos los de alrededor, pero sobre todo a Carolina, lo que el capitán aprovechaba para brindarle su consuelo.

En el todoterreno, la inocencia de Nico tomó un mayor peso en su raciocinio y simplemente estaba impresionado por la capacidad de su padre para que las fuerzas de seguridad lo llevaran hasta el Cuartel por haberse saltado unas clases, sin pensar que aquel despliegue era inviable para lo que él pensaba. Estaba tan convencido de lo que le había pasado a su madre que en su mente no cabía otra alternativa.

Ya en el Cuartel, las caras de los que se iban tropezando en su camino hacia el despacho del capitán le daban pie a pensar que algo más había ocurrido, provocándole una inquietud que iba creciendo junto a una profunda angustia.

Al entrar en el despacho y ver a su padre anegado en lágrimas, sintió una irresistible presión en la garganta que le oprimía y que desahogó llorando amargamente abrazado a él. Pablo lo estrujó angustiado por la horrorosa sensación que había vivido pensando en que también a él lo había perdido y por la desesperación de que la muerte le arrancara para siempre a Clara de su lado.

El reencuentro entre padre e hijo había emocionado a todos hasta el punto de que el despacho del capitán se había convertido en un mar de sentimientos. Entre tanto revuelo, no pasó desapercibido para Pili, con su perspicacia habitual, que entre De la Fuente y Posada había algo, a pesar de que ellos, sobre todo De la Fuente, se preocupaban por ocultar sus sentimientos. Con todo, el despacho del capitán estaba hasta la bandera, inconcebible a ojos de los que lo conocían bien. Pero las circunstancias y sobre todo su gran momento con Carolina, posibilitaba cualquier escenario.

Tras un buen rato en que permitieron que padre e hijo asimilaran la noticia, poco a poco empezaron a ahondar en el caso. Era avanzada la tarde y posiblemente no fuera el mejor momento para hablar ni con uno ni con otro, sin embargo, De la Fuente decidió que la mejor manera de ayudarlos era comenzar con la investigación y no dejarlo correr hasta el día siguiente.

Repartió el trabajo con sentido común a sabiendas de que el chico contaría más si su interlocutor era una mujer, sobre todo si se trataba de Posada, que con su dulzura era capaz de sonsacar al más terco. Él se encargaría de Pablo.

Tras solicitar autorización a su padre, Posada se llevó a Nico a la sala de reuniones con la intención de evitarle la negativa impresión fría e impersonal que, a propósito, provocaba la sala de interrogatorios. Nunca se había detenido a pensarlo hasta ese momento, pero pese a sus esfuerzos, lamentaba terriblemente que aquello pareciera tan duro como en realidad era, quizás porque en aquella ocasión sentía verdadera lástima por el entrevistado viendo que la desazón que el chaval tenía en el cuerpo era más que considerable.

—Siento el momento tan duro que estás pasando Nico, pero necesitamos esclarecer lo antes posible lo que le ha ocurrido a tu madre y como comprenderás, no podemos perder un segundo; el tiempo apremia, corre en nuestra contra —aclaró— y

las primeras horas son cruciales en una investigación.

Nico permaneció envuelto en su pena sin tan siquiera mostrar un mínimo de interacción con ella, lo que le dio pie a pensar que aquella no iba a ser tarea fácil. La presión que sentía en su garganta le impedía hablar y aunque pudiera tampoco tenía claro que quisiera hacerlo.

—Desconocemos lo que le ocurrió a tu madre, pero lo que sí sabemos es que se trata de un homicidio ¿No te gustaría descubrir quién la ha matado? —intentó con desesperanza.

Él la miró con los ojos anegados en lágrimas y la mirada más amarga que jamás había visto en un chaval de tan corta edad, lo que no era de extrañar pues aunque aún no era lo suficientemente maduro como para percatarse del alcance de los acontecimientos, si lo era para verse sorprendido por el intenso dolor que percibía en su corazón que de ningún modo hubiera sido capaz de imaginar. Su cabeza le daba vueltas y los pensamientos no fluían por su mente notándose paralizado, provocándole un bloqueo mental de tal envergadura que parecía como si alguien hubiera provocado un cortocircuito en su cerebro impidiéndole pensar.

Ella le acercó un pañuelo de papel evitando así que el dorso de su mano derecha volviera a pasarse por su rostro arrastrando los restos del llanto. Varios minutos después Posada desistió; decididamente tendrían que citarlo al día siguiente dado que en aquel momento era imposible tratar de entablar un diálogo con él.

Mientras tanto, De la Fuente mantenía una conversación con Pablo de la que tampoco obtenía gran cosa.

—Sé que lo está pasando muy mal y no sabe cuánto lo siento —dijo amablemente—. Si he pensado en iniciar la investigación a estas horas es porque si yo estuviera en su lugar, no descansaría hasta que supiera lo que le ha pasado y él culpable estuviese entre rejas.

Pablo lo miró con los ojos anegados y las lágrimas recorriendo su rostro, confirmando con un imperceptible movimiento de cabeza su aprobación. A De la Fuente le costó discernir si su mirada era de súplica o de agonía, pero fuera lo que fuera daba lástima ver a aquel pobre hombre.

—Para realizar bien nuestro trabajo, necesitamos conocer a Clara y por ello en algún momento le haremos preguntas personales, no es más que algo rutinario y por cumplir con el protocolo —aclaró—. Si le parece, vamos a comenzar... ¿Cuándo fue la última vez que vio a Clara?

—Por la tarde —sollozó—. Fui a verla al restaurante hacia las siete y media. Estuve un rato con ella tomando una infusión en su despacho y hacia esa hora me fui.

—Desde ese momento, ¿volvió a saber de ella?

—Sí. Le envié varios *whatsapp* antes de que llegaran los clientes. Después cuando me iba a la cama la llamé.

—¿En algún momento se mostró alterada, nerviosa o diferente de otras veces?

—Cuando está trabajando sus contestaciones son escuetas, no suele escribir largas

parrafadas y tampoco me cuenta gran cosa, así que no puedo decirle. Pero el lunes había algo que le preocupaba. Cuando la llamé antes de irme a dormir, ella me contó que no podía hablar conmigo que tenía follón con uno y que ya me contaría.

—¿No le especificó con quién?

—No. Solamente dijo eso.

—¿Podría ser que tuviese problemas con algún empleado?

—Podría ser pero no sabría decirle.

—¿No se le ocurre con quién podría haber tenido conflictos?

—No. Lo siento.

—¿Y con algún proveedor? ¿O con algún cliente?

—Lo siento. Ya le he dicho que ella no me contaba mucho, no quería llevar los problemas a casa —justificó.

—Sí. Es comprensible. Pero nos ayudaría mucho saber si tenía algún enemigo o alguien con el que hubiese tenido problemas, ahora o en el pasado.

—Clara era una persona muy exigente pero con muy buen corazón. Nunca tuvo problemas con nadie en su trabajo ni que yo sepa con ningún proveedor.

—¿Nunca tuvo que echar a nadie?

—Por el verano refuerza la plantilla, pero a los que coge, les explica muy bien que es únicamente para el verano, y para puentes o momentos puntuales. Así que, que yo recuerde no se vio en esa situación. El resto lleva bastante tiempo con ella.

—¿Cómo era su relación con su mujer? —preguntó de pronto el sargento.

Pablo se quedó mirando a De la Fuente.

—¿A qué se refiere? —preguntó intentando disimular su desconfianza.

—Se llevaban bien, discutían... Es pura rutina —aclaró.

—Nos llevábamos muy bien. Nos queríamos mucho. Yo no sé si podré vivir sin ella —respondió forzando la voz para evitar el llanto.

Pablo se quedó inquieto ante aquella pregunta, pero lo disimuló muy bien.

—Ella trabajaba los fines de semana y con un horario difícil de combinar con el suyo ¿no? ¿Cómo se las arreglaban?

—Nuestra casa está muy cerca del restaurante. Después de las comidas, ella se acercaba a descansar y yo la acompañaba a su trabajo por las tardes o si no podía por algo, iba a verla antes de que comenzasen las cenas.

—Parece que lo tenían muy organizado ¿no?

—Sí. Así era —respondió cabizbajo.

—¿Y estaban muy unidos?

—Sí. Muy unidos —recalcó.

—Pablo, necesitamos su máxima colaboración, ¿podemos contar con usted?

—Por supuesto. Todo lo que necesiten. Quiero que cojan al cabrón que le ha hecho esto a mi mujer —respondió iracundo.

—En estos momentos nuestros compañeros de laboratorio están inspeccionando el restaurante, pero necesitaremos inspeccionar su casa por si encontramos algo entre

los objetos personales de Clara que nos de alguna pista... ¿Tiene algún problema?

—No ninguno.

Poco más obtuvo de Pablo. Él parecía muy colaborativo dándoles todo tipo de facilidades, autorizándolos para todo lo que fuera necesario. Pero en realidad esa colaboración era engañosa, no les había dado ninguna información. Él se había instalado en la postura de que ella no comentaba los pormenores de su trabajo y con ello había conseguido no decirles prácticamente nada. Sin embargo, De la Fuente sospechaba que alguna información tenía que tener, sobre todo viendo que él contactaba con ella varias veces a lo largo del día y que incluso iba a diario al restaurante.

Inicialmente Pablo le provocaba un pequeño rechazo que se había instalado en su cabeza sobre todo porque él había asimilado demasiado rápido que ella ya no estaba. Todas sus contestaciones estaban construidas en pasado. Pronto descubriría cómo iba acrecentándose.

El rescate del cuerpo de una mujer ahogada en Niembro, corrió como la pólvora por todo el municipio de Llanes. Lara, que había progresado en su carrera y ascendido a corresponsal de La Nueva España en el Oriente, había propagado la información en la edición digital. Esa chica había sido lo suficientemente inteligente para redactar un pequeño artículo con miles de incógnitas, segura de que era un buen gancho para que los lectores siguieran pendientes de lo que ella les pudiera contar. Con ello, las llamadas al Cuartel eran incesantes llegando a desbordar la centralita para tormento de San Román e incluso a escapárseles la situación de las manos por momentos. Viendo el caos en el que estaban sumergidos, la juez tomó cartas en el asunto decretando el secreto de sumario, lo que a buen seguro daría un respiro a todos.

En pocos minutos la situación en el Cuartel se normalizó. Pablo y Nico se habían marchado para su casa, Posada estaba redactando el informe y De la Fuente preparando la reunión que había convocado a primera hora de la mañana para comenzar con la investigación. Y Carolina, viendo que ya no tenía sentido permanecer allí, decidió marcharse para su casa. Ansiaba cenar algo e irse pronto para la cama, el día había resultado muy intenso y se encontraba abatida.

—Me voy —dijo Carolina dirigiéndose a Naves.

—No está para conducir, la llevo a casa —respondió en un alarde de valentía.

Ella lo miró sorprendida y cada vez más convencida de que el capitán sentía algo por ella.

—¿Y mi coche?

—Si a su señoría le parece bien, mañana la paso a recoger por su casa a la hora que me diga.

—Me parece bien. Gracias —respondió aliviada por no tener que ir a por el coche

y conducir hasta su casa.

El capitán quedó mirándola fijamente durante varios segundos mientras una corriente eléctrica recorría su cuerpo imaginándola entre sus brazos. Posiblemente era el momento de obedecer el impulso, que oprimía en su pecho, de besar aquellos dulces labios que tanto había deseado. Pero parecía como si tuviera los pies clavados al suelo impidiéndole dar un paso. Entretanto ella recogía su bolso y se disponía a marchar ajena a los pensamientos de Naves, hasta que levantó la vista hacia él. Esa mirada bobalicona que ella reconocía perfectamente volvía a estar ahí. A ella se le escapó una sutil sonrisa y él se sonrojó convencido de que ella había sido capaz de leer sus pensamientos.

De pronto, alguien entró de tropel en el despacho. Azorado por verse pillado también por San Román como si estuviera haciendo algo indebido, dio un torpe paso hacia atrás. La expresión iracunda de su rostro, fue más que evidente y, tras comunicar que Lara, la periodista, estaba en la entrada y pedía hablar con el capitán o con la juez, cerró la puerta avergonzada pero con una sonrisa pícaro en los labios. Se arrepentía de haber incumplido por segunda vez en el día la norma más básica: picar antes de entrar; pero por otro lado, estaba encantada por el jugoso cotilleo que podría contarle esa misma noche a su marido y más adelante a su peligroso grupo de amigas que tanto apreciaban ese tipo de comentarios.

Por breves instantes Carolina también se sintió azorada porque tenía muy olvidados los sentimientos de admiración que causaba en su juventud, pero pronto se recompuso.

Por su parte, el capitán estaba gozoso, pensando en que posiblemente ella le correspondía. Estaba convencido de que ella le dejaba acompañarla porque seguramente quería estar con él tanto como él con ella. Y nada más lejos de la realidad. Con estos pensamientos rondando por la cabeza, el capitán tenía claro qué iba a hacer: no pensaba perder la oportunidad de llevarla a casa pese a que su obligación estaba más cerca de atender a la periodista para reconducirla hacia lo que no debía contar, que acompañar a la juez.

—¿Sí? —respondió Pili al primer tono de llamada interna.

—San Román, dígame a esa periodista que ahora no la puedo atender.

—Sí mi capitán.

El capitán se dirigió hacia Carolina.

—Vámonos. Bajemos en ascensor hasta el parking.

—De acuerdo —contestó ella.

Tras pasar cerca de una hora desde que padre e hijo habían dejado las instalaciones del Cuartel para, muy probablemente ir a llorar su desgracia a su pequeño apartamento ubicado en el barrio de la Moría, junto al puerto de Llanes, Posada seguía enfrascada en el informe sin conseguir darlo por terminado. Lo leía y

lo releía y siempre encontraba algo que mejorar, que puntualizar o que quitar haciendo que el final no pareciera cercano. De la Fuente se acercó silencioso hasta su mesa, pese a que no tenía que esconderse de nadie, pues en el área de la judicial solamente se encontraba ella.

—¿No te parece que ya va siendo hora de finalizar?

—Sí —respondió ella advirtiendo la perfección con la que quería entregarle el informe— en breve lo tendrás en tu mesa —contestó sin alzar la vista.

—Bien, porque había pensado en que podíamos acercarnos a ese bar de la plaza de San Roque y tomarnos una cerveza. Necesito despejar la mente.

—Yo también lo necesito —respondió ella resoplando mientras levantaba la vista hacia él.

—Bien. Te espero en mi despacho —le dijo con guiño.

Eran las ocho y Nora se sentía tan nerviosa como nunca antes se había sentido. Desde que él la había citado para cenar la preocupación de lo que iba a hacer le roía las entrañas porque no estaba preparada para aquello. Todavía no. Y quizá nunca lo estuviese, sobre todo porque ella declinaba estarlo. La cuestión se centraba en que ella rechazaba ser feliz, porque ella misma se había negado ese derecho. Y aquello se acercaba bastante y por ello sentía remordimientos. Durante un buen rato analizó lo que le estaba ocurriendo, llegando a la conclusión de que ella misma se había autoimpuesto el castigo y debía de cumplir con él. Al cabo de unos minutos se acercó al balcón que daba a la ensenada y se quedó absorta mirando el horizonte que se veía desde su casa. Aquello le bastó para recordar y para saber lo que tenía que hacer. Segura de su decisión, meneó la cabeza de arriba a abajo, no había vuelta atrás.

La anunciada cena que él le había propuesto no se celebraría, sin embargo, por algún motivo sintió la necesidad de arreglarse un poco. Aquel momento de hace unas horas en el que él se medio burlaba de ella por su aspecto, le había hecho mella, y aunque no iba a cenar con él, le molestaba la imagen que le había dado. Eligió uno de sus vestidos estilo ibicenco largo hasta los pies para ocultar la lastimosa imagen de sus piernas llenas de arañazos y rojeces, se calzó unas sencillas sandalias de tiras y se cepilló el pelo proporcionándole suavidad y dejando que su larga melena de color caoba ondeara libremente.

A las ocho y media en punto Nora sentía el corazón desbocado. Pasado tan solo un minuto Paco golpeaba la puerta de su casa. Ella bajó las escaleras con el propósito de agradecerle su buena intención pero nada más. Abrió la puerta y se ruborizó cuando él le entregó una maceta con un pequeño injerto.

—¿Y esto?

—Esto es parte del roble que ha osado atravesar los muros de tu jardín. He pensado que te gustaría plantar uno. Ha vivido durante más de cien años y a pesar de que estaba muy deteriorado creo que con tus cuidados puede volver a ser un

magnífico árbol.

—Gracias —respondió tímidamente.

—Y esto es nuestra cena —dijo levantando una enorme cesta.

—Esto... es que...

—Es tarde para decir que no —dijo previendo su respuesta—. Has aceptado mi árbol, así que como buena vecina y anfitriona no puedes negarte.

Nora se vio arrastrada por la belleza de su mirada limpia y sincera, y sin saber porqué haciéndose a un lado lo dejó pasar. Ambos atravesaron el salón hasta llegar al porche. Él no se sorprendió al comprobar que prácticamente tenían la misma vista. Aunque la de ella era bastante mejor que la suya porque ella estaba en primera fila y nada entorpecía su visión. Por unos segundos admiró la belleza de aquel lugar.

—¡Qué maravilla! ¿No crees?

—Sí. Es espectacular.

—Esa es la palabra: espectacular.

Y sin decir más caminó hacia el jardín. Ella lo siguió estupefacta, pero no dijo nada.

De pronto él se detuvo,

—¿Aquí le parece bien a la dama? —preguntó con una graciosa reverencia.

—Es perfecto —le contestó ella sonriendo.

El sol estaba a punto de ocultarse. La puesta de sol inundaba el cielo de un colorido inigualable en tonos anaranjados y violáceos que se reflejaban en el agua de la ría provocando una sensación de calidez indescriptible. Nora ansiaba disfrutar de un baño y si estuviera sola ese sería su plan, pues la sensación del agua calmando el calor de su cuerpo al atardecer con el bochorno que aún hacía, era una de las pocas vivencias que le arrancaban una sonrisa. Pero estaba acompañada, por lo que por una vez tenía que renunciar a lo que le apetecía hacer, cosa a la que no estaba en absoluto acostumbrada y sin embargo la sensación inédita de renunciar a algo por compartir un trocito de su tiempo después de tanto tiempo aislada del mundo, le gustaba.

Él desplegó un mantel de pequeñas dimensiones sobre el que repartió una fiamblera con una jugosa tortilla, una bandeja entremezclada con diferentes patés y un *tupper* con una exquisita preparación de melón con jamón, además de un par de bollos de pan, aún templados, para acompañar con un vino.

A ella aquella cena le pareció un manjar. La sencillez de los platos sin que por ello restara exquisitez era todo un acierto. Hacía tiempo que no bebía vino, ni nada que contuviese alcohol, pero pensó en que negarse a probarlo podría significar un *desaire* que no quería hacerle. Y además, de pronto, la tentación de recordar ese sabor le despertó la curiosidad de cómo le sabría. El primer sorbo le supo a gloria, pese a que la trasportó a otros tiempos y a otros lugares y eso oscureció el momento por un instante, sin embargo, su compañía era tan agradable que sencillamente el pesimismo pasó fugaz por su cabeza.

Durante largo rato estuvieron charlando sobre variedades de plantas y su cuidado,

hasta que ella percibió que la conversación derivaba por temas algo más personales. Nora no tenía intención de descubrirle la desdichada vida que llevaba, lo que le dio pie a finalizar la encantadora velada que él le había ofrecido, pese a que sentía una punzada de lástima por la certeza de que no habría una segunda ocasión.

—Nos vigilan, ¿lo sabías? —soltó repentinamente Paco.

Nora se ruborizó mientras se daba la vuelta y una vez más percibía un pequeño movimiento en la cortina que cubría la ventana del segundo piso de su otro vecino.

—No me había dado cuenta —mintió.

—Pues no ha despegado la nariz de la ventana desde hace al menos media hora. ¿Te ha dado algún problema?

—No. Hasta ahora...

—Bien. Dame tu móvil. Te haré una llamada perdida y podrás guardar el mío. Si tienes problemas, llámame.

—No tengo móvil —respondió sofocada.

Él elevó las cejas desconcertado, no conocía a nadie que no lo tuviese...

—¿Y eso? —dijo curioso.

Ella no contestó.

—Perdona. No quería inmiscuirme. Fijo si tendrás ¿no?

—Sí. Eso sí.

Nada más marcharse Paco, Nora se arrebujó en uno de los sillones del porche. Había disfrutado de una cena inolvidable, pero se sentía mal a costa de los remordimientos que espoleaban su mente. Además no quería complicarse la vida. Ya no. Solamente quería vivir tranquila en su hermosa propiedad llevando la cruz que le había tocado lo mejor posible, con su jardín, sus libros y realizando algún trabajo para alimentar sus ingresos aunque no lo necesitaba. Pero sus deseos parecían una ilusión porque realmente en Barro había encontrado su lugar y su modo de vida, y la aparición de Paco venía a perturbarla, aunque bien es cierto que nada indicaba que aquella cita volviese a repetirse. Quizá —pensó— lo que estaba haciendo era preocuparse más de la cuenta. Pero por si acaso, por si surgía, estaría preparada para rechazar su propuesta.

Rendida por las pocas e intranquilas horas de sueño, se fue para la cama con el temor de siempre de no conciliar el sueño pese al cansancio y la certeza de que despertaría a tempranas horas de la madrugada, mucho antes de que el sol saliese.

Las dos horas que Posada y De la Fuente se pasaron delante de una cerveza, evidenciaba las escasas ganas que ambos tenían de decirse «hasta mañana», pero curiosamente ninguno de los dos era capaz de proponer al otro continuar su cita donde lo habían dejado aquella misma mañana. Bien visto, una cosa era citarse en un hotel fuera del concejo y de la vista de los demás y otra muy diferente verse en el apartamento de Posada, y peor todavía en el hotel donde estaba alojado De la Fuente,

y más teniendo en cuenta que era el de la amiga de Posada. De alguna manera, sin haberlo hablado, ambos querían evitar las miradas y los cotilleos, lo que les dificultaba actuar como una pareja al uso. Para decepción de Posada, finalmente De la Fuente acudió al cansancio que tenía para dar por finalizada su pequeña cita.

El apartamento de ella estaba en la misma dirección que el Cuartel, donde ambos habían dejado aparcado el coche, por lo que caminaron hasta allí silenciosos y sin saber qué decirse hasta llegar. Él se despidió con un simple mañana nos vemos, por si había espectadores y Posada ante tal frialdad se dio media vuelta con una sonrisa fingida en los labios y un rápido hasta luego. Cada uno cogió su coche y salieron en la misma dirección hasta que Posada se desvió para la izquierda hacia al edificio donde estaba ubicado su apartamento y él tomó la rotonda hacia Póo dónde estaba su hotel. En esos momentos Posada sintió un agudo dolor clavándose en su corazón porque esperaba algo más.

Aparcó el coche en su plaza de garaje y derrotada, salió, cruzó el parking hasta llegar a la puerta de salida y subió al segundo por las escaleras para liberar parte de la rabia que sentía mientras reproducía la ridícula despedida que acababan de tener. Parecía como si fueran simples compañeros de trabajo y sin embargo, ¡se habían acostado esa misma mañana!

Al entrar en su apartamento Posada se dejó caer en el sofá del salón y, con un revoltijo de sentimientos hacia la frustración que acababa de experimentar, comenzó a darle vueltas al asunto. Varios minutos más tarde, cuando ya estaba más serena y veía las cosas desde otra perspectiva, llegó a la conclusión de que le estaba exigiendo a él, lo que ella misma no había sido capaz de proponerle. Ella quería que él pasara la noche con ella, pero no había tenido las agallas de expresarlo abiertamente. Y a él que, además quería ir despacio, no le parecería apropiado ni auto invitarse ni proponer que fueran al hotel, por lo que con la única con la que podía sentirse decepcionada era consigo misma. Agotada física y mentalmente se metió en la cama con la promesa de que no le volvería a pasar, tendría que sacar la valentía de donde fuera necesario para no amedrentarse. Se durmió recordando una frase que se había repetido miles de veces: el que algo quiere, algo le cuesta. Pues ella, a lo largo de su vida, no había sido de las que entraba a formar parte del grupo de las que tenían las cosas fáciles.

Llanes, 1971

Aquella mañana Roberto estaba ciertamente irascible lo que agravaba su expresión ceñuda casi perpetua por otro lado. Se levantó al alba y salió a dar un paseo por la pomarada como era su costumbre, pero al regresar seguía de un humor de perros y lo pagaba con todo el que se tropezaba con él. Además, pese al madrugón, no lograba finalizar ninguna tarea, caminaba de acá para allá por el llagar y por la pomarada sin objeto alguno, gritando a todo el que se cruzaba en su camino. Dolores lo conocía muy bien y sabía que en esos momentos era mejor desaparecer. Y como a él le disgustaba que saliese de la casería sin su compañía, con tal de no enfadarlo, ni lo intentaba. En su lugar, decidió darse un paseo por la pomarada mientras su hijo dormía la siesta de media mañana. Su niñera quedaba al cuidado, así que no tenía prisa por volver.

Era un soleado día de primavera y aunque la temperatura no era muy elevada, una agradable sensación de bienestar la colmaba. Dolores caminaba despacio, observando aquella naturaleza tan hermosa que pertenecía a su marido y que ella tanto disfrutaba. Aquella paz incitó sus pensamientos. Imaginaba que su matrimonio era como tantos otros. Estaba segura de que Roberto la quería a su manera y aunque no era cariñoso ni para con ella, ni para con su hijo, y pese a que las virulentas noches eran cada vez más frecuentes, se sentía dichosa. Disfrutaba de una acomodada vida que seguramente era envidiada por muchas mujeres. Sin embargo, desconocía que ese momento de felicidad no volvería a disfrutarlo hasta mucho tiempo atrás...

Cuando decidió regresar de su paseo, se topo inesperadamente con Antonio. Al principio le pareció un encuentro casual, pero más tarde dedujo que había sido planeado. Él, con su habitual actitud complaciente, se acercó a ella y la saludó.

—Buenos días señora —le dijo con una expresión arrebatadora.

—Buenos días Antonio —le contestó con un incipiente cosquilleo desconocido para ella hasta entonces.

—¿Qué hace por aquí tan sola?

—Quería disfrutar de la paz que se respira entre los manzanos —contestó algo atorada.

—Sí. Es cierto. Este lugar embelesa. Tiene una magia especial ¿no cree? —le dijo con ojos chispeantes.

Ambos quedaron mirándose a los ojos. Ella no podía apartar la vista y su cuerpo la empujaba atraída por el de Antonio, pero su mente la frenaba. Sin embargo, él no se resistió. Dio un paso hacia delante, la abrazó por la cintura y atrajo su cuerpo contra el de él besándola con tal pasión que el deseo explotó entre ellos. Ella había descubierto lo que era el amor.

Nora se despertó sobresaltada e irritada alrededor de las tres de la mañana dando por finalizado su descanso nocturno a tenor de la costumbre que parecía haberse instalado en su cuerpo en los últimos tiempos. Sin embargo eso no era lo que más le molestaba, sino la idea, que rondaba por su cabeza, de repetir el paseo del día anterior. No le hacía ni pizca de gracia merodear por el lugar donde a ciencia cierta debía haber estado el asesino, sobre todo por el pánico que sentía cuando pensaba en que podía volver a tropezarse con él, por absurdo que fuera.

El miedo ocupaba cruelmente su pensamiento, más teniendo en cuenta que podían estar vigilándola para seguirla y asaltarla en cualquier momento. Pero por muy ridícula que pareciera la idea, se había prometido averiguar si su ropa permanecía en el lugar donde la había dejado y a ser posible recuperarla. Además, quería devolver las zapatillas que había tomado prestadas y la mejor manera de hacerlo era oculta bajo el manto oscuro de la noche. Le llevó varios minutos convencerse de que era imposible que el asesino supiera donde vivía y otros tantos anular el pensamiento que afloraba insistentemente sobre lo fácil que sería averiguarlo. Eso obviando la opción de que se tratase de su vecino, en cuyo caso lo tendría muy fácil. Curiosamente lo que finalmente le aportó el sosiego que necesitaba para llevar a cabo su misión, fue el recuerdo de las situaciones que había pasado, bastante más dramáticas y que aquella, por mucho que la asustara, nunca podría superar las pasadas. Además estaba Zac. Él nunca ladraba y sin embargo en la ría cuando vio al remero, ladró. Era probable que si lo volviese a ver lo reconociese y ladrase como entonces, advirtiéndole de su presencia. Aunque, siendo sincera, se fiaba muy poco de él. Era un perro demasiado bueno y saltaba de alegría incluso con los mensajeros que llegaban a su casa.

Envalentonada, se levantó, se puso un vestido largo hasta los pies y unas sandalias de tiras y bajó las escaleras. Cogió las zapatillas, caminó hacia la puerta y con la mano en el pomo, aguzó el oído cuanto pudo con la idea de despejar sus dudas, pues a pesar de todo no las tenía todas consigo. Finalmente, abrió la puerta y salió al porche mientras escuchaba su acelerado corazón palpitando con espantosa claridad.

La infinidad de sonidos que se escuchaban en la noche, dejaban de ser amables para volverse terroríficos, sólo porque Nora los encontraba sospechosos. El ulular del búho era estremecedor al igual que el balanceo de las diminutas olas rompiendo en la orilla de la ría. La paz, que sólo era capaz de disfrutar en la noche bañándose en el mar, se había vuelto contra ella haciendo que desapareciera el bálsamo que tanto agradecía y añoraba. La tristeza la dobló ante la evidencia de que su reducto de felicidad había quedado reducido a la nada.

Con ese pesimismo, salió de su casa, atravesó el jardín, abrió la portilla del lateral de la casa y salió de su fortín temblando de pies a cabeza con Zac siguiéndole los pasos.

Primeramente avanzó a un paso más o menos normal, pero al cabo de un rato la

presión a la que ella misma se sometía pensando que la seguían, dándose la vuelta hacia cualquier sonido propio de la naturaleza e interpretándolos erróneamente como una amenaza, hizo que al poco sus pies, aún quejumbrosos, corrieran como alma que lleva el diablo, hacia la casa de donde había extraído los playeros y que llevaba en la mano. Al llegar, aleccionó a Zac para que no la siguiera y bordeó la pequeña valla que limitaba la parcela para saltar por el mismo lugar por el que recordaba haberlo hecho la noche anterior. La atravesó y avanzó lentamente con precaución evitando hacer ruido. Sin embargo, no importaba el ruido que hiciera; su propietario, que también padecía algo de insomnio, estaba más alerta de lo habitual por el miedo a verse de nuevo despojado de sus bienes y de su seguridad. Esa noche, había decidido echarse en una de las hamacas que tenía colocadas en el porche. Cuando Nora estaba muy próxima a él, un pequeño ruido provocado al pisar una pequeña rama reseca del suelo lo despabiló, rápidamente se envaró. Ella jugaba con desventaja, pues la oscuridad de la noche no le permitía diferenciar más que algún contorno que contrastaba con la escasa luz que emitía la luna y aquel hombre no era el caso. Sin embargo, él observaba inmóvil y en sumo silencio como ella depositaba algo prácticamente a su lado, se daba media vuelta y regresaba por donde había llegado. Entonces él quiso llamar su atención. Nora asustada como nunca lo había estado corrió desesperadamente. Con las prisas, sus movimientos se volvieron torpes e imprecisos lo que provocó que al saltar la valla enganchara su vestido rasgándolo, pero eso no hizo que se detuviera hasta alcanzar la puerta de su casa, que tras abrirla con la mano temblorosa y varios intentos fallidos cerró de golpe tras de sí, dejando casi a Zac en la calle. En la seguridad de sus muros, con la espalda apoyada contra la puerta, dejó que su cuerpo se deslizara a lo largo de ella hasta quedar de cuclillas temblando como una niña pequeña que por primera vez imagina que alguien se la quiere llevar. Daba por perdida su ropa, pues aunque estuviese allí esperándola —y no era el caso— no tenía la fortaleza necesaria para enfrentarse al simple hecho de acercarse hasta la playa.

Necesitó más de media hora para que su cuerpo y sus pulsaciones volvieran a la normalidad. Aunque el pánico permaneció durante bastante más tiempo, esa incipiente sensación le permitió caminar hasta la zona de estar y, enredarse con Zac en un sillón orejero ubicado frente a uno de los ventanales que daban a la ensenada y que habitualmente le ofrecía esa vista que ella quería tener siempre presente, pese a que en aquellos momentos la única imagen que tenía era la de las contraventanas de madera de castaño que protegían las ventanas desde el exterior.

El sosiego fue llegando poco a poco y ya de madrugada, cuando el sol comenzaba a colarse por la madera de las contraventanas inundando la estancia de un color anaranjado el amodorramiento la venció.

Posada había adelantado la hora que tenía fijada en el despertador para llegar

antes al Cuartel. La reunión estaba convocada para las ocho de la mañana pero ansiaba disfrutar de un momento con el sargento antes de que llegaran los demás. Y con mayor motivo tras la situación absurda que se había dado la noche anterior, ya que anhelaba verse con él para comprobar que las cosas seguían estando bien entre ellos.

En cuanto sonó la musiquilla del reloj se espabiló en un santiamén, corrió hacia la ducha y en menos de veinte minutos salió del baño, envolvió el pelo en una toalla y se dirigió hacia la habitación. El sonido del *whatsapp* llamó su atención. Envuelta en una toalla, mientras se secaba el pelo masajeándolo con otra, se acercó a la mesita donde lo había dejado apoyado la noche anterior. Era De la Fuente. La ilusión de ver su nombre escrito en la pantalla tuvo un efecto inmediato en su ánimo. Nerviosa, lo cogió con torpes movimientos seguramente provocados por el estrepitoso bombeo del corazón contra su pecho.

Desayunamos?

Ok

7.30?

Ok

T paso a buscar

Ok

Ciertamente no le daba tiempo, porque aunque había planificado llegar con antelación, a última hora había decidido lavarse el pelo y eso le restaba algo de tiempo. Con todo no le importaba andar a la carrera con tal de disfrutar de un minuto adicional con Javier.

Mientras conducía hasta el piso de Posada, De la Fuente recordaba el momento tan especial que habían vivido cuando timbraba tiempo atrás esperanzado porque ella no le hubiese olvidado, que no fuera demasiado tarde. Aquel día de su primera cita tuvo la certeza de que si había alguna mujer con la que reconducir su vida, esa era ella. En ese instante volvía a pensar lo mismo, aunque su relación anterior seguía lastrando la que acababa de iniciar con Posada.

Julia contaba con que irían a alguna cafetería a desayunar, sin embargo su sorpresa fue descomunal cuando él timbró directamente en su apartamento y apareció con una bolsa de confitería en las manos. Posada había dedicado el tiempo a maquillarse de forma muy natural realzando sus hermosos ojos y a secarse el pelo, por lo que cuando lo recibió estaba aún envuelta en la toalla. Por unos instantes, antes de abrir, se le había ocurrido echar a correr para ponerse algo más apropiado, pero bien pensado le excitó la idea de provocar a De la Fuente. Y eso, tal y como ella había soñado, fue una verdadera tentación para él.

Por unos segundos se miraron intensamente saboreando el momento sin poder ni querer despegar los ojos del otro. El corazón de Posada reventaba de agitación, pero

el de De la Fuente no se quedaba a la zaga al pensar que bajo esa toalla se encontraba el cuerpo desnudo de Posada. Dio un paso hacia ella, la empujó tiernamente hacia el interior del apartamento, cerró la puerta tras de sí, tiró la bolsa en el aparador de la entrada y la besó recorriendo con sus labios los suyos llevándola al éxtasis, mientras con sus brazos la atraía fuertemente hacia él. Se dejaron llevar por esa desenfadada pasión que seguramente les hubiera llevado a algo más. Pero para su infortunio, vieron interrumpido aquel acalorado momento por una insistente llamada del móvil de De la Fuente. En contra de lo que le imponía su corazón, rompió el hechizo para cogerlo, conjeturando que una llamada a aquellas horas tenía que ser por algo importante. En la pantalla vio el nombre del capitán Naves.

—Mi capitán...

—¿Ha leído la prensa? —le espetó.

—Aún no.

—Pues no tiene desperdicio. Alguien se ha ido de la lengua. La información es demasiado precisa como para que no sea así.

—Me encargaré de ello...

—Eso espero —gruñó.

La expresión del sargento lo decía todo y con los gritos que el capitán había dado no era necesario explicarle nada a Posada.

Él pensó en olvidarse del desayuno y correr al Cuartel, pero seguidamente recordó que la vida estaba llena de pequeños placeres que había que disfrutar y no dejar escapar. Con nervios de acero decidió compartir aquel delicioso momento con Posada.

—Desayunemos —propuso él—. Tenemos mucho trabajo por delante y yo un pequeño conflicto que resolver antes de empezar —explicó haciendo clara referencia a la llamada del capitán—, pero antes desayunaremos —manifestó seguro de sí mismo.

—De acuerdo —respondió molesta porque el capitán les había fastidiado el momento, pero sonriente, feliz y satisfecha por la ecuanimidad de él. Además sentía un hambre voraz ya que la noche anterior había picado únicamente las patatas que acompañaron a la cerveza que se había tomado con él.

Mientras Javier desempaquetaba los croissants, buscaba la vajilla para el desayuno siguiendo las indicaciones de Posada y ponía la mesa, ella preparó la cafetera aceptando con regocijo que fuera él quien se ocupara de lo demás dándole tiempo a ella para terminar de vestirse.

Al cabo de unos minutos habían finalizado, estaban listos para dirigirse al Cuartel y comenzar con el intenso día que les esperaba. Pero antes de marchar, él se acercó a Posada de dos zancadas, la agarró por la cintura y la besó de nuevo lamentando no disponer de más tiempo. Ella le correspondió cautivada por sus apasionados besos.

Apresurados y con la mente en el caso, se separaron en el descansillo del portal para que, mientras De la Fuente se dirigía a la calle para coger su coche, ella siguiera

en el ascensor hasta bajar al parking. Aunque podían haber ido los dos en uno, la persistencia de De la Fuente por ocultar lo suyo a los demás, les obligaba a montar el numerito de llegar al Cuartel cada uno en su coche.

Nada más desplazarse la puerta del ascensor, Posada quedó paralizada al observar a través de la ventanita que abarcaba la parte superior de la puerta de apertura antipánico algo inusual. Al otro lado se podía ver el aparcamiento y en concreto el coche de Posada aparcado justo en la plaza de enfrente. La oscuridad era total en toda la planta, lo que le indicaba que allí no había nadie o al menos, nadie que se moviera. La iluminación de todo el edificio, incluido el garaje, estaba dotada de luces de presencia. Sin embargo, el coche de Posada tenía la luz encendida. Bien podía ser que en su arrebató nocturno por la fría despedida que habían tenido ella y el sargento, no hubiese cerrado bien la puerta del coche y ese fuera el motivo por el que había quedado la luz encendida. No había comprobado si antes de darle al mando, la puerta quedaba bien cerrada, era algo tan mecánico que no podría asegurar que lo hubiera hecho. Sin embargo, cuando se acercó, la puerta estaba abierta. Posada admitía no haber cerrado bien la puerta, pero no accionar el mando le parecía inconcebible. Alguien había abierto su coche...

Por si acaso lo inspeccionó, posiblemente por la costumbre de hacerlo. Ella se lanzó rápidamente a la guantera, sabía lo que tenía que buscar. Si alguien quería robar algo de su coche, lo único interesante era la libreta donde ella tomaba notas. Estaba allí, no faltaba, sin embargo, ella nunca la dejaría sin cerrar, para eso era meticulosa y la había encontrado abierta de par en par. Lo que suponía una clara evidencia de que alguien había abierto su coche e intentado echar mano de sus anotaciones. Y apostaría que con ello habían cubierto el artículo de la prensa al que se refería el capitán. Posada resopló ante el agobio de que la información para el periodista hubiera salido de su coche. Además, estaba segura de quién había sido: la arpía de Lara.

La actual novia de su ex se la tenía jurada y podía apostar a que tenía las agallas y la falta de escrúpulos necesarios para robar la información a la propia Guardia Civil.

Él día se aventuraba largo y denso. El calor apretaba desde primeras horas de la mañana como hacía años que no ocurría. Los más ancianos del pueblo no recordaban tales temperaturas y menos a primeros de octubre, donde el otoño se hacía presente con tibias temperaturas y cálidos colores repartidos por la espesa naturaleza de los bosques tan frondosos y abundantes de Asturias.

Para Pablo aún sería más largo y más denso, pues además del profundo sufrimiento que padecía por perder a su mujer, le martirizaba todo lo que envolvía el maldito proceso de investigación. Sobre todo porque su alma se desgarraba al imaginarse el cuerpo de Clara desnudo y con las entrañas al descubierto en una fría sala impersonal a la vista de cualquiera que pasase por allí como si fuera parte del mobiliario, inerte, estática, sin sentimientos. Además, se imaginaba los comentarios

que intercambiaría el forense con su equipo y, estaba plenamente convencido de que la costumbre de ver muerto tras muerto haría que desapareciera la capacidad de lamentar la pérdida de una vida humana. Para ellos era un trabajo más. Para él, el inicio de una vida que carecía de sentido, y que además tendría que vivir por Nico, porque si por él fuera se iría con Clara a donde quiera que viajase uno cuando deja este mundo. No le importaba donde, sólo quería estar con ella. Sin embargo, era consciente de que esa opción no era posible; su responsabilidad como padre le impedía cumplir sus deseos.

Si al menos hubiera podido despedirse de ella... Eso también se le había negado, pues seguidamente al rescate habían trasladado el cuerpo al Instituto Anatómico Forense de Oviedo y hasta que no finalizase la autopsia no se lo devolverían. Desconocía cuantos días pasarían hasta que la pudiera abrazar por última vez y quitarse así de la cabeza la penosa imagen que le había quedado latente danzando por su mente. Aunque sospechaba que inmediatamente después de la autopsia los cuerpos eran devueltos en la caja cerrada y sin posibilidad de abrir o directamente incinerados por eso de evitar la desagradable experiencia de visualizarlos cosidos de arriba abajo.

La sensación de vacío que con tan pocas horas ya percibía y el implacable dolor persistente que se había enraizado en su corazón le provocaban un agudizado desasosiego que ni las pastillas de su mujer eran capaces de aplacar. Las lágrimas arrollaban silenciosas por su desencajado rostro. Tal era su angustia que ni tan siquiera se acordaba de su excentricidad por el control más absoluto. En realidad, en aquellas circunstancias carecía de sentido, además no le había servido de nada.

La puerta de la habitación de Nico sonó, desvelando que él también estaba despierto, y con ello le devolvió el recuerdo de la terrible discusión que habían mantenido nada más salir del Cuartel. Aquellas palabras fuertes e incluso algunas de ellas malsonantes, habían sido las últimas que se habían dirigido. Él le echaba la culpa de lo que había ocurrido y ni tan siquiera había sido capaz de sonsacarle el porqué de esa opinión. Además tampoco le había contado qué había estado haciendo durante gran parte del día. Sin embargo, por sus evasivas, sospechaba que su hijo estaba a punto de meterse en algún lío. Era una sensación difícil de explicar, pero que a medida que le daba vueltas tenía más peso.

Nico, un chaval del montón en plena pubertad y en constante lucha por buscar su sitio, sentía verdadera adoración por su madre y algo menos por su padre, seguramente porque él era más del estilo de ella: independiente y con una energía que afloraba desde lo más profundo de su ser y que en muchas ocasiones hasta le asustaba.

Su padre, sin embargo, lo llegaba a asfixiar, si no hubiera sido por su afán controlador, no se habría enterado de que se había ausentado del instituto. Y para colmo, había enviado a la Policía Judicial a buscarlo, ni tan siquiera había sido él quien había acudido en su busca.

Había pasado la noche entera llorando a su madre. Primero despierto y más tarde

en sueños. Y eso que aún no había asimilado lo que estaba pasando y menos que no la volvería a ver. Estaba enfurecido con su padre convencido de que él y solo él, era el culpable de que ella tuviera la necesidad de huir como en aquella otra ocasión hacía mucho tiempo. Él estaba convencido de que ella lo había necesitado de nuevo, había huido de tanta presión a la que su padre la sometía. A él le pasaba igual y en muchas ocasiones necesitaba gritar para sacarse ese pesar que llevaba dentro y que apretaba fuertemente en su pecho llegando a asfixiarlo.

Pero él lo descubriría todo, en cuanto se libraba de la vigilancia de su padre iría hasta allí...

Recorrer las hermosas calles de Andrín era algo que al Capitán Naves le transmitía paz y sosiego. Aquel pueblo le gustaba quizás por la armonía de sus casas o quizás por la preocupación que aparentaban tener todos sus habitantes por mantenerlas en perfecto estado, pareciendo todas ellas recién pintadas a cada cual con un color más bonito que la anterior, lo que complicaba al capitán su elección cada vez que se ponía a soñar en tener una casita de campo en la que jubilarse.

Naves había cumplido puntualmente su promesa presentándose delante de la puerta de la casa de Carolina cinco minutos antes de la hora prevista. Él llevaba levantado largo tiempo ansioso por ir a buscarla y tras tomarse un jugoso desayuno de los que hacen época y echar un vistazo rápido a la prensa regional y nacional, había recorrido lentamente el trayecto entre su casa de Llanes y la de la juez en Andrín para no llegar demasiado temprano.

Ella lo hizo esperar tan solo unos minutos, aunque a él aquella espera le parecía eterna por el ansia que tenía de verla y de disfrutar un rato a solas con ella pese a que aquello no se podía considerar una cita. Simplemente se trataba de recogerla para llevarla al trabajo, pero ella había aceptado y eso le daba alas al capitán.

Cuando Carolina entró en el coche la esencia de Loewe inundó la pituitaria de Naves. Él se hubiera lanzado hacia ella y le hubiera besado durante el resto del día, sin embargo, la actitud cortante de la juez le hizo pensárselo dos veces, por lo que únicamente le dio los buenos días y se centró en la conducción, haciendo algún que otro comentario sobre el detallado artículo que había leído en La Nueva España.

Ella no estaba de humor. La noche anterior había tardado mucho en conciliar el sueño y había sido bastante intranquilo con recuerdos de sus conversaciones con Clara cada fin de semana que acudía con sus dos amigas al restaurante. Ese sitio era como un lugar de culto para ella, no sólo por lo bien que se comía, sino por lo a gusto que se encontraba entre sus cuatro paredes. Todo le gustaba: la decoración, las vistas, el trato que Clara y los demás empleados le dispensaban, todo... Allí se olvidaba de todos sus problemas según entraba por la puerta y solamente disfrutaba. Lamentaba tanto lo que le había ocurrido...

De la Fuente y Posada llegaron al Cuartel, uno detrás de otro. Ambos introdujeron

el coche en el parking subterráneo y lo dejaron en una plaza contigua. Posada salió presurosa del coche para que De la Fuente no se le escapara en su empeño por mantener en secreto lo suyo. Quería contarle lo del coche para que él valorase la situación antes de divulgarlo entre sus compañeros y por supuesto antes de verse las caras con el capitán. De pronto oyeron las ruedas de un coche cercano y azorados por sentirse pillados, ambos dieron un paso hacia atrás alejándose del otro quedando de un modo antinatural. Cualquiera se daría cuenta de que allí pasaba algo y precisamente en ese momento no era así. Simplemente eran dos compañeros comentando el caso, pero su subconsciente les delató. El pasajero del coche, sin embargo, no se había percatado de su presencia, ni estaba pendiente de lo que ellos pudieran estar haciendo.

El capitán decepcionado por la tensión que se respiró en el corto trayecto entre Andrín y el Cuartel, acercó a la juez hasta el lugar donde tenía aparcado su Audi TT, para ver entristecido como ella se subía al coche y se marchaba hacia el juzgado. Seguidamente se dirigió hacia el garaje subterráneo del Cuartel y avanzó hasta la plaza contigua a De la Fuente, pero estaba tan abstraído en sus pensamientos que no observó como Posada arrastraba al sargento para que le diera tiempo a comentarle lo de Lara.

—Pero no tenemos ninguna prueba, ¿no?

—No. Sería su palabra contra la mía.

—Y no ha desaparecido nada ¿no?

—No, nada.

—Entonces no podemos hacer nada.

—Salvo que enviemos la libreta al laboratorio...

—Por desgracia no es crucial para una investigación. Así que no vamos a malgastar dinero público —replicó lleno de sensatez—. Pero al menos sabemos de dónde ha salido la información y me tranquiliza que no fuera de ninguno de los nuestros.

—Sí, en eso tienes razón. Pero a mí me deja en una posición muy incómoda.

—No te preocupes. Hablaré ahora mismo con el capitán y le haré ver que ha sido inevitable.

—Gracias —respondió sincera.

—Puede volver a repetirse, así que ándate con mucho ojo. No dejes la libreta en el coche.

Pesaroso, el capitán subió las escaleras y se dirigió a su despacho sin mirar a nadie, sin tan siquiera saludar y con aire compungido, porque las esperanzas de que ella volviera a tener una actitud tan proactiva con él como el día anterior había imaginado, se habían ido al garete.

En cuanto lo vio pasar, De la Fuente se dirigió a su despacho.

—Mi capitán —comentó De la Fuente tras golpear en la puerta—. Sabemos cómo se ha enterado la prensa.

De la Fuente comentó a Naves cómo había ocurrido, aprovechando para echar en contra de algunos periodistas que se extralimitaban en búsqueda de la noticia. Pero daba igual lo que él le contase, el capitán tenía otra preocupación y viendo que no se trataba de un chivatazo, no prestó mucha más atención al sargento.

Durante largo rato estuvo martirizándose con lo que podía haber sido y no fue, convencido como estaba de que ella sentía algo por él. Pasó por varios estados de ánimo desde el abatimiento total y la desesperación hasta la seguridad de que lo que ella clamaba por los cuatro costados era que él estuviera ahí, a su lado para cuidarla y prestarle todo su apoyo ante el decaimiento que estaba viviendo. Y eso era lo que iba a hacer.

El agudo dolor que sentía en el cuello y en la espalda tras un par de horas acurrucada en el sillón orejero en el que se había quedado traspuesta, le impedía moverse con agilidad, obligándola a pensar en el movimiento posterior antes de hacerlo y a sujetarse la cabeza con una mano, mientras con la otra se aplicaba un suave masaje en los riñones con la intención de disipar el dolor. Se levantó lentamente y se acercó a la ventana con la intención de abrirla para acceder a las contras y dejar que la luz del día penetrase por todos los rincones de la casa. Pero un pensamiento la detuvo cuando tenía una mano asida a la manilla. El temor a que alguien se encontrase en el exterior de la casa esperando a que ella saliese de su fortaleza para atraparla la paralizó. Durante un tiempo se dejó llevar por el pánico y por su agorera imaginación.

Aunque lo intentase no le entraba nada en el estómago. Se saltó el desayuno consciente del mal ejemplo que estaba dando a su hijo y de que pocas excusas valdrían para convencerlo de que él podía permitírselo cuando, continuamente, le soltaba el discurso de que era la comida más importante del día y que bajo ningún concepto podía suprimirse esa vianda matutina. Sin embargo, aquella mañana era excepcional: ambos tenían que volver al Cuartel y pasar por la desagradable sensación de responder cuestiones privadas que no tenía ninguna gana de airear. Además se sentía continuamente juzgado y como con la necesidad de tener que defenderse. Se suponía que Nico tendría que responder una retahíla de preguntas que habían quedado en el aire el día anterior y que, a buen seguro, los de la judicial le tendrían preparadas. Y todas ellas serían personales, de su intimidad, de su día a día en familia. Y eso le preocupaba mucho. Aquella situación en la que se veían inmersos les superaba con creces. Eso quitaba el apetito a cualquiera.

Pablo y Nico no se hablaban desde la noche anterior en la que se habían enzarzado en una encolerizada discusión centrada sobre todo en las acusaciones que Nico le hacía al considerarlo culpable de la muerte de su madre. A Pablo aquellas

delaciones le habían calado muy hondo y no concebía que, además del sufrimiento por la eterna privación de su mujer, tuviera que soportar que su hijo se volviera contra él de aquella manera. Él había perdido a su madre, eso era algo difícil de canalizar y aún más siendo tan joven, pero Nico se había postulado como un verdadero egoísta al no ser capaz de entender que él había perdido al amor de su vida y que sufría tanto como él. Para colmo, su hijo había caído tan bajo como para echarle la culpa por ello y eso le había herido tan profundamente que no se lo perdonaría jamás.

Mientras su padre se reconcomía lamentándose por las últimas veinticuatro horas de su existencia, Nico retroalimentaba su cólera. El portazo que dio tras de sí cuando salió por la puerta dejó a Pablo más enfurecido de lo que ya estaba. Su hijo se estaba mostrando como un ser desconocido por completo, alguien extremadamente mezquino, dañino que sólo pensaba en sí mismo olvidándose de los sentimientos de los demás.

Sin embargo, el comportamiento de Nico venía dado por una explicación que él tenía y que su padre desconocía.

Mientras avanzaba hacia su cita con el sargento De la Fuente, Nico se ratificaba en que la culpa de todo era de su padre. Tenía una versión de lo que había ocurrido y según le iba dando vueltas a la cabeza, se convencía más de que su madre había pasado la noche con el otro.

Él sospechaba que había otro desde que, un día del fin de semana pasado había llegado más tarde de lo que le estaba permitido por haberse despistado entretenido con el ambiente y los coches que participaban en el Rallye Villa de Llanes. Había calculado mal el tiempo que le llevaría regresar desde la entrada este del pueblo, donde se ubicaba la zona de asistencia del rallye hasta su casa y además a mitad de camino se había tropezado con un nutrido grupo que coreaba a uno de los pilotos. Él se detuvo curioso y eso lo retrasó aún más. Su demora fue tal que llegó pocos segundos antes de que su madre se bajara de un coche antiguo de lujo, un Haiga de los de antes. Al día siguiente le había preguntado por su regreso a casa, fingiendo preocupación por su agotamiento habitual, sobre todo al finalizar el verano. Ella le había argumentado que el paseo desde el restaurante hasta casa le había ayudado a relajar las piernas. Pero aquella noche ella no había vuelto andando. Él lo sabía y ella había mentado abiertamente.

Estaba ciertamente convencido de su aventura con otro, sin embargo, lo que no tenía tan claro era por qué había acabado muerta y en el mar... Quizá el otro la hubiese puesto contra la pared para que abandonase a su familia y se fuera con él. A eso Nico estaba seguro de que su madre nunca accedería, los lazos invisibles pero fuertemente arraigados que había entre ellos dos eran irrompibles. Ella nunca lo abandonaría, y posiblemente al negarse a marchar con él, en un arranque de celos hubiese acabado con ella. A la postre, un caso más de violencia de género. A su madre la habían matado —concluía enfurecido mientras las lágrimas bañaban su rostro—. Y todo porque su padre los tenía asfixiados.

A él no le sorprendía que ella hubiese escapado, él mismo se lo había planteado miles de veces, y solamente había desistido de su idea por su madre, por ella. Y en aquel momento... ya no estaba con él. La angustia que sentía Nico se centraba sobre todo en una insufrible presión sobre su cabeza hasta el punto de provocarle un profundo dolor que comenzaba por sus ojos y se extendía hasta las sienes. Ni tan siquiera las enormes gafas de sol de pasta negra que llevaba suavizaban tal intensidad ni, por lo visto, tampoco servían para ocultar su vergüenza cuando se tropezó con Sergio, el más chulito de todo el instituto.

—¡Nenaza! ¿A dónde vas con esas horrendas gafas?

Sin mediar palabra se abalanzó sobre él desahogando toda la tensión sobre su cara, como si se tratara de una olla a presión a la que de pronto le hubiesen abierto la válvula de escape, puñetazo tras puñetazo, hasta que un policía local los separó.

—Pero ¡Qué cojones...! ¿Alguno de los dos me va a contar qué está pasando aquí y porqué no estáis en el instituto?

—¡Te las verás conmigo niñato! —le espetó Sergio amenazante mientras se masajeaba su dolorido rostro.

Nico, que aún permanecía sujeto bajo los enormes brazos de aquel policía, intentó zafarse con la intención de solmenarle una patada, consiguiendo únicamente revolverse a duras penas.

—Ni se te ocurra —le insinuó—. Tú al instituto —bramó a Sergio. Y tú vendrás conmigo a la comisaría hasta que te tranquilices. Llamaremos a tus padres y les pondremos al día, seguro que eso aplaca tus nervios.

Nico miró de soslayo al policía con el ceño fruncido. Las lágrimas habían dejado paso a la furia que se revolvía asfixiante por sus venas.

Al llegar a la comisaria, Nico estaba bastante más calmado. A la postre, la pelea que había mantenido con aquel chico había surtido el efecto de apaciguar su alma herida.

—¿Qué coño te pasa? ¿Querías matarlo o qué?

—De ser así el mundo tendría algo que agradecerme, habría un imbécil menos —contestó airado al envite del policía.

—¿Cómo te llamas? —gruñó el policía.

—Nico.

—Nico. ¿Qué?

—Nico Fernández Amieva.

—¿Pero qué diablos te pasa? —contestó el policía mientras se escuchaba una musiquilla de un móvil.

Nico echó mano del teléfono que tenía guardado en el bolsillo del pantalón, vio un número desconocido, lo dejó sonar unos segundos y colgó.

—¿Quién era? —preguntó fastidiado el policía.

—No lo sé —respondió sin más.

El móvil volvió a sonar y el mismo número volvió a asomar, pero en aquella

ocasión el policía pudo visualizar el teléfono en la enorme pantalla del móvil de Nico.

—¡Chaval! ¡Te está llamando la Guardia Civil! ¡Ese número es el del Cuartel! ¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó exasperado mientras marcaba el número.

—Nada —contestó en un intento por apaciguar el incipiente mal humor del policía.

—Buenos días, soy la guardia Pili San Román.

—Buenos días Pili, soy Luis —contestó dando por hecho que había identificado el número.

—Qué tal Luis, cuéntame.

—Estoy con un chico en la Comisaría al que estáis llamando...

—¿Estás con Nico?

—Sí. El mismo.

—Estamos esperándole. Es hijo de la mujer que se ha encontrado muerta ayer en Niembro, ya lo habrás leído en la prensa porque sale en la portada de La Nueva España y de El Comercio. Su padre llegó hace un rato y aseguró que el chico había salido de casa antes que él...

—Se enzarzó en un pelea con otro y lo traje hasta la comisaria —contestó comprendiendo la situación y sintiendo verdadera lástima por el chico.

—Pues necesitamos que venga lo antes posible, el sargento espera para interrogarle...

Pili San Román no dijo más sabiendo que era innecesario explicar que el inicio de la investigación estaba pendiente del interrogatorio a Nico y por supuesto a Luis no hizo falta aclararle más.

—Descuida Pili, lo acercaré hasta el Cuartel y así nos aseguramos de que no se mete en más líos —contestó mirándolo de soslayo.

—Muchas gracias Luis... ¡Te debo una!

—No te preocupes, lo tendré presente cuando haga falta —respondió alegremente.

En pocos minutos Luis había dejado a Nico a las puertas del Cuartel.

Hacían tiempo leyendo el artículo que Lara había escrito. En él recogía mucha información conocida exclusivamente por ellos, pero escrito con la suficiente maestría para no dejar evidencias que la culpabilizaran. Posada se sentía totalmente crispada por la intrusión y porque estaba segura de que había sido ella o alguien enviado por ella, y no podía hacer nada.

Ella y De la Fuente esperaban a que llegase Nico tomándose un café muy cargado recién hecho. San Román tenía orden de que en cuanto apareciese por la puerta, lo acompañase a la sala para empezar cuanto antes. Y eso fue lo que hizo en cuanto el policía lo soltó en el Cuartel.

—Buenos días Nico —saludó Pili en un tono demasiado solemne—. Te están

esperando. Te acompaño —continuo sin esperar respuesta.

San Román atravesó el pasillo de dos zancadas con Nico a la zaga. La puerta de la sala estaba abierta y De la Fuente y Posada, sentados alrededor de una mesa redonda de color claro en la que no había más que un móvil y los tazones en los que se habían tomado el café, lo esperaban con ansia.

—Buenos días Nico —se adelantó el sargento.

—Buenos días. ¿Y mi padre? —preguntó preocupado.

—Está en otra sala. No te preocupes, —contestó De la Fuente sin más—. Siéntate por favor —le indicó De la Fuente mostrándole una de las sillas vacías.

Nico se sentó con el corazón en un puño. Aunque quisiera aparentar lo contrario, aquella situación le superaba con creces y se sentía verdaderamente asustado. Seguramente porque si bien en aquellos momentos odiaba a su padre, no tenía intención de desvelar lo que estaba seguro que le había ocurrido a su madre porque al fin y al cabo él era su padre y no quería dejarlo en mal lugar. Pero sobre todo porque quería investigar por su cuenta, se lo debía a ella.

—Todos queremos saber qué le pasó a Clara y encerrar al culpable lo antes posible —comenzó De la Fuente— por eso necesitamos todo tu apoyo y que nos cuentes todo lo que sabes. Esa es la mejor manera de ayudar a tu madre en estos momentos —dijo suspicaz—. ¿Lo comprendes?

Él asintió con la cabeza pese a que su razonamiento no había cambiado ni un ápice.

—Queremos que nos cuentes dónde estuviste ayer...

Nico dudó durante unos segundos. No había tenido la precaución de montar una historia paralela y ahora tendría que hacerlo rápidamente si quería ocultar lo que realmente había estado haciendo sin levantar sospechas...

—No podía estar en clase sin saber donde estaba mi madre así que la llamé varias veces al móvil, pero siempre daba apagado. Y ella nunca apagaba el móvil, ni de día ni de noche, por todas partes tiene miles de cargadores que le ha comprado mi padre para que la pueda localizar en todo momento. Ni tan siquiera esperaba a que la batería se acabara, eso pone muy nervioso a mi padre, así que estaba continuamente pendiente —aclaró—. Era imposible que tuviera el móvil apagado sin alguna causa grave, así que yo sabía que algo le había ocurrido —dijo con voz ahogada por la angustia.

—Y saliste a buscarla... —dejó caer De la Fuente.

—¡No! —gritó Nico temeroso de haber errado en su explicación—. ¡No salí a buscarla! No me podía concentrar en clase, así que me fui —respondió iracundo.

—¿Y adónde fuiste? —preguntó De la Fuente.

—A dar una vuelta.

—¿A dar una vuelta?

—Sí. A dar una vuelta —ratificó.

Lamentó su contestación nada más darla. Hasta para él era evidente que no estaba

contando la verdad, pero era tarde para rectificar. En esos momentos sólo podía mantenerse firme en lo absurdo de su respuesta y soñar con que lo dejaran ir tratándose como se trataba de un chaval de quince años.

—Nosotros te hemos encontrado en el Paseo de San Pedro, hasta llegar allí... ¿estarías en más sitios?

—No —dijo muy seguro de sí mismo—. Estuve deambulando por las calles de Llanes pensando donde podría estar mi madre. Cuando me cansé me acerqué a San Pedro y ahí estuve largo rato.

—¿Ni tan siquiera te has parado a comer? —le cuestionó perplejo como si realmente se estuviera creyendo la historia.

—Bueno... mi padre me había dado dinero para el desayuno, él pensó que no había desayunado —aclaró—. Paré en un bar de al lado de mi casa, en De la Mar —apuntó— y me compré un pincho —contestó satisfecho porque parecía que su historia era convincente.

—Con lo que si preguntamos en ese bar te recordarán y nos dirán lo mismo que tú nos has contado ¿no es así? Exigencias del procedimiento, ya sabes —argumentó el sargento.

La expresión de Nico evidenciaba el temor a que De la Fuente cumpliera con su propuesta. Entonces, si era así, tendría problemas para explicar porque se lo había inventado todo sin desvelar su plan, aunque por otro lado podía tener suerte. De la Mar era un sitio que frecuentaban sus padres porque era el lugar escogido por muchos pescadores para tomarse una cerveza y a su madre le traía buenos recuerdos de su padre. Además, a ella le gustaba estar entre ellos. Él había acudido en varias ocasiones por lo que cabía la posibilidad de que los del restaurante no estuvieran seguros y no se pudiera descubrir su mentira.

—Sí, sí, claro —respondió pensando en ganar tiempo.

—Una última pregunta... ¿A qué hora llegaste a casa el lunes? Es por puro protocolo —expresó ante la cara de asombro de Nico.

—A las nueve.

—¿En punto? —preguntó ante la exactitud que había mostrado.

—Sí. Irremediablemente en punto —respondió con una mueca—. Mi padre se pone hecho una furia si me retraso tan siquiera unos minutos —resopló agradecido porque el sábado pasado se hubiese quedado dormido del agotamiento que arrastraba.

—¿Un lunes?

—Sí. Estuve estudiando un rato y después quedé con los amigos para dar una vuelta. Aún no tenemos mucho que hacer —explicó.

—Y después de esa hora, ¿qué hiciste?

—Cené con mi padre y me fui a la habitación a jugar a la consola.

—¿Hasta qué hora estuviste despierto?

—Hasta la una y cuarto más o menos.

—¿Y tu padre?

—Mi padre se acuesta pronto y ve un rato la tele en la habitación... Sobre las diez y media suele estar dormido, así que la programa para que se apague a las once. Él lleva una temporada levantándose muy cansado y necesita dormir muchas horas.

—Bien, eso es todo Nico. No sabes cuánto agradecemos tu colaboración, eres una pieza fundamental para la investigación y te aseguro que con tus respuestas nos has ayudado y con ello a tu madre —comentó con la intención de provocarle remordimientos—. Muchas gracias —declaró con un gesto de agradecimiento—. Hemos acabado, cuando quieras puedes marcharte, tu padre te está esperando en la sala de al lado.

Nico se levantó aliviado pensando en que tampoco había sido tan tremendo como se imaginaba. Estaba ciertamente satisfecho por lo airoso que había salido de la situación.

—¡Ah! Una última cosa —dijo mientras le entregaba su tarjeta— por si recuerdas algún dato por pequeño que sea aunque no te parezca importante o algo que se te haya despistado —dijo intencionadamente.

—Gracias —contestó Nico despreocupado.

En cuanto se marcharon, De la Fuente organizó una visita de todo el equipo al restaurante. Los del laboratorio ya lo habían revisado de cabo a rabo por lo que podían entrar sin peligro de destrozar alguna prueba.

Antes de ponerse en marcha, mantuvo una pequeña conversación con Posada.

—¿Qué opinas?

—Estoy confundida... Da la impresión de que el chaval no dice la verdad, pero no entiendo porqué, era su madre y se nota que la quiere, no entiendo el porqué de mentir.

—Sí. Nico miente, pero además tengo una sensación rara con su padre...

—¿Y eso? —preguntó Posada.

—No sé... es algo extraño... Él ha querido mostrarse extremadamente colaborador, pero no me ha contado absolutamente nada. Y si he de ser sincero sospechoso de tanta predisposición vacía de contenido. Pero en fin, el tiempo nos dirá si mis dudas tienen justificación o no. Avisa a los demás, nos ponemos en marcha.

—Enseguida.

Posada se dio media vuelta y salió de la sala a paso ligero. Estaba ansiosa por iniciar la investigación. Le corroía saber qué le podía haber ocurrido a una mujer que se podía decir que lo tenía todo: un negocio exitoso y una familia que la quería. Al menos a simple vista.

Llanes, 1971

Había llegado el momento. Roberto llevaba más de dos horas encerrado en su despacho valorando las opciones que tenía. El malhumor había crecido en su interior hasta tal punto que le impedía pensar racionalmente. Eso hizo que se decidiera por la idea más drástica e incluso descabellada de todas las que se le habían pasado por la cabeza. Su orgullo no le permitía ser dominado por nadie y menos por un chantajista de poca monta. Cuando sólo faltaba media hora, echó el pestillo y caminó hacia la caja fuerte oculta bajo una antigua pintura, con el pecho ardiendo de furia. Allí tenía guardado el dinero que le había robado a Ricardo. Cogió las diez mil pesetas que le exigían, lo repartió en dos sobres y salió en busca de su mujer.

—Dolores —dijo Roberto cuando se la encontró— tenemos que hablar. Ven a mi despacho.

Ella no contestó. Un escalofrío recorrió su cuerpo y la repentina flojera de sus piernas estuvieron a punto de hacerla caer, si no fuera porque sus reflejos estaban muy despiertos y la mesa en la que se apoyó muy cerca. Casi se le escapan las lágrimas al pensar que su marido sabía lo que había pasado esa mañana. En el transcurso del día ella le había dado infinidad de vueltas. Casi hasta volverse loca. Estaba enamorada de Antonio, pero la realidad es que se había casado con Roberto y eso no podía cambiarlo. Había decidido olvidarse de sus sentimientos por el otro hombre y continuar su vida tal y como estaba. No había otra solución. Pero ahora temía haber sido descubierta, y por la expresión de Roberto no cabía duda. Su corazón palpitaba de pánico como nunca lo había sentido en su vida. A duras penas, sin mediar palabra, echa un manojo de nervios, siguió a su marido hasta su oficina. Sin embargo, todo el miedo que sentía era poco en comparación con lo que le esperaba...

Había sido un tonto y se maldecía por ello. Cada vez que lo pensaba se daba cuenta de lo inepto que había sido al no prever una historia paralela para contarle a la Guardia Civil a pesar de que sabía que tenía una entrevista con ellos. La muerte de su madre y las sospechas más que fundadas de lo que había sucedido, tenían completamente ocupada su mente y no había sido lo suficientemente habilidoso como para pensar un poco más allá, para planificar su siguiente paso en todas sus vertientes y no sólo en lo que se refería a investigar los últimos pasos de su madre. Posiblemente ellos descubriesen que había mentido y, para su desgracia, lo llamarían otra vez a declarar al Cuartel con lo nervioso que se ponía sólo de pensar en poner un pie en aquel sitio que él sentía tan gélido a pesar de que todos procuraban mostrarse muy agradables. Le costaba entender por qué había sido tan necio como para no decirles que, en realidad, había parado en el quiosco de la heladería Revuelta para

comprarse un cucurucho de los grandes de vainilla y chocolate y ver si así conseguía refrescarse un poco y quitarse de encima el calor sofocante que lo acompañaba desde primera hora de la mañana, y seguidamente, con el poco dinero que le sobraba, se había desviado a la panadería de la plaza de las Barqueras donde se compró un «bollo preñado» y una lata de Coca-Cola, de camino hacia Andrín en lugar de soltarles aquella sandez de comprarse un pincho en la De la Mar. Gracias a que era de los pocos que al menos no descansaba los martes y que estaba abierto...

Nico y su padre salieron del Cuartel y recorrieron las calles de Llanes hasta llegar a su casa en absoluto silencio, en parte porque la angustia que los envolvía era cada vez mayor, pues a medida que iba pasando el tiempo iban asimilando lo que había pasado y que, para su desdicha, su madre y su esposa no iba a regresar nunca más, y en parte porque el bochorno a aquellas horas de la mañana era tan pegajoso que quitaba el habla a cualquiera.

Pablo subió las escaleras como si los pies fueran de hormigón, llegó a la puerta de su vivienda, entró y se dirigió directamente a su habitación dejándose caer en la cama y quedando en la misma postura en la que la caída lo había dejado.

Nico, siguió los pasos de su padre con el cerebro en efervescencia, pensando en regresar de nuevo a aquella magnífica casa. El día anterior se había acercado allí con la esperanza de encontrar a su madre, con la absurda idea de tropezarse con ella o que ella lo viera desde alguna ventana y que saliera en su busca. En aquellos momentos la situación era tan distinta... Iría allí para apostarse delante de la casona hasta que viera entrar o salir al propietario. Entonces, se enfrentaría a él y le preguntaría que había hecho con su madre, no le tenía miedo.

Con ese plan revoloteando por la cabeza, organizó mentalmente todo lo que necesitaba para que no le faltase de nada y para que su coartada quedara bien montada. No iba a cometer por segunda vez el error de no tenerlo todo previsto.

Era evidente que los del laboratorio ya habían hecho su trabajo, a tenor del desorden que se veía en los abundantes detalles que había nada más entrar en el restaurante. De la Fuente, Posada, López y Herrera subieron las empinadas escaleras a paso ligero sorteando varios farolillos de distintos tipos con velas de diversas formas y tamaños que, adornando en algunos peldaños, habían quedado descolocados cuando sus compañeros realizaron el concienzudo trabajo de buscar cualquier tipo de pista.

De la Fuente había mantenido a última hora del día anterior una conversación con Pertierra, su compañero de la Comandancia de Gijón encargado de la recogida de pruebas. Él le había desvelado con cierta desilusión que salvo huellas de todo tipo, no habían encontrado nada que pudiera relacionarse con un crimen, aunque también le reveló que en su mente persistía la idea de que había algo que no habían sido capaces de ver. Su mayor esperanza residía en el ordenador que había en el despacho de Clara

y que se habían llevado esa misma mañana al juzgado para efectuar el volcado de datos y posteriormente estudiar pormenorizadamente los documentos, los correos y las entradas a *internet* que ella había realizado en sus últimos días.

Ya en el primer piso, echaron un vistazo general al restaurante. A la derecha se encontraba la barra y a continuación y enfrente de ella la sala con una cristalera que ocupaba toda la estancia y que proporcionaba unas impresionantes vistas al mar. A la izquierda se veía la cocina y de espaldas a ellos, hacia la parte de atrás un angosto camino que seguramente llevaba a los aseos y al despacho.

—Vosotros dos —dijo señalando a López y Herrera— echad un vistazo a la cocina, a los almacenes y a las taquillas del vestuario.

—Posada, venga conmigo.

El sargento avanzó por el estrecho camino, seguro de que al otro lado se encontraba el despacho. Su intuición no le falló. Empujó una puerta entreabierta y tras ella se abrió una pequeña habitación bastante desordenada. Al igual que el resto del restaurante estaba decorada con un estilo *vintage* en el que los motivos marineros eran su temática principal. En el centro había una mesa de despacho decapada de color blanco que ocupaba prácticamente el ancho de la diminuta habitación, con una silla giratoria de cuero envejecido que aparentaba muy cómoda. En la parte posterior, ocupando todo el ancho, había una serie de armarios empotrados con el mismo decapado de la mesa. El suelo era de madera con listones alargados de los que habitualmente se veían en las casas antiguas. La pared estaba forrada de papel pintado en el que se combinaban diminutos veleros en distintos tonos azulados y frases por aquí y por allá en letra cursiva de estilo *Old Script* sobre fondo blanco roto. Una carta de navegación de la costa oriental de Asturias enmarcada acorde con el resto de la estancia colgaba de una de las paredes y en la de enfrente un tablero de imán con fotos en las que siempre estaba Clara además de alguna otra persona y que aunque Posada no reconocía a todos, entendía que al menos la gran mayoría debían ser de famosos que habían pasado por el restaurante. Algún pequeño cuadro todo en tonos marineros desde el verde agua hasta el azul marino y abundantes detalles *vintage* por todas partes completaba la decoración de aquel lugar que a De la Fuente le resultaba indiferente, pero que a Posada le parecía encantador.

Sin mediar palabra, ambos se pusieron a revisar el despacho en busca de lo que los del laboratorio no habían sido capaces de encontrar. De la Fuente se dirigió a los armarios, mientras que Posada bordeó la mesa y se sentó en la silla. Una sensación de calidez la embargó cuando al avanzar hacia la mesa, el suelo crujió bajo sus pasos. Aquella estancia le parecía adorable. Le entraban ganas de copiar todo cuánto allí veía para decorar la habitación que hacía las veces de despacho en su casa y cuyo estado actual era caótico. Volviendo a centrarse en su trabajo, se volcó en husmear por toda la mesa y por las cajoneras dando por finalizada su inspección al cabo de unos minutos sin haber encontrado nada. Llamó su atención una hermosa cajita que reposaba encima de la mesa, pero salvo algún que otro recorte y recuerdos tampoco

allí había nada que llamase su atención.

De la Fuente hizo lo mismo en la zona de armarios, llegando a la misma conclusión que Posada. Ambos se quedaron pensativos durante unos minutos hasta que De la Fuente rompió el silencio.

—Vale —dijo por concluir lo que estaba pensando—. Si esto es un negocio y por lo que me has contado muy rentable... ¿Dónde guardan el dinero? ¿Tendrán que tener algún lugar donde lo tengan a buen recaudo no?

—Sí —contestó Posada sorprendida porque lo más obvio se le había escapado a ella y posiblemente a los del laboratorio.

—¿Y dónde está ese dinero o ese sitio? ¿Tú encontraste algo?

—Ni lo uno ni lo otro.

—En ese caso... eso es lo que se les escapó a Pertierra y a Martínez —contestó haciendo clara alusión a sus compañeros de Gijón—. En este restaurante falta encontrar la caja fuerte... Si no me equivoco tiene que haber una y si no la tienen cuanto menos nos falta por encontrar el escondrijo donde Clara guardaba la caja diaria, porque... No la dejaría así sin más ¿no? —pregunto seguro de cuál era la respuesta.

—Tienes razón... —contestó Posada intentando ocultar la admiración que sentía por él.

—Vete a la barra y comprueba cuánto dinero hay en la registradora —le ordenó.

Ella arrancó hacia el lugar que le indicaba el sargento sin pérdida de tiempo.

—Entre todos los billetes y monedas hay algo más de trescientos euros. Se nota que es el cambio —explicó cuando regresó.

—Bien. En ese caso, tendremos que volver a hablar con Pablo para que nos desvele el secreto.

Una hora más tarde habían sacado las suficientes fotos y revisado todo con exhaustividad por lo que para su desconsuelo, los cuatro dieron por finalizada la inspección sin fruto alguno llevándose varios archivadores que, perfectamente identificados en el exterior, almacenaban información sobre facturas y proveedores y algún otro que no tenían tan claro lo que contenía pero que decidieron llevarse aún así.

Resuelta, Nora decidió abrir la puerta de su casa y recorrer su perímetro para descartar que había alguien fuera esperándola.

Con el corazón agitado y las pulsaciones alocadas, cogió la llave, la giró en el bombín y abrió tan rápido como pudo para evitar que el arrepentimiento se cruzara en su camino. Por supuesto no había nadie, sin embargo su sangre se heló al cazar a su vecino mirando fijamente hacia su casa. Instintivamente cerró la puerta de nuevo cobijándose en su fortaleza. Necesitó varios minutos para que su corazón se estabilizara y algunos más para que su mente dejara de imaginar lo terrible que era

sentirse vigilada.

Pasó un buen rato sobreponiéndose a la situación, tras el cual, decidió abrir todas las ventanas y dejar que al menos el aire se renovara, ya que de seguir así era más fácil que muriera de asfixia que por ser raptada.

Le preocupaba terriblemente que su vecino tuviera tal obsesión por vigilarla, pero por otro lado, lo que realmente la tranquilizaba era la idea de que si hubiese querido hacerle algo, ya lo hubiera hecho, y quizá su teoría de ocultar lo que sabía y así evitarse problemas podía estar dando resultado.

Con esta idea fuertemente asentada en su cerebro, dedicó unos minutos a recorrer toda la casa abriendo contras y ventanas para dejar que la inmensidad de la naturaleza penetrara por todos los rincones. Comenzó por la planta baja y finalizó en su habitación tras recorrer todas las habitaciones.

La planta baja estaba distribuida en un salón de generosas dimensiones, un aseo, una cocina y una pequeña habitación. Antaño, disponía de otra estructura, pero su abuela se había empeñado en disfrutar el resto de sus días en aquella casa y para ello había sido necesario realizar algunos cambios. Con ellos, consiguieron ubicar una habitación extra y así evitarle el trajín de subir y bajar la escalera a su avanzada edad. En la primera planta había un baño y cuatro habitaciones de buen tamaño de las que sólo utilizaba una, la que ella había escogido y que era la que disponía de un hermoso mirador con vistas a la ensenada, y sobre todo a la Iglesia de Nuestra Señora de los Dolores y su cementerio. Salvo la habitación de Nora, el resto estaban decoradas con los mismos muebles de madera maciza y robusta que tenía su abuela, por lo que el contraste en decoración entre la de Nora y el resto era tan intenso que si se entraba en una y luego en las otras parecía como si se tratara de dos casas diferentes.

Nora había dedicado mucho tiempo a transformar la suya, cosa que no le preocupó dado que precisamente tiempo era lo que le sobraba. Desde pequeña le gustaban las manualidades y tenía cierta habilidad con las manos, por lo que en cuanto se trasladó, tomó aquella empresa como terapia y comenzó a indagar por *internet* cómo restaurar muebles sin pérdida de tiempo. A ella le encantaba las estancias luminosas, así que no necesitó ni tan siquiera rabilar por las diferentes web de decoración. Para los muebles consiguió un decapado en blanco con un acabado profesional y para la pared escogió un papel pintado que combinaba nombres de distintos tipos de flores, con el dibujo de algunas de ellas en diferentes tonos azules. El resultado había sido extraordinario.

La sensación que le transmitía aquella casa de aquel paradisiaco lugar al escuchar la naturaleza limpiamente, sin la intromisión de ningún ruido que rompiera la magia era indescriptible. Sin embargo Nora no conseguía encontrar la paz, el descanso de su alma atormentada más que de madrugada, en el mar, acompañada sólo de Zac, acunada por el murmullo del agua y permitiendo que el líquido salino conquistara su cuerpo. La noche anterior había renunciado a ello por el miedo que percibía sólo de pensar en encontrarse con el asesino. Y eso le estaba afectando más de lo que hubiese

imaginado.

Su mente comenzó a ennegrecerse recordando tan tortuoso momento. Se preguntaba una y mil veces porqué había tenido que cruzarse en el camino de aquel hombre. Incluso se recriminaba lo poco espabilada que había estado, porque podía haberse zafado sin que él se hubiese dado cuenta de su presencia. Aunque unos segundos más tarde pensaba que eso no habría sido posible con Zac al lado. O quizás sí... si hubiera cogido a su perro a tiempo, ella hubiera podido hacerle ver que no ladrara, lo hubiera conseguido porque el cocker le era fiel hasta extremos insospechados, y en esos momentos no estaría preocupada por un secreto que la acompañaría el resto de su vida, simplemente continuaría angustiada por su pasado. Se rió de sí misma. Anhelaba su vida de hace una semana y curiosamente llevaba aborreciéndola dos años.

De pronto el cocker llamó su atención, debía de tener hambre, sed, o ambas cosas, y bien pensado ella también. Salió de su habitación y se encaminó hacia la cocina sintiendo aún bastante molestia en sus pies. Zac, triunfante por ver que su dueña se dirigía hacia abajo la adelantó raudo por las escaleras. Al llegar a la cocina con una pata golpeó suavemente el comedero por lo que a Nora no le quedó ni la más mínima duda de lo que él quería. Le sirvió una buena dosis de pienso y se dispuso a preparar su desayuno. Mientras lo hacía, recordó la encantadora cena que había tenido con Paco. Desgraciadamente seguía convencida de que a pesar de que aquel hombre le había hecho vivir un momento especial y disfrutar de los pequeños placeres de la vida, no tenía derecho a esa felicidad y punto. Miró a través de la ventana buscándolo, ansiando verlo de nuevo cabalgando con su camisa a medio abrochar y sus vaqueros roídos, con ese aire de seguridad que posee únicamente aquel que tiene un profundo dominio de la situación, con su barba de pocos días perfectamente perfilada y esos ojos profundos que taladraban los suyos como si penetrara por ellos hasta llegar a su alma. También miró hacia la ventana de su vecino agradeciendo que, por una vez, no estuviera ahí, acechando.

Por unos minutos pensó en él. «¿Realmente podía ser el asesino?». Le costaba creer tal cosa, pero reflexionando sobre lo que había visto en la ensenada, podía encajar. Aquella mano que la sujetó era de un hombre, sólo la había visto por unos segundos, pero de eso estaba segura, no le cabía ni la menor duda. Pensó en cómo se las podría apañar para comprobar si la mano que ella había visto correspondía a la de su vecino, porque quizá si la volvía a ver descartaría sus dudas de si era o no. Pero no encontró una solución sencilla. Inesperadamente una idea se avivó en su cabeza: ella también lo vigilaría a él y cuando tuviese la seguridad de que no estaba en casa, entraría en ella para rebuscar entre sus cosas —se dijo confiada en encontrar alguna pista—. Era un hombre de avanzada edad y fácilmente tendría unas costumbres y unos horarios muy arraigados. Lo que sabía de él era prácticamente nada, sin embargo, lo había visto un par de veces con la caña y el cesto de mimbre cruzado sobre los hombros, seguramente para llevar los peces que pescase. Ese sería un buen

momento para entrar en su vivienda, tendría tiempo más que de sobra para husmear tranquilamente y marcharse sin riesgo alguno.

Nora sonrió, su iniciativa y afán emprendedor de años atrás parecía que revivían en ella.

Entró en la habitación donde yacía su padre y comenzó a aplicar su plan, confiado en que por el estado en el que se encontraba no le pusiera muchas pegas.

—Me voy.

—¿A dónde? —preguntó su padre bastante aturdido.

—A pegarme un baño.

—¿A qué hora regresas?

—A media tarde. Necesito estar sólo —replicó con la esperanza de que lo comprendiera.

—Bien. Lleva el móvil —le ordenó sin mirarle a la cara y con ganas de que se marchara. Él también quería estar solo, llorar su tristeza sin tener que ocultarla.

Por un momento Nico sintió verdadera lástima por su padre. Pese a las enormes diferencias que había entre ellos y las incesantes discusiones en las que se embarcaban una y mil veces sobre todo porque lo ahogaba con su extrema manía de controlarlo todo, él quería a su padre, aunque no más que a su madre. Ella era su pilar, con ella se entendía a las mil maravillas y ahora...

Nico permitió que a escondidas con la cara oculta bajo sus manos, antes de salir por la puerta, las lágrimas camparan libremente por sus mejillas. Tras un breve desahogo, su fortaleza volvió a hacerse presente pensando en que debía saber la verdad.

Cogió la mochila que había preparado en la que metió: dos sandwich de jamón y queso, una bolsa de patatas, una tableta de chocolate de *Nestlé* y una Coca-Cola. Además incluyó una toalla y un bañador, con los que cubriría su ficción de ir a la playa, y el móvil. Se la colocó a la espalda, salió por la puerta, bajó a la primera planta y agarró la bicicleta del cuartucho de debajo de las escaleras donde los tres únicos vecinos del edificio guardaban sus trastos.

Las gotas de sudor comenzaban a perlar su frente y aún no había tan siquiera salido a la calle, donde los incansables rayos de sol atenazaban a los viandantes, a pesar de que aún no había comenzado su propósito.

Con determinación se subió a la bicicleta y comenzó a pedalear en dirección al puerto. Pasó por delante del Fuerte de la Moría, convertido en mirador desde el siglo xx y en el que aún se podían contemplar los cañones que se habían colocado allá por mil quinientos y pico para defensa de la Villa marinera a consecuencia seguramente de algún conflicto bélico, y descendió la pendiente siguiendo la carretera para recorrer el camino que bordeaba el puerto deportivo hasta el puente. A partir de ahí, se encauzó hacia la playa de Puertu Chicu y a continuación a la de Toró. Según

pasaba por delante de las playas, sintió la tentación de darse un baño para combatir la excesiva temperatura que percibía por todo su cuerpo y quitarse aquella pegajosidad que no le abandonaba. Pero las palabras de su madre diciéndole que «las cosas que se empiezan se acaban» martilleaban su mente sin cesar devolviéndole el firme propósito que se había marcado. Sin detenerse sobrepasó la última playa hasta enlazar con la carretera que llevaba hasta Cué, y continuó por la sinuosa y angosta carretera que dividía el pueblo claramente en dos, como si alguien con una escuadra y un cartabón hubiese hecho la mediatriz y hubiese dicho «esto para aquí y esto para allí» partiendo justamente desde el punto medio. Las hermosas casitas que bordeaban la carretera con sus balconadas llenas de flores de vivos colores, las estrechísimas callejuelas que surgían perpendiculares a la vía y que sorprendían gratamente a todo aquel que osaba internarse por ellas y las terrazas de los bares con sus mesas y sus sillas de madera protegidas con toldos de varios estilos bajo los que se cobijaban algunos clientes, provocaron en Nico un profundo dolor al contrastar la alegría de todo aquel entorno con la tristeza que pesaba en su corazón. Pedaleó más fuerte para alejarse lo antes posible de aquella exultación que él no compartía hasta llegar a las afueras del pueblo. La monotonía del pedaleo hasta llegar a la cumbre de aquella diminuta montaña donde se encontraba el Campo de Golf, famoso por su extraordinarias vistas al Cantábrico, hicieron que su mente se distrajera recordando a su madre. Las lágrimas arroyaron por sus mejillas libremente al no sentirse observadas y no tener que fingir ante los demás la fortaleza de la que carecía. Su madre lo conocía y lo entendía tan bien, que con ella podía hablar de sus preocupaciones, de sus miedos y de sus malos ratos en el instituto con el resto de compañeros e incluso con sus amigos. Con el tiempo llegó a sobreponerse a las continuas burlas de sus colegas con los que nada tenía que ver, gracias a que su madre lo había inmunizado. Ella con paciencia infinita le había primero convencido y después instruido sobre cómo tenía que reaccionar cuando reincidentemente, una y otra vez, era el centro de atención de las guasas de un reducido pero dominante grupo de chavales, bien por su tamaño, bien por su sencillo corte de pelo, o porque su chaqueta era demasiado verde o demasiado corta. O bien por el control que su padre ejercía sobre él, máxime cuando insistía en pasar por el instituto a buscarlo para volver juntos a casa. Ella le había dado la pócima necesaria para que ellos dejaran de meterse con él. Primero había convencido a su padre de que no podía seguir tratándolo como a un niño pequeño. Segundo lo había persuadido para que fuera a la piscina y se entrenase al menos tres días a la semana, de esa forma ensancharía su cuerpo, adelgazaría y colaboraría activamente en su desarrollo. Y tercero, le había dicho que eligiera a uno y se quedara mirándolo fijamente con una sonrisa burlona en la boca, eso conllevaba el peligro de que el otro se pusiera gallito, pero era un riesgo que tenía que correr. Sólo demostrando que tenía el suficiente valor como para enfrentarse a él evitaría las burlas. A final del curso pasado aquella táctica parecía que daba resultados, pero ahora estaba en un nuevo curso y tenía miedo de que volvieran

a la carga. Tenía miedo, mucho miedo y sólo con una conversación con su madre aquel miedo se reducía a la mitad y en aquellos momentos ya no estaba con él, ella había desaparecido para siempre. La echaba tanto de menos...

Entre la empinada cuesta que estaba subiendo y los hipidos a consecuencia del llanto y la tristeza que lo embargaba, no oxigenaba lo suficiente sintiéndose completamente ahogado. Y aunque por su cabeza seguía rondando la todopoderosa frase de «lo que se empieza, se acaba», en aquella ocasión tuvo que bajarse de la bicicleta y hacer los últimos metros a pie. Agradeció que en el reducido aparcamiento del mirador de Andrín, nada más llegar a la cumbre de la pequeña montaña a tan sólo cien metros por encima del nivel del mar, no hubiera ningún coche aparcado y por lo tanto, podía detenerse sin el temor a que lo vieran llorar.

Nico apoyó la bicicleta en la barandilla que separaba la carretera de la maleza que sobresalía abundante, se quitó la mochila para librarse del calor echando un trago a la Coca-Cola, no sin antes dejar que su respiración se normalizara al menos en la medida de lo posible. Al poco, oyó el sonido de un motor que disminuía con la intención de aparcar allí, por lo que aún con lágrimas en los ojos, se encaminó sin mirar atrás por el sendero que llevaba al mirador. Al llegar allí la tristeza seguía lastrando su corazón y sería así durante mucho más tiempo del que se hubiera imaginado, pero al menos las lágrimas habían cesado.

Un hilillo de música muy reconocida para ella llegó a sus oídos como ahondando en un pasado feliz pero lejano, mucho antes de que la desgracia se enquistara en su vida. Amaba aquella obra musical y amaba aquel *ballet*. Era uno de sus favoritos. A lo lejos se escuchaba «El Bolero de Ravel» y rápidamente visualizó a la insuperable Maya Plisetskaya interpretando la danza. «¿De dónde venía la música?». Deseosa por averiguar de dónde procedía, se levantó del taburete de la cocina donde había permanecido más tiempo del que imaginaba y salió al porche. El golpe de calor que percibió bajo el sol abrasador, le recordó lo a gusto que se encontraba con el último sombrero de paja de ala ancha que había adquirido en una tienda *online*. El sonido se había suavizado, lo que le llevó a pensar que vendría de detrás de la casa y que penetraba en la suya a través de las ventanas que permanecían abiertas desde que las había abierto aquella mañana. Se dirigió hacia la parte trasera a paso ligero buscando el fresco que la enorme sombra proyectaba a esas horas sobre el jardín. El sonido iba siendo cada vez más intenso, aunque no en exceso. Venía del otro lado del muro, de la casa donde vivía Paco. «¿Era posible que a él le gustase tanto como a ella?».

Nora quiso disfrutar de aquella obra musical que hacía tiempo que no escuchaba. Se tumbó en la suave hierba y el frío de su jardín en sombra le refrescó placenteramente el cuerpo y, con los ojos cerrados, se dejó envolver por la melodía.

—Veo que disfrutas de mi música —se oyó al cabo de un rato.

Él la había visto a lo lejos desde una pequeña terraza de su casa donde había

instalado una diminuta zona de estar bajo el amparo de un toldo.

Nora se incorporó rápidamente avergonzada por ese acto de libertad y disfrute robado a su vecino.

—Lo siento —se disculpó acalorada— siempre me ha encantado...

—No es para menos. A mí me apasiona.

Zac llegó corriendo hasta él y se puso a dar brincos como muestra de la alegría que sentía al ver de nuevo a Paco.

—¡Hola campeón! ¿Cómo te va? Me voy a dar un baño en la ría, podíais acompañarme... ¡Con este calor no hay quién respire! Qué te parece Nora... ¿Me acompañáis?

Nora no sabía que contestar, le gustaba la idea de compartir un rato con Paco, pero su conciencia le seguía impidiendo disfrutar de la vida. Él la miró fijamente y vio su tormento, aquellos ojos le decían mucho. Sospechaba que aquella mirada había sido muy diferente, que había habido otra vida tiempo atrás en la que ella había sido feliz, pero, aquella mirada también le decía que hacía mucho que no lo era. Sin embargo la noche anterior esa expresión había cambiado por unos instantes y había visto una Nora diferente. Al inicio, cuando la conoció en el umbral de su puerta, le dio lástima tanta tristeza y sintió la necesidad de protegerla de algo, de alguien o incluso de ella misma, pero anoche cuando vio la momentánea transformación de su mirada no había podido olvidarla durante las siguientes horas. Por su cabeza rondaba continuamente la encantadora cena que habían disfrutado, su sonrisa, su larga melena ondulada, sus suaves ademanes... Se sentía tan relajado a su lado... y se encontraba tan a gusto que no podía evitar el querer pasar mucho más tiempo con ella.

—No puedes defraudar a Zac... Venga... ¿No me digas que no necesitas refrescarte un poco? —insistió.

Nora no reaccionaba, había quedado paralizada por todo un poco. Primero, por verse sorprendida en aquella postura tan ridícula tirada en su jardín y segundo por la propuesta de Paco. Finalmente accedió, convencida de que no por ello traicionaba su autoimpuesto castigo. Además, de alguna manera comenzaba a resurgir en su interior la necesidad de hablar con alguien, de relacionarse con algún humano dejando atrás su solitaria vida.

En su cabeza comenzó a escuchar aquella voz que últimamente la animaba.

—De acuerdo —contestó dejándose llevar.

—Bien. Me alegra escuchar esa respuesta. En veinte minutos te recojo.

Y desapareció.

Llanes, 1971

Antonio experimentaba un descontrolado nerviosismo desde su encuentro con Dolores. Soñaba con ella desde hacía tiempo, antes de que Roberto lo contratase, antes incluso de que el llagar pasase a sus manos. Y ahora que había sido correspondido anhelaba tanto estar con ella, que percibía un desasosiego que no lograba someter. Su mente estaba asediada hasta el punto de reproducir incansablemente el momento en que la besó.

Rondaba por las cercanías de la casería, cuando de pronto oyó unos pasos que lo alarmaron. Asustado, se ocultó. Estaba lo suficientemente cerca como ver dos figuras. Eran Roberto y Dolores. Ambos salieron sigilosamente de la casería y se encaminaron hacia la pomarada, algo inusual en ellos, ya que a esas horas de la noche solían estar en sus habitaciones. Receloso esperó lo suficiente para que no lo descubrieran y tras unos interminables segundos, los siguió.

Ella avanzaba lentamente por la pomarada como si arrastrase una carga excesiva pese a su robustez, sintiendo una preocupación difícil de soportar que, de alguna manera, lastraba su cuerpo. Ignoraba el porqué de la actitud de Roberto. En los años que llevaban casados nunca lo había visto rendirse ante nadie y en aquella ocasión lo estaba haciendo a tenor de lo poco que le había confesado. Eso la ponía en alerta, pues no alcanzaba a comprender lo que pasaba. Se notaba nerviosa, quizá influenciada porque tenía la sospecha de que había más de lo que su marido le había contado. Y la certeza de que en poco tiempo descubriría la verdad de aquella situación tan extraña, la impregnaba de pánico. Ella desconocía si estaría preparada para lo que le deparara aquella desconcertante situación, pero Roberto sabía que nunca estaría lista para lo que le esperaba.

Él caminaba cerca de ella algo más ligero, movido por su sed de venganza. Estaba seguro de que su plan no podía fallar. Tenía que deshacerse de él, no estaba dispuesto a pagar aquella cantidad de dinero por nada. Ni esa ni otra. A él no lo amenazaba nadie y menos un don nadie.

Al llegar no lo vieron, él no estaba, pero aún faltaban unos minutos para que fuera la hora en punto.

La oscuridad de la noche se cernía sobre ellos y el sonido de la naturaleza en aquella penumbra les atemorizaba. Roberto sujetaba con firmeza la pistola que llevaba oculta en su abrigo. Un ligero viento susurraba en los oídos de Dolores el fin de su imaginaria feliz existencia. Todo cambiaría a raíz de aquella noche.

El chantajista llegó pasados unos minutos. Venía acompañado, lo que desmoronó momentáneamente el plan de Roberto. Sin embargo ágilmente lo reconduzco.

—No estás cumpliendo con el trato —gritó amenazante—. Te había dejado claro que quería que fuera tu mujer quién trajera el dinero —señaló iracundo.

—Y lo trae. No he incumplido nada —contestó asqueado.

—Muy listo —contestó desdeñoso.

—Quiero hacerte una proposición —atajó—. Algo me dice que ansias más a mi mujer que al dinero, o al menos una parte... ¿no?

El chantajista no contestó desarmado por la verdad que Roberto había descubierto. No creía que fuera tan evidente, pero desde hacía tiempo la espiaba, porque a él le gustaba mirar y aquella era una mujer que no pasaba desapercibida para un hombre.

—No tengo todo el dinero —continuó— he gastado casi todo en el llagar y en tan poco tiempo no he conseguido reunir lo que me pediste —mintió—. ¿Qué te parece disfrutar del placer de mi mujer y por ello yo obtengo una rebaja?

Dolores no podía creer lo que escuchaba. Su cuerpo estaba paralizado de terror y su mente estaba envuelta en una sombría conmoción que no la dejaba reaccionar. Imaginaba que Roberto pretendía engañarlos, pero la trampa era ella y en algún momento su mente especuló con que su marido era capaz de hablar en serio. El miedo abordaba todos los poros de su piel implacable.

El chantajista se quedó pensativo. Miró a su acompañante y tras unos instantes su cuerpo le pedía que aceptase la propuesta.

—Bien. Pero tenemos que ser los dos. Mi compañero también ha de disfrutar ¿no crees?

—De acuerdo, pero entonces serán cinco mil pesetas menos.

La rebaja era descomunal, pero su miembro ya estaba erecto, así que no se lo pensó más.

—De acuerdo.

Dolores salió de su estupor y con una punzada clavada en su garganta, temblorosa y a punto de desmayarse, pretendió huir. Pero Roberto estaba muy próximo a ella y le frenó el paso agarrándola con una fuerza dañina. Ella pataleó y gritó desesperada. Él la reprimió metiéndole un pañuelo en la boca y entregándosela a los dos chantajistas.

Roberto, con la mirada más vacía y fría que jamás se había visto, posaba sus ojos en el rostro de su mujer, mientras ella amordazada y con ellos bien apretados y rebosantes de lágrimas, rechazaba la desagradable visión de aquellos cuerpos sucios y malolientes, evitando así herir su alma más de lo necesario. Mientras uno la penetraba, el otro la sujetaba. Primero uno, luego otro. Y cuando el segundo estaba bajo los efectos del placer y el primero aún no había recuperado la respiración, Roberto sacó su arma y les disparó a bocajarro. Dolores logró deshacerse del cuerpo que se había desplomado sobre ella con gran esfuerzo. Dolorida y asqueada se retrepó contra un árbol cercano. Su marido la miró fijamente a los ojos.

—Remátalos —le ordenó tendiéndole el arma, quitándole la mordaza de la boca.

Ella al principio dudó, pero recordando lo que le habían hecho, la cogió y, encolerizada, vació el cargador en sus cuerpos. Él, satisfecho por la sencillez con la que había conseguido hacerla cómplice de asesinato, la sujetó fuertemente por el brazo derecho, mientras le quitaba la pistola de la mano. Aunque el cargador estaba

vacío, prefería tenerla a buen recaudo.

Dolores se mantenía erguida a duras penas. Sus temblorosas piernas apenas la sujetaban cuando por fin se dejó vencer. Sin embargo, una necesidad imperante por deshacerse del olor que manaba de su ser y de los fluidos que moraban en su cuerpo y atormentaban su mente, la obligó a levantarse de nuevo. Estaba dolorida y hastiada, pero su ansia por llegar a su casa y lavarse para eliminar hasta el último recuerdo era tal, que, cuando su marido le alargó una pala para hacer una fosa, cavó con brío, como si le fuera la vida en ello.

Todo estaba previsto. Roberto había escondido entre unos matojos cercanos lo necesario para rematar la existencia de los chantajistas.

Tras alcanzar una profundidad de cerca de metro y medio, volcaron los cadáveres en su interior y los rociaron de cal viva.

Dolores estaba exhausta y dolorida, y mientras avanzaban hacia la casona, dejaba que la inercia guiara sus pasos tras los de su marido. Las lágrimas recorrían su rostro en silencio, pues estaba segura de que si su marido las veía, tendría problemas. Su mente daba vueltas a lo que había ocurrido sin comprender. Se sentía como una mercancía propiedad de su marido manejada a su antojo. Él podía disponer de ella como quisiera. Y esa era la cruda realidad...

Todo el equipo debía asistir a la reunión que De la Fuente había convocado en la sala de reuniones, donde él tenía ubicado su lugar de trabajo. Incluida San Román, como ya había ocurrido en la anterior ocasión en la que el sargento se había visto involucrado en un caso de asesinato en la Villa, participaba por su extenso conocimiento de la gente de Llanes y los entresijos familiares, que a los demás se les escapaba porque simplemente no prestaban atención a detalles tan nimios como los que podía retener ella. Como era su costumbre, posiblemente porque su desmesurado apetito le exigía meter algo en el estómago con frecuencia, nada más llegar a la sala se acercó a la esquina donde tenían ubicado un pequeño office y preparó un café acompañado con restos de galletas de distintos tipos y para todos los gustos. Mientras tanto, De la Fuente dejó que todos se fueran aposentando y esperó, pacientemente, a que el penetrante olor de café recién hecho estuviera depositado en cada uno de los variopintos tazones, y que cada uno tuviera el suyo. Algunos eran recuerdos de Llanes, otros de equipos de fútbol e incluso había uno parodiando La Guerra de las Galaxias.

Con el café humeante en un tazón de los de recuerdo de Llanes que no tenía dueño y que le habían adjudicado a él, pidió silencio a su equipo e inició la reunión.

—Os resumo la situación de la que partimos. Tenemos a una mujer Clara Amieva, de cuarenta y dos años, propietaria del restaurante La Taberna Marinera, hallada muerta con signos evidentes de violencia en la costa de Niembro muy próxima a los acantilados, casada con Pablo Fernández, también de cuarenta y dos, profesor de

infantil en el Colegio Público Peña Tú, ambos tienen un hijo: Nico Fernández Amieva, de quince años. Ella prácticamente no tiene familia, únicamente su madre que está ingresada en la Residencia de Ancianos de Celorio aquejada de alzhéimer. Por su parte, Pablo, su marido, solamente tiene un hermano que reside en México y al que hace años que no ve. Pablo se ha puesto en contacto con nosotros a primera hora de la mañana —dijo mirando hacia San Román— preocupado por su mujer e insistiendo en que no había dormido en casa. Posteriormente se ha presentado en el Cuartel para poner una denuncia cerca de las cinco de la tarde.

Pablo es un hombre que puede tener una doble vertiente —todos se quedaron expectantes con los ojos clavados en De la Fuente—. Una, la de un hombre preocupado por su familia, por su mujer y por su hijo que desea lo mejor para ellos y que se desvive porque sea así; esta es la imagen que nos quiere transmitir. Y la otra, la de un hombre controlador, posiblemente celoso en extremo, aunque este aspecto aún no lo puedo confirmar al cien por cien, que quiere tener a su mujer y a su hijo dominados y bajo su yugo; esta es la que podría estar ocultando. Conoce al detalle, todas y cada una de las rutinas que tanto su mujer como su hijo realizan. Y también las acciones que no son tan rutinarias: sabe donde está cada uno y a qué hora con una precisión sospechosa. Además, su hijo, sin quererlo, porque él no nos ha contado absolutamente nada e incluso nos ha mentado abiertamente, ha dejado clara evidencia de ese exigente control sobre ellos cuando nos comentó que su madre nunca tiene el móvil apagado y que posee varios cargadores para evitar quedarse sin batería. Es más, si su madre se queda sin batería, y cito textualmente —aclaró—, «su padre se pone muy nervioso». No obstante, aunque tenemos que tener cuidado a la hora de dar credibilidad al testimonio de Nico, ya que el mismo Pablo nos ha confesado que está pasando una época complicada con su hijo, creo que independientemente de sus comentarios, lo que sí parece evidente es que Pablo ha jugado con nosotros pretendiendo hacernos ver que desconoce los pormenores del negocio y todo lo que atañe a su mujer. Eso se contradice con su modo de actuar, acompaña a su mujer a diario al restaurante y contacta con ella varias veces al día. Es poco creíble que no sepa nada del negocio ni de los problemas que ella pueda tener. En su defensa diré que nos ha permitido realizar la inspección de su casa y del restaurante sin necesidad de acudir a la juez para que lo autorice. Pero... esto puede ser un arma de doble filo.

—Es decir —dijo Posada— ¿su hijo miente y su padre se pone nervioso si no sabe dónde está su mujer?

—Eso es. Todo parece indicar que aquí hay algo fuera de lo normal. Podemos estar ante un caso de violencia de género, pero hay demasiados cabos sueltos para confirmarlo.

—¿Lo consideras sospechoso? —preguntó expectante Posada.

—Aún es pronto para decirlo, pero lo que tengo claro es que no podemos perderlo de vista. Los del laboratorio ya han ido a su casa y no han encontrado nada, pero sigo pensando que su lado controlador-dominante puede ser una clave importante en este

caso.

—¡Buf! —soltó López—. Este caso pinta mal...

—Puede ser. Así que tenemos que empezar cuanto antes con los interrogatorios y ser muy exhaustivos —señaló retomando la palabra—. Cualquier mínimo detalle por pequeño que sea puede darnos la clave para resolver el caso, así que —dijo dándose la vuelta para escribir en la pizarra de Veleda que tenía a un lado— tenemos varios frentes que atacar para al menos descartar sospechosos y causas. Primero, interrogar a todo el personal del restaurante así como al personal que trabaja en la rula, a los compañeros del colegio de Pablo y de Nico y a los vecinos de Niembro cercanos a la ensenada para ver si han visto u oído algo; segundo, estudio pormenorizado de llamadas desde el restaurante y desde el móvil de Clara, facturas, pagos, deudas, bancos, seguros... Pablo nos ha firmado una autorización para disponer de toda esta información —aclaró—. Los del laboratorio van a estrujar el ordenador de Clara para ver si encuentran algo —anunció—, nos mantendrán informados de eso y de cualquier pista que descubran a través de huellas y otras pruebas que han recogido sobre todo en su despacho. ¡Ah! Y no podemos olvidarnos de su madre, pese al alzheimer puede darnos alguna pista interesante, aunque habrá que tener cuidado con lo que nos cuente.

De la Fuente observó las expresiones de su equipo, todos estaban a la espera de la tarea que les iba a encomendar, así que sin más dilación comenzó con el reparto para que se pusieran manos a la obra. En ese instante, el capitán abrió la puerta haciendo acto de presencia. Aún así De la Fuente continuó sin miramientos ansioso por comenzar con la investigación.

—López, Herrera, acercaros a la rula para entrevistar a los empleados. Cuando finalicéis, quiero que vayáis a Niembro y comencéis con el sondeo a los residentes cercanos, recordad que cualquier detalle es importante. Posada y yo solicitaremos a la juez las órdenes de registro por si acaso la necesitamos y...

—De eso me encargó yo —atajó el capitán.

—Bien, muchas gracias mi capitán —reconoció De la Fuente algo desconcertado ante la propuesta por tratarse de un trabajo que no le incumbía.

El sargento continuó donde lo había dejado.

—Y con el interrogatorio al personal del restaurante y los compañeros del colegio de Pablo y los profesores de Nico, por si nos pueden dar alguna información interesante. San Román —dijo mirando para ella— ¿ya tienes el contacto de todos? ¿Has conseguido localizar alguno?

—Sí sargento. En total son cuatro camareros y tres cocineros —dijo refiriéndose a los empleados del restaurante—, he conseguido hablar con tres de ellos, pero seguiré insistiendo en cuánto finalice la reunión.

—Perfecto. ¿Cómo has quedado con ellos?

—Supongo que si no han llegado estarán a punto de hacerlo. Les he dicho que tenían que personarse en el Cuartel en el menor tiempo posible y ninguno me ha

puesto trabas. Por otro lado, el director del instituto, me ha comentado que a partir de las dos y media finalizan las clases y está a vuestra disposición. Quedé en confirmarle a qué hora pasaríais —explicó—. Y la directora del colegio donde trabaja Pablo me ha comentado que paséis a lo largo de la mañana cuando os venga bien.

—Bien. Gracias San Román. Confirma al del instituto que pasaremos a verlo entre dos y media y tres. Por otro lado, quiero que eches un vistazo a la documentación que hemos traído del restaurante y que te pongas en contacto con las entidades bancarias con las que trabajaba Clara para que nos den sus últimos movimientos, digamos que... de tres meses hacia atrás. Y también que contactes con el Registro General de Seguros para verificar si disponía de alguno y en su caso averiguar cuantías, cláusulas... ¿entendido?

—Sargento —interrumpió López—, ella fue encontrada en Niembro, en los acantilados colindantes a la ría, y la ría discurre entre Niembro y Barro ¿tenemos que indagar también en esa zona?

—Por supuesto. Quiero que recorran todo el perímetro de la ría, pero prioricen el área donde se ha encontrado el cadáver. ¿Alguna pregunta más?

Todos permanecieron en silencio.

—Bien, pues pongámonos a trabajar. San Román, haga pasar a la sala al primero que haya llegado, si es que hay alguno...

En cuanto todo el equipo salió para dedicarse a la tarea encomendada, el capitán solicitó a De la Fuente una descripción detallada de la investigación. Era su costumbre permanecer perfectamente informado sobre cualquier actuación que se llevará a cabo desde el Cuartel, pese a que no era él el ejecutor directo del trabajo, entre otras cosas porque le encantaba el poder que le daba saber más que nadie y porque dominar la situación, de esa manera, encubría parte de su incompetencia. Pero además, tenía un plan. En aquella ocasión se planteaba participar directamente en el caso utilizándolo en su propio beneficio a sabiendas del interés personal que la jueza Carolina tenía sobre el caso. Así, se mantendría muy cerca de ella y, quién sabe, quizá tendría otra oportunidad de oro como la del día anterior para demostrarle lo que era capaz de hacer por ella.

De la Fuente le describió en detalle los pasos que habían dado y lo que sabían hasta el momento. Compartir la información no era algo que le preocupase. Naves salió henchido de la reunión, orgulloso de cómo estaba resolviendo la situación y de la oportunidad que le brindaba la vida pudiendo dar pasos en firme hacia Carolina.

Él permaneció tumbado en la cama en un estado de semiinconsciencia pensando en Clara, con la mirada atravesando el cristal de su ventana enfocada hacia el azul infinito del cielo. De pronto, de forma indeliberada, se levantó, llevó su mano al bolsillo de atrás de su vaquero y sacó la arrugada carta que había encontrado en aquella cajita que tanto quería su mujer y que guardaba en su despacho. La leyó y la

releyó cientos de veces alimentando su rabia según iba atando cabos y se iba convenciendo de que Clara tenía un amante, y de que él había sido muy necio. No darse cuenta de que ese cambio que había percibido en ella durante todo el verano, ese abatimiento, esa lasitud e incluso el alejamiento que por su extremada suspicacia notaba entre ellos, no se trataba del cansancio que arrastraba por la cantidad de horas de trabajo acumuladas sin descanso. Ni tan siquiera por la incesante lucha por el negocio para mantener el extraordinario éxito año tras año. Sino que todo se debía a que tenía un amante con el que seguramente se veía después de cerrar el restaurante y, por lo tanto, regresaba a casa bastante más tarde de lo que él suponía, aunque no lo podía confirmar porque la profundidad de su sueño le impedía despertar cuando ella volvía. Pablo se maldecía. Se maldecía una y mil veces porque lo había tenido delante de sus narices y no se había percatado de ello, porque a pesar de su instinto controlador, nada pudo hacer. Y su mujer, su querida mujer se la había pegado con otro. La ira iba creciendo en su interior como si se tratase de una pequeña semilla que hubiese germinado extensas prolongaciones que avanzaban por su cuerpo acaparándolo. Él había sido un mentecato y se sentía como tal.

Mientras paseaba de un extremo a otro de su habitación, las lágrimas comenzaron a rodar por su mejilla en una simbiosis de rabia y amargura, llorando por ella y contra ella. La amaba como nadie había amado a otra persona, pero en aquellos momentos también la odiaba porque había roto por segunda vez las normas sagradas del matrimonio, le había traicionado. Aquella carta que permanecía en su mano temblorosa, le estaba infligiendo más sufrimiento del que ya había sentido en su carne al enterarse de la muerte de su mujer, aquella carta, dirigida expresamente a su Clara, le decía toda la verdad de lo que había sucedido, pero... «¿desde cuándo? ¿Habría más?».

Su primera idea fue buscar en los cajones del tocador que tenían en la habitación donde ella guardaba sus cosas. Se dirigió hacia él y abrió con ímpetu el primero. Paralizado, se quedó mirando las prendas íntimas de Clara con una profunda nostalgia para, seguidamente, pasar a la más absoluta furia por el remolino de sentimientos que le provocaba ver la ropa de su amada, y sentir la necesidad de cogerla y absorber todo su olor para que ella regresara por unos instantes a su lado. Pero también, lleno de rabia al imaginar como el otro habría bajado lentamente el tirante de su camisón, primero uno y luego el otro, hasta dejar que la prenda se deslizara suavemente por su cuerpo y quedara desnuda ante él. Aquella idea le arrancó un grito de rabia, que acompañó de un fuerte golpe dirigido hacia el mueble con toda su energía, provocándole un profundo dolor que agradeció con toda su alma, ya que el dolor físico era infinitamente más agradable que el psicológico.

Necesitó unos minutos para calmarse y hacer uso de su autocontrol antes de regresar a la búsqueda de otras cartas que le dieran alguna respuesta. Revolvió toda la ropa para que no se le escapara algo que pudiera estar escondido entre ella, pero no encontró nada. Abrió el segundo cajón y rebuscó con nerviosismo y brusquedad por

la desazón que sentía en su corazón, tropezándose con una fría cajita de metal ubicada justo al fondo. La tanteó lentamente por unos minutos sin atreverse a hacer nada más ante el temor de encontrar lo que andaba buscando. Resuelto, la extrajo de entre las ropas y la miró detenidamente. Era una caja de un tamaño un poco superior a un sobre de los de toda la vida adornada con flores de color malva sobre un fondo gris y alguna que otra palabra en inglés que no se detuvo a traducir. La abrió de un golpe. En ella encontró dibujos, pequeños recortes, escritos y alguna manualidad realizada por su hijo. Él nunca había visto aquella caja de recuerdos de verdadera devoción de un hijo hacia su madre. Nico siempre había sido de su madre... Una punzada de tristeza azotó su corazón al pensar en su hijo y en que tendrían que apañárselas ellos dos solos, lo que en aquellos momentos le parecía una entelequia. Cerró la cajita y la depositó de nuevo en el cajón.

Apoyado en el tocador con la cabeza hundida entre los hombros, meditó sobre los lugares más apropiados para esconderlas. «¡Una caja de zapatos!», pensó.

Salió de la habitación y se dirigió raudo al ropero de la entrada que hacía las veces de zapatero. Se detuvo delante de la puerta, cavilando... «¿y si las encontraba...?».

Realmente a Pablo le costaba reconocer que para él era mejor encontrarlas porque la incertidumbre podía ser más cruel que la certeza, aunque la certeza le doliese mucho más y por mucho más tiempo.

Abrió el armario que era bastante espacioso, de esos de los que se puede entrar dentro de ellos, y observó cómo estaban colocadas las cosas. En la parte de abajo había dos barras redondeadas de madera oscura y paralelas sobre las que pendían organizadamente los zapatos de él, los de Nico y a continuación los de ella; en el suelo había varias cajas de zapatos encajadas perfectamente justo por debajo de las barras; por encima de su cabeza había otra barra de la misma madera y color que las de abajo y que servía para sujetar las perchas de las que colgaban las prendas exteriores y en lo más alto del armario, había un estante que almacenaba varias cajas de zapatos de otra temporada y un par de maletas de buen tamaño. «¡Ahí también podían estar!».

Comenzó por abrir las cajas de zapatos que había en el suelo. Tras sacar todos los pares, y en algunos casos incluso los papeles de seda en los que venían envueltos y que aún permanecían en la caja, concluyó que allí no había nada mientras se dirigía a los de arriba. Pero allí tampoco las encontró, así que tiró con fuerza de las maletas y con el alma cada vez más embravecido las abrió para que, con el desconsuelo, agujijoneando en su corazón tuviera que reconocer que en ellas tampoco se escondían.

Acalorado y con el sudor presente en todo su cuerpo, se dio un descanso acercándose al corredor para asomarse, con la esperanza de que el viento refrescara su cuerpo y su alma.

A aquellas horas de la mañana, el sol pegaba de lleno por lo que el calor aún era más intenso que en el interior de la vivienda. Asfixiado, pensó en refrescarse en el

diminuto lavabo del aseo que tenían en el corredor, y que conservaban desde que el edificio se había construido como tributo a las costumbres y a la forma de vida de sus ancestros.

Más sereno, se sentó en la mecedora que tenían en un pequeño rincón al que, por la inclinación del sol, no le llegaban sus rayos y que estaba orientada hacia el mar, dándole vueltas a la idea de que Clara tenía que tener más cartas y que en algún sitio tenían que estar...

Hacía tiempo que no usaba bikini. Tanto por la noche como por el día se bañaba desnuda en íntima conexión con la naturaleza. De noche la oscuridad la amparaba. Y de día se bañaba en la zona de la ría más próxima a su casa por donde era prácticamente imposible que anduviese nadie más. En aquella zona del pueblo, únicamente se arremolinaban una decena de casas a las que se accedía a través de un angosto camino que surgía perpendicular a la carretera principal. A partir de ese cruce, la carretera principal se alejaba de la orilla de la ría, dejando que ese pequeño grupo de casas la bordearan. El resto de casas estaban ubicadas sobre la colina, algunas a sus pies. Por el lado del pueblo donde vivía Nora, el acceso no era tan sencillo al carecer de un camino que llevase desde la carretera hasta los límites de la ría. De ahí la suerte de que aquel paraíso casi fuese su paraíso particular.

En aquella ocasión iba acompañada, cosa que nunca le ocurría, y por supuesto no pensaba bañarse desnuda. Así que su primera tarea fue la de rebuscar entre los bikinis que tenía guardados desde hacía tiempo, con la idea de encontrar el más actual, o el que aparentara más nuevo, o al menos el que mejor le quedara si no se daba ninguno de los otros casos.

Nerviosa, subió las escaleras recordando en qué cajón los tenía. Al llegar se acercó a la cómoda, sacó varios modelos y comenzó a probárselos ante el enorme espejo del armario. Después de tres pruebas diferentes, ninguno le parecía lo suficientemente adecuado. Tardó un rato en decidirse, tanto que finalmente escogió uno por descarte tras volvérselo a poner y escuchar cómo timbraban en la puerta. Rauda, se vistió una camisola blanca y bajó las escaleras con una toalla bajo el brazo, que encontró en el armario de la habitación contigua donde tenía todo lo de playa.

Abrió la puerta y allí estaba él tan atractivo como lo había visto el primer día, porque Paco no tenía una belleza que llamase la atención, pero sí se podía decir que era atractivo, o al menos para ella lo era. Él llevaba puesta una camiseta lisa de color blanca y un bañador, algo por encima de la rodilla, azul turquesa. Además, llevaba la misma cesta del día anterior y sobre ella reposaba una toalla. Él adivinó los pensamientos de Nora y la sacó de dudas.

—Sí. Esto es lo que te imaginas... Un baño siempre abre el apetito.

Ella sonrió nerviosa.

Nora estaba frenética e indecisa, pero actuó con naturalidad segura de que aquello

no iba a llegar más allá, puesto que ella no se lo podía permitir. Ambos salieron por la pequeña portilla que Nora tenía en sus posesiones que daba a la ensenada, con Zac brincando a su alrededor. Caminaron unos cuantos metros por prados silvestres y se acercaron a la orilla prudentemente para evitar que el agua alcanzara sus pertenencias, inseguros de si la marea estaba subiendo a bajando. Paco apoyó la cesta en una pequeña protuberancia del terreno se quitó la camiseta y avanzó hacia el agua. Por aquella zona el fondo de la ría estaba formado de arena y piedra por lo que había que andar con precaución. Al poco se lanzó a nadar evitando así el desagradable tropiezo con las piedras, giró en el agua y la animó.

—¡Vamos! ¡Está buenísima!

Ella sonrió. Con destreza se enredó el pelo en un moño cogido con una goma, se quitó la camisola e hizo lo mismo que él.

El contacto con la refrescante amalgama de agua dulce y salada conquistó el cuerpo de Nora plazeramente, pese a que echó de menos el roce de toda su piel con el líquido, pues curiosamente la poca tela del bikini le entorpecía más de lo que ella hubiera deseado. Estuvo a punto de olvidarse de sus prejuicios y quitárselo aún estando con Paco, pero no quería alentarle ni darle a entender algo equivocado, así que reprimió su impulso.

Ella aún percibía el escozor de las heridas de sus piernas, pero no dijo nada, deseando que él no se diera cuenta. Él hacía tiempo que había observado el lamentable estado que presentaban, pero se mantuvo discreto, seguro de que la pregunta no sería muy bien acogida viendo los esfuerzos que ella hacía por mantenerlas ocultas.

Nadaron durante largo rato gozando de la excelente temperatura del agua, dejando que penetrara por todos los poros de la piel, sin alejarse mucho el uno del otro ni de la orilla. Pese a que estaban en el margen opuesto al lugar donde ella había dejado abandonada su ropa para adentrarse en el agua hacía dos noches, y que había una distancia lo suficientemente amplia como para no distinguir a nadie en aquella diminuta playa, Nora no quería pensar en acercarse por aquella zona.

Desde allí se veía una pequeña porción de la casa de su vecino, exactamente una ventana y una pequeña parte de otra, el resto quedaba tapada por la suya, pero no pudo evitar mirar hacia ella para comprobar si una vez más la estaba vigilando. Se alegró de no verlo ni de percibir ningún movimiento extraño. Paco se percató de su preocupación y también miró para la casa, pero no quería romper aquel momento tan agradable con ella y lo dejó correr para abordar el tema algo más tarde, mientras comían.

Al cabo de un buen rato Nora sentía frío y hambre, pero la conversación con Paco sobre Llanes, y en concreto sobre la belleza de sus casas y del entorno, así como anécdotas recogidas por algún sabio relativas a los tiempos en que su abuelo era joven le parecían tan interesantes, que no dijo nada hasta que él propuso tomarse el refrigerio que había preparado.

Al salir del agua, Nora miró de nuevo hacia su vecino y para su disgusto, en esa ocasión sí estaba allí. Mientras ella quedaba embobada mirando de reojo para que no la cazara, Paco se adelantó, cogió su toalla y se la pasó cortésmente por los hombros. Ella lo miró confundida al recordar, que hubo un día hace mucho que alguien se preocupaba de ella y ella se preocupaba por alguien. Sintió una punzada de dolor al que ya estaba acostumbrada, pero que al cogerla de improviso le afectó más de lo previsto. Él percibió que algo ensombrecía el momento, pero hábilmente, consiguió que la expresión de Nora volviera a ser relajada al cabo de unos minutos.

Acudieron a la sala en cuanto San Román les comunicó que tenían al primer empleado del restaurante esperando a ser entrevistado. Entraron con aire relajado con la idea de entablar una conversación distendida en la que pudieran sacarle toda la información posible, para posteriormente contrastarla con la del resto de la plantilla.

—Buenos días Ángel —saludó cordialmente De la Fuente leyendo la nota que San Román le había pasado.

—Buenos días —contestó visiblemente alterado.

—Es usted el jefe de cocina del restaurante La Taberna Marinera, ¿no es cierto?

—Sí. Así es —acertó a contestar.

—Esto no es un interrogatorio, le hemos hecho venir aquí para que nos cuente el día a día en su trabajo, su relación con los compañeros..., no está aquí en calidad de sospechoso, así que puede estar tranquilo —argumentó De la Fuente intentando que aquel hombre de unos cincuenta años, cabeza rapada y bastante obeso mantuviera la calma. Necesitamos conocer la vida de Clara para enfocar adecuadamente nuestra investigación. Eso es todo —explicó con ánimo de tranquilizarlo.

—Lo siento, estoy un poco nervioso —reconoció— nunca estuve en el Cuartel de la Guardia Civil y, la verdad, hubiera preferido que hubiera seguido así —explicó inseguro.

—Bien, pues no se preocupe, esto va a ser rápido.

El hombre exhaló una involuntaria bocanada de aire con la intención de eliminar parte de la presión a la que se veía sometido.

De la Fuente comenzó pulsando la aplicación de su móvil para grabación de voz.

—Si usted está conforme, vamos a grabar esta conversación, para ello necesito que nos dé su consentimiento expreso, ¿está de acuerdo?

Después de que Ángel diera su nombre completo, DNI y su confirmación, De la Fuente inició con las preguntas.

—Usted es el jefe de cocina ¿no es así?

—Sí —respondió a secas.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando en el restaurante?

—Desde prácticamente sus comienzos, hace casi diez años.

—Por lo tanto conoce en profundidad a Clara ¿no?

—Sí —respondió con un hilo de voz debido a la presión que le provocaba el insistente llanto que, pese a todos los esfuerzos que realizaba, luchaba por aflorar.

—¿Cómo era ella?

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas provocándole un lloro que, al intentar contener, agudizó exponencialmente el dolor de cabeza que desde la noche anterior, cuando se había enterado de lo sucedido, no había conseguido aplacar. De la Fuente le dio unos segundos para que se recompusiera ofreciéndole un pañuelo de papel. Poco tiempo después, Ángel, consiguió controlar la situación, pese a que la angustia seguía apretando su garganta dificultándole la respiración.

—Perdón, fueron muchos años, lo siento...

—No tiene porqué disculparse, es comprensible.

—Era una jefa estricta y autoritaria —contestó—, no admitía ningún fallo porque ella misma buscaba la perfección en su quehacer diario, pero si eras capaz de alcanzar ese nivel de exigencia, ella te lo daba todo —dijo con cierta devoción.

—Entiendo que en su caso era así...

—Sí —respondió orgulloso—. Llegamos a entendernos y a acoplarnos el uno al otro. Al principio no fue fácil, pero pasados los primeros meses, nos entendimos perfectamente.

—¿No tenían problemas con los platos que debían de ofrecerse en la carta ni con la compra de mercancía?

—No. Ella confiaba plenamente en mí. Yo le proponía los cambios de carta y posteriormente los estudiábamos juntos, elaborábamos los escandallos y fijábamos el margen comercial.

—Deduzco que tenían muchas reuniones al margen del trabajo en cocina, es decir, que pasaban juntos muchas horas ¿no?

—Pues sí, muchas, teníamos que mantener reuniones extra prácticamente a diario. Al tratarse de una cocina de mercado en el que nuestro principal producto son los pescados y mariscos, nuestra carta varía en función de la pesca y los precios dependen del precio de la rula, por lo que había que estar ajustándolos permanentemente —se justificó algo resentido seguramente porque no era la primera vez que respondía a esa pregunta.

—¿Y qué tal llevaba ese tema su marido?

—¿Quién? ¿Pablo? —dijo nervioso.

—Sí claro, Pablo.

Posada permanecía en silencio colocada en diagonal a Ángel observando sus reacciones y realizando anotaciones continuamente.

La actitud de Ángel había cambiado. Al principio parecía endeble, y sin embargo en aquellos momentos aparentaba como si se viera amenazado por algo, o como enfadado con las preguntas que De la Fuente le hacía, aunque intentaba disimularlo.

—Bueno él... Él estaba muy pendiente de su mujer, al menos la llamaba al trabajo cuatro o cinco veces al día. E incluso pasaba a verla cada poco.

—Un poco exagerado ¿no le parece?

—Bueno... quizá... —respondió con dudoso tono—. Bueno, no... —dijo pensándose mejor. «Si fuera él la llamaría cien veces al día» —pensaba pesaroso.

—¿No? —soltó De la Fuente sorprendido.

—No. El horario de él y el de Clara eran totalmente incompatibles, así que es normal que fuera a verla a menudo —contestó restando importancia pero con un tono más amargo del que pretendía.

—¿Usted está casado?

—Divorciado —dijo con resentimiento.

—Desde cuándo...

—Desde hace un año y pico —indicó a regañadientes.

—¿Y a usted no le parece que tanto control puede ser perjudicial para el bienestar de un matrimonio?

—Cada cual hace lo que quiere con su vida —replicó sin más—. «Y si hay amor verdadero, como el que él sentía por ella, no se trata de control sino del ansia por estar cerca de la persona amada» —pensó.

—¿Nunca tuvieron problemas?

—Bueno... —dijo nervioso removiéndose en la silla— en una ocasión, pero de eso hará más de un par de años —respondió traicionado por su subconsciente.

—¿Sí? Y ¿Qué fue exactamente lo que les pasó?

—¡Y yo que sé! —mintió—. ¡No sé todo lo que ocurre en su vida! ¡Ella no me lo contaba todo! —protestó alterado—. En mi opinión es normal que los matrimonios tengan sus altibajos —repuso irascible.

De la Fuente se percató de que por ahí no iba a obtener más información por lo que cambió de rumbo.

—¿Qué tal su relación con el resto del personal?

—En cocina bien, los otros dos están bajo mi mando y yo los mantengo a raya —aclaró satisfecho.

—¿Cuánto tiempo llevan con usted?

—Tino lleva un año aproximadamente y Laila llevará unos 8.

—¿Y su relación con los de sala?

—En la sala es diferente. Ellos dependen de Alberto, que es el encargado —comentó con desdén.

—Parece que no se llevan ustedes muy bien...

—Debería ser el primero en llegar y el último en marcharse y no es así —aclaró — los carga de más trabajo del que les corresponde —dijo justificando su tono de reproche—. Además, tenía sus más y sus menos con Clara, discutían bastante en el despacho a puerta cerrada, pero todos oíamos las discusiones —puntualizó con ganas de que quedara bien claro.

—¿Y qué las motivaba?

—Más dinero y menos tiempo de trabajo, la combinación perfecta para que no se

entendiera con ella. Podías pedirle más dinero, pero trabajar menos... eso no entraba en su vocabulario.

—Ya, ¿recuerda cuando fue la última?

—El lunes.

—¿Este lunes?

—Sí.

—¿Y de qué discutieron?

—Supongo que de dinero, pero no se lo puedo asegurar. En esta ocasión fue durante el servicio —dijo sin especificar más.

—¿Quién fue el último en salir del restaurante?

—Clara. Ella siempre cierra —aclaró.

—¿Y... quién fue el último en marchar antes que ella?

—Yo.

—¿Hablaron de lo que pasó con Alberto?

—No, Clara tenía prisa —contestó disimulando la rabia que le había dado porque ella no tuviera tiempo para él.

—Y, ¿cómo sabe que ella tenía prisa?

—Me dijo que no tenía tiempo para hablar, que era tarde. Estaba cansada y aún tenía que finalizar unas cosas antes de marchar. Así que me fui.

—¿Podría decirme la hora exacta?

—La una y cuarto.

—¿Está seguro?

—Sí. Miré el reloj cuando ella comentó que era tarde. Los lunes solemos cerrar antes que ningún otro día y me llamó la atención su comentario —respondió furibundo.

—Y Alberto... ¿cuándo salió?

—No lo sé. Cuando yo salí de cambiarme ya no estaba.

—Es extraño, ¿no le parece? Se supone que ustedes acaban antes que los de sala, ¿no?

—No tiene porqué. Los dos que tengo conmigo tienen que limpiar y yo hacer el pedido para el día siguiente, por lo que es fácil que salgamos casi a la vez. Además los lunes no hay tantos clientes como el resto de la semana, así que en sala pueden acabar antes que nosotros. Todo depende de los pedidos y de si ordeno alguna limpieza extra.

—¿Dónde fue después de salir del trabajo?

—Me fui a casa —contestó con cierto tono de desagrado.

—¿Alguien nos lo puede confirmar?

—No. Ya le he dicho que estoy divorciado —respondió dolido viendo por dónde iba De la Fuente—. Pero yo no soy al que está buscando. Mejor dedicaba sus esfuerzos a indagar la vida de otros —dijo con retintín.

—¿Y eso? ¿Sospecha de alguien?

—No voy a hacer su trabajo, si con lo que le he contado no es suficiente, usted sabrá —contestó el cocinero con un gesto iracundo con el que pretendía retar al sargento.

De la Fuente hizo caso omiso al desafío de Ángel dando por finalizada la entrevista con la cabeza en ebullición llena de incógnitas. Las respuestas que les había dado, ofrecía varias alternativas. El marido celoso o el empleado despedido parecían las que más peso tenían, sin embargo la sospecha de que Ángel sentía algo por Clara, empañaba cualquiera de ellas, porque también podía tratarse de un amante desengañado, —pensaba De la Fuente— aunque se decantaba por el empleado despedido, al fin y al cabo habían discutido el día antes. Sin embargo había cogido ojeriza a Pablo, y aparentemente, parecía tener motivos para estar celoso, así que esa opción la tenía muy presente.

La idea iba cobrando fuerza a medida que le daba vueltas: si Clara tenía escondidas esas malditas cartas en algún lugar ajeno a él, ese tenía que estar en sus dominios, en el restaurante, porque se suponía que si tenía un amante y se carteaba con él, cosa que a Pablo le parecía ridícula pero profundamente romántica, ella sería lo suficientemente inteligente como para esconderlas en algún sitio que sólo ella manejase...

Como alma que lleva el diablo, salió corriendo de casa con la llave del restaurante en la mano, bajó la cuesta hasta el puerto y cuando se iba acercando el desanimo volvió de nuevo a azotarle. No se había detenido a pensar que el restaurante permanecía acordonado por la Guardia Civil y que, salvo que rompiese la cinta adhesiva que lo protegía, no podría entrar.

Dio varios paseos por delante de la puerta principal observando todos los detalles que Clara había ido poniendo en el exterior para endulzar la entrada con motivos marineros: una mesa, que en su momento hacía las veces de bobina para enrollar a su alrededor los cabos con los que sujetaban los barcos antes de botarlos, pintada en verde agua; un banco pintado en el mismo color verde agua desgastado; tabloncillos de madera colgados de una grotesca cuerda y pintados con colores envejecidos con algún animal marino en relieve; un pez de unos treinta centímetros colgado de una ficticia caña de pescar, macetas con plantas que lucían flores de distintos tonos improvisadas en cajas de madera de vino de reconocidas marcas... Todo le recordaba a ella, a su aroma, a su sonrisa, a esas pequeñas arrugas que ya iban apareciendo alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios... Y él, como quiera que se llamase, también había disfrutado de su olor, de su sonrisa, de su amabilidad, de su saber hacer, de su empatía...

La sangre le hirvió de nuevo empujándolo a rasgar la pegatina de la puerta con la llave del restaurante y a entrar escaleras arriba trotando por llegar al despacho para encontrar el dolor y el sosiego de su alma.

Desde la puerta observó toda la estancia. Y tras varios segundos de indecisión pensando en el lugar más apropiado por dónde debía empezar para acertar a la primera y no alargar su agonía por más tiempo, decidió sentarse en la silla giratoria y meditar, porque aunque sabía que la caja fuerte debía de ser el sitio que buscaba, desconocía donde la guardaba Clara. Desde donde estaba sentado no era capaz de encontrar el lugar, así que se levantó y avanzó hacia la puerta sintiendo como la madera crujía tras sus pasos. De pronto la cara se le iluminó. Se acercó lentamente hacia donde se había quejado el suelo, no tardó en dar con el lugar y en ver que una de las láminas de madera parecía más suelta que las demás. Probó suerte y efectivamente, logró soltar la madera sin gran dificultad. La levantó y allí estaba la caja del amor y del odio. Era una de esas típicas que había en muchos hogares por su versatilidad, ya que servía tanto para guardar dinero como para acumular recuerdos o incluso para los juegos de los más pequeños de la casa. Aquella era del tamaño de media cuartilla, con una cerradura sencilla y con una asita de color de plata. Pablo las había visto de infinidad de colores, pero en el caso de la de Clara era azul marino, a juego con muchas de las cosas que adornaban el restaurante.

Él no disponía de la llave para abrirla. Eso no iba a suponer ningún inconveniente porque pensándolo fríamente, si reventaba la cerradura, no iba a tener que justificar ante nadie lo que había hecho. Buscó la caja de herramientas que Clara tenía con un poco de todo y que siempre guardaba en el armario empotrado del despacho, la sacó, la abrió y sin perder tiempo ni pensar en más allá de lo que llevaba rondando por su mente algo más de media mañana, cogió un barra que le permitía hacer las veces de cincel y un pesado martillo bastante herrumbroso, y poniendo la caja boca abajo introdujo la palanca por la ranura y la martilleó. Tras varios golpes asestados con todas sus fuerzas, la cerradura cedió. Él se quedó mirando los billetes que habían quedado a la vista durante unos instantes sin atreverse a dar el siguiente paso. Con el corazón en un puño, Pablo tomó la caja con ambas manos y la abrió del todo. Había varios montones de billetes de cincuenta separados por uno de ellos formando pequeños fajos seguramente de igual importe. El miedo recorrió su cuerpo hasta llegar al cerebro cuando intuyó lo que forraba el fondo de la caja.

La caja se le escurrió de las manos mientras su cuerpo, vencido por la decepción, se dejaba caer contra la pared y en su rostro arrollaban lágrimas de verdadero dolor. En su mente afluía una única palabra: ¡no!, porque él no se creía que Clara le hubiese traicionado una vez más y que el recuerdo que le hubiese dejado para el resto de su vida fuera ese: la traición de un ser amado. Pablo se tapó la cara con las manos como si con ello pudiera evitar la realidad, como si pudiera impedir ver en lo que se había convertido su vida: un hombre viudo con un hijo con el que no se entendía engañado por su mujer a la que adoraba.

Llanes, 1971

Nada más entrar en la casa, Dolores subió a su habitación, corrió hacia el baño, cerró la puerta con llave y se apoyó contra ella. En parte necesitaba reposar su cuerpo; aún temblaba y le dolía todo. Pero esa no era la única razón: necesitaba estar a solas, escondida del mundo.

Asqueada, se desnudó con movimientos torpes mientras el agua caía a borbotones en la bañera. Sin que terminara de llenarse, se introdujo en ella y frotó con saña su cuerpo en un intento vano por eliminar el recuerdo de lo que había ocurrido. Mientras tanto, las lágrimas recorrían sin cesar su rostro de porcelana. La amargura le corroía el alma mientras repudiaba lo que su marido había consentido por un puñado de billetes. Y, no sólo por eso, sino porque además él los había animado. Ese era su plan desde el principio, pese a que él le había hecho creer que iba a acceder a sus exigencias.

Aborrecía tanto lo que le había ocurrido, que sólo le calmaba el recuerdo de que aquellos malnacidos estaban donde tenían que estar: muertos y enterrados. Y en poco, carcomidos por la cal. Tenían su merecido.

Tras los primeros momentos de amargura, de desesperación y repugnancia, comenzó a preocuparse por algo más: por su marido y por cómo se comportaría con ella a partir de aquel momento. Lo ignoraba, pero algo le decía que su actitud para con ella cambiaría, seguramente para peor. El miedo a lo desconocido y la incertidumbre la volvían loca. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar...?

De pronto, unos gritos que venían del piso de abajo, la apartaron de sus pensamientos. Al principio no distinguía de quién se trataba, pero su corazón se heló cuando identificó la voz de Antonio. Una sacudida convulsionó todo su cuerpo hasta ruborizarla. Salió atropelladamente de la bañera, alargó la mano para hacerse con algo con que taparse y, medio desnuda, se precipitó hacia el deambulatorio de la primera planta de la casona.

Desde el descansillo de las escaleras pudo verlos. Antonio estaba totalmente fuera de sus casillas y aunque Roberto mantenía la calma, su expresión iracunda lo decía todo. En aquellos instantes ya no le quedaban dudas de que Roberto los había visto aquella mañana.

—No se la merece —oyó decir a Antonio—. Es usted un hombre rastrero y falto de honor —gritó.

—Váyase de esta casa y no vuelva a poner los pies en ella nunca más o se arrepentirá —masculló Roberto entre dientes.

Antonio se percató de la presencia de Dolores. Dejó de prestar atención a su jefe para centrarse en ella. Hasta en ese momento, con el horror marcado en su rostro y su tez blanca como la luna pero mortecina, como sin vida, como si la sangre no circulase por su cuerpo, la encontró hermosa. Ella, espantada por las consecuencias que aquello podía acarrearle a ella, pero sobre todo a él viendo de lo que era capaz

Roberto, se irguió, se dio media vuelta y con el corazón en un puño regresó a su habitación. Lo único que podía hacer para salvar su vida, la de Antonio y posiblemente la de su hijo era: despreciarlo aparentar que amaba a su marido por encima de todo y fingir que él no le importaba, que nada de lo que él dijera le podía afectar.

—¡Váyase! —ordenó Roberto de nuevo.

Antonio comprendió con amargura que ella no era de él, pero lo que nadie le podría arrebatarse era el ardiente beso de aquella mañana. Había sido tan real como la vida misma y él guardaría ese recuerdo hasta el fin de sus días.

En aquel mismo instante se prometió que algún día ella sería de él.

Álvaro que había sido testigo de parte del altercado y que había quedado impactado con la expresión del rostro de Dolores, sabía que algo muy grave había pasado, pero no osaba enfrentarse a su hermano, tenía que tratar un tema con él que le preocupaba tremendamente y lo necesitaba de buenas.

Durante un rato se dejó arrastrar por la inmensidad del mar estrellándose contra la costa una y otra vez, maravillado por ver como la naturaleza era capaz de embestir con tal fuerza que conseguía elevar el agua bastantes metros por encima del acantilado, como si pretendiera alcanzar el universo atraído por los intermitentes brillos, que los rayos del sol proyectaban sobre él.

No soplaban ni una brizna de viento, pero al verse en aquel mirador desplazado sobre el mar, parecía como si la frescura del agua le rozase la piel refrescándolo.

Unas carcajadas todavía lejanas le anunciaban la llegada de un grupo de turistas. Se acercaban para disfrutar de aquella belleza, sin sospechar que vendría aderezada con una sensación de serenidad que recordarían con envidia de los lugareños. Sobre todo, al verse de nuevo envueltos por el estrés de sus ciudades de origen.

Regresó algo más calmado sin mirar a los ojos de aquellos a los que previamente había escuchado, para que no pudieran leer en los suyos el sufrimiento que soportaba. Se volvió a subir a la bicicleta y cautelosamente tomó la pendiente carretera que llevaba hasta Andrín, por el acceso delimitado para los caminantes. Durante la bajada, a la que estaba acostumbrado por la cantidad de veces que ese verano había ido con sus amigos a la playa de La Ballota (que estaba ubicada en el mismo pueblo), agradeció como nunca la frondosidad de los árboles que bordeaban el camino y su deliciosa sombra, ya que le proporcionaba un ambiente más fresco. Eso y la resistencia de su cuerpo debido a la velocidad, hacía que disminuyera sustancialmente su temperatura corporal.

Giró cuando leyó el letrero que señalizaba el pueblo y el nombre de un hotelito; una casona asturiana, ubicada en el camino a la playa, con un encanto especial y una decoración exquisita, al que sus padres le llevaban, desde muy pequeño, los fines de semana a desayunar las deliciosas corbatas que horneaban los propietarios del hotel.

Ese era uno de sus momentos familiares preferido. Una punzada de dolor regresó a su corazón cuando comprendió que ya no los tendría nunca más.

Tenía tantos recuerdos de ella, le había enseñado tantas cosas y le quedaban tantas por aprender que lloraba por los años que, a partir de aquel fatídico martes, ya no iba a poder disfrutar. Las lágrimas anegaron rápidamente sus mejillas y la respiración se tornó de nuevo entrecortada casi asfixiándolo, pero siguió pedaleando hasta llegar a su destino.

La proximidad al lugar lo puso nervioso.

El día anterior cuando su padre le contó que su madre no había dormido en casa, él sabía que había otro. Ese otro era el dueño de aquel coche, pero además, tras un rato pensándolo, sabía dónde vivía.

Nico se había quedado de piedra cuando dedujo que el Haiga que había visto delante de su casa el sábado pasado, era el mismo que había visto aparcado delante de aquella esplendorosa casona de Andrín en una de sus muchas excursiones a esa playa. El coche y la casona pertenecían al mismo hombre.

Su padre le había explicado infinidad de veces, que aquellos autos, pertenecían a indianos que habían regresado de México enriquecidos y que mostraban su poderío comprando coches como aquel. Los traían desde América en barco dentro de una caja de madera hasta el puerto de El Musel en Gijón, donde sus propietarios o alguno de sus empleados los recogían.

Además, en el instituto habían realizado una exposición de las casonas de indianos en el municipio. Él sabía que esas edificaciones pertenecían, en un alto porcentaje, a algún descendiente de indiano y muy probablemente el coche era del mismo propietario que la casona.

Exactamente ese lo había visto aparcado delante de su casa. Él guardaba en su recuerdo ese coche porque le impactaba la cantidad de años que debía tener y lo bien que se conservaba. Había visto a su madre bajarse de él sin que ella sospechara que él la estaba viendo. En aquel instante le había parecido extraño, pero no le había dado más importancia pese a que ella le había mentado. Pero bien pensado, ¿por qué alguien la iba a acercar en coche cuando entre su casa y el restaurante no mediaban ni trescientos metros? Y ¿por qué ella iba a mentir si no era por tapar algo?

Tampoco le sorprendía, su padre los agobiaba demasiado, hasta el punto de ser insoportable.

El día anterior ya se había acercado a Andrín y el coche no estaba, pero seguía convencido de que todo encajaba. Estaba seguro de que allí vivía el que iba a tener que responder por lo que le había pasado a su madre.

La casa estaba ubicada en la calle principal, justo enfrente de la Iglesia de San Juan Bautista y de su coquetona plaza en la que había algo de mobiliario urbano. Nico se dirigió al mismo banco en el que había echado la tarde anterior, hasta que

cansado, decidió regresar y ocultarse de las miradas de vecinos y amigos en el paseo de San Pedro.

Se retrepó contra el respaldo cuanto pudo para cobijarse bajo la sombra de un abeto de sorprendentes dimensiones.

Hambriento, abrió la mochila y se comió de dos bocados los sándwiches que se había preparado; media bolsa de patatas; un par de tiras de chocolate, pese a que estaba bastante derretido, y destapó la Coca-Cola para beberse lo que quedaba de ella.

El capitán Naves estaba tan nervioso como hacía tiempo que no lo estaba. Aquel hombretón de grandes proporciones temblaba como un flan ante la sola idea de acudir al Juzgado de Primera Instancia e Instrucción nº 1 de Llanes, y encontrarse con Carolina para solicitarle una orden judicial que permitiera recabar a su equipo toda la información necesaria para la investigación. Procurando mantener los nervios a raya, bajó al garaje, se subió al todoterreno que él mismo se había adjudicado y que todos respetaban, arrancó el motor y seguidamente puso a tope el acondicionador para refrescar el ambiente lo más posible y evitar que la sudoración, que era habitual en él y más con aquella ola de calor, superara los límites de lo decente haciéndose visible. O peor aún, que llegará a «oler a tigre» como le gustaba expresarse cuando su olor corporal olía a hombre de verdad para su satisfacción, pero no para la de las mujeres según había comprobado recientemente tras una de las pocas conversaciones personales que había mantenido con San Román. Ella le había zanjado claramente la conversación aludiendo a que el olor a sudor en ningún momento era atractivo para ellas, sino más bien deplorable. Desde entonces, algo avergonzado por desconocer tal opinión y reconocer la cantidad de ocasiones en las que orgulloso de su olor a macho bravío se había paseado por ahí apestando, había tomado la decisión de llevar en la guantera unas muestras de perfume de Hugo Boss que le habían obsequiado al comprar el frasco de gran tamaño. Se pulverizó con varios toques hasta que percibió que su olor era el dominante y salió del garaje.

Avanzó en dirección al centro hasta la intersección con la Plaza de las Barqueras, a la que se incorporó tras varios segundos de espera a causa del denso tráfico, sobre todo, porque aquella calle era una de las entradas principales de la Villa. Atravesó la zona peatonal con la mayor paciencia de que pudo hacer acopio, dadas las circunstancias. La cantidad de viandantes que, bien como turistas o bien como residentes andaban de acá para allá, le obligó a avanzar muy lentamente hasta llegar a Nemesio Sobrino. Continuó por la Avenida de la Paz, donde mientras esperaba a que no vinieran coches por el otro carril, necesitó tomar aire repetidas veces para expulsar parte del nerviosismo que con el trayecto se había incrementado y más al sentirse tan cerca de ella. Al llegar aparcó en una de las plazas reservadas, salió aparentando la seguridad que no tenía, con una sonrisa fingida, simulando el desasosiego que reinaba en todo su cuerpo y accedió a la entrada principal del juzgado.

—Buenos días capitán —saludó cordialmente la chica que estaba ubicada en la recepción del juzgado.

—Buenos días —contestó Naves orgulloso de que lo reconocieran sin necesidad de presentarse.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó aquella chica regordeta de ojos claros y de voz melosa.

—Necesito hablar con la juez.

—Un momento por favor —le contestó amablemente mientras se levantaba para llamar a la puerta de Carolina.

—Pase —se oyó a lo lejos.

Ella entró, cerró la puerta tras de sí y volvió a salir a los pocos segundos.

—Espere un momento por favor, enseguida le atenderá. Tiene suerte de que hoy no tenga acordada ninguna vista oral —explicó arqueando las cejas.

Él no había pensado en eso, pues estaba acostumbrado a que los demás obedecieran sus órdenes y a tenerlos a su disposición en el momento en que él lo requería.

Naves se acercó a una de las sillas que, a modo de sala de espera, estaban ubicadas en un lateral de aquella sala.

Frenético, practicó varias oraciones con las que quería comenzar la conversación con Carolina sin que ninguna le convenciera. Quería saludarla distendidamente y mostrarle cuánto sentía el mal momento que estaba pasando, pero no encontraba las palabras que le convencieran lo suficiente. Y cuando por fin encontraba una manera de enfocar la situación, no era capaz de recordarla tal y cómo le había salido la primera vez. Los nervios, que devoraban su cuerpo, le impedían pensar con claridad. No le había dado tiempo a determinar cómo se iba a presentar cuando el tono de llamada interna del teléfono interrumpió sus reflexiones, para, en segundos verse delante de ella.

—Buenos días señorita —saludó con la mayor deferencia que le fue posible.

—Buenos días capitán, siéntese —le contestó sin levantar la vista de los papeles que estaba ojeando.

El despacho de Carolina estaba decorado con un gusto exquisito con muebles de líneas rectas y sencillas. La limpieza, el orden y la pulcritud que se respiraba en él, animaban a permanecer horas y horas trabajando sin darse apenas cuenta. La armonía la ponían un par de hermosas orquídeas con flores de color blanco y violáceo, que reposaban sobre la mesa de centro que estaba ubicada en el lateral más cercano a la ventana, y que se veía acompañada por dos sillones de piel oscura que a simple vista parecían de muy buena calidad.

—¿Alguna novedad?

Naves puso al día rápidamente a Carolina utilizando casi las mismas palabras que De la Fuente había empleado para narrarle la situación, agradeciendo ese don que Dios le había dado para estar permanentemente enterado de todo cuanto sucedía en su

Cuartel.

Ella lo miró de soslayo sorprendida por el dominio que tenía del caso, cuando en realidad la responsabilidad ya no era suya desde el momento en que la Policía Judicial de Gijón participaba en la investigación.

—Su marido, Pablo, nos ha dado autorización para inspeccionar lo que necesitemos, hasta para los documentos bancarios, las facturas,..., pero preferimos disponer de la orden judicial por si fuera necesario, ya me entiende.

—¿Y para eso viene usted en persona? —preguntó sin andarse por las ramas a sabiendas de que aquella tarea no era propia del capitán del Cuartel.

—No... bueno... contestó acalorado. Estaba preocupado por usted —le soltó en un alarde de valentía.

Por un momento el capitán quiso ver un atisbo de dulzura en la mirada de la juez, pero fue tan fugaz que dudó de lo que sus ojos habían visto, llegando a convencerse más tarde de que había sido fruto de su imaginación.

—No tiene por qué preocuparse —contestó fríamente— bastante tiene con lo suyo.

Carolina se arrepintió al instante de la contestación que le había dado, pero estaba tan acostumbrada a marcar las distancias que las intenciones que estaba empezando a identificar en aquel hombre la ponían más a la defensiva de lo habitual. El día anterior ella había tenido un acceso de debilidad. Los recuerdos de juventud y la tristeza por la muerte de Clara le habían hecho bajar la guardia. Pero aquello había pasado. Ella estaba acostumbrada a comportarse como lo hacía y se encontraba bien haciéndolo. No necesitaba complicarse la vida. Aunque por otro lado, el capitán lograba darle lástima y eso no le gustaba.

Ella tramitó de inmediato la orden judicial que nave le había solicitado.

—Aquí tiene —dijo al terminar.

El capitán se levantó de su asiento e incómodo por la violenta situación que se había creado tras la ruda contestación de Carolina se encaminó hacia la salida.

—No deje de mantenerme informada, se lo ruego —solicitó ella confirmándole con la mirada lo agradecida que estaba.

—Así lo haré —contestó con una expresión en los ojos que por un momento derrumbaron la coraza que la juez había levantado hacía muchos años.

El capitán, algo trastornado por el intenso momento que había vivido con Carolina bajó por las escaleras hasta la calle con las piernas temblorosas. Al entrar en el todoterreno aún permanecía el tembleque que ahora apreciaba por todo el cuerpo. El corazón, más agitado de lo normal, respondía a la mirada que ahora sí estaba seguro de haber visto. Naves reconocía que haberse presentado ante ella había sido una osadía. No entendía de dónde había sacado el valor, pero la satisfacción que recorría por su cuerpo se reflejaba en el optimismo que sin evitarlo se había adueñado de él.

Ambos pasaron prácticamente la mañana entera de reunión en reunión y aún así no habían hablado ni con Laila, la ayudante de cocina y ni con el encargado. Los compañeros de Laila les habían comentado que ella tenía pensado ir a Gijón a ver a sus padres. San Román, a pesar de su insistencia, no había conseguido contactar con ella, su móvil daba continuamente fuera de servicio. Y tampoco había conseguido ni otro teléfono ni un familiar con el que hablar. Sin embargo, eso les preocupaba menos que localizar al encargado. Sus compañeros de sala no habían soltado prenda. Ninguno había ni tan siquiera especulado con que entre Clara y él hubiese algún tipo de problema más allá de lo que suponía la propia organización del trabajo o el sueldo que siempre andaba reclamándole. Parecía como si lo encubriesen y, según Ángel, habían discutido precisamente el lunes. Él era la clave.

Viendo que por ahí no podían avanzar más, De la Fuente pensó en sus otras opciones. Si se daban prisa, aún les daba tiempo de llegar al colegio donde trabajaba Pablo para mantener la reunión acordada con la directora y posteriormente acercarse al instituto. Sin tan siquiera tomarse un pequeño respiro, se encaminaron al garaje.

Mientras bajaban a por el todoterreno, De la Fuente intentaba visualizar los siguientes pasos. Él era meticulado en todo lo que implicaba la planificación, convencido de que le evitaba pérdidas de tiempo, aunque inicialmente pareciese lo contrario. Y ella intentaba encajar la información que habían obtenido hasta el momento buscando infructuosamente el móvil del crimen.

Posada prefirió tomar la circunvalación para llegar de una forma más directa a la calle Celso Amieva, donde estaban ubicados el colegio y el instituto de Llanes, sin tener que atravesar todo el pueblo con la lentitud que implicaba el centro, sobre todo en aquellos días en que los turistas todavía abarrotaban la villa.

Aparcaron cerca de la puerta principal, subieron las escaleras exteriores y se adentraron en un edificio grisáceo con ciertos toques en mostaza y granate. Tocaron el timbre y seguidamente oyeron un estruendo que les abrió la puerta. Se adentraron en las instalaciones todas ellas decoradas con llamativos colores y con dibujos y manualidades realizadas por los críos. El silencio del edificio era asombroso. Únicamente se escuchaba a lo lejos algún cántico coreado por voces infantiles. Pero no había bullicio como cabía esperar si hubiesen llegado a la hora de cambio de asignatura o de profesor.

A la izquierda una puerta les dirigía hacia la secretaría, la abrieron y se toparon con una chica de voz cantarina, ubicada tras una ventanilla que los saludó encantada. Diligentemente, salió de su cubículo para acompañarlos hasta el despacho de la directora que los recibió tan entrañablemente como la recepcionista. Ambos percibieron el buen ambiente que había entre ellas.

La conversación que mantuvieron con la directora del colegio donde trabajaba Pablo, les confirmó su marcada personalidad. Aún en el inicio de curso, la convivencia entre los profesores era buena. Sin embargo, no dudó en detallarles las dificultades que habían experimentado en el curso anterior gestadas sobre todo

porque Pablo, se empeñaba en controlar las actuaciones del resto de compañeros de ciclo y en decirles cómo tenían que dar sus clases. Y eso enfurecía a más de uno. El ansia por el control y porque las cosas se hicieran como él entendía, seguro de que era la mejor forma de hacerlas, suponía un problema no sólo en casa, sino que también en el trabajo. En su favor les contó que en muchas ocasiones llevaba razón en sus propuestas, su único problema es que no sabía plantearlas adecuadamente.

Salieron del colegio convencidos de que la personalidad de Pablo le acarrea más de un problema, y planteándose seriamente que ese fuera el detonante del caso.

Cuando llegaron al instituto acababan de finalizar las clases, y los alumnos aún andaban desperdigados por las instalaciones llenando de alboroto sus modernas instalaciones. Coloridos carteles colgados en las puertas y en los corchos informativos dispersos por aquí y por allá, adornaban alegremente la entrada que, pintada de azul añil y amarillo, lucía francamente acogedora. Una grisácea rampa antideslizante los llevó hasta una secretaría que asemejaba a una pecera por estar rodeada enteramente de cristal salvo por uno de sus laterales. Varios alumnos se agolpaban en el mostrador, impacientes porque les atendiera una señora entrada en años que, con unas estrechas lentes de lectura reposando sobre la punta de la nariz y sujetas por una cadenita de plata, se encontraba tras una ventanilla abierta en el muro de cristal. Ella observaba atentamente un documento entregado por el chico regordete que estaba el primero en la cola. Pero al levantar su mirada hacia él para comunicarle algo, se tropezó con Posada y De la Fuente y, aunque no los conocía, pidió a los alumnos, recibiendo protestas de todo tipo, que se hicieran a un lado para atender a los recién llegados, sospechando de quién se trataba por las indicaciones que el director le había dado.

—¿Les puedo ayudar en algo? —dijo levantándose ceremonialmente de la silla.

—Buenos días, soy el sargento Javier De la Fuente y ella la cabo Julia Posada. Tenemos una reunión con el director.

—Sí, sí, los está esperando. Es esa puerta de ahí enfrente —les indicó volviéndose para señalarla.

Ambos se giraron, atravesaron el vestíbulo y cuando llegaron a una puerta en la que un letrero ponía director, se detuvieron. De la Fuente dio unos golpecitos.

—¿Sí? —se escuchó al otro lado.

El sargento abrió la puerta e hizo las presentaciones oportunas, tras las cuáles entró en materia.

El director del instituto se iba por los cerros de Úbeda continuamente, ilustrando las preguntas que hacían sobre Nico con situaciones, que no venían al caso, de adolescentes con comportamientos fuera de lo común, que no dejaban de ser más que casos aislados. La conclusión a la que finalmente llegaron es que no habían detectado ningún problema en el chico que les hiciera sospechar que algo no iba bien en el seno familiar. El comportamiento de Nico era el normal en un chaval de su edad. Además el director había investigado un poco y preguntado a los profesores que le impartían

clase y les aseguró, sin lugar a dudas, que la ausencia justificada por Nico a través del correo electrónico de su madre, no había sido más que un hecho aislado, asistía asiduamente a sus clases y no solía meterse en conflictos.

Caminaban hacia el lugar donde habían dejado aparcado el coche reflexionando sobre la información que habían obtenido, cuando de pronto a Posada le crujió el estómago.

—¿Tienes hambre? —preguntó Javier.

—Un poco —contestó avergonzada.

—Yo también, son más de las tres de la tarde y salvo el café de San Román no hemos vuelto a meter nada en el estómago. No tenemos mucho tiempo para comer, quiero ir hasta la vivienda del encargado... ¿Cómo se llamaba...?

—Alberto.

—Eso, de Alberto —completó la frase inacabada. ¿Dónde podríamos comer un plato combinado o un sándwich rápido?

—En Ágora —contestó sin dudar—. Es una cafetería de la calle principal con una situación y una terraza privilegiada.

A Posada le encantaba aquella cafetería y sin embargo, debido al horario de su trabajo no la frecuentaba. Desde ella se podía observar el alegre bullicio de las gentes en sus idas y venidas, llenando la calle de colorido y de un entusiasmo contagioso, en el que se entremezclaban aquellos que iban impecablemente vestidos como si estuviesen invitados a un cóctel, con aquellos otros que ataviados con ropa de montaña no habían reprimido su curiosidad por conocer una Villa tan coqueta desviando su atención en la peregrinación por el camino de Santiago. Y todo ello, en perfecta simbiosis con los alegres caminares de los lugareños, orgullosos de su tierra.

—Perfecto. Vamos para allá.

Desconocía cuánto tiempo había permanecido en la misma posición llorando, con la amargura cincelada en su corazón. Se sentía derrotado y sin ningún ánimo de luchar por la vida y por salir adelante. La conclusión a la que había llegado era que Clara no le quería. Y aquellas escasas pero profundas palabras taladraban su mente sin cesar. Para todos era un misterio lo que le había pasado a su mujer, para él también. Desconocía si había sido atacada por un desconocido o si por el contrario había muerto a manos de su amante. Pero lo que para él estaba muy claro es que ella había jugado con su alma, con su ser, con él. Y eso no se lo perdonaría jamás. Su amargura era tan profunda y su dolor tan fuerte que por un momento pensó en que su corazón no podría soportarlo. Le entró un miedo tan atroz que con las cartas en la mano se levantó del suelo como pudo y echó a correr a su casa para acceder al botiquín, que tan primorosamente tenía organizado, y tomarse una pastilla para tranquilizarse. Y tras consultar los síntomas en *internet*, quizá otra para el corazón temeroso de que el infarto estuviese acechando como un puma a su presa.

Convencido de que los segundos eran cruciales, salió escopetado del restaurante para llegar a su casa lo antes posible, sin tan siquiera disimular, medianamente, el corte que había realizado a la cinta que la Guardia Civil había colocado impidiendo el paso. Tan alocado salió que no se había percatado de que justo al lado de la salida del restaurante, se encontraba uno de los miembros de la cofradía que aquella mañana había estado hablando con uno de los Guardias Civiles. Él pretendió pararlo para ponerlo al día, pero le fue imposible.

Por el camino una nueva punzada de terror recorrió su cuerpo, al ver su coche aparcado justo antes de finalizar la zona de aparcamiento reservada para los servicios portuarios. Él juraría que no lo había dejado allí, pero ya dudaba de todo. Por un momento pensó en acercarse a él por si tenía alguna multa, ya que aquella zona era restringida, y por lo tanto prohibida para cualquiera que no tuviese la autorización necesaria para estacionar. Si los de aduanas no le habían multado aún, no tardarían en hacerlo, pero la presión que sentía en el pecho se impuso y continuó corriendo arriesgándose a que le multaran. La preocupación de cómo había llegado su coche allí siguió instigando su cerebro durante todo el camino: comenzaba a tener ciertas lagunas que le intimidaban. ¿Y si tenía alzheimer como su suegra o algún tipo de cáncer que le dañaba la parte de la memoria de forma que le impidiese recordar sus acciones? Aquello le perturbaba, y mucho, hasta el punto de empezar a obsesionarse, pues no era la primera vez que no se acordaba de lo que había hecho...

La distancia entre la calle Celso Amieva y la cafetería era más bien escasa, pero si se acercaban con el coche ahorrarían un tiempo que De la Fuente no quería desperdiciar, para así reiniciar el trabajo lo antes posible. Le reconcomía la idea de que Alberto, el encargado, no hubiera aparecido todavía, mayormente porque en función de lo que él les contara, tendrían más claro si él era sospechoso o no, y en tal caso, si tenían que centrarse en Pablo o por el contrario quedaba libre de sospecha.

Posada conducía plenamente cautivada por el sargento con el corazón latiendo más intensamente de lo habitual, en un estado perpetuo de agitación, y con el ansia por disfrutar de unas horas con él, como lo habían hecho en el Palacio de Cutre, golpeando permanentemente en su cabeza. En aquellos momentos en los que se encontraban a solas y sobre todo, fuera del horario de trabajo, le costaba reprimir el instinto de abalanzarse sobre él y besarlo para desahogar la pasión acumulada a lo largo de la jornada. Solamente con que él la rozase ya a floraba el deseo en su cuerpo.

Aparcaron enfrente de la plaza de Abastos, en un aparcamiento en la zona azul que acababa de dejar libre otro vehículo y caminaron los pocos metros que les distanciaba hasta la cafetería, que hacía justo esquina con la Plaza de las Barqueras.

—Esa mesa puede estar bien —comentó Posada.

—Es perfecta, quiero intercambiar impresiones, te he visto realizar muchas anotaciones que aún no hemos comentado y ahí no nos molestará nadie. Déjame

hacer una llamada a López para ver qué tal les fue, y seguido nos ponemos a ello.

La cafetería ofrecía una terraza perfectamente ubicada en el centro neurálgico de Llanes, con una exquisita decoración de originales mesas y cómodas sillas algunas negras y otras ocre. Todas las mesas estaban orientadas hacia la vía principal, salvo dos que se ubicaban en el lateral. Una de ellas estaba ocupada por un anciano que leía plácidamente la prensa mientras se tomaba un aperitivo, a pesar de que su hora ya había pasado hacía mucho, a base de un vermut Izaguirre y unas aceitunas. En la otra, bastante alejada de la primera, se situaron Posada y De la Fuente.

Un camarero se acercó en cuanto los vio sentarse.

—Buenos días. ¿Qué les apetece tomar?

—Vamos a comer un plato combinado.

—Perfecto, les dejo la carta. Si me dicen que van a beber se lo voy preparando mientras se deciden.

—Yo quiero una cerveza sin alcohol —pidió Posada.

—Y yo otra —confirmó De la Fuente tras colgar a López.

—En un minuto —contestó mientras se daba la vuelta.

En cuanto el chico se había alejado lo suficiente, De la Fuente no se anduvo por las ramas.

—Por ahora no han tenido suerte. Estuvieron con los de la rula y llevan un rato indagando por las casas de alrededor pero sin nada que merezca la pena —dijo aludiendo claramente al trabajo de sus compañeros.

—Habrá que tener paciencia...

—Pues sí. ¿Qué impresión tienes? —preguntó haciendo clara alusión al caso mientras cogía la reducida carta.

Posada lo miró durante un rato buscando las palabras con las que iniciar su exposición. Él también se la quedó mirando admirando su belleza serena de rasgos suaves y delicados. Daba gracias porque su fortaleza y sobre todo su disciplina, enderezaban sus pensamientos, encauzándolo hacia lo que era su cometido y obviando así cualquier pensamiento hacia Posada. Su trabajo y su deber estaban por encima de todo, Posada incluida.

—Una cosa es lo que él nos ha contado y otra lo que no nos ha contado. Me refiero a Ángel —aclaró dándose cuenta de que no podía saber a quién se refería.

Aquellas escasas palabras habían llamado poderosamente la atención del sargento.

—Explícate —ordenó enarcando las cejas.

—Es normal que una persona que ha trabajado diez años con otra se muestre emotivo por la muerte de su compañera, o de su jefa en este caso, pero creo que es excesivo si tenemos presente el resto de respuestas que nos ha dado. Ten en cuenta que tras comentar cómo era Clara, posteriormente explicó que si eres tan exigente con tu trabajo como ella, «ella te lo da todo» e hizo énfasis en esta oración, aunque probablemente no se dio cuenta de ello. Él realmente la idolatra, sólo puedes opinar

que una persona te lo da todo cuando tu opinión sobre esa persona está al más alto nivel. Incluso me atrevería a decir que siente algo por ella.

—Continúa —la animó Javier.

—Bien, luego, cuando nos explicó que tenían muchas reuniones extra para ajustar la carta y le preguntaste qué tal llevaba esa cuestión su marido, él se puso nervioso, y te respondió: ¿quién? ¿Pablo? Seguramente necesitaba ganar tiempo para elaborar una respuesta, porque no existe duda sobre quién es su marido, y menos para él. Su pregunta ha sido absurda posiblemente porque las horas extras debían ser un problema constante entre marido y mujer. Y de nuevo él eludió la cuestión, ¿no contestó! —exclamó con más énfasis del que quería—, se fue por las ramas. Además, no nos quiso decir qué les pasó hace dos años y estoy segura de que él lo sabía más que de sobra. Es más, apostarí a que él estaba implicado en el tema y a eso se debe el que se haya exaltado de esa manera.

—Pasó de una actitud de inseguridad y apocada a ponerse a la defensiva e incluso algo agresivo —puntualizó él.

—¡Exacto! Al principio daba lástima, pero luego...

—A mí también se me pasó por la cabeza que él podía ser amante de Clara y que Pablo al enterarse, entrara en cólera y la hubiese matado. Pero esa es una de las alternativas que hay hasta ahora. Yo me inclino más porque Alberto llevado por la discusión que tuvieron se enfrentara a ella y la matara. Pero lo que comentas de Ángel hace que Pablo gane posiciones...

—Yo creo que sí.

—Además, Pablo me da mala espina. Pero si lo piensas también Ángel puede ser el homicida. Ya sabes... él siente algo por ella y en un arrebato...

—Sí. Es pronto para saber cuál tiene más motivos para matarla.

—En resumen, tenemos tres posibles móviles y tres posibles sospechosos —puntualizó.

—Hay demasiadas dudas...

—Buen trabajo Julia —felicité.

Posada se sonrojó.

—Ángel nos ha sembrado muchas incógnitas que tendremos que resolver si queremos avanzar en el caso —meditó Javier—. Es prioritario encontrar a Alberto, la relación entre ellos deja mucho que desear, ¿no te parece?

—Sí, Ángel no dudó en dejarlo en muy mala posición.

—Sí, demasiado como para que no les salpiquen los problemas.

Desde su reunión con la juez había replicado tantas veces la conversación que había mantenido con ella que presentía que la cabeza le iba a explotar. En cuanto salió de su despacho sintió una ola de optimismo, pero después, analizando cada una de las frases que él y ella habían intercambiado con la intención de adivinar si las

cosas entre ellos iban bien o no, no lo tenía tan claro, no acababa de aclararse. Generalmente ganaba el no. Ella había sido muy cortante y distante, lo mismo que aquella mañana cuando la fue a buscar a su casa. Pero por momentos, se dejaba engañar y concluía que sí, que ella estaba a gusto con él cuanto menos. Para ello se basaba en que ella lo había animado a seguir informándola, en aquella mirada que le había regalado y porque realmente era lo que quería creer. Y ya metidos en materia, sentía la necesidad de continuar avanzando, de provocar encuentros entre ellos en privado, no aquellos en los que ella se pasaba por el Cuartel por alguna cuestión. No. Él quería estar a solas con ella y no con un montón de gente alrededor.

Así de animado trazó su plan que, para desesperación de De la Fuente, consistiría en estar en contacto permanentemente con él para conocer puntualmente los avances de la investigación y las siguientes actuaciones. Con toda esa información, tendría la excusa perfecta para quedar con ella.

Feliz por lo bien organizado que lo tenía, llamó a De la Fuente.

Al llegar, subió las escaleras de su casa de dos en dos con una presión en el pecho que le costaba discernir si se trataba de: un dolor de corazón, ante la certeza de que Clara no le pertenecía o del de la enfermedad. Con movimientos convulsos, intentó encajar la llave de entrada a su casa en el bombín hasta en tres ocasiones antes de conseguir que ambos encajaran. Entró a toda velocidad, se dirigió a su habitación y con excesivo brío abrió el armario, quitó la tapa de la caja de las medicinas y revolvió durante varios segundos hasta que se percató de que lo que estaba buscando lo tenía a la vista, al alcance de su mano, aunque sus ojos no identificaron la caja hasta pasados varios segundos. Se metió una pastilla en la boca y la tragó sin más. Seguidamente buscó la cafinitrina y la dejó reposar bajo la lengua. Aunque siempre consultaba todo por *internet*, excepcionalmente en esa ocasión, pasó a la acción aterrado porque le fuera a dar algo. Derrengado se dejó caer en la cama con el ánimo por los pies.

El milagroso efecto de la medicina llegó en un tiempo récord permitiéndole ver la situación con una entereza y una claridad que hasta se sorprendió él mismo: estaba claro que su mujer lo había engañado, pero eso se iría con él a la tumba. Nadie, bajo ningún concepto, se enteraría de que él había sido un cornudo, no quería dar más pena de la que ya estaba dando.

Llanes, 1971

Aquel día, marcaría la existencia de Dolores de por vida. A partir de entonces, el ambiente fue aterrador. Al día siguiente, él la miraba con desprecio y si en algún momento había comunicación entre ellos, era exclusiva y unilateralmente para despreciarla delante de los demás y darle órdenes como si se tratara de una más del servicio. Pero eso no era nada, porque a partir del segundo día su carácter se fue agriando de tal forma que a Dolores le daba la sensación de que él no los soportaba, ni a ella ni a su hijo.

Durante las primeras semanas no durmió con ella, le parecía que su mujer era mercancía usada, lo que Dolores agradecía profundamente pese al sentimiento de despojo humano que él se encargaba de inculcarle. Pero no se anduvo con miramientos y pasaba a su habitación para ensañarse con ella como no lo había hecho hasta el momento. Sin embargo, más tarde, comenzó a usarla como si se tratara de una prostituta; la cogía cuando quería a la hora que le apetecía para desahogar su hombría con ella.

Y así transcurría el tiempo para Dolores. Ella sufría la tortura de la violación de su marido más profundamente que la de aquellos dos hombres, pues la insistencia de Roberto por infringirle dolor no cesaba ni de noche ni de día.

Sin embargo, por su mente comenzó a rondar la idea de que ella había sido la causante de que su marido se volviera tan huraño y la tratara con esa repulsión. Se sintió tremendamente desgraciada, al pensar que, ella y sólo ella, había sido el detonante de la situación que estaba viviendo. Presentía que la culpable de todo era ella y por ello debía expiar sus pecados. Roberto había hecho lo que se espera de un buen marido. Aquella noche él le había mostrado cómo se sufre la traición del ser amado. Ella había sido tan desconsiderada... Olvidaría lo ocurrido con Antonio y nunca más volvería a mirar a otro hombre. Le compensaría con lealtad, aunque no con amor, pues eso, aunque ella quisiese no se lo podía dar, correspondería de por vida a otro.

Roberto desconocía que ella hubiera besado a Antonio. Tenía la certeza de que él la miraba con deseo, pero no que ella le correspondiese. La única explicación de lo que había ocurrido aquella noche, era simple y llanamente que ella le pertenecía y podía hacer con ella cuánto quisiese.

Pero además, él aún tenía un as guardado en la manga, con el tiempo ella descubriría algo más de Roberto...

La comida y la sobremesa bajo el árbol que habían escogido para guarecerse del implacable sol, duraron más de lo que Nora tenía previsto, pero no opuso resistencia. Ella hubiera permanecido horas y horas escuchándolo. Paco era un gran conversador y poseía conocimientos en muchas materias, lo que evidenciaba su extensa cultura, y

eso a Nora le gustaba. Además, su voz era fuerte, varonil, muy bien modulada a la par que serena, y conseguía llevar a Nora a otro mundo, un mundo lleno de paz, de sosiego, sin remordimientos hostigando su mente. Un mundo inalcanzable para Nora.

Ella tenía un amasijo de sentimientos encontrados. Por un lado adoraba estar con él, escucharlo y sentirse feliz por pequeños lapsos en los que olvidaba su pasado. Pero a la postre su pasado estaba ahí y nadie podía borrarlo, ni tan siquiera Paco con su encanto.

Nora quería seguir con la disciplina que una vez se había prometido, pero sus recias e indomables fuerzas de hace unos días se estaban viendo vencidas desde que lo había conocido. En ella empezaba a brotar el deseo de permanecer con él todo el tiempo del mundo pese a la condena que ella misma se había infligido.

Y además estaba la voz que escuchaba desde el día que nadando se tropezó con el asesino. Aquella voz la alentaba a sobrevivir, y no sólo eso, intuía que la empujaba a vivir una vida diferente. Pero se resistía, porque su peor enemigo no era el pasado, sino ella misma.

Paco había obviado a propósito preguntarle por su vecino y su obsesión por mirar hacia aquella casa o más bien hacia ella. El momento había sido tan agradable y estaba tan a gusto con Nora, que no había querido romper aquel hechizo con algo que sentía, claramente, que era problemático para ella.

Cuando regresaban, Nora volteó su cabeza hacia aquel lugar y un respingo recorrió su cuerpo al ver que el hombre salía de su casa armado con los artilugios de pesca. Aquella era la ocasión que estaba esperando y de alguna manera tenía que deshacerse de Paco para llevar a cabo su plan. Él parecía poco dispuesto a abandonarla, por lo que a ella se le planteaba un dilema.

Mientras ella abría la portilla, él la volteó con su mano derecha para mirarla fijamente a los ojos.

—Ha sido la comida más agradable que he tenido en mucho tiempo —le dijo con su profunda mirada.

—Para mí también lo ha sido —contestó ella antes de que se diera cuenta de lo que estaba diciendo.

—¿Sí? —dijo Paco sorprendido arqueando las cejas.

—Bueno... fue muy agradable escucharte —contestó ella con un tono informal.

Él pasó delicadamente la mano por su mejilla con ganas de abrazarla, de sentir como su cuerpo rozaba con el suyo, de acariciar su piel y dejar que esa sensación erizara la suya, de besarla y que ese sentimiento irrefrenable que sentía en su pecho explosionara, de permitir que el deseo que sentía por ella fuese correspondido. Pero no lo hizo. Sabía que aún no era el momento.

Ella se quedó aturdida mirándolo, implorando que no la besara aún deseándolo con todas sus fuerzas, suplicando que él no la tocara pero suspirando por embeberse de su cuerpo y dejarse llevar por el placer de sentir.

Pero Nora tenía secretos inconfesables que le hacían retroceder. Uno el que

lastraba su vida, otro, el que recientemente le aturdía la cabeza. La disciplina volvió a Nora rompiendo la magia.

—Me tengo que ir —le dijo con un hilo de voz, pues realmente suponía un esfuerzo separarse de él.

—¿Te veré esta noche? —le dijo él tímidamente.

—No lo sé... es que...

—No te preocupes —dijo él para tranquilizarla—. Sabes dónde estoy. Te esperaré lo que haga falta —le dijo arriesgándose a que ella huyese de él.

Y sin más la besó en la frente y se marchó.

Cobijados bajo la sombra de un amplio parasol de color beis, disfrutaron de una deliciosa comida consistente en un plato muy típico de la gastronomía Asturiana a base de huevos, patatas, tortos y picadillo, que Julia no se permitía degustar en muchas ocasiones por las incontables calorías que tenía, pero que en aquella ocasión accedió siguiendo la elección de Javier.

Tras un indispensable café, cuyo aroma y sabor sorprendió a dos grandes cafeteros como eran ellos, cogieron el coche para dirigirse a la dirección que San Román les había enviado a través de *whatsapp*, donde supuestamente encontrarían a Alberto González, encargado en la Taberna del Mar, aunque no tenían muchas esperanzas de encontrarlo, ya que parecía que se lo había comido la tierra.

Un cosquilleo advirtió a De la Fuente de que tenía una llamada. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó el móvil. En la pantalla leyó el nombre del capitán.

Mientras avanzaban por la calle de la Plaza de Abastos para dar la vuelta a la manzana y volver a incorporarse a la principal, De la Fuente atendió pacientemente todas y cada una de las preguntas que el capitán le soltaba como una ráfaga. Continuaron por la calle Mercaderes sin desviarse hasta que vieron la señalización a Pancar, y de ahí tomaron dirección a Porrúa.

La casa de Alberto o más bien de su madre, con quién vivía según les habían indicado sus compañeros, estaba ubicada a ras de la carretera en un típico pueblecito asturiano de carreteras estrechas, formado por fincas, algún hórreo salpicado por aquí y por allá y casas todas del mismo estilo con ventanas más o menos grandes de madera, balcones, galerías o corredores también de madera, pintadas de colores ocres, beis, rosados y azules, llenando de alegría las calles del pueblo. En el centro, casi por unanimidad, eran de dos plantas, algunas con algo de jardín o al menos una corraleta de suficiente tamaño como para ubicar mobiliario exterior. Y otras adosadas simplemente a ras de la carretera o con una minúscula acera, que algunos aprovechaban para colocar un banco que les permitía disfrutar del aire libre.

Dieron con la casa fácilmente, no tanto por las indicaciones del navegador ni tan siquiera por las que les había dado la experta San Román, sino que, sobre todo, porque estaba ubicada en una de las callejuelas que daban al Museo Etnográfico de

Porrúa. Y eso no tenía pérdida. La de Alberto era amarilla y, como no, tenía corredor y ventanas de madera. Además disponía de una corraleta donde estaba sentada una anciana acomodada en un sillón de mimbre. Encima de la única puerta de entrada a la casa figuraba un azulejo con el número tres pintado en color azul.

Posada aparcó en una de las plazas reservadas para el Museo, desde la que se veía la casa. Ambos se bajaron del todoterreno y se dirigieron a la señora.

—Buenas tardes señora —saludó De la Fuente con una de sus embaucadoras sonrisas.

—Buenas tardes —respondió con un hilo de voz.

Posada quedó impresionada al ver que la que de lejos había considerado una anciana longeva, probablemente no tendría más de sesenta años. Su rostro, a pesar de su extrema delgadez agudizada por unas profundas cavidades que enmarcaban unos ojos bajo los que se veían unas ennegrecidas ojeras, carecía prácticamente de arrugas.

La señora hizo una inclinación con la cabeza a modo de saludo tras las presentaciones.

—Supongo que usted será la madre de Alberto González ¿no es así? —preguntó por asegurarse.

—Sí, es así. ¿Qué es lo que quieren? —preguntó sin andarse con rodeos.

—Necesitamos hablar con él —le dijo sin aclarar el motivo.

—Hace dos días que no sé nada de él aunque se que pasó por aquí —contestó con pocas ganas de conversación.

—¿Y no sabe dónde lo podemos localizar?

—Pues no.

—Señora —dijo De la Fuente con el tono más cálido que pudo— imagino que no se encuentra muy bien y que lo que menos le apetece es contestar nuestras preguntas, pero es importante que hablemos con su hijo.

—Supongo que estará en casa de su novia —respondió.

—¿Sería tan amable de decirme dónde vive o su nombre...? Sé que está haciendo un esfuerzo. Díganos el nombre y no la molestaremos más, de verdad —comentó con empatía.

—¿No estará metido en algún lío no?

—¿Es de meterse en líos?

—No, pero esa bruja de su jefa lo tiene amargado —contestó dando muestras de que aún no estaba enterada de lo sucedido.

Posada y De la Fuente no se inmutaron para no darle pistas de lo que pasaba por su cabeza, por el contrario Posada intentó quitar hierro al asunto.

—Bueno eso es algo muy corriente, las mujeres somos terribles cuando queremos ¿no cree? —le dijo con media sonrisa. No se preocupe, solamente queremos conversar con él y que nos aclare algunas dudas que tenemos —explicó Posada.

—Ella es de Rales, yo no la conozco pero sé que se llama Adriana.

—Y su dirección, ¿sabe cuál es?

—No, solamente sé que vive en una casa pintada de color ocre.

Con eso les bastaba para comenzar a investigar. El nombre no era excesivamente común y había pocas casas pintadas en ese color, así que se conformaron con la información que les había dado, se despidieron de ella y se marcharon.

Nora necesitó algo de tiempo para convencerse de lo que iba a hacer. Tras valorar pros y contras, llegó a la conclusión de que tenía que hacerlo. Habían transcurrido unos quince minutos desde que se había despedido de Paco y eso le daba margen suficiente para entrar en la casa, fisgar un rato y salir sin apuros. Estaba convencida de que si quería confirmar que él era el asesino lo tenía que hacer, tenía que entrar e inspeccionar su vivienda. Confiaba en que encontraría alguna pista que le diera la razón. Además, era un paso imprescindible para su tranquilidad. Incluso deseaba que él fuera el asesino porque al menos hasta el momento no había hecho más que vigilarla, y siempre cabía la posibilidad de que él no lo tuviera claro y solamente la vigilase porque sospechase de ella. Eso la tranquilizaba bastante, porque ella no le daría pie a cerciorarse de que era ella la que lo había descubierto, era su secreto y jamás se lo contaría a nadie. Y él, algún día, se cansaría de vigilarla.

Para su incursión, Nora se puso unos pantalones cortos, una camiseta y unos playeros que además de proporcionarle comodidad, le ayudarían a evitar cualquier tipo de ruido. Cuando se los estaba calzando, tuvo que buscar unos calcetines tobilleros para evitar el daño que las heridas le hacían con el roce de la tela.

Zac brincó alrededor de ella feliz por volver a salir. Ella se le quedó mirando. De pronto se dio cuenta de que él la seguiría allá donde fuera y, donde iba no se lo podía llevar. Tenía un problema, porque su perro no tenía la costumbre de quedarse encerrado en casa, y menos atado. Y aún no había tenido tiempo, o más bien ni tan siquiera se había planteado investigar por donde se escurría para entrar y salir de la casa, suponía que por algún resquicio que Nora desconocía. Tras un rato dándole vueltas decidió que su única alternativa era dejarlo con Paco. Le costaba pedirle el favor y no sabía que excusa darle, pero quizás si a cambio aceptaba cenar con él, no preguntaría el motivo.

Estaba decidida a hacerlo, pero llegado el momento, no se atrevía a timbrar para pedirle el favor. Estaba en esas cuando pensó en asomarse por una de las ventanas traseras de su casa para ver si desde allí lo veía. Tuvo suerte. Él estaba echado en una hamaca leyendo relajadamente. A ella le fastidió entrometerse pero no le quedaba otra si quería llevar a cabo su plan.

—¡Hola! —dijo desde lo alto.

—¡Hombre! ¡Buenas tardes! —contestó encantado mientras se levantaba para charlar con ella.

—¿Te apetece cenar conmigo? —le dijo a sabiendas de que le iba a decir que sí.

—¡Por supuesto! ¿A qué hora?

—¿Cómo ayer? ¿A las ocho y media?

—Me parece perfecto.

—¡Estupendo! Nos vemos a esa hora... Tienes que hacerme un favor —le dijo algo tímida.

—Lo que desees —le contestó aludiendo al pirata Robert de la «La Princesa Prometida», una película de hacía muchos años que le había encantado.

Nora se sonrojó al identificar la respuesta con la que él le había contestado.

—Necesito que te quedes con Zac. Tengo que hacer unos recados —mintió— y no está acostumbrado a quedarse sólo. ¿Serías tan amable?

—Por supuesto. Eso no es ningún esfuerzo. Paso a buscarlo.

Nora se cruzó un bolso con la intención de seguir con la farsa que había montado para poder librarse de Zac por un rato, bajó las escaleras, atravesó el jardín hasta el portón principal y allí se encontró con Paco. Estaba con el pelo revuelto tal cual le había quedado después de bañarse en la ría, pero a Nora le gustó. Ella le agradeció el favor y se despidió encaminándose hacia la carretera principal. Avanzados unos metros se desvió escondiéndose en un prado cercano.

La casa del vecino estaba en la acera de enfrente. Antes de dirigirse hacia allí dedicó un tiempo a vigilar la calle para confirmar que no se tropezaba con nadie que, posteriormente, pudiera confirmar que ella merodeaba por los alrededores. Al cabo de unos minutos cruzó la calle, regresó por donde se había ido, se paró frente a la verja de su vecino y sigilosamente la abrió.

La vivienda de dos plantas, estaba rodeada de un cuidado jardín sin flores, ni plantas, ni adornos de ningún tipo. Su fachada lucía un color blanco bastante desconchado y la parte inferior, con una altura de hasta medio metro, estaba forrada de ladrillo visto de color caldera posiblemente para aislarla de humedades. Las ventanas también eran de color blanco al igual que las persianas, y las de la planta de abajo tenían rejas en todas ellas para disuadir a los ladrones. Un camino empedrado llevaba hasta la puerta de entrada, que siguió lo más ligera que pudo ante el temor de que alguien la viese desde el camino. Al llegar, algo en lo que no se había detenido a pensar la detuvo: «¿cómo iba a entrar?». Sin perder tiempo rebuscó por los alrededores de la casa con la esperanza de encontrar una llave oculta. Levantó el felpudo y revisó el marco de la puerta, pero no encontró nada. Nora percibía como su corazón palpitaba angustiado viendo que pasaba el tiempo y que aún no había entrado en la casa. Por su cabeza empezó a rondar la idea de que, entre uno y otro, había pasado algo más de una hora, y que ya no disponía de tanto tiempo como había pensado. Desesperada por no saber qué hacer observó la casa buscando una alternativa. De pronto miró hacia abajo y vio un ladrillo ubicado a media altura que parecía suelto. Se agachó y con amabas manos intentó moverlo. Cuando lo sacó, se asomó para ver el interior del hueco que había dejado la cerámica, al fondo apareció una llave herrumbrosa. La cogió y con la mano temblorosa la llevó hasta la cerradura. Antes de que le diera tiempo a introducirla, el maullido de un gato la asustó y se le

cayó. Torpemente la agarró y la introdujo en el bombín con el corazón palpitando tan fuerte que lo notaba en el pecho como nunca. En segundos entró en la casa y cerró la puerta tras de sí. El frío que percibió nada más entrar en contraste con el calor abrasador del exterior le llamó la atención. Ante ella se abrió un pequeño y oscuro hall en el que confluían cuatro puertas. Avanzó sigilosa para asomarse a la primera estancia, que daba a un salón bastante amplio y lúgubre quizá por los espesos cortinones de hacía décadas que colgaban en cada ventana. La casa estaba tan desangelada como el frío que notó a la entrada. No había adornos ni cuadros ni retratos por ningún lado y la limpieza era impecable. Salió y se dirigió a la siguiente puerta. En ella estaba la cocina que, extrañamente no tenía salida al jardín. La tercera puerta era un aseo y la cuarta llevaba a unas escaleras, atravesó el pequeño pasillo y ascendió por ellas. Nada más llegar a la primera planta se topó con una puerta cerrada con un pestillo que, por la orientación que tenía, estaba segura de que desde esa, era desde la que la vigilaba. Lo abrió y la puerta cedió sin dificultad. La cara de asombro de Nora reflejaba de la enorme sorpresa que llevó cuando se encontró con una habitación repleta hasta los topes de todos adornos que no encontró desperdigados por la casa. Allí estaban todos perfectamente alineados, colocados como si reverenciaran a su propietario en una estancia que forraba las paredes de estanterías. Muy próxima a la ventana, había una mesa camilla con un mantel estampado que colgaba sobre ella y llegaba hasta los pies. Sobre la mesa había unos prismáticos, seguramente los que utilizaba su vecino para vigilarla, una libreta y un calendario de los de colgar. Nora se acercó un poco más hacia la mesa para estudiar con detenimiento lo que reposaba sobre ella. Tomó el calendario intrigada por lo que estaba escrito en unas pocas casillas, concretamente en las 2 primeras del mes de octubre. Nora palideció. En ambos días había puesto una anotación.

En el 1 de octubre: Baño nocturno. No salió.

En el 2 de octubre: Cita. Baño.

Asustada cogió la pequeña libreta que había al lado del calendario. La primera hoja encabezaba con 1 de octubre, a partir de ahí se describía por horas los diferentes movimientos de Nora a lo largo de la jornada, hasta el detalle de su baño nocturno en la ensenada cuando presencié el homicidio, cuando había salido al jardín, cuando había entrado en casa, su picnic con Paco... ¡Todo! Asustada pasó página y leyó la segunda hoja que, lógicamente correspondía al 2 de octubre, día en el que estaban. También figuraba con todo detalle la jornada que había vivido hasta el momento en que su vecino se había marchado a pescar. A partir de ahí figuraban todos los días de la semana, lógicamente en blanco. ¡Su vecino era el asesino! Y si aún no tenía la certeza, al menos, sospechaba de ella. No había duda...

Para llegar a Rales desde donde estaban, tenían que atravesar Celorio por una comarcal, pero después podían continuar por esa misma carretera o tomar la autovía

del Cantábrico. Posada decidió que esta última les haría perder menos tiempo.

—¿Qué es aquello? —preguntó curioso.

—Una plantación de arándanos.

—¿De veras? ¿Tenéis arándanos?

—Sí. Y muchos... Hay una veintena de plantaciones y cada vez habrá más. Es un fruto que se da muy bien en esta zona y muchos se están animando a cosecharlos.

Un enorme manto de color borgoña se extendía algo más allá de la autovía lindando casi con el mar. El llamativo colorido de aquellos árboles contrastaba con el resto de la naturaleza de tonos verdosos.

Una llamada los interrumpió cuando sobrepasaban Posada. De nuevo era el capitán ansioso por conocer si habían encontrado al encargado. En esta ocasión la conversación con Naves fue bastante comedida en tiempo, posiblemente porque no había mucho que contar.

Nada más desviarse a Rales, se observaba un urbanismo especialmente cuidadoso. De la Fuente estaba admirado por la cantidad de hermosos pueblos ubicados en el concejo de Llanes, a cada cual más vistoso, pero aquel le llamaba mucho la atención por lo pequeñito que era y lo bien administrado que parecía con sus aceras, sus farolas, sus muros...

El pueblo de Rales estaba situado en el valle del río Bedón y todas sus casas se ubicaban en uno de los márgenes del río, ya que al otro lado una espesa y frondosa naturaleza acaparaba la orilla. Por desgracia para ellos, parecía que el color ocre era el elegido por muchos de los habitantes de aquel lugar y eso les daría más trabajo del que inicialmente habían previsto. Desde el centro del pueblo divisaron varias casas de ese color en diferentes tonalidades, desde el más pálido tirando a amarillo claro hasta uno más tostado ciertamente intenso. Decidieron comenzar por orden de izquierda a derecha. La primera de ellas era una diminuta casita de una sola planta con un pequeño jardín. Timbraron en el telefonillo del exterior y al segundo una voz sorprendida los recibió.

—¿Sí?

—Buenas tardes señora. Soy el sargento Javier De la Fuente, de la Policía Judicial. Se llamará usted Adriana ¿por casualidad?

—Pues no.

—Estamos buscando una chica que se llama así y que según nos han dicho vive en una casa pintada de ocre, aquí en Rales.

—¡Ah sí! Puede ser la que vive tres casas más allá en esta misma acera.

—Muchas gracias —respondió satisfecho.

Ambos caminaron ágilmente por la angosta acera hasta llegar a la casa que la señora les había indicado.

Abrieron una pequeña verja de madera oscura y avanzaron por el camino enlosetado hasta la puerta de la casa de una sola planta y de tamaño bastante pequeño. A simple vista con mucho, tendría dos habitaciones.

Timbraron en la puerta hasta en tres ocasiones sin obtener respuesta cuando la voz de un anciano vecino que paseaba por delante llegó a sus oídos.

—Si están buscando a la chica, no está.

—¿Se llama Adriana?

—Sí. La he visto salir hace media hora.

—Y, ¿está seguro de que era ella? —preguntó el sargento mientras avanzaban por el caminito para reunirse con el anciano.

—Vivo en la casa de al lado y paso muchas horas observando. A mi edad hay poco que hacer y el tiempo pasa muy lento, así que sí, estoy seguro de que era ella. Puedo decirles lo que hace cada uno de los que viven a mí alrededor.

—No sabrá por casualidad donde trabaja ¿no?

—Es camarera en un restaurante de Llanes, en el Mar de Toró.

—Muchas gracias por su colaboración —agradeció De la Fuente sorprendido.

—Sólo cumplo con mi obligación.

De la Fuente elevó las cejas estupefacto. Estaba claro que los había visto bajarse del todoterreno que habían dejado aparcado algo más allá. Si no fuera por su edad, sería un buen fichaje...

Consultó el reloj para hacerse una idea de si era una hora más que razonable para que Adriana se hubiese incorporado a su puesto de trabajo, pero aún era pronto. A buen seguro todavía le quedaba algo de tiempo antes de comenzar su jornada laboral en el Mar de Toró. De la Fuente resopló pensando el siguiente paso cuando, por suerte, el sonido de que le había llegado un *whatsapp* interrumpió sus pensamientos.

Laila en Cuartel

Ok vamos

Pasó todo el tiempo recordando los buenos momentos que había disfrutado con su madre una y otra vez, y dejó que su mente le torturara hasta la extenuación, aunque no perdía ojo a la entrada de la casa.

Allí no había movimiento de ningún tipo, ni entraba ni salía nadie. Al menos tenía la garantía de que el coche estaba allí y que por tanto aquella era la casona que tenía que vigilar. La desesperación de ver que una tarde más volvía a ser infructuosa lo desanimó más de lo que ya estaba, porque además se sentía solo, muy solo, demasiado solo. Ese pensamiento le dio la pista de que había pasado demasiado tiempo como para que nadie hubiese contactado con él, sobre todo le sorprendía que su padre no lo hubiese llamado veinte veces... ¿y sus amigos? Tampoco tenía noticias de ellos y ya tenían que saber lo que había pasado...

Rebuscó en su mochila el móvil encontrándose con la sorpresa de que tenía ocho llamadas perdidas y treinta y dos *whatsapp*. Sorprendido, miró primero las llamadas. Todas eran de su padre. Decidió llamarlo para tranquilizarlo, porque suponía que

como de costumbre necesitaba controlar todos sus movimientos.

—¿Dónde te has metido? —le espetó.

—Ya te lo dije al salir, en la playa.

—Y ¿tanto te cuesta responder a mis llamadas?

—Lo siento —respondió sin ganas de mantener una bronca que durase eternamente.

—Espero que no vuelva a ocurrir —le gritó— quiero que estés totalmente pendiente del teléfono, ¿me oyes?

—Sí papá.

—No sé cómo voy a hacerte ver algo que es tan sencillo ¿no te parece?

Pablo colgó el teléfono irascible y sin entender por qué a su hijo le costaba tanto comprender que para él era fundamental saber que estaba bien, dónde estaba y con quién. Sin embargo, no le había ni preguntado con quién estaba ni que hacía, tenía la mente demasiado ocupada intentando asimilar el porqué de lo que había hecho su mujer.

Siguió leyendo los *whatsapp*. Por supuesto eran todos del grupo que tenía con sus amigos. Al leerlos se sintió como pocas veces se había sentido arropado y querido por todos ellos, pero no les contestó, no sabía que decirles sabiendo como sabía que en realidad su madre estaba engañando a su padre, y que posiblemente ese había sido el motivo de su muerte.

Agradeció que, por fingir ante Paco, se le hubiese ocurrido llevar el bolso y en él llevara, por suerte, una pequeña cámara digital de la marca Nikon para cuando no quería utilizar la profesional, por la incomodidad que suponía cargar con ella y con los objetivos que utilizaba para sacar fotos de la naturaleza a grandes distancias, pero aún así captar hasta el más mínimo detalle. La sacó y fotografió las dos hojas del cuaderno y el calendario. No sabía para qué pero sentía que tenía que hacerlo.

Su experto ojo para observar los pequeños detalles, le hizo girar la cabeza hacia una estantería de las que estaban alineadas con la puerta de entrada... Avanzó por ella observando cada detalle y cada adorno alineado pulcramente igual que los anteriores. Al final de la estantería en una de sus baldas no había ni figuras ni adornos; había ropa perfectamente doblada. Una terrorífica sospecha le hizo caminar hacia aquella esquina. Temerosa con el corazón a cien por hora, avanzó hasta ella para verificar que... ¡era su ropa! ¡La ropa que había dejado abandonada en el pequeño arenal de al lado de la iglesia! La observó tremendamente asustada, sin atreverse a tocarla, sin atreverse a moverse...

Le llamó la atención lo escrupulosamente colocada que estaba. Por algo inexplicable, acercó su rostro hacia ella y respiró hondo: su ropa había sido lavada, olía a un detergente con olor a lavanda o algo parecido. Finalmente se atrevió a tocarla sólo con el pretexto de buscar algo más: su ropa interior. Era un detalle que le

preocupaba por las posibles connotaciones que pudiera acarrear. Para su tranquilidad allí estaba, cuidadosamente doblada.

De pronto un ruido que venía de la planta de abajo la asustó. Dejó de respirar con la intención de impedir que eso le hiciese perder claridad de audición, y aguzó el oído cuanto pudo deseando que se tratase de algo fortuito. Pero no, al instante reconoció el chirrido de la puerta de entrada y al poco un chasquido le daba la pista de que la habían cerrado. Un silencio agobiante gobernó la casa durante unos segundos, tras los cuales algo comenzó a moverse discretamente: Él estaba en casa. Instintivamente palpó el bolso del pantalón y el desánimo la inundó. ¡Había sido tan poco avispada que no había vuelto a colocar la llave en su sitio!

Durante un tiempo indeterminado él merodeó por las habitaciones, a buen seguro escamado porque además Nora, en la confianza de que él tardaría en regresar, no había cerrado la puerta con llave. Así que su vecino tenía que tener muy claro que alguien había entrado en su casa. Él había regresado y la había pillado...

Nora, maldijo el momento en que se le había ocurrido entrar a curiosear en la casa de su vecino a sabiendas de que podía ser el asesino. Corrió hasta la mesa camilla y se ocultó bajo su falda sintiéndose atrapada. ¡No tenía escapatoria!

Era poco más de media tarde cuando Posada y De la Fuente entraron por el Cuartel algo derrotados por los pocos avances que tenían y, sin embargo, esperanzados porque sus compañeros hubiesen tenido más suerte que ellos.

Sabían por medio de San Román que Laila, la cocinera que no habían entrevistado todavía, estaba en la sala de reuniones, por lo que sin detenerse, emitieron un pequeño saludo a Pili y se dirigieron directamente hacia el lugar donde ella estaba esperando pacientemente.

—Buenas tardes Laila —saludó amigablemente De la Fuente nada más entrar.

—Buenas tardes —dijo ella con un tono meloso propio de los dominicanos.

—Supongo que sabrá por qué hemos contactado con usted para que viniera al Cuartel ¿no?

—Sí por la muerte de la jefa —contestó melancólicamente.

—¿Sería tan amable de contarnos el servicio del lunes por la noche?

—Bueno... hubo gente, el buen tiempo anima a salir de casa —explicó con una sonrisa que difuminó enseguida—, pero como era lunes, los clientes cenaron y marcharon sin alargar la sobremesa. Cerca de la una lo teníamos todo recogido y preparado como le gusta a Clara.

—¿Y qué hizo después?

—Me fui a mi casa, mi novio me estaba esperando —aclaró.

—¿Hacia qué hora llegó?

—Pasada la una, por suerte vivo aquí al lado, la casa está un poco vieja, pero el alquiler es bajo y estoy cerca del trabajo —aclaró.

De la Fuente no necesitaba ordenarle a Posada que confirmara la cuartada, con mirarse era más que suficiente.

—Y ese día... ¿no hubo ningún percance ni problema con algún compañero?

—Bueno... sí... con Alberto... Siempre había problemas entre Alberto y la jefa.

—¿Y eso?

—Él no estaba conforme en cómo se organizaban las cosas.

—¿Y eso?

—Bueno... a los de cocina les cuesta mucho recibir órdenes de los de sala, pero realmente los de sala somos los que sabemos lo que pasa en el restaurante, y los que vemos si un cliente está esperando demasiado o si ha pedido algún cambio y no lo han respetado. Ellos tienen que obedecer las indicaciones que nosotros les damos —aclaró—. Y suele ser así, pero de vez en cuando no se cumple con lo que pide un cliente y entonces Alberto riñe con los de cocina. Él siempre protesta, pero no es para tanto. En general no hay problemas, sólo de vez en cuando.

—Y ¿había algo más?

—Bueno... —dijo de nuevo utilizando la misma coletilla de antes—, él siempre se queja porque quiere más dinero. Dice que no le da...

—Así que la relación entre ellos no era nada buena ¿no?

—Tampoco era mala, lo que pasa es que Alberto no se calla nada y la jefa tenía predilección por Ángel y eso lo exasperaba. Él cobra bastante más que Alberto y esa diferencia no la entendía, él defiende que si él tratase a los clientes a patadas no volverían, así que tan importante es el que cocina como el que mimó al cliente, pero ella no cedía.

—Y... esa predilección ¿podía ser algo más? Es decir, ¿entre Ángel y Clara había algo?

Laila dudó por unos segundos.

—Laila —le dijo Posada— necesitamos saber la verdad y a ti no te va a comprometer en absoluto. Lo que tú nos cuentes queda entre nosotros —explicó acertadamente.

—Hace un par de años más o menos hubo algo entre ellos, o al menos, entre Pablo, Clara y Ángel hubo algún problema... Pablo llegó a acusar a Clara de tener un lío con Ángel, pero él siempre lo negó. Ninguno tenemos muy claro si fue así o no, pero lo que sí es cierto es que entre ellos hay un entendimiento «diferente» —precisó.

—Ya —respondió el sargento mientras Posada hacía anotaciones en su libreta.

—Retomando la relación entre Clara, Ángel y Alberto, por lo que nos cuentas había un claro enfrentamiento entre los tres ¿no?

—Sí, la verdad es que ahora que lo pienso, sí. Alberto siempre los amenazaba con contárselo a todo el mundo.

—Contarle a todo el mundo ¿el qué?

—No sé... es una frase que escuché muchas veces, sobre todo cuando él discutía con ella en su despacho a puerta cerrada. Imagino que sería lo suyo...

—Y si la relación era tan mala, ¿por qué seguía trabajando Clara con él?

—Yo creo que porque Alberto es muy bueno en lo que hace. La sala está perfectamente organizada, los clientes están muy satisfechos, él los sabe camelar, y hacerles recomendaciones sobre el vino apropiado a cada plato. Y por otro lado, Ángel es un crack en la cocina.

—Y el resto de camareros. ¿Cómo se llevan con él?, con Alberto me refiero — aclaró.

—Muy bien. Todos los que estamos allí hemos aprendido el oficio con él. Cuando yo empecé a trabajar pensaba que sabía mucho, pero sólo cuando echas una temporada con Alberto te das cuenta de todo lo que aprendiste.

—Y él, ¿a qué hora se fue?

—Antes de acabar el servicio.

—¿Antes?

—Sí, antes.

—Y eso... ¿era normal?

—No. Él solía salir pronto pero en esta ocasión se marchó antes de tiempo. Nada más salir del despacho de Clara se fue.

—¿A qué hora sería más o menos?

—A eso de las doce. Únicamente quedaba una mesa que se estaba alargando un poco con una copa, pero ya teníamos cerrada la cuenta. En ese momento, Clara lo llamó a su despacho y de ahí se fue.

—Muchas gracias Laila —nos ha ayudado mucho.

—No hay de qué.

Ella quedó indecisa y De la Fuente se percató de que ella les quería decir algo.

—¿Quiere decirnos algo más?

—Bueno... sí... Pero es que quizá no sea apropiado...

—No se preocupe por eso —le dijo animándola con un gesto a que hablase.

—¿Ustedes saben si el restaurante volverá a abrir? Siento tener que hacer esta pregunta y siento muchísimo lo que le ha ocurrido a Clara —se excusó— era muy buena conmigo pero... no me puedo permitir quedar sin trabajo... mi novio no trabaja y mi hijita...

—No tengo ni idea Laila, pero supongo que en breve lo sabrá. Y además con su experiencia y en un destino repleto de buenos restaurantes, estoy seguro de que si no es ahí terminará encontrando trabajo fácilmente.

—Gracias —contestó con una sonrisa que iluminó su tez morena.

Posada acompañó a Laila hasta la salida mientras el sargento quedó meditando sobre todo lo que la chica les había contado.

La clave seguía estando en Alberto, por lo que consultando el reloj, decidió que ya era hora de acercarse al Mar de Toró. Tenía la esperanza de que la chica les desvelase su paradero o cuanto menos que les diese alguna información que desatascara la investigación y les orientase por dónde continuar. En aquel punto de la

investigación, sentía que estaban dando palos de ciego.

Por otro lado, también quería mantener una reunión con todo el equipo. Pero viendo la hora que era, difícilmente podría acercarse al restaurante y regresar para reunirlos a todos. A esas horas estarían cansados y al día siguiente les esperaba un intenso día de trabajo.

—Posada, tengo que hacer una llamada, mientras tanto consulta con López y con Herrera si hay algún avance, si han recorrido las cercanías de la ensenada de Niembro y de Barro y charlado con los vecinos. Mañana los quiero a todos a las ocho en punto en la sala. ¡Ah! Y que cada uno me redacte un informe.

—De acuerdo —contestó ella.

La conversación entre el sargento y la Comandancia de Gijón no se había alargado mucho. Tampoco era de extrañar viendo los escasos progresos que tenían y lo embrollado del caso, más teniendo en cuenta su forma de actuar, ya que a De la Fuente le gustaba contar resultados y aún no tenía ninguno. En aquel momento todo eran dudas. Mientras tanto, Posada consultó con sus compañeros las conclusiones del día sin obtener gran cosa, pese a que no era del todo cierto. López tenía una información muy jugosa que no estaba dispuesto a compartir con ella, quería ser él quién contara al sargento con todo detalle su descubrimiento. Siendo la hora que era, poco más se podría hacer ese día, así que no dudó en postergar lo que sabía hasta el día siguiente.

Llanes, 1971

Con la llegada del verano la situación se recrudeció. Dolores se esforzaba por no enfurecer a Roberto y complacerlo en todo momento, pero no era suficiente. En su corazón se había enquistado el rencor y el odio hacia ella, y se lo hacía pagar con creces. Y con el tiempo también a su hijo.

Las palizas comenzaron un día en el que el crío, jugando por los alrededores de la casa, tropezó con una maceta y la rompió. En ese momento él arrancó a llorar recordando que su madre siempre le decía que no podía enfadar a su padre, seguro de que aquello era suficiente para sufrir lo que tanto miedo le provocaba, sobre todo cuando escuchaba los gritos ahogados de su madre. Él que estaba en el llagar a pocos metros, salió enfurecido y al ver el desastre, agarró a su hijo por el brazo y llevándolo en volandas, lo subió hasta su habitación. Dolores los seguía rogando desesperada, pero de poco le sirvió. Él cerró la puerta con llave, se quitó el cinturón y con él bien sujeto, se sentó en el borde de la cama. De un tirón le bajó los pantalones y lo postró con las nalgas al aire encima de sus rodillas. El crío lloró y gritó atemorizado al percibir los desgarros en su carne. Su madre aporreaba al otro lado de la puerta implorando misericordia. Diez latigazos infligidos con saña fueron suficientes para que el crío cayera casi sin sentido a los pies de su padre. Él lo dejó tirado en el suelo, se dirigió a la puerta y tras abrirla y ver la expresión de horror en los ojos de Dolores, la agarró por el brazo y la hizo entrar de un empujón. Cerró la puerta de nuevo con llave. Ella se había arrastrado junto al pequeño y llorando sobre su rostro, intentaba amortiguar su dolor. De pronto una mano fornida la separó de él. Bruscamente le dio media vuelta y arrancándole violentamente los botones del vestido, dejó su espalda al descubierto. La postró como previamente hiciera con su hijo y la azotó hasta dejársela ensangrentada.

*—¡Que sea la última vez que los sirvientes te oyen gritar como lo has hecho hoy!
—soltó entre dientes.*

Ella se dejó caer al suelo. A duras penas conseguía retener el llanto. No quería enojarlo más de lo que estaba, pero la amargura y el dolor que sentía eran tan intensos que le era imposible evitarlo. Él salió de la habitación y bajó las escaleras todavía enfurecido a tenor de las sonoras pisadas que se oían. Ella escuchó detenidamente, forzándose a mantenerse en silencio para cerciorarse de que abandonaba la casa. Cuando estaba segura de que ya no estaba, se acercó a su hijo y abrazados como si fueran uno, lloraron durante interminables minutos.

Ella asfixiada por verse acorralada en aquel reducido espacio en el que la temperatura era insufrible, intentaba identificar por donde andaba su vecino a través de los exiguos ruiditos de pisadas que le llegaban de abajo. Su corazón palpitaba tan estrepitosamente contra su pecho, que le hacía sentir la necesidad de gritar para

desahogar tanta presión, por lo que ante el temor de hacerlo inconscientemente se tapó la boca dificultando más su respiración. Al poco tuvo que dejar de hacerlo agobiada porque el oxígeno no le llegaba bien a los pulmones.

Sus ojos se convirtieron en dos grandes esferas al asimilar que lo que acababa de escuchar era el crujir de la escalera, señal inequívoca de que él se dirigía hacia la planta de arriba. Subió lentamente probablemente porque su edad no le permitía ir más rápido, pero ese interminable tiempo que no había durado más que unos segundos a ella le pareció una eternidad. Y eso había logrado aumentar vertiginosamente la tensión de Nora. Cuando llegó al último peldaño se detuvo, poco después avanzó hacia la habitación de enfrente justo donde estaba ella, empujó la puerta hasta abrirla a tope y se detuvo. A Nora le reventaba el corazón en el pecho, su respiración era tan agitada que su temor a que se oyera le llevó de nuevo a taparse la boca para amortiguar el ruido. Sudaba y la postura en la que estaba para evitar que nada asomase por debajo de la falda de la mesa camilla, apretada contra sí misma como si pretendiera que su cuerpo se fusionara disminuyendo de volumen, la entumecía provocándole un dolor que se acrecentaba por momentos volviéndose insoportable. Él avanzó hacia la mesa camilla hasta tal extremo, que Nora vio cómo asomaban unas botas de monte de la marca Quechua de color gris con algunos detalles en negro por debajo de la tela del mantel. A punto de desfallecer, casi dispuesta a dejarse vencer y delatar su escondite pero en un último esfuerzo por salvar su vida, abrazó aún más su cuerpo percibiendo que algunos de sus órganos estaban más que entumecidos. No aguantaba más cuando sonó el timbre. Él dudó qué hacer hasta que oyó el sonido por segunda vez, entonces soltó un chasquido y acudió a la llamada.

Ella se encontraba tan agarrotada y asfixiada que en cuánto creyó que él no la escucharía, se soltó las piernas, levantó la tela mientras con una bocanada de aire aliviaba sus pulmones y agitando la camiseta que llevaba puesta, hizo que el aire corriera por su cuerpo para liberar el insoportable sudor que había generado su cuerpo.

Una vez más quedó paralizada cuando escuchó la voz del que había acudido a la puerta de su vecino: era Paco.

—Buenas tardes, siento molestarle. Me llamo Paco y vivo en Villa Soledad —se presentó mientras con el cuerpo indicaba hacia su vivienda—. El coche no me arranca, se me ha descargado la batería. Tengo las pinzas, pero no tengo otro coche para volver a cargarla. ¿Sería usted tan amable de echarme una mano?

El vecino chasqueó la lengua y se le quedó mirando.

—En estos momentos estoy ocupado. Deme quince minutos y le ayudaré.

—Tengo a mi madre bastante enferma y me ha llamado diciéndome que se encuentra mal. Con estos calores lo está pasando de horror. Tengo que ir cuánto antes... Lo siento, pero si no fuera muy urgente no le hubiera molestado —suplicó.

Él chasqueó la lengua y sin contestarle cerró tras de sí la puerta con llave y se

encaminó hacia el coche que tenía aparcado en un lateral de la finca.

—Voy para allá —le dijo malhumorado.

—Muchas gracias, no sabe cuánto se lo agradezco.

Nora, con gran esfuerzo, había escuchado toda la conversación entre su vecino y Paco. Era su oportunidad para escapar de aquella cárcel y la tenía que aprovechar. La cuestión era que todas las ventanas de la parte de abajo tenían rejillas y la única puerta de salida era la de la entrada principal por la que ella había entrado y ni que decir tiene que le daba pánico pensar en toparse con su vecino de frente. Sin embargo esa era su única vía de escape gracias a que conservaba la llave y podía abrir desde dentro.

Bajó las escaleras lo más rápido que pudo evitando hacer ruido, se acercó hasta la puerta, metió la llave en la ranura y... ¡no abría! Se intentó tranquilizar antes de intentarlo de nuevo. Exhaló una bocanada de aire, cogió de nuevo la llave y... nada, no había manera. Nerviosa buscó otra alternativa. Decidió revisar todas las ventanas por si había alguna que no tuviese rejas, ¡era su única esperanza! Angustiada pasó rauda de habitación en habitación sin encontrar por donde escapar. ¡Pero sí!, el ventanal de la cocina sobresalía de la fachada imitando la misma forma de la galería en la primera planta y en sus angostos laterales no tenía rejilla. Esperanzada porque las diminutas ventanitas abrieran sin dificultad, se subió a la encimera agarró la manilla y la abrió. Realmente era muy estrecha pero su delgadez le permitió, no sin dificultad, atravesarla y salir al exterior. La maniobra le exigió pasar su cuerpo lateralmente por lo que en primer lugar pasó una pierna, en esa posición, cabalgando sobre el alféizar de la ventana, no había otra opción más que dejarse caer metro y medio hasta llegar al suelo. No era mucha altura pero en aquella incómoda posición sintió un gran dolor al tensar los músculos de la pierna que se esforzaba por sacar por la ventana mientras la otra se estiraba para alcanzar el suelo.

Dolorida, bordeó la casa por la parte trasera, se acercó al muro con un dibujo forjado con ladrillos, encajó su pie en uno de los agujeros se impulsó y saltó al otro lado.

Corrió hacia su casa y se encerró en ella.

Aquella inesperada llamada le revolvió las entrañas. Sentía que el alma le resquemaba sólo de pensar en lo que tenía que hacer. Habían llamado del Instituto de Medicina Legal de Oviedo para comunicarle que ya habían finalizado la autopsia de Clara. Y él, que había ansiado despedirse de ella, darle su último abrazo y su último beso, no estaba seguro de soportar el siguiente paso. La odiaba profundamente por lo que le había hecho, pero también la amaba. Y en aquellos momentos lloraba amargamente porque a pesar de lo engañado que se sentía, de lo enfurecido que estaba con ella por haber roto la invisible capa protectora bajo la que se cobijaban y se protegían de todo lo que estaba fuera de su control, y que ella, tras aquel fatídico

desliz, había aceptado incluso con gratitud, aún así, y a pesar de todo, la echaba de menos. Y por ello se sentía un desgraciado.

Con el alma encogida y el cuerpo disminuido como si algo desde su interior luchara por reducir su tamaño, cogió el teléfono y entró en *internet* para buscar el número de la funeraria. Tenía que organizar su funeral.

Estacionaron el coche en el aparcamiento para clientes, se encaminaron hacia el edificio, subieron unas escaleras y llegaron a una espaciosa terraza con alguna mesa ocupada por clientes, que disfrutaban de un aperitivo ofrecido por la casa antes de cenar, y de las hermosas vistas que desde allí se disfrutaba.

Un camarero se acercó a ellos nada más verlos llegar.

—Buenas tardes, ¿desean tomar algo?

—Estamos buscando a Adriana —dijo De la Fuente sin contestar a su pregunta—. ¿Podría decirle que la esperamos por favor?

—Sí, sí, por supuesto —respondió el camarero impresionado—. Está terminando de cambiarse para iniciar su turno. Ahora mismo la aviso.

Al cabo de pocos minutos una chica diminuta ataviada con el mismo uniforme que el camarero que les había recibido, con el pelo veteado en rubio recogido en una pequeña cola y una expresión vivaracha se acercó a ellos.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarles?

—Buenas tardes —contestaron— somos la cabo Julia Posada —dijo Javier girándose hacia Julia— y el sargento Javier De la Fuente.

Ella abrió los ojos con tal intensidad e inocencia que a Posada le impresionó la transparente mirada de aquella chica. Su sagaz expresión había desaparecido para tornarse alarmada.

—Estamos buscando a Alberto, su novio —le comentó sin rodeos—. ¿Sabe dónde está?

—No, bueno... no sé nada desde ayer. Andamos muy liados en el trabajo con bodas los fines de semana... —se excusó.

—¿Ayer no se vieron? Fue martes...

—Pues no, nosotros descansamos los lunes y como hace tan buena temperatura pasé el día en la playa con una compañera.

—Y ¿no lo vio en todo el día? ¿Ni habló, ni se envió algún *whatsapp* con él?

—Pues no —dijo con una vocecita.

—Adriana —intervino Posada—. ¿Qué está pasando? No nos lo está contando todo y lo sabe —le dijo con tono de voz suave y una mirada dulce.

—Es que no comprendo por qué me están haciendo estas preguntas...

—Hemos encontrado a Clara, la propietaria del restaurante donde trabaja Alberto muerta —precisó De la Fuente.

De pronto la chica se derrumbó. La noticia que acababan de darle la embargó de

tal forma que en lo único en lo que podía pensar era en las ganas que tenía de llorar.

—¿No se había enterado?

—Sabía lo de la chica, pero no que fuera la jefa de Alberto —dijo entre sollozos.

—Tranquilízate Adriana, estamos hablando con todos los empleados del restaurante para despejar dudas sobre lo que le ha podido ocurrir, nada más.

Adriana no soportaba más la presión que sentía en su garganta y la voz envolvente de Posada la debilitó aún más. Las lágrimas comenzaron a arrollar por su mejilla desahogando el profundo dolor que sentía en la garganta, que por otro lado le impedía hablar. Nerviosa se tapó la cara con las manos, avergonzada, en un intento de que los demás no se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

—Ven —dijo Posada cogiéndola de un brazo para llevarla a una zona alejada de la gente.

Mientras, De la Fuente con las manos metidas en sus vaqueros exhaló un suspiro buscando la paciencia que empezaba a faltarle al ver la lentitud con la que avanzaba el caso. Caminó hacia la terraza intuyendo que Posada le sonsacaría la verdad. Daba por hecho que la sabría convencer para que le confiara aquello que no les quería contar. Dejaría que esa pequeña confianza que en unos segundos se había ganado con Adriana se fortaleciera dejándolas solas.

Desde aquella posición observó a lo lejos las embestidas que el Cantábrico arremetía a lo largo de toda la costa como si quisiera ganarle terreno y apartarla de su camino. Un poco más cerca, justo en frente a su posición surgía la playa de Toró de arena extremadamente fina y blanquecina, con un conjunto de rocas puntiagudas que parecían proteger el codicioso arenal de la bravura del mar. En aquellos días de calor, la playa estaba salpicada de pequeños grupos, que no dudaban en darse un paseo aprovechando el cálido otoño del norte, que se dejaba entrever por el irresistible atractivo en sus escalas cromáticas partiendo del marrón y siguiendo tonalidades tan llamativas en, contraste con el resto de la naturaleza, como el anaranjado, oro, amarillo, púrpura y por supuesto el rojo en sus infinitas variedades.

Ensimismado por el esplendor de aquella naturaleza tan viva, De la Fuente no se percató de que Posada estaba a su lado hasta que ella rompió el hechizo en el que él se había sumergido devolviéndolo al caso.

—Él la llamó al móvil hoy por la mañana —comentó Posada sin andarse con rodeos— y le aseguró que iba a resolver todos sus problemas. No le explicó más, pero ella lo notó muy alterado y fuera de sí.

—Y ¿cuáles son esos problemas?

—No supo decírmelo. Sospecha que el dinero sea uno de ellos, porque aunque tiene buen sueldo, siempre anda justo y no llega a fin de mes. Sin embargo me ha comentado que es algo que nunca ha entendido, vive con su madre lo que le evita un alquiler o una hipoteca y, según ella, no está metido en temas de drogas ni juego. Aunque después de apretarla un poco me ha confesado que tampoco lo puede asegurar al cien por cien porque llevan saliendo poco más de un año y desde el

principio han llegado al pacto de sin preguntas ni reproches.

—Y ¿en qué gasta el dinero?

—No lo sabe.

—¿Tendrá otra chica o incluso una familia paralela que sostener?

—Según sus compañeros no —recordó Posada—. Al menos en Llanes no creo, se sabría —aclaró—. Otra cosa es que tenga algo fuera del municipio.

—Habría que investigar algo más ¿no crees?

—Sí. Todo esta historia es algo rara —comentó Posada frunciendo la nariz— no me termina de encajar...

Cuando Paco timbró en la puerta, aún sentía las piernas temblorosas y el corazón permanecía alterado.

—Soy yo, Paco —se oyó al otro lado de la puerta advirtiéndola de que no había peligro.

Ella abrió la puerta e instintivamente se abalanzó hacia él. Había pasado tanto miedo... Él no se esperaba aquella reacción pero en ese momento era lo que más deseaba. Durante unos casi imperceptibles segundos permanecieron abrazados, pero eso: imperceptibles, porque Nora rápidamente se recondujo. No quería que él interpretase que aquello significaba lo que no era. Simplemente era afecto y agradecimiento por su apoyo. O quizá, necesitaba sentirse arropada para terminar de serenarse por el pavor que había pasado. Pero nada más. Ni ella estaba preparada para algo más allá que una sincera amistad, ni quería estarlo.

Ella lo invitó a pasar haciéndose a un lado.

Él la miró a los ojos. En ellos vio una mirada limpia y sincera propia de la amistad entre dos personas adultas. Paco sintió una oleada de decepción por tan clara evidencia. Percibió un vuelco en el corazón como si acabasen de asestarle un duro golpe en el mismo centro de su órgano vital, porque él quería que Nora fuera algo más que eso. Pero seguro de que no era el momento de exigencias, cruzó el umbral de la puerta cambiando de tema.

—Y ahora... ¿Me vas a contar que hacías en casa del vecino?

—Bueno... es que... —contestó sin saber qué decir pero segura de que no le iba a contar su secreto.

—¡Venga! Confía en mí... No creo que tengas la costumbre de ir asaltando las casas de tus vecinos sin una justificación.

—Tienes razón, no tengo esa costumbre, pero tú mismo has observado que él me vigila, lo hace constantemente y me preocupa. Pensé que tardaría en volver y por eso me decidí a entrar en su casa. Únicamente quería ver si encontraba algún motivo para que me vigile de esa manera.

—¿Y lo encontraste?

—Pues no. No me ha dado tiempo a nada. Regresó demasiado pronto.

—Y si estás tan preocupada, ¿por qué no lo denuncias a la Guardia Civil? Ellos se encargarían de ese tema y tú te quedarías más tranquila.

—¿No crees que si lo denunciara y se abre una investigación implicaría que tendrías problemas con él el resto de mi existencia? Él va a continuar ahí —dijo señalando su casa— y yo aquí, esta es mi casa y no me voy a marchar —dijo vehemente.

—Bien, entonces me permitirás ir a hablar con él.

—¡No! —soltó más alto de lo que quería.

Nora estaba convencida de que él era el asesino, quizá la Guardia Civil no tenía las pruebas necesarias para cazarlo. Pero ella sí. Sabía que él había matado a aquella mujer que, según había leído en la prensa *online*, habían encontrado cerca de los acantilados de Niembro. Y lo que menos le apetecía, era dejar que Paco se expusiera fácilmente ante aquel asesino. Ella tenía claro que él sospechaba de ella. Pero viendo su comportamiento, hasta el momento, también sabía que si él hubiera querido hacerle daño, ya se lo habría hecho. Al menos, mientras no tuviese la certeza de que ella era la testigo, él no haría nada.

—No quiero que te metas en jaleos por mí. Estoy bien. Lo que he hecho ha sido una estupidez. Bien pensado es un anciano que por mucho que intente poco podrá hacerme. Seguramente será más una obsesión que otra cosa —le dijo para terminar de convencerlo.

—De acuerdo, pero entonces dejarás que te cuide y esté pendiente de ti. Eso no me lo puedes negar.

—De acuerdo —contestó ella casi sin pensar.

—Te veo a las ocho y media —le recordó mientras daba media vuelta y se marchaba.

—A las ocho y media —confirmó ella asintiendo con la cabeza.

Ella quedó mirándolo fijamente mientras él se marchaba, con un revoltijo de pensamientos revoloteando por su cabeza. Por un lado seguía pensando en que no tenía derecho a disfrutar de la vida, pero por otro, sentía una resistencia cada vez mayor a continuar con el modo de vida que se había impuesto. Y además de todo eso, estaba muy preocupada con su vecino, porque pese a que intentaba convencerse de lo contrario, estaba en verdadero peligro.

A la postre centró sus preocupaciones en el anciano espía. Estaba más que claro que él se había percatado de que alguien había entrado en su casa, Nora le había dejado las suficientes pistas: se había olvidado de cerrar con doble vuelta la puerta y de colocar de nuevo la llave en su sitio. Sin embargo, gracias a la inestimable ayuda de Paco no la había pillado y aunque sospechara, no era más que eso: una sospecha. Sólo esperaba que él no se hubiese cansado de esperar y que decidiera acabar con aquello cuanto antes.

El temor de que fuera así la inquietó, sin embargo se sentía dichosa por tener a Paco. Sabiendo que él andaba cerca se sentía segura. Tanto daño le habían hecho y

había sufrido, que desconfiaba de casi cualquiera, pero su mirada era especial, de alguna forma esos ojos le habían dicho que podía confiar en él.

Recordó aquellos extraordinarios momentos que antaño había vivido, cuando tenía una familia que proteger y que cuidar, cuando ella casi no existía porque ellos eran lo primero y lo más importante en su vida. Y en aquellos momentos ninguno estaba con ella. Un impulso la acercó a la galería y desde allí lo vio.

La tristeza que Nora solía sentir, volvió a emerger.

Posada regresó al Cuartel junto al sargento con la idea de redactar el informe que les había pedido. Pese a que había trabajado más horas que sus compañeros, no quería aprovecharse de la situación y eludir su tarea administrativa. El informe tenía que estar listo a primera hora de la mañana y si quería cumplir con esa orden, no le quedaba más remedio que redactarlo esa misma tarde. Así, evitaba verse atrapada al día siguiente por no calcular bien el tiempo que podía llevarle. Además, quería ser muy rigurosa porque anhelaba más que nunca quedar bien, que él reconociese que era buena en su trabajo, incluso que la admirase igual que ella lo admiraba a él. Por ello iba a dedicar los esfuerzos que fueran necesarios.

Media hora había sido suficiente para que ella tuviese listo su informe con la exigencia que se había marcado. Sin embargo, retrasaba intencionadamente su entrega indecisa por cómo plantearle a Javier el simple hecho de disfrutar un rato a solas sin el trabajo de por medio, quería tentar la suerte y citarse con el sargento pero no se atrevía a hacerlo. Desde que él le hubiese mencionado que quería mantener lo suyo en secreto, estaba desconcertada. Desconocía dónde estaba el límite de ir despacio, porque esa velocidad no venía acompañada de una explicación posterior que dijese esto sí y esto no, o simplemente hasta aquí. Y lo deseaba tan fervientemente que, a lo largo de la jornada tuvo que realizar verdaderos esfuerzos para no dejarse llevar y lanzarse a sus brazos buscando sus labios. Durante todo el día había permanecido en un estado de nerviosismo con un cosquilleo permanente jugueteando en su estómago cada vez que lo miraba, o sencillamente por tenerlo cerca. Y eso que su conciencia y su arraigada responsabilidad para con todo, la había ayudado a estar concentrada en su trabajo. Pero ahora que ya lo daba por finalizado y podía dar rienda suelta a sus sentimientos, se sentía desbordada por ellos de tal manera que temía hacer algo inapropiado o incluso verse expuesta dándole a entender claramente el sentimiento tan fuerte que sentía por él.

Mientras hacía tiempo fabricando el coraje necesario para proponerle a Javier disfrutar un rato juntos olvidándose del trabajo, Posada caviló, entre tanto y tanto, sobre el mejor sitio para tomarse algo con De la Fuente sin alcanzar ninguna decisión. Le apetecía terriblemente repetir el bar de la Plaza de San Roque, lugar que ella identificaba como el que le había dado la oportunidad, en el anterior caso, de conocer al verdadero Javier. Aquel que se mostraba ante los demás como un hombre con un

arrebato encantador poco usual, salvo con ella, cuya relación al principio había sido un horror. Por otro lado dudaba que su cuerpo pudiera resistir la atracción que sentía por el de él. Y aunque así fuera, mantenerse a su lado sin que la besara ni la tocara era un verdadero suplicio. Y claro, si tenían que mantener en secreto lo suyo, no cabían las demostraciones de ningún tipo en público. Pero, por algún absurdo motivo no se atrevía a proponerle una velada romántica en su apartamento, que era lo que realmente le apetecía. Cada vez que recordaba el placer que había sentido por todo su cuerpo en el Palacio de Cutre, sentía como se removían sus flujos corporales.

Julia estaba sumida en estos pensamientos con la pantalla del ordenador reflejando el informe que aún no había impreso para entregarle a De la Fuente, cuando una mano apoyada en su brazo la sobresaltó.

—¿Aún no has acabado? —preguntó Pili San Román con malicia.

—No —respondió titubeando Posada— aún estoy dándole vueltas —mintió.

—Tienes una mirada y una sonrisa bobalicona que lo dice todo, a mi no me la das. Lánzate y no seas triste —le dijo con una sonrisa pícaro—. ¡Ya se han marchado todos!

Posada echó un vistazo a su alrededor para comprobar que Pili tenía razón, se habían marchado todos y posiblemente se hubieran despedido, pero ella estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se había enterado. Reparó en Pili y la miró avergonzada ante la imposibilidad de negarle lo evidente.

—Yo también me voy, y si no aprovechas la ocasión, mañana la aprovecharé yo —le instigó burlona a sabiendas de que ella no tenía nada que hacer.

—Gracias Pili —mañana nos vemos— le contestó para quitársela de encima.

—Hasta mañana —respondió guiñándole un ojo.

Decidida, cogió el ratón, le dio al icono de imprimir y seguidamente se levantó para coger de la impresora el documento. Frenética, se acercó a la sala para entregar a De la Fuente el informe e intentar alargar el día en su compañía.

La puerta de la sala estaba cerrada y por entre las ranuras de los estores venecianos se podía ver al sargento totalmente abstraído en los documentos que tenía delante. Posada, temblorosa y con el corazón galopando, llamó con prudencia a la puerta deseando no importunarle.

—Pase —se oyó desde dentro.

Ella abrió la puerta y dejó su informe encima de la mesa enmudecida por el nerviosismo que recorría todo su cuerpo y que percibía alarmantemente, sobre todo por la inestabilidad de sus piernas. Los luminosos ojos del sargento se posaron en ella derritiéndola con la mirada.

—Ya era hora de que finalizaras, creí que me ibas a tener aquí hasta el alba —dijo burlón.

Ella sonrió ante la ocurrencia que él había tenido.

—Cierra la puerta, por favor.

Mientras ella atrancaba la puerta él se levantó, bordeó la mesa y giró los estores

hasta impedir que se pudiera ver a través de los huecos. La cogió por sorpresa de una mano y la atrajo hacia sí para abrazarla como él sabía hacer, con uno de esos abrazos que parecían envolverla por completo como si traspasara la materia de sus cuerpos. Con una mano sujetando su cabeza enredando los dedos en su sedosa melena, la besó suave y dulcemente recorriendo sus labios como si la absorbiera para que su esencia permaneciera en él y no la echara de menos tanto como lo había hecho durante todo el día.

—No sabes cuánto he deseado hacer esto —le susurró al oído mientras estrechaba su cuerpo contra el de ella con la respiración acelerada.

Aquel susurro la había enloquecido. Con el corazón bombeando estrepitosamente contra su pecho a bordo del colapso lo buscó, dejando que aquellos profundos ojos azules la hipnotizaran.

Ambos se quedaron mirándose fijamente mientras una electricidad irresistible recorría sus cuerpos seduciéndolos. Él la volvió a besar apasionadamente, con la respiración entrecortada por la excitación, recorriendo ávido sus labios hasta el punto de tener que separarse bruscamente de ella para evitar lo que sus cuerpos ansiaban desafortadamente.

De la Fuente resopló intentando con ello expulsar de su cuerpo el deseo y la avidez que sentía por ella. Ambos tardaron en serenarse un buen rato y mientras ella, asustada por la intensidad que acababan de sentir, se apoyaba en una de las sillas de la sala para evitar que sus piernas cedieran, De la Fuente quiso disimular lo excitado que estaba haciendo que recogía la mesa, pero en realidad movía papeles de acá para allá sin orden ni concierto. En silencio agradecieron que a nadie se le hubiese ocurrido entrar, su agitación se hubiese notado hasta en su tono de voz, no habrían podido hablar con fluidez.

Más sereno, Javier tomó la iniciativa. Se acercó a ella, la incorporó de la silla y la rodeó de nuevo con ese abrazo tan viril que a ella le volvía loca.

—¿Te apetece una cerveza?

—No te imaginas cuanto —respondió con una hermosa sonrisa.

—Pues tengo el sitio perfecto. Si te parece puedes dejar el coche en el Cuartel y te acompaño luego hasta tu apartamento —le dijo en un susurro, sofocando de nuevo a Posada.

—De acuerdo —contestó ella sonrojada pensando en lo que podía pasar luego—. ¿Dónde me llevas si se puede saber?

—No se puede saber —contestó misterioso—. Te gustará —aclaró. ¿Nos vamos? —dijo él.

—Sí —contestó ella con ganas de completar su rotunda afirmación con un «contigo al fin del mundo» aunque, seguidamente, agradeció haberse cayado a tiempo pensando en que le parecía una frase un tanto cursi.

A las ocho y media Paco timbró. Nerviosa y con una sonrisa en los labios Nora se acercó a la puerta de entrada. Mientras atravesaba el salón, se sorprendió de que le resultase tan familiar recibir su visita.

Él apareció con una camisa a cuadros en diferentes tonos azules, que resaltaba su moreno, con las mangas a medio remangar, unos vaqueros y unas alpargatas de esparto perfectamente combinadas en el mismo tono de uno de los cuadros de la camisa. Además llevaba en las manos un pequeño paquete y una botella de vino que a simple vista tenía una pinta estupenda.

—Buenas noches —saludó él alegremente.

—Hola.

Él la vio tan frágil con aquellos entristecidos ojos y con aquella tímida y dulce sonrisa en los labios, que tuvo que frenar el pertinaz instinto de abrazarla que surgía de lo más profundo de sus entrañas.

Por su trabajo en el Centro Médico de Oviedo, había aprendido a leer los sentimientos en el rostro de las personas. Por suerte, y cada vez con más frecuencia, la especialidad de oncología le proporcionaba alguna que otra alegría cuando un paciente lograba superar la enfermedad. Pero en todos los casos, previamente, había tenido que pasar por el trago de compartir con ellos la angustia que, duramente, les oprimía cuando les comunicaba el diagnóstico. En las consultas posteriores observaba como su expresión se volvía gris. En ella veía ese reflejo de cuando uno se ve inmerso en la desesperación, en la impotencia, en la pregunta sempiterna de «por qué a mí», en la desesperanza de cuando «los resultados no son buenos», en las ganas de tirar la toalla y acabar rápidamente con todo para impedir que el sufrimiento perfore aún más el dolor de corazón...

Pero había algo más. Ella era diferente. Era el polo opuesto a su ex mujer. Con ella se sentía relajado, podía hablar horas y horas de lo que fuera. Hasta el punto de que algo intrascendente se volvía interesante. Y parecía que a ella se le iluminaba el rostro escuchándolo. A ella le importaba lo que él tuviera que contar, no como a su ex, en la que su trabajo era lo más importante y él siempre quedaba en un segundo y hasta tercer plano. Estar con ella le proporcionaba tranquilidad, paz, no había recriminaciones, ni discusiones absurdas, sólo dos personas que disfrutaban de su compañía. ¿Era eso tanto pedir?

Su nerviosismo se tornó aún más penetrante y el gusanillo que percibía desde el picnic improvisado de la noche anterior se intensificó. Pero no era el momento y quizá nunca lo sería, lamentaba para sus adentros. Ella necesitaba tiempo y él no tenía prisa...

—Esto es para ti —dijo alejándose de ella y entregándole el paquete.

—Gracias. ¿Qué es? —respondió algo acalorada.

—Ábrelo y lo sabrás.

Ella abrió con cuidado el pequeño paquete rectangular.

—¿Un móvil?

—Sí. Has prometido dejarte cuidar y para lograrlo tengo que poder localizarte en cualquier momento, y lo que es más importante tú tienes que poder localizarme a mí.

—¿Tan grave es?

—No, pero estarás de acuerdo conmigo en que nuestro vecino es algo extraño y que por algún motivo está obsesionado contigo, lo que tampoco me sorprende —le dijo guiñándole un ojo.

—Si tienes razón —contestó pesarosa eludiendo su atrevimiento—. No sé cómo voy a agradecértelo...

—Yo sí. Sonríe.

Ella se sonrojó.

—Huele de maravilla. ¿Qué has hecho? —preguntó intentando disipar el momento.

—Pastel de cabracho y cachopo con queso de cabra y cecina.

—¡Hum! ¡Qué bien suena! Va a la perfección con el vino que traje —contestó encantado.

Ella se dio media vuelta y se dirigió a la cocina. Él la siguió.

—¿Tienes un abridor?

—Sí. Ahí en el cajón de la derecha —señaló.

Paco sirvió una copa de vino para cada uno mientras Nora llevaba el pastel al porche. Había montado una sencilla mesa perfectamente adornada con un centro de flores hecho a base de hiedra cogida del muro de su jardín y una pequeña vela de color blanco roto ubicada en el centro.

Él saboreó la dedicación que ella había invertido en aquella cena y se sonrió satisfecho, sintiéndose relajado, sereno. Hacía mucho tiempo que no se encontraba tan a gusto.

La cena resultó de lo más placentera para ambos. Para Paco, que llevaba más de un año sin citarse con nadie desde su divorcio, tras una relación turbulenta envuelta en continuos reproches e interminables discusiones, había confirmado que Nora, era la mujer con la que quería intentar rehacer su vida. Entre otras cosas, porque era lo opuesto a su dominante y desconsiderada ex.

Nora, sin embargo, seguía teniendo remordimientos. Aunque de vez en cuando desaparecían con esa vocecita que la animaba a no mirar para atrás y trazar una nueva vida.

—Una cena exquisita —agradeció—. ¿No sabía que fueras tan buena cocinera?

—No te creas... no lo soy... me ha dado mucha lata, más de lo normal. Hace mucho que no cocino para alguien... —dijo sin pensar.

—¡Qué miedo me das! —dijo haciéndola reír—. Está bien, la próxima es mía...

Ella se sonrió acalorada. Le costaba decirle que no podían seguir con aquello...

Entre los dos recogieron la mesa y fregaron, mientras charlaban relajados y

despreocupados, en cierta medida, de cosas triviales.

Al terminar Paco explicó el funcionamiento básico del móvil que le había comprado. Era un teléfono con un único número en contactos, el de él. Y eso por breves instantes la entristeció al darse cuenta de lo sola que se encontraba.

Cuando se despidieron, Paco la volvió a besar fraternalmente en la frente, aunque por ganas hubiese ido mucho más allá. Sin embargo, su sexto sentido le seguía confirmando que el pasado de Nora le impedía avanzar en su relación. Conocía las dificultades que Nora había tenido que superar en los últimos dos años...

Llanes, 1971

Todos en la casa escucharon el escándalo que se montó, tanto el servicio como los jornaleros, como Álvaro. Él tuvo un primer impulso bondadoso, pero después recordó lo que tenía que hablar con su hermano y se olvidó por completo de su cuñada y de su sobrino. Lo necesitaba de buenas con él y no quería que nada le influyese negativamente.

Lo tenía todo pensado. Tras la cena, le propondría a Roberto tomarse una copa de un excelente tequila cien por cien ágave, que le había costado lo suyo conseguir y que sabía que le agradaría.

Cuando llegó el momento, Álvaro sentía que un profundo desasosiego deambulaba por todo su cuerpo y que el corazón le reventaba en el pecho.

En cuanto sacó la botella de Don Julio 70, Roberto sabía que algo rondaba por su cabeza y mecánicamente se predispuso en contra. Salvo excepciones, siempre se tomaban un digestivo tras la comida y la cena, era su costumbre desde tiempos inmemorables. Pero cuando Álvaro ponía una de las mejores botellas de tequila encima de la mesa, entrañaba algo más que tomarse una copa fraternal. Ambos se sentaron en el salón y Álvaro sirvió la bebida.

—Roberto —le dijo procurando disimular su nerviosismo—. Quiero casarme con Rosario.

—¿Con esa ramera a la que frecuentas? —dijo con desprecio.

—No es ninguna ramera —le contestó procurando mantener la calma.

—Sé perfectamente quién es. ¿O te crees que no me entero de todo lo que pasa en la villa? —Contestó iracundo—. ¿Está preñada?

Álvaro enrojeció al sentir que su secreto estaba al descubierto.

—Sí. Pero no tiene nada que ver con eso.

—¿La quieres?

—Es mi responsabilidad —contestó inseguro de la respuesta.

—No. Y no quiero volver a hablar de este tema. No es digna de ti. Deshazte de ella.

—Pero...

—Te lo voy a explicar muy claramente, para que no te queden dudas... Todo esto que ves está puesto a mi nombre, ¿recuerdas? Pues si me entero de que estás con ella te quedarás sin nada. En la ruina. ¿Me has entendido?

—¡Ella va a tener un hijo mío! ¿No lo puedes entender?

—Sí. Lo entiendo. Si quieres vivir en la miseria, ya sabes lo que tienes que hacer.

—No puedes obligarme, ¡ni puedes quedarte con lo que es mío! —bramó.

—Bien. Si quieres casarte con ella, adelante, hazlo. Pero antes, recoge tus cosas y ¡vete de esta casa! —gritó iracundo.

Álvaro, derrotado, cedió a las exigencias de su hermano. Había intentado ablandar su corazón de acero, convencerlo por todos los medios, hasta se lo había

suplicado... Pero si ni tan siquiera era capaz de tratar a su mujer y a su hijo con un mínimo de decencia, ¿cómo iba a conseguir que sintiera misericordia por Rosario?

Él se sentía a gusto con ella, era una buena muchacha, dócil y hacendosa. Pero de ahí a quererla tanto como para renunciar a sus bienes... No tendrían donde ir, ni de qué vivir. Tendrían que aceptar la caridad de los padres de ella y establecerse con ellos. Y en el mejor de los casos dispondrían de una habitación de reducido tamaño. Y él no estaba acostumbrado a aquellas estrecheces, ni quería renunciar al lujo de vivir en Villa Concepción.

Así que, por su bien o por el de él, habló con ella al día siguiente y zanjó su relación, sugiriéndole que hiciera algo para que el embarazo no siguiera adelante.

El día había cedido poco a poco a la noche en uno de esos atardeceres otoñales inundado de reflejos anaranjados y, con esa extraña pero intensa luz que emana de un cielo casi oscurecido con pocas ganas de dejarse ir. La luna, de un suave tono melocotón, reposaba sobre una única nube que, tímida, asomaba en el firmamento. La felicidad que en aquellos deliciosos momentos disfrutaba Posada se veía adornada por la beldad de ese paisaje nocturno. Pletórica, caminaba en animada conversación con Javier, sorprendida porque él se manejara por la villa, en tan poco tiempo, como para ser quién marcara el camino hasta el lugar que había escogido. Avanzaron por la calle Galea en dirección al pueblo hasta la intersección con la de La Guía para seguidamente dar a la Plaza de las Barqueras. Pasaron por delante de la cafetería Ágora, donde habían comido ese mismo día y atravesaron el puente que cruzaba la Villa para bordear el puerto deportivo por el margen izquierdo, recorriendo la calle Muelle. Se detuvieron ante una flamante terraza encaramada encima del puerto, que además estaba ubicada justo debajo del apartamento donde vivían Pablo y Nico.

—¿Venimos a tomar algo o seguimos trabajando? —le preguntó burlona Posada.

—Suponía que ibas a decir algo parecido —dijo sonriendo—, pero es pura coincidencia. Este sitio me llamó la atención en cuánto llegamos ayer de Gijón. Allí tenemos una zona de terrazas permanente durante todo el año, las terrazas de Fomento —aclaró—. Esa zona está repleta de locales con vistas al mar a cada cual más atractivo. Cuando estoy en Gijón, es la zona a la que me gusta ir. Este local es del estilo. Me ha sorprendido gratamente y apuesto a que por la pinta que tiene lo demás está al mismo nivel —comentó mientras subían las escaleras que les llevaba a la terraza.

—Buenas noches —les saludó un camarero uniformado con unos estrechos pantalones negros y una camiseta con el logo del local, también negra, muy ceñida y que dejaba sus musculosos bíceps al aire—. ¿Desean una mesa?

—Buenas noches. Sí, por favor —contestó el sargento.

—¿Les parece bien esta? —les dijo el camarero mientras les mostraba una de las que daba al puerto.

—Sí. Muchas gracias.

—Enseguida les atenderán —anunció el musculoso chico.

La terraza tenía una decoración moderna dividida en una zona de mesas y una zona *Chill Out* con sofás de fibra sintética en blanco con espumosos y mullidos cojines, acompañados de mesillas bajas y sillones colgantes en forma de huevo, también de fibra sintética. Las mesas disponían de una combinación de estructura metálica en color blanco y cristal templado en un ligero tono verdoso, adornadas con velas blancas, labradas y de forma cuadrada. Todas ellas estaban cubiertas por una sombrilla de grandes dimensiones en color blanco roto, iluminadas con infinitas y diminutas bombillas de led que proporcionaban una luz blanca muy fresca. La cálida combinación de luces y sombras en todo el espacio era extraordinaria proporcionando un ambiente innovador que seguía las últimas tendencias.

—Buenas noches —les dijo una camarera uniformada al igual que su compañero y tan ceñida como él—. ¿Qué les apetece tomar? —dijo sin andarse con rodeos.

—Dos Mahou por favor —pidió buscando el consentimiento de Julia.

—Enseguida.

El placer que Posada sentía disfrutando de la compañía del sargento a la luz de la vela no tenía parangón con ninguna experiencia anterior. Él, que mostró su verdadero yo, encantador e inteligente, ese del que Julia se había enamorado locamente en la primavera, con sus luminosos y rasgados ojos de un azul tan penetrante que la fulminaba, con esa dulce sonrisa y ese cuerpo perfectamente definido, la traía de cabeza. Ella se lo comía con los ojos.

En el mismo local tenían una reducida, pero apetecible, carta de picoteo. Estaban tan a gusto el uno con el otro que, sin apenas darse cuenta, pasaron un par de horas conversando, tras las cuáles, él propuso tapear algo allí mismo intuyendo el hambre que ella podía tener, conociendo el buen apetito de Posada.

La velada fue cálida y entrañable a la par que inquietante por esa sensación de desasosiego que danzaba en su corazón, de tener que contenerse, de no poder estrechar sus cuerpos y no poder dar rienda suelta a la pasión que se iba acumulando. A la postre, ella ansiaba que finalizase la cena para continuar en su apartamento. Sin embargo, su trabajo que carecía de horarios en más ocasiones de las deseadas y sobre todo en aquella, los devolvió a la cruda realidad a través de una llamada que se interpuso entre ellos.

—¿Si?

La expresión del sargento se iba arrugando a medida que escuchaba las explicaciones que le daban al otro lado de la línea.

—Vámonos —ordenó. Tenemos problemas.

Ya lo tenía todo preparado. No tenía ni la más remota idea de los deseos de Clara, nunca se les había ocurrido hablar de ese tema. Así que desconociendo su última

voluntad, siguió su instinto y su deseo de acabar pronto con aquel calvario.

Él soñaba con abrazarla por última vez, pero tras meditarlo a conciencia, estaba seguro de que esa no era una buena idea. No se veía capaz de soportarlo. Y además, no quería que la frialdad de su cuerpo fuese su último recuerdo. Por lo que había decidido mantener en la memoria su viveza, su calidez, su alegría...

El cuerpo sería trasladado al día siguiente por la mañana hasta el tanatorio de Llanes, donde la incinerarían nada más llegar. Ese mismo día por la tarde se celebraría el funeral en el mismo tanatorio, en la más estricta intimidad, para evitarse la desesperación de tener que aceptar el pésame de riadas de gente. Ella era muy conocida y él no quería compartir su pena con nadie más que con su hijo y cuatro allegados. En la tarde únicamente lo había comentado con algunos empleados del restaurante, con los de la rula y con dos compañeros del colegio que habían llamado interesándose. No quería ver a nadie más. Durante los casi dos días en los que se había conocido la noticia, no había contestado prácticamente ninguna llamada, ni *whatsapp*. E iba a seguir así.

Cuando Nico regresó a casa le comunicó sin más que ellos dos pasarían el día en el tanatorio por acompañarla, no porque quisiera recibir a nadie.

Curiosamente, a pesar de lo que había estado haciendo, el haber tenido la tarde ocupada le había sentado bien. Aún así, estaba preocupado por su estado de salud mental y físico, y eso le llevó a dedicar parte de la tarde a navegar por *internet* buscando uno de sus auto diagnósticos *online*. En varios de los sitios que consultó le recomendaban una pastilla de Lorazepam cada veinticuatro horas, salvo que «su médico» recetase otra pauta. En su caso, él era el médico. Se creía en posesión de los conocimientos necesarios, y como consideraba que su caso era extremo y la medicina la salvación para la gran mayoría de sus angustias, se tomó otro tranquilizante, tras cenar con Nico unas croquetas, que solía llevar Clara del restaurante envasadas al vacío, con un solomillo.

En la soledad de su habitación, tumbado sobre la cama, Nico sentía la impotencia de haber malgastado un día y medio vigilando aquella mansión. Parecía una casa fantasma, cuyos habitantes eran espíritus invisibles para él. Porque si lo pensaba, le resultaba inconcebible no haber visto entrar ni salir a nadie durante las largas horas que permaneció allí sentado, en aquel incómodo banco. Tendría que pensar en alguna alternativa, porque tenía al alcance de su mano descubrir lo que le había pasado a su madre y sin embargo no era capaz de avanzar. Además, la Guardia Civil, desconocía lo que él sabía y por lo tanto tendrían que estar bastante lejos de descubrir al culpable de la muerte de su madre. Tendría que cambiar de planes...

El espectáculo que se veía según se iban acercando al paso a nivel ubicado a la entrada de Póo, era deplorable. Hasta allí se habían acercado varias patrullas de la Guardia Civil y la ambulancia. A un lado de la vía, tapado con un plástico negro, se

encontraba el cuerpo o lo que quedaba de él tras haber sido arrollado por el tren. Posada y De la Fuente se bajaron del coche que les había recogido y se acercaron a Bustillo. A De la Fuente le gustaba aquel guardia, sobre todo por su actitud resolutiva.

—¿Sabemos de quién se trata?

—Sí. Llevaba la documentación encima. Alberto Cueto Miranda —contestó el guardia mientras leía el DNI que tenía en la mano— de Porrúa.

Ni De la Fuente ni Posada tenían claro los apellidos del encargado de sala del restaurante, pero muy a su pesar, ambos estaban convencidos de que se trataba del muerto.

—Posada, envíe a alguien a buscar a Adriana al trabajo y que venga lo antes posible. Que nadie le diga nada hasta que llegue, puede ser una falsa alarma. Aunque si se trata de él, tenemos un grave problema y un caso muy complicado —dijo preocupado para sí mismo.

La forense había llegado unos minutos antes que De la Fuente y Posada. Tiempo suficiente para que pudiera darles una primera impresión.

—El muerto tiene el cuerpo sajado en dos. Para que eso haya ocurrido, inexcusablemente, tuvo que estar tumbado en las vías cuando fue arrollado por el tren —dejó caer—. Por otro lado su aliento apesta a alcohol, lo que induce a pensar que la borrachera le impidió reaccionar a tiempo.

—Gracias Merche —le dijo lacónico.

—En breve tendrás el informe de la autopsia de Clara, pero te puedo confirmar que murió de un fuerte golpe en la cabeza entre las dos y tres de la mañana y que a consecuencia ha perdido mucha sangre. Por la posición de la profunda herida ha muerto desnucada posiblemente de una fuerte caída. No había agua en los pulmones, así que ya estaba muerta cuando la tiraron al agua —aclaró—. Tiene unos arañazos superficiales por los brazos, lo que evidencia que ha luchado con alguien, como ya sabes, posiblemente intentando escapar de su captor, pero no hay abuso ni ningún otro signo de violencia.

—No nos despeja muchas dudas...

—No. Es cierto. Ayer he enviado las muestras a Madrid —añadió—, a toxicología —puntualizó aunque a buen seguro no hacía falta.

—Y los resultados tardarán entre quince y treinta días...

—Bueno... Todo depende de la prisa que tú les des...

—¿Cabe la posibilidad de que Clara estuviese también borracha?

—Puede, tenía las pupilas dilatadas... y eso puede ser por el alcohol, pero no exclusivamente. Hay otras causas que provocan que las pupilas se dilaten.

—Pero, no es una certeza ¿no?

—No —respondió.

—Gracias.

Merche se dio media vuelta pero se detuvo.

—¡Sargento! —llamó—. Si estas buscando un *modus operandi* común a ambos casos tendrás que esperar a los resultados de toxicología. Habla con los de Madrid y mételes prisa —aconsejó.

—Bien. Gracias Merche.

El cerebro de De la Fuente trabajaba a gran velocidad buscando respuestas. Era totalmente absurdo pensar que aquel hombre, se hubiese quedado dormido encima de las vías sin darse cuenta de donde estaba. Lo que le inducía a pensar en que alguien lo había emborrachado lo suficiente como para colocarlo en las vías. O incluso suministrarle algún tranquilizante y así eliminarlo limpiamente. Aún era pronto para saberlo. Pero lo que estaba claro es que si Adriana reconocía a Alberto, el caso se les estaba yendo de las manos. Y el móvil del crimen se inclinaba más hacia Ángel, el cocinero, pero... ¿Tanto odio se tenían entre ellos como para querer matarlo? Y si eso fuera así. ¿Cómo relacionarlo con la muerte de Clara? O quizás, ambos casos pese a estar tan íntimamente ligados no tuviesen nada que ver... pero entonces... Demasiadas casualidades, y las casualidades no existen —recordó de sus años académicos.

Merche tenía razón: conocer los resultados de toxicología era primordial...

Por el rabillo del ojo vio como se acercaba el capitán y por unos instantes deseó esconderse. Lo había llamado tantas veces a lo largo de la tarde que empezaba a resultarle cansino tener que relatar cada paso que daba. No estaba acostumbrado a tanta presión por parte de un superior. Llenó los pulmones de oxígeno y se armó de paciencia a sabiendas de que él no tardaría en preguntarle los detalles.

Había recibido una gran decepción cuando, al enterarse del macabro suceso, se puso inmediatamente en contacto con la juez y ella había rechazado su ofrecimiento. Carolina le agradeció la llamada pero rehusó la propuesta que tan amablemente le había hecho de pasar a recogerla.

El capitán Naves, maquinaba sobre el porqué de la situación preocupado y despistado porque no estaba viendo los resultados esperados. Él había hecho cuánto ella le pedía, manteniéndola puntualmente informada de los pasos que De la Fuente y el equipo de la Judicial habían ido dando. Y no entendía su respuesta negativa. Parecía que en lugar de acercarse a ella, cada vez estaba más lejos...

Cuando Carolina llegó, el capitán fue a recibirla como solía hacer cada vez que se veían las caras fuera o dentro del Cuartel. Ella lo saludo con un tono distante que aún lo puso más nervioso todavía.

—Buenas noches capitán.

—Señoría...

—¿Sabemos de quién se trata?

—Aún no tenemos la confirmación, pero sospechamos que es el encargado de sala que Clara tenía en el restaurante.

—¿Alberto?

—Sí. Alberto.

Ella lo miró perpleja.

—Usted lo conocía ¿no? —preguntó Naves al darse cuenta de la relación tan cercana que ella tenía con Clara y su asiduidad los fines de semana en La Taberna Marinera.

De pronto un silencio ensordecedor se impuso. El capitán se giró hacia donde miraba Carolina buscando la explicación de aquel mutismo y vio a Adriana bajándose del coche patrulla.

Posada se acercó a recibirla con la intención de prepararla psicológicamente para lo que iba a encontrarse, convencida de que era su novio el que estaba tirado en las vías. El aspecto que presentaba el muerto era espantosamente dramático. Y aunque a ella sólo le iban a mostrar su rostro, con eso era suficiente para llevarse una fuerte impresión, a consecuencia de la sangre coagulada por el terrible impacto que había recibido en la cabeza y por varios cortes profundos en la cara.

Adriana lloraba y se estremecía de pies a cabeza sólo de imaginar que se trataba de él. Posada la rodeó con sus brazos, la cogió por los hombros y la acompañó hasta el cuerpo con paso firme, pero a la chica se le doblaban las piernas ante la presión a la que estaba sometida y les costó un rato avanzar hasta donde estaba el muerto. Ella no quería llegar a verlo.

Un guardia las estaba esperando al lado del cadáver. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para que ella lo identificara sin lugar a dudas, lo destapó. El grito desgarrador que ella emitió los conmovió. Todos: los guardias civiles; la juez; la forense; los técnicos de la ambulancia; el maquinista, que estaba siendo atendido por un enfermero con un ataque de ansiedad e incluso los de la funeraria, que acababan de llegar, observaban el alma rota por la desgracia de aquella muchacha.

—¡No! ¡No! —comenzó a balbucear entre sollozos y gritos desesperados.

Posada intentó apaciguarla sin conseguirlo mientras a trompicones la llevaba hacia la ambulancia para que se hicieran cargo de ella. La empatía que tanto caracterizaba a Julia le hizo sentir el miedo por la pérdida de un ser amado. Poniéndose en el caso, buscó agobiada a De la Fuente pensando en que ella no lo resistiría, porque a pesar del poco tiempo que llevaban juntos, sus sentimientos hacia él eran tan intensos que no se veía capaz de sobrevivir a un trauma de tal envergadura.

Por su parte él quiso correr hacia ella para estrecharla entre sus brazos y sentir el calor de su cuerpo, pero no se atrevía. Lo que sentía por ella era cada vez más fuerte, pero tenían que guardar las apariencias y además, tenía miedo. Su pasado le condicionaba.

—Veo que tenéis un buen espectáculo —escuchó mientras alguien le tocaba en el hombro. Él se dio la vuelta para ver de dónde procedía aquel comentario tan fuera de

lugar.

—¡Usted tenía que ser! —dijo con cara de pocos amigos.

—Sí. Yo tenía que ser. La misma que busca informar a sus lectores fielmente, sin tapujos. ¿Qué haga bien mi trabajo le parece mal?

—No. Por supuesto que no. Pero no creo que robar la información de mi compañera sea hacer bien su trabajo. Eso va contra la ley.

—¡Adelante! Si tiene algo de qué acusarme hágalo. Y si no déjese de amenazas y déjeme trabajar. El público necesita saber que hay un asesino suelto y que ellos pueden ser el siguiente —comentó atrevida sabiendo que se estaba extralimitando.

—¡Guardia! —llamó De la Fuente a Bustillo que rondaba cerca.

—¡Amplíe el perímetro de zona acordonada por lo menos hasta aquella casa. Acompañe a esta mujer hasta el otro lado y asegúrese de que nadie traspasa la cinta!

—Señora... —le dijo burlón con una sonrisa en la boca y un ademán que la animaba a salir de la nueva área restringida—. Cuando guste.

Lara se marchó de allí echando chispas y Posada que se había enterado de casi todo, aplaudió en silencio al sargento viendo como se libraba tan inteligentemente de ella. Estaba eufórica por el desplante que Javier le había solmenado.

Al igual que el resto de los presentes, el capitán estaba ciertamente afectado por el sufrimiento de Adriana y durante un rato se quedó ensimismado ante la catastrófica situación.

—Capitán —oyó de repente.

—Necesitamos resolver este caso con celeridad. Sé que están haciendo todo lo que pueden, pero necesito resultados lo antes posible o este asunto se nos va a ir de las manos.

—Por supuesto, señoría. Me hago cargo. No se preocupe.

—Eso espero. Manténgame informada —ordenó Carolina aunque seguidamente se arrepintió viendo que el capitán se tomaba demasiado al pie de la letra sus órdenes.

Llanes, 1971

A la semana siguiente fue Roberto quién tuvo especial interés en hablar con Álvaro y asegurarse de que estaba todo bajo control. No quería dejar que el asunto de aquella Rosario se volviera en su contra. Aquella chica no le gustaba en absoluto, pero ese no era el mayor motivo para negarle su proposición. Lo necesitaba por entero para él, libre de cargas. Si Álvaro se casaba con esa o con cualquier otra, restaría una parte importante de sus aportaciones para mantener a su esposa y a sus futuros hijos. La avaricia de Roberto llegaba hasta el punto de exigir a Álvaro que colaborase sin restricciones de ningún tipo con los gastos de la casa y del llagar. Así pues, Roberto truncaría cualquier futuro de su hermano que no estuviese ligado a él y a aquella casa.

La producción de sidra estaba resultando exitosa y se preveía un buen negocio pero si realmente querían hacer dinero, tenían que invertir mucho en el llagar, sobre todo en los procesos de fermentación y en el embotellado. Necesitaba que Álvaro colaborase espléndidamente, y por ello quería tenerlo contento.

Tras varias copas de tequila con la euforia del alcohol corriendo por sus venas, y con el tema de Rosario zanjado desde hacía un rato, Roberto tuvo una idea que le pareció brillante: le facilitaría a su hermano la posibilidad de desahogar sus penas o más bien su virilidad. Álvaro, quedó espantado con el ofrecimiento de su hermano. Tanto, que su espeluznante propuesta aumentó, aún más, el miedo que le tenía. No había nada que lo frenase. Sin embargo, él se negó a participar en ese juego, no quería tener nada que ver. Pese a la incómoda insistencia de su hermano, Álvaro rechazó acostarse con Dolores. Pero no puso reparos a lo que se imaginaba que él haría con ella, tras escuchar sus vejatorios comentarios. No deseaba tener problemas con su hermano. Sabía que era capaz de cualquier cosa, no sólo con su mujer y con su hijo, sino que con él también, se encontraba bajo el yugo de su poder.

Roberto estaba excitado sólo de pensar en ella. El alcohol y la presión que notaba en su pernera desde que se lo había propuesto a Álvaro, aumentó su lascivia. Sin más contemplaciones, se despidió de su hermano. Tambaleándose, subió las escaleras y entró en el cuarto de Dolores. Antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba pasando, él la amordazó con un pañuelo para que no se le ocurriera gritar, le dio media vuelta para que no se le escapara y seguidamente la forzó. Ella se resistió cuanto pudo, procurando cerrar las piernas con todas sus fuerzas para evitar lo inevitable, porque su marido la sujetaba vigorosamente y ella prácticamente no conseguía moverse. Estaba acostumbrada a que él la forzara, pero no con la brutalidad de aquel día. Las embestidas eran tan feroces que sintió cómo su carne se desgarraba. Cuando finalmente percibió aquel cálido espesor inundando su cuerpo, la repulsión fue tan grande que en aquel momento quiso morir. Sin embargo aquello no era tan doloroso como lo que padeció su alma cuando se percató de que había alguien más con ellos. Cuando su mirada se tropezó con los desorbitados ojos de su

querido hijo, que observaba paralizado el horror que su padre infligía en su madre.

Como de costumbre se había despertado en torno a las tres de la mañana, pero, al igual que el día anterior, no se había atrevido a pasear por los alrededores de la ría, ni a rondar la iglesia, ni a merodear por la playa, ni por supuesto a bañarse. Se había quedado encerrada en su casa por el miedo a concederle a su vecino la oportunidad de deshacerse fácilmente de ella. Negarse la posibilidad de aquel placentero disfrute le imprimía una sensación de agobio que iba más allá del simple hecho de no dar un paseo. Se sentía encarcelada en su propia casa. Ella que tanto ansiaba estar al aire libre porque de esa manera se quitaba algunos de sus penosos recuerdos, aunque no todos.

Resignada, tomó el libro que tenía iniciado, al que había dedicado poco tiempo durante los últimos días, y leyó ávida por sumergirse en la lectura y olvidar por unas horas su pasado y su presente.

Ya de madrugada, el sopor se adueñó de ella. Pero el sueño, aunque ligero, instigó más su alma castigada.

Levantarse escuchando el canto de los pájaros era un placer que en muy pocas ocasiones podía disfrutar, y aquella era una de ellas, pese a que el aberrante final de Alberto martilleaba en su cerebro.

El hotel de Raquel y Álex era un lugar que le transmitía serenidad, quizá por los tonos limpios y luminosos con los que habían revestido las paredes y por la calidez de la buena madera de los suelos. Aunque también podía ser porque allí había disfrutado de su primera cita con Julia, precisamente cuando se inauguraba el hotel, y el recuerdo le devolvía un buen sabor de boca. Se permitió holgazanear un poco más, dejando que su mente vagara por aquellos momentos con Posada, hasta que, consciente de que pasaba el tiempo, se levantó pensando en la reunión que había programado para primera hora.

Mientras se preparaba, organizaba las tareas a ejecutar por cada miembro de su equipo, analizando todas y cada una de las opciones que tenía para que nada quedase en el aire. Quería que se dedicase tiempo a cada una de las posibilidades por ridícula que pareciera, por lo que era de suma importancia no dejar ningún fleco suelto. Y había tantos que se le antojaba complicado. Por otro lado, le preocupaba su equipo sobre todo porque tenían que empezar de cero y eso minaba el ánimo de cualquiera.

Con la cabeza embebida en el caso, De la Fuente bajó las solemnes escaleras escuchando cómo, tras cada paso que daba, la madera crujía bajo sus pies, hasta llegar a la recepción.

El excelente olor del café recién hecho y la bollería aún caliente, resultó un reclamo más que suficiente, para que, a Raquel, no le costara ningún esfuerzo

convencer a De la Fuente de que disfrutara de la placidez del restaurante y de las exquisiteces que ofrecían a sus clientes.

El sargento consultó el reloj, y viendo que aún le quedaban unos veinte minutos hasta que lo recogieran, aceptó encantado la propuesta de Raquel.

Con el estómago lleno y las pilas cargadas tras dar buena cuenta de un zumo de naranja natural, un delicioso café y un par de tostadas, que él mismo se hizo, untadas con manteca y mermelada casera de ciruelas, De la Fuente se despidió de Raquel y salió a la calle donde el ambiente estaba bastante más cargado que en el interior.

En ese instante, entraba por la puerta el guardia de seguridad que la noche anterior los había recogido en el puerto para llevarlos hasta el paso a nivel donde había ocurrido el accidente, y que, solícito, se había ofrecido a recogerlo por la mañana. Él no pudo negarse, así que repetir su desayuno con Posada había resultado inviable. Su coche había quedado aparcado en el Cuartel y él se había acercado andando al hotel, que distaba a pocos metros del lugar del suceso.

Nada más llegar, San Román había cogido en un aparte a Posada para ponerla al tanto del rumor que circulaba por el Cuartel sobre ellos dos. La noche anterior, cuando De la Fuente había ordenado a uno de los guardias que lo fuera a buscar para llevarlo al lugar del atropello en Póo, no se había dado cuenta de que, como mínimo, levantaría un jugoso cotilleo, puesto que ambos estaban juntos después de finalizada la jornada. Por eso había aceptado sin rechistar la propuesta del guardia de la noche anterior, en lugar de disfrutar de la compañía de Julia. No quería alimentar las habladurías, pero había llegado tarde.

Resuelto y con paso ligero, se encauzaba hacia la sala cuando escuchó un vozarrón que llegaba del otro lado del pasillo.

—Pase a mi despacho —le dijo malencarado.

—Mi capitán —saludó cerrando la puerta tras de sí.

—Quiero resultados. ¡Y los quiero ya! No voy a permitir que en mi municipio vayan apareciendo cuerpos a diestro y siniestro sin que nosotros hagamos nada. ¿Entendido?

—Sí mi capitán.

—Pues andando. Infórmeme de cada paso que dé.

De la Fuente salió del despacho necesitando respirar muy profundo para aliviar su carga, ante la continua presión del capitán. Aprovechó unos minutos que aún tenía para serenarse antes de empezar la jornada, tras los cuáles, inició la reunión procurando, con gran esfuerzo, inspirar optimismo. Después del desastroso final del día anterior los ánimos estaban por los suelos y en la sala se respiraba el abatimiento. En cierta medida, él también se sentía así. Y sobre todo, después de la charlita con la que le había recibido el capitán.

—Ayer fue un día duro. La brutal muerte de Alberto nos ha dejado tocados —comenzó—, pero tenemos que continuar con nuestro trabajo y ser muy exigentes. Tenemos que hacer lo indecible para esclarecer la muerte de Alberto y, por supuesto,

encontrar al asesino de Clara. Es nuestro trabajo y sabemos cómo hacerlo — puntualizó haciendo hincapié—. Somos un buen equipo y no nos vamos a dejar vencer tan fácilmente. Todo lo contrario. Trabajaremos con más ahínco y con más ganas y descubriremos quién es el hijo de puta que está organizando esta masacre. Estáis conmigo, ¿no?

Miró las caras de todos y aunque ninguno respondió en voz alta, todos afirmaron con la cabeza, y la expresión de su rostro había cambiado sustancialmente.

—Bien —dijo satisfecho con la reacción de su equipo—. Antes de nada quiero que me contéis que tal os fue ayer, independientemente de que tengo en mis manos vuestro informe —explicó mientras se giraba para coger varias hojas que reposaban en su mesa— quiero que me describáis vuestro día, ¿alguna novedad?

El sargento sabía por pura experiencia que no era lo mismo escribir un frío informe, que relatar el trabajo con los descubrimientos y los inconvenientes con que cada uno se había tropezado. Sobre todo porque al redactar, se iba más al grano y se corría el riesgo de obviar algún detalle importante. Además, era una manera de compartir con los demás los avances de la investigación.

—Sí. Creo que tenemos algo importante —contestó López con ganas de acaparar la atención de los demás.

—Sorpréndenos López, necesitamos buenas noticias, así que cuéntanos —respondió el sargento.

—Herrera y yo hemos comenzado entrevistando a los empleados de la Cofradía de Pescadores «Santa Ana», que son los que gestionan la rula —explicó convencido de que De la Fuente precisaba la información—. De ellos no hemos obtenido nada, pero nos faltaba entrevistar al patrón mayor y dimos con él por la tarde —matizó—. Pedro del Cueto pasó hacia la una y media de la madrugada por delante de la rula —dijo consultando sus notas con aire de superioridad.

Todos dieron por entendido que el tal Pedro del Cueto era el patrón mayor de la Cofradía.

—¿Y? —preguntó De la Fuente desesperado por la lentitud con la que López se explicaba.

—Pues que le sorprendió ver que a esas horas hubiese coches aparcados en la zona reservada para los servicios portuarios. Uno era desconocido para él, pero el otro... —dijo con cierto suspense—, el otro nos confirmó que era el de la patrona.

—¿El de la patrona?

—Sí. Es el apelativo que le pusieron a Clara por ser la propietaria del restaurante y porque además era la hija de uno de sus difuntos miembros.

—¿El coche de Clara? —preguntó dándose tiempo para asimilar la información.

—Sí, el de Clara —confirmó.

—Bueno... es cierto que viviendo tan cerca del restaurante no es lógico que hubiera ido en coche hasta allí, pero...

—La cuestión —interrumpió López— es que ella no se marchó en su coche.

Según Pedro del Cueto —dijo consultando de nuevo sus notas dándose aires de importancia—, se subió en el asiento del copiloto del otro coche, y alguien los siguió con el suyo.

—¿Está seguro? —preguntó De la Fuente mientras asimilaba la información que les acababa de transmitir López.

—Muy seguro. Él estuvo trabajando en su barco hasta tarde y cuando se marchaba vio como se apagaban las luces del restaurante. El puerto mariner, donde amarran las embarcaciones profesionales, da al mismo lado que los grandes ventanales del restaurante, —explicó pese a que ese dato ya era obvio para todos—, por lo que sabía que Clara estaba saliendo del trabajo. Él la iba a saludar, pero no tuvo tiempo de hacerlo, porque cuando bordeó el edificio y llegó a la altura de la entrada principal de la taberna, ella se estaba montando al coche. Asegura que vio claramente como se marchaba y como el otro coche, el de Clara, los seguía a los pocos segundos.

—¿Por casualidad tomó la matrícula o al menos sabe de qué coche se trata?

—De la matrícula no tiene ni idea, pero el coche al que se subió Clara dijo que era un Golf de color plata, no nos supo especificar nada más.

—Bueno..., no es mucho que digamos... ese coche debe de ser el más vendido en la historia del motor, pero algo es algo. San Román, consiga la relación de propietarios de coches de esa marca que vivan en el municipio de Llanes, tendremos que acotar la búsqueda de alguna manera —meditó en voz alta—, a ver si tenemos suerte...

San Román tomó nota del encargo.

—¿Y el coche de Clara? ¿Sabemos cuál es?

—Sí sargento. Se trata de Nissan Qashqai de color blanco, y tenemos la matrícula.

—Hay una cosa que no me encaja —continuó De la Fuente—. ¿A qué hora localizasteis a ese tal Pedro?

—Después de comer —contestó López.

—¿Y dónde estuvo toda la mañana?

—Salió de madrugada a faenar y no regresó hasta pasado medio día. No se enteró de lo que había ocurrido hasta que descargó el pescado para subastarlo en la rula.

—Entonces, ¿volvisteis al puerto por la tarde? —preguntó extrañado.

—En realidad... no lo localizamos nosotros. Él vino al Cuartel cuando se enteró de lo ocurrido, justo antes de que nos fuéramos a Barro y Niembro —aclaró algo avergonzado porque no había dicho toda la verdad.

—¿Algo más?

—En realidad no. El resto de las entrevistas no dieron fruto alguno —contestó.

—¿Indagasteis entre los vecinos de la zona para ver si habían visto algo?

—Sí, pero hasta el momento ninguno vio nada, nos queda pendiente alguno que no hemos localizado.

Herrera se revolvió en su silla incómodo porque uno de los vecinos les había dado una información que a él si le parecía que tenía que tenerse en cuenta pese a que fuera un detalle nimio. Pero por no llevar la contraria a su compañero recién asignado y con el ánimo de que su relación fuera cordial se cayó.

—López, Herrera, esa información era importante. Ayer ordené a Posada que les preguntara si había novedades. Ustedes dijeron que no, y las había —reprochó De la Fuente—. Somos un equipo, y con equipo quiero decir que los logros son de todos independientemente de quién haya participado en su consecución. Y por si no les ha quedado claro y para que no vuelva a suceder en futuras ocasiones, quiero estar informado puntualmente de todo. Y cuando digo puntualmente es que quiero que me llamen al móvil o me envíen un *whatsapp* hasta para lo más insignificante en el instante en que se enteren de algo, ¿está claro? —preguntó con una expresión más seria de la que nunca le habían visto. Espero que no se vuelva a repetir.

De la Fuente se concedió unos segundos para centrarse de nuevo en el caso.

—Bien. La muerte de Alberto nos abre una perspectiva diferente, un planteamiento distinto al que teníamos. Por lo tanto tenemos que cambiar el chip, abrir la mente y verlo desde otro punto de vista. Dicho esto, centrémonos de nuevo en el hecho de que tenemos dos coches. En uno se sube Clara, por lo que se sobreentiende que conoce al conductor o al menos se fía de él. El otro es el de Clara, por lo que todo apunta a que fue Pablo quién los siguió ¿no? —preguntó mirando a López.

—Sí, eso parece.

—Puede que entonces Ángel sea el que se marchó con Clara en el otro coche. Y... si eso es así, toma fuerza el móvil del marido celoso... Pero... ¿Cómo encaja en toda esta historia la muerte de Alberto?

—Si partimos de la hipótesis del marido celoso, puede que Alberto se enterase de que Pablo era el asesino —apuntó Posada— y entonces Pablo lo matase a él también para cubrirse las espaldas.

—Puede ser, aunque también es cierto que desconocemos si la muerte de Alberto ha sido un accidente o un homicidio.

—¿Y si se ha suicidado?

—Es una forma de suicidarse un tanto escabrosa, no me lo parece —apuntó Posada.

—Yo creo que las alternativas son accidente o suicidio —opinó el sargento. Analicémoslo un poco. Él apestaba a alcohol —desveló recordando las palabras de la forense— pero eso puede ser circunstancial. No obstante, es improbable que de la borrachera se haya quedado tirado en las vías —continuó—, lo más coherente es que se trate de un homicidio, pero carecemos de las pruebas suficientes como para descartar incondicionalmente que se trate de un accidente —reflexionó—. Sin embargo me llama la atención la posibilidad de que también Clara haya bebido. Según la forense tenía las pupilas dilatadas y eso puede ser a consecuencia de la bebida.

—Sí, pero tampoco ese punto está confirmado.

—Es cierto, hay múltiples posibilidades —recordó el sargento.

—Poniéndonos en el peor de los casos —retomó Posada—, partiendo de la premisa de que la muerte de Alberto se trata también de un homicidio, a pesar de que aún no tenemos nada definitivo con respecto a que Clara haya bebido o no, existe una duda razonable sobre que ambos fueran asesinados por la misma persona, es decir que nuestro asesino haya vuelto a actuar ¿no? Porque parece incoherente que dos personas tan cercanas hayan muerto con dos días de diferencia si no es porque haya un mismo asesino...

—Sí pero, si Pablo fuese el asesino y por lo tanto el que los sigue... ¿Cómo se ha enterado Alberto? —preguntó Herrera.

—Buena pregunta —concedió De la Fuente—. No es fácil responder a eso... Aunque... pensándolo bien... podemos tener dos asesinos diferentes... Me explico. Alberto pudo haber matado a Clara, no olvidemos que discutieron el lunes, y Pablo haberlo matado a él. Aunque también encaja esta teoría poniendo en juego al cocinero. Alberto despechado pudo haber matado a Clara, y Ángel, haberlo matado a él. Laila sospecha que entre ellos hubo un lío hace un par de años —justificó ante la cara de asombro de algunos— por lo que esta versión no sería descabellada. A la postre estaríamos hablando de que mató al asesino de su amante o por lo menos amada si no era correspondido.

—Esto es un encaje de bolillos —protestó Posada—. Volvemos a estar como al principio.

—Pablo tiene que estar en el meollo sí o sí —razonó López—. ¿Quién iba a conducir sino su coche?

—Sin embargo tiene una coartada. Nico nos ha confirmado que su padre se acostó muy temprano —recordó Posada.

—Efectivamente. Nico nos ha asegurado que se acostó temprano, pero Pablo pudo haber salido de su casa sin que él se enterase un poco antes de la una de la mañana y acercarse en coche al puerto —replicó De la Fuente.

—¿Con qué motivo? ¿Para qué iba a esperarla en el coche? —cuestionó Herrera.

—Pues si nos atenemos a la idea de marido celoso, seguramente por vigilarla o incluso porque tuviera sospechas de que ella tenía un amante —matizó el sargento.

—Es decir, que es crítico confirmar si Pablo era el conductor del coche —resumió Posada.

—Efectivamente. Y por ahora, seguimos teniendo los mismos sospechosos: Pablo, Alberto y Ángel —argumentó De la Fuente.

—Eso parece.

—Pero al menos el cerco se está cerrando —replicó De la Fuente.

El sargento sabía que si fuera otro en lugar de Posada quién hubiera estado participando tan activamente y con las ideas tan claras, lo hubiera felicitado, pero tratándose de ella no quería hacerlo al menos en público. Además, Herrera y López

también lo habían hecho estupendamente. Todos habían participado comprometidos con el caso y se sentía orgulloso. La desazón que había sentido con las palabras del capitán ya había desaparecido.

Tras varios minutos discutiendo sobre las distintas posibilidades, no habían descartado a ninguno de los sospechosos ni a ninguna de las opciones. Aunque bien es cierto que el papel de Pablo comenzaba a tener un mayor protagonismo.

Tenían mucho trabajo por delante y el tiempo apremiaba, así que De la Fuente reorganizó las tareas para el día, siguiendo el esquema que ya se había formado aquella misma mañana.

—Herrera quiero que vaya a los alrededores del paso a nivel de Póo. Un poco más allá hay dos bares, quiero que pregunte por allí si alguien vio algo. Vaya también por las casas más próximas. Tuvo que haber algún testigo, no eran más de las once de la noche. Cuando acabe continúe con los vecinos de Barro y de Niembro que hayan quedado pendientes. Posiblemente tengamos que encontrar la aguja del pajar, pero no dejaremos en el intento.

—López, revise la información que nos han enviado de los bancos y también si hay seguros de vida, por si acaso. Me interesa saber si tenían problemas económicos. Y ayude a Pili con las facturas y los pagos a proveedores, hay que descartar que no se trate de impagos con algún proveedor, nunca se sabe. San Román, ¿ha llegado la información que solicitamos a los directores de las sucursales del Santander y de Liberbank?

—Sí. Ya lo he comprobado —confirmó.

—¿Y la del Registro General de Seguros?

—También, ya está todo —aseguró.

—Bien. Échele una mano a López —ordenó—. Quiero que lo revisen todo entre los dos, ¿estamos?

Cada vez que pensaba en el caso del hotel, una punzada aprisionaba su corazón. No volvería a caer en la misma circunstancia otra vez —se repetía.

—Sí señor —contestaron casi al unísono.

López resopló de modo casi imperceptible, pero De la Fuente fue consciente de lo poco que le gustaba el trabajo que le acababa de asignar. Sin embargo, algo le decía que Herrera era más amable con la gente y a buen seguro obtendría más información. López estaba siempre con la cara amargada y eso se veía reflejado en su trabajo.

Por otra parte, ellos dos irían a ver a Pablo para que les aclarase por qué su coche estaba en el puerto la noche en qué murió Clara y confirmar si él era o no el conductor. Tendrían que apretarle las tuercas o al menos meterle un poco de miedo en el cuerpo, quizás así cometiese un error y ellos lo podrían cazar. Pero antes, harían una visita a la madre de Clara en la residencia. Pese a que estaba diagnosticada de Alzheimer, posiblemente pudieran sonsacarle algo sobre su hija y sobre Pablo. Cabía, además, la posibilidad de que ella les aclarase el tipo de relación que había entre ellos. Y De la Fuente no quería dejar escapar la oportunidad de enterarse de algo

jugoso antes de ir a ver a Pablo. Además, no le gustaba dejar fuera de una investigación la información que un familiar tan cercano podía darles. Y, según les habían contado, aún estaba en la primera fase de la enfermedad, así que podía ofrecerles una información muy interesante.

—¿Alguna cosa más? —preguntó De la Fuente antes de dar por finalizada la reunión—. Bien, en ese caso, a trabajar. Posada, en diez minutos en la puerta —ordenó por mantener las costumbres evitando así darles pie a pensar que entre ellos había algo más. Aunque eso, ya lo sospechaban.

Posada salió de la sala de reuniones procurando mostrar indiferencia con el sargento ante sus compañeros. Se dirigía a su mesa cuando, avanzando por el pasillo identificó a Laila junto con otra chica que se le parecía mucho. Ambas iban acompañadas de un guardia. Ella, sorprendida por aquella visita, fue en su busca.

—Cabo, esta chica quiere hablar con usted —le dijo el guardia sin esperar a que a ella le diera tiempo a comentar nada.

—Por supuesto Laila, ¿qué es lo que quieres? —preguntó sorprendida.

—¿Podemos hablar a solas?

—Sí, sí, pasad.

Al cabo de un rato, Posada salió disparada en busca del sargento que, en ese preciso instante salía del despacho del capitán al que había ido a informar de las conclusiones de la reunión nada más finalizar.

—De la Fuente, tiene que oír esto —llamó intentando aparentar menos confianza de la que lógicamente tenían.

Él la siguió.

Le daba vueltas y vueltas sobre lo que tenía que hacer y la conclusión era difusa. Ella quería información puntual, pero dudaba de que fuera plenamente consciente de lo que significaba esa expresión. Porque eso suponía llamarla cada vez que se tomara una decisión, o que hubiera un descubrimiento nuevo, o porque se abriera una línea de investigación diferente. Un caso podía dar muchos giros, y se olía que ese, era uno de ellos. Ella era muy inteligente y él estaba seguro de que dominaba la semántica. Pero, aún así, le entraban serias dudas sobre si era eso lo que le realmente le estaba pidiendo, o si se trataba simplemente de la típica frase hecha para finalizar la conversación de forma cortés y educada. Porque entonces, si lo había dicho con todas las consecuencias, eso podría suponer que ambos estarían en contacto permanente. Él no tenía ningún inconveniente en que fuera así, todo lo contrario. Pero le daba en la nariz que la juez necesitaba un poco más de espacio.

Para reforzar más el follón mental que tenía, recordaba cada poco, entre razonamiento y razonamiento, que la amistad que Carolina tenía con la muerta, parecía bastante sólida. Así que, bien podía ser que le estuviera ordenando exactamente eso: que le comunicara hasta el más mínimo detalle.

Podía volverse loco pensando cuál era la decisión correcta, no quería equivocarse con ella. Nunca se lo perdonaría. Pero de nada le serviría. Porque a la postre él se había comprometido a tenerla al tanto y eso era la que tenía que hacer. Y además, lo que menos deseaba era que ella le llamase la atención porque él no hubiese cumplido con un cometido que le había ordenado directamente. Él era un hombre de palabra y si se comprometía con algo, lo cumplía a rajatabla hasta el final. Así que corriendo el riesgo de ser pesado, la llamó para contarle lo que De la Fuente le acababa de resumir.

—Buenos días. Cuénteme —dijo con voz apresurada.

El capitán sintió en su pecho que había errado en su decisión. Le relató los detalles que De la Fuente le había avanzado lo más rápido que pudo, para no entorpecer más de lo necesario su día a día. Pero cuando colgó, se sintió como un imbécil, porque hasta él mismo se daba cuenta de que había dado una imagen penosa. Con las prisas se había dejado la mitad por el camino, y aborrecía dar la impresión de no controlar su Cuartel ni su trabajo. Las explicaciones que le había dado estaban incompletas, sabía mucho más de lo que le había narrado y lo que había conseguido era que algunas de las deducciones carecieran de sentido por falta de una exposición completa y coherente. Ante ella, no lograba aparentar dominio de la situación, sus fuerzas quedaban mermadas porque le imponía más de lo que él quería reconocer. Estaba convencido de estar haciendo un ridículo espantoso. Su subconsciente le había traicionado.

Derrumbado, deseó que aquel asunto finalizara cuanto antes y él volviera a su aburrida rutina. Tenía un regusto a fracaso que le hizo sentirse realmente mal. Malhumorado, se centró en su trabajo. Tenía otras áreas que supervisar además de la de Policía Judicial y últimamente las tenía algo desatendidas.

Dalila y Laila estaban esperando resignadas en una de las salas del Cuartel siguiendo las indicaciones de Posada. Ella regresó en muy poco espacio de tiempo acompañada del sargento.

Dalila se quedó boquiabierta ante el guapísimo hombre que acompañaba a la cabo, lo que hizo recordar a Posada la impresión que Javier solía dejar en las mujeres. La chica lo miró descaradamente provocando en Julia una punzada de celos mientras miraba de reojo la cara del sargento. Sin embargo él continuó a lo suyo y la chica enseguida olvidó a De la Fuente centrándose en su preocupación.

—Por favor Dalila, ¿puedes contar al sargento lo que me acabas de decir?

—Sí —respondió algo asustada—. Soy la chica que limpia en casa de los Amieva —dijo aludiendo al apellido de Clara—. Cuando llegué el señor ya no estaba, así que entré directa en su habitación para ventilar, hacer la cama y poner orden, porque el señor es bastante desastroso.

De la Fuente escuchaba pacientemente esperando que aquella conversación le

llevase a algo importante.

—¿A qué hora entra a trabajar?

—Normalmente entro a media mañana para que la señora ya esté levantada —contestó echándose a llorar al recordar que nunca más volvería a ver a su señora—, pero como ya no está —comentó entre sollozos— cuando llamé al señor para darle el pésame, aproveché para preguntarle si podía cambiar el horario, a mí me viene mejor ir tempranito —explicó con la misma voz melosa que su hermana.

—Bien, continúe —animó el sargento.

—Pues es que primero fui a su habitación —dijo repitiéndose— y cuando terminé, cogí la ropa que estaba encima del descalzador para echarla a lavar. Había un polo y un vaquero. Siempre reviso los bolsos porque como el señor es un desastre, varias veces eché la ropa a lavar con pañuelos de papel o incluso con algún billete. Esta vez me encontré una carta toda arrugada. La estiré y la leí —dijo ruborizada—. Entonces llamé a Laila y se la leí. Y ella me dijo que teníamos que venir. Así que le dije al señor que tenía que hacer un recado y me escapé.

—Bien —contestó De la Fuente con la paciencia casi agotada—. ¿Trajo la carta?

—No, la dejé en su sitio, en el bolso de atrás del pantalón, donde me la encontré. Pero Laila me dijo que le hiciera una foto y se la hice.

—¿Puedo verla? —dijo ansioso.

—Sí claro.

Y se la mostró.

—Cambio de planes Posada. Tenemos que localizar a Pablo. Esto lo cambia todo.

La visita a la madre de Clara se vio postergada ante la nueva información que Dalila, la hermana de Laila, les había dado. Era imperioso que localizasen a Pablo y que hablasen con él lo antes posible. Pablo estaba metido hasta el cuello.

Llanes, 1971

Las palizas y maltratos no cesaron con el tiempo, por el contrario se recrudecieron tanto en él como en ella. Pero por la mente de Dolores seguía circulando la idea de que todo era culpa suya por haber deseado a otro hombre, por lo que las aceptaba en silencio. Además, podía ser peor si lo enfadaba, así que procuraba no hacerlo. E incluso lo contemplaba todo lo que podía. Se había acostumbrado y para ella eran preferibles a las violaciones, que por otra parte habían disminuido desde aquella noche.

Lo que no llevaba con tanta serenidad eran las tundas que le propinaba a su hijo. Además, desde que habían comenzado, el niño padecía de enuresis provocado por el miedo que le tenía. Y aunque ella había logrado tapárselo, temía que llegase el día en que se enterase y entonces, no habría salvación.

Sufría por él lo que no sufría por ella misma. Veía el miedo en sus ojos y le notaba que pese a sus esfuerzos no era un niño feliz, sobre todo después de que fuera testigo de la brutal violación que ella había sufrido. Le costaba muchos esfuerzos conseguir que su hijo sonriera, únicamente lo hacía cuando estaban los dos solos, y con mucha prudencia por si él los escuchaba, pues el crío tenía miedo hasta de eso.

A ella no le importaba lo que le pasase, hacía mucho tiempo que había aceptado su vida y se consolaba pensando que al menos él sentía algo por ella, aunque fuera odio y desprecio.

Pero no aguantaba el daño que padecía su hijo, ni el horror que traslucían sus bonitos ojos. Por su bien tenía que buscar una solución.

Necesitó mucho tiempo para meditarlo y para asimilarlo, pero tras cuantiosas noches sin dormir decidió su escapatoria. Era consciente de lo que iba a hacer, sabía que una vez iniciado ese camino no había retorno y también sabía lo peligroso que sería si él la cazaba, pero a pesar del miedo que abrigaba tenía y quería hacerlo. Por fin se libraría de él y de las palizas que les daba. Había encontrado la solución...

Tuvieron que llamar varias veces hasta que la voz de ultratumba de Nico se oyó al otro lado de la puerta.

—Soy el sargento De la Fuente, necesitamos hablar con tu padre.

Nico abrió la puerta y se hizo a un lado. Su aspecto dejaba bastante que desear, con el pelo desgredado y los ojos enrojecidos. Al instante llegó su padre. Él estaba terminando de vestirse para acudir al tanatorio y al ver que Nico aún no había comenzado lo miró iracundo, pero no dijo nada alarmado por la inesperada visita.

—¡Sargento! ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que pasa? —preguntó asustado.

—Queremos hablar con usted —contestó tajante—. ¿Podemos? —preguntó haciendo clara referencia a que les permitiera pasar.

—Por supuesto.

Pablo los acompañó hasta el salón.

—¿Qué es lo que les trae por aquí? —preguntó impaciente.

—¿Nos permite entrar un momento en su habitación?

—Sí claro —respondió desconcertado.

—Posada...

No hizo falta continuar la frase, Julia sabía lo que el sargento quería que hiciera. Se dio media vuelta y se dirigió al pequeño pasillo.

—¿En qué puedo ayudarle? —insistió.

—En breve se lo diré.

De pronto Pablo se dio cuenta de lo que podían estar buscando, pero antes de que le diera tiempo a oponerse, Posada regresó con una bolsa de plástico en la mano. Dentro estaba la carta.

—¿Nos quiere explicar que es esto? —cuestionó el sargento cogiendo la carta que le entregaba Posada.

—No lo sé. Pero lo que sí sé es que no tienen derecho a entrar en mi casa de esa manera y revolver en mis cosas —gritó.

—Perdone, tenemos su permiso, ¿recuerda? Y por si fuera poco una orden judicial que nos autoriza a inspeccionar su casa —contestó el sargento sin levantar la voz mientras le mostraba el documento.

—Así que se lo volveré a preguntar... ¿Nos quiere explicar que es esto?

—No lo sé —gritó.

—Pues yo creo que si lo sabe.

—Pues yo le repito que no lo sé.

—Y... ¿cómo ha llegado a su pantalón?

—Lo desconozco.

Pablo no se lo iba a poner fácil. De la Fuente decidió tomar otro camino para presionarlo.

—¿Qué coche tiene Pablo?

Aquella pregunta lo dejó descolocado.

—Un Nissan Qashqai —respondió.

—De color blanco, ¿verdad?

—Pues sí —titubeo.

—¿Y dónde estuvo aparcado el lunes por la noche?

—Pues... delante de mi casa, como siempre.

—¡No es verdad y usted lo sabe!

—¿Qué tengo que saber?

—Que estuvo aparcado en el puerto hasta que su mujer salió del restaurante, se subió al otro coche y la siguió.

—¡Eso no es cierto!

—¡Tenemos un testigo! —exclamó De la Fuente para presionarlo.

—¡Me trae sin cuidado! ¡Yo no estuve en el puerto! —gritó.

—Usted sospechaba que su mujer tenía un amante y por eso fue al puerto y cuando la vio salir la siguió, así que todas las sospechas recaen sobre usted. ¡Usted mató a su mujer!

—Esa carta no demuestra que Clara tuviera un amante.

—¿Mataste a mamá porque tenía un amante? —intervino Nico fuera de sí entrando de sopetón en el salón.

—Ni yo no maté a tu madre, ni ella tenía un amante.

—Sí, sí lo tenía —respondió Nico rabioso.

—¿Qué sabes de este tema? —preguntó sorprendido el sargento.

—Nada. Sólo sé que lo tenía.

—¿Y por qué? ¿Qué pruebas tienes para afirmarlo tan categóricamente? —intervino De la Fuente.

—Las cartas que recibía.

Todos quedaron asombrados mirando a Nico. Él había respondido al azar suponiendo que si había una carta tendría que haber más, pero en ningún momento tenía la certeza de que eso fuera así. Sin embargo, había acertado.

El sargento desafió a Pablo con la mirada.

—Papá, ¿mataste a mamá? —preguntó Nico incrédulo.

—¡No! ¡Yo quiero a tu madre! ¡La adoro!

—Quizá demasiado —puntualizó De la Fuente—. Quizá hasta el punto de matarla porque ya no era únicamente suya. Y eso es difícil de soportar porque ya no está bajo su control, ¿verdad Pablo?

—¡Usted está loco! ¡Nunca le hubiera hecho daño!

—¿Está seguro de que saber que ella estaba con otro no le enloqueció?

—Sí, me enloqueció, pero encontré las cartas después de que ella estuviera muerta.

—Así que reconoce que hay más cartas ¿no?

—Está bien —concedió Pablo—. Hay más cartas, dos más —gritó acorralado.

—¿Dónde están?

—En mi habitación.

—Bien, le acompaño a por ellas —le dijo mientras se ponía unos guantes de látex.

Pablo entró en su habitación seguido de De la Fuente, abrió la cómoda y extrajo dos sobres que le entregó al sargento. Las leyó y se las pasó a Posada. Ambas tenían la misma letra cursiva de la primera.

—Bien, y ahora que ya ha reconocido que ella tenía un amante o alguien que quería estar con ella de todas, todas, ¿nos quiere contar algo más? ¿O directamente pasamos a arrestarle como sospechoso por el homicidio de su mujer? ¿O como mínimo por entorpecer la labor policial?

Pablo, derrotado, les narró cómo había encontrado las cartas y sospechado que lo traicionaba con otro dejando bien claro que su descubrimiento había sido después de

su muerte. Nunca antes.

—¿Y el coche?

—El miércoles por la mañana, cuando iba a presentarme al Cuartel pensé en ir en coche. Lo fui a buscar donde recordaba haberlo dejado el día anterior y no estaba —contó desesperado mientras se frotaba la frente—. Ayer me lo encontré aparcado de nuevo en el puerto, pero yo no lo dejé ahí y tengo muy claro lo que hago —aseveró pese a que últimamente tenía sus dudas.

—¿Dónde lo tiene ahora?

—No lo sé —contestó apesadumbrado—. Esta mañana me fui a dar un paseo temprano y de nuevo no estaba dónde lo había estacionado.

Todo aquello era muy extraño. Él les había engañado, pero por algún motivo Posada le creía. La versión de que las cartas estaban guardadas en la caja fuerte y que por eso no se habían encontrado en las inspecciones realizadas le aportaba veracidad a su explicación. De la Fuente sin embargo no se fiaba tanto de las apariencias. En cuanto consideró que estaban suficientemente alejados de la casa como para que no le oyeran, comunicó al Cuartel la orden de búsqueda del coche y llamó a la juez para comentar con ella la situación y convencerla de que les permitiera pinchar el teléfono de Pablo. No era fácil fiarse de él cuando la mentira había formado parte de su relación. Lógicamente él tenía que hacerse la víctima y no tenía tan claro como Posada que no fuera culpable.

La llamada a la juez Carolina resultó infructuosa, ella estaba ocupada con una vista oral y hasta media mañana tenía la agenda repleta. Para el sargento dejar temas pendientes para más tarde era un verdadero problema, sobre todo por la costumbre de ir distribuyendo tareas entre él y su equipo sin dejar cabos sueltos. Y aquello era un cabo suelto del que tendría que ocuparse más tarde. Sin embargo, como De la Fuente era un hombre de recursos, no vaciló cuando pensó en que quizá el capitán volviese a echarles una mano yendo en persona a ver a la juez pese a que no era su cometido.

El capitán Naves colgó el teléfono felicitándose por la suerte que había tenido al disfrutar de una excusa tan verosímil como la de apoyar con su valía la investigación y utilizar aquello para reunirse una vez más con Carolina. En su despacho a puerta cerrada se permitió celebrarlo con un gesto victorioso.

La conversación les había llevado escasos minutos y De la Fuente, satisfecho, decidió retomar la visita a Aurora Amieva, la madre de Clara, que por la información que tenían estaba ingresada en la residencia de Celorio.

Antes de subirse al todoterreno el sargento recibió una llamada. Era de Herrera, que cumpliendo con la orden que él le había dado estaba en Póo investigando los alrededores del accidente, seguramente había descubierto algo.

—Sí.

—He encontrado el coche de Clara.

—No toque nada —le advirtió—. Enseguida llegamos. Bien Herrera. Buen trabajo.

De pronto un sonido la alertó. Estaba medio adormilada y se sentía confundida. Desconocía de dónde surgía aquel sonido, pero sabía que no pertenecía al mundo de los sueños en el que se había visto sumergida para su horror. Cuando por fin el sentido común aterrizó en su mente, rápidamente dedujo que lo que sonaba era su móvil. Echó a correr donde lo había dejado la noche anterior, que según recordaba era en la barra de la cocina, pero llegó tarde. En la pantalla vio su nombre y lo llamó.

—Buenos días —le dijo una voz alegre.

—Buenos días —contestó ella aún amodorrada.

—¿Qué tal has pasado la noche?

—Bien. Gracias —mintió.

—Me alegro, porque lo que vamos a hacer puede ser un poco agotador para alguien que no está acostumbrado.

—¿Cómo?

—Prepararé un picnic para comer a la orilla de la ría, pero antes vamos a montar a caballo. ¿No decías que te gustan desde siempre pero que nunca tuviste la oportunidad de montar? ¡Pues llegó tu momento! Paso por ahí hacia la una.

—¡Pero Paco! —protestó ella—. No puedo, lo siento —replicó.

—No te preocupes. Iremos poco a poco... —le contestó pensando que ella estaba preocupada por hacer de amazona.

—No de veras, no puedo.

Nora se negaba, pero no a montar a caballo. Se negaba a prolongar aquella relación que continuamente estaba alimentando y que ella no debía o más bien no quería permitirse.

—Tengo una consulta médica en el Hospital de Arriendas —mintió—. Y no puedo faltar. Lo siento.

—Bien, en ese caso... Necesitarás alguien que te lleve ¿no?

—No te preocupes. Tengo contratado un taxista al que le viene muy bien llevarme —mintió de nuevo.

—Bueno... pues entonces... hablamos más tarde. Suerte en la consulta —le dijo procurando que su tono de voz no mostrara decepción.

Durante el escaso recorrido que mediaba entre Llanes y Póo, intentaban encontrar una explicación que encajara con alguna de las conjeturas que habían barajado, reconociendo que aquello obedecía a algo que aún no eran capaces de identificar, era demasiada coincidencia. Herrera había encontrado el coche de Clara y Pablo aparcado enfrente del Centro de Artesanía ubicado a medio camino entre el paso a

nivel y uno de los bares a los que se dirigía a investigar.

—Esto sólo puede responder a que Alberto cogía el coche de Clara —dijo de repente De la Fuente—. Si hubiese sido Pablo el que hubiese conducido hasta aquí no tendría sentido que se hubiese marchado sin su coche.

—Tienes razón —reconoció Posada. Pero... ¿Por qué?

—No lo sé. Este caso es desconcertante...

Mientras hacían sus pesquisas, Posada se desvió a la izquierda, atravesó el paso a nivel y continuó en dirección a la población hasta llegar donde Herrera les estaba esperando.

A través de la ventanilla se veían las llaves puestas en el contacto y, en el suelo, varias botellas de *Jhonny Walker*. De la Fuente terminó de encajarse los guantes que Posada había repartido y abrió la puerta del conductor lentamente, concentrado, atento a cualquier imprevisto que pudiera surgir advertido por su desarrollado olfato policial. Sin tocar nada, se inclinó y observó el interior del coche con los sentidos a pleno rendimiento. El intenso olor a alcohol inundaba el habitáculo. Era lo esperado a tenor de las dos botellas vacías que a simple vista contabilizó.

—Herrera saque fotos desde distintos ángulos del interior y del exterior del coche. Posada, usted también.

A través del cristal transparente de una de las botellas que había en el suelo, algo llamó su atención.

—Posada, saque fotos aquí —le ordenó.

Mientras, él se hizo a un lado pacientemente.

—No se vaya —le indicó cuando ella finalizó.

Apoyándose en el asiento con las yemas de los dedos intentando cubrir el menor espacio posible, se inclinó aún más, separó la botella y cogió una pequeña pastilla blanca y redonda. Le dio la vuelta y leyó: 2,5 mg. Movié las otras botellas inspirado por lo que se gestaba en su mente, encontrando el blíster vacío de donde provenía aquella dosis.

—Posada...

No hubo falta de que él dijera nada más. Ella ya estaba sacando fotos antes de que él finalizara.

Volvió a esperar paciente mientras Herrera, que se había centrado en el mismo objetivo pero desde un ángulo diferente, y Posada realizaban su trabajo.

Cuando ambos finalizaron él lo volteó confirmando sus sospechas. Se trataba de Lorazepam, un ansiolítico que en dosis altas llevaba a la muerte.

La idea de que Alberto había matado a su jefa y después se había suicidado parecía obvia. Demasiado obvia. Era evidente que la escena representaba un suicidio, pero ¿lo era realmente? Esa era la pregunta que rondaba por la mente de los tres.

—¿Qué os parece? —preguntó De la Fuente con ganas de saber qué pensaban.

—No me gusta —soltó a bocajarro Posada.

De la Fuente se sonrió casi imperceptiblemente.

—¿Por qué no? —replicó Herrera—. Él no se lleva con su jefa, en un arrebato la mata, después se siente culpable y al no soportar la presión se suicida. No hay más secreto.

—Posada... —dijo haciendo clara alusión a que quería que rebatiese a su compañero.

—Lo que acabas de comentar puede encajar, pero... ¿Con quién se subió Clara en el coche? Ella discutió con Alberto y él se marchó antes de finalizar la jornada. No sería lógico que ella se subiera al coche con él sin más. Y si él no es el que la lleva, sino el que la sigue, ¿en qué momento entre la una y media y las tres de la mañana, le da tiempo a Alberto a matarla si ella se va con otro? Porque se supone que el que la acompaña no la espera para llevarla a casa y, de todas formas, si fuera así, ya que la acompaña a casa, esperaría a verla subir, ¿no?

La convincente explicación de Posada dejó sorprendidos a sus compañeros.

—Posada está en lo cierto. Yo creo que Alberto no la ha matado, sino que la ha seguido. Y más que un suicidio, pienso más bien que es un montaje para que lo creamos. Con la cantidad de pastillas que se supone que se ha tomado mezclado con el alcohol, ya es bastante para morir. Si Alberto quería suicidarse con hacer esto era más que suficiente, no hacía falta que descuartizara su cuerpo con el tren —matizó—. Herrera, llame a los del laboratorio de Gijón para que vengán a recoger el coche y tomar muestras.

—Sí sargento —respondió.

—Posada, dejé las fotos y vaya por el lado del copiloto. Vamos a ver si terminamos con la inspección.

El sargento accionó la palanca del asiento del piloto para moverlo hacia atrás.

—¡Esperé! —gritó Julia.

Entre el asiento y la palanca de cambio de velocidad asomaba algo. Posada echó un poco más hacia atrás el asiento del copiloto y lo vio. Era un móvil.

En cuánto tuvo las fotos suficientes, lo sacó con suma delicadeza y aún asombrada miró hacia De la Fuente.

Mientras esperaba a que sacara las suficientes fotos, el sargento había realizado una llamada, pero nadie descolgó.

De la Fuente llamó de nuevo ante la expectación de los otros dos y esta vez tuvo más suerte.

—¿Sí? —contestaron melancólicamente.

—Adriana, soy el sargento Javier De la Fuente. Siento molestarla pero necesito hacerle una pregunta.

—Dígame.

—¿Sabría decirme de qué marca es el móvil de Alberto?

—Un iphone 5.

Justo el que Posada tenía en la mano.

—Por casualidad no sabrá su contraseña ¿no?

—Sí. Es 120915, es la fecha en la que nos conocimos, 12 de septiembre de 2015 —añadió.

—Muchas gracias —respondió satisfecho.

De la Fuente sopesó por unos instantes si acceder al móvil o no. De hacerlo, tendría que quitarse los guantes para pulsar el código corriendo el riesgo de eliminar alguna huella. Tras unos segundos, decidió hacerlo. Era bastante improbable que alguien ajeno al propietario supiese la contraseña, salvo Adriana, y ella estaba libre de sospecha. Sin embargo aquel minúsculo aparato, recogería probablemente mucha información, más de la que cualquier usuario era consciente. Sin pensárselo mucho más, se quitó un guante, pulsó los números que Adriana le había dado y accedió al móvil. Seguidamente tocó el icono del *whatsapp*.

La intuición del sargento había dado en el clavo. Para su sorpresa el último era uno de voz dirigido a Adriana, no enviado a tenor del símbolo de exclamación encerrado en un círculo rojo que se veía al lado. El sargento tocó el triángulo que accionaba el mensaje.

—Adriana, seguro que no entenderás este mensaje, pero es que estoy muy nervioso porque voy a hacer algo para lo que no estoy preparado y necesito hablar con alguien. Si me pasara algo... dijo con la voz quebrada. —¡Dios mío ya está aquí! Si me pasara algo... ¡Dios mío, no recuerdo ni cómo se llama! Esto... sidra Hermanos Moreno, eso es, acuérdate Hermanos Moreno —repitió—. Te dejo. Te quiero.

De la Fuente pulsó otra vez en el mensaje. Todos en silencio, con los cinco sentidos puestos en lo que escuchaban comenzaron a cavilar hipótesis. Desde luego el suicidio estaba descartado.

Se sentía realmente mal. La mentira que le había contado a Paco le quemaba las entrañas y perforaba su mente. Nora creía que hacía lo correcto si dejaba de verse con él. Pero en aquella historia había un antes y un después que lo había cambiado todo. Antes lo correcto le daba la serenidad que tanto ansiaba. Después, en ese momento, no se la daba, sino que le aportaba una punzada adicional de desasosiego. Sentía profundamente haber traicionado a Paco, porque aunque él lo había disimulado, ella había percibido su desilusión y eso la apenaba profundamente. Ya no podía vivir solitaria, ajena a todo lo que le rodeaba, ajena a él.

Una vez más necesitaba espantar de su cabeza los remordimientos, aunque en esa ocasión, el motivo era muy diferente. Se sentó delante de su ordenador, entró en *internet* y buscó la canción que le liberaba de todos sus tormentos, a pesar de la melancolía que la embargaba escuchar a Bryan Adams. Puso el volumen a tope y se dejó llevar. Era su forma de llenar la mente con la melancolía, desterrando de esa forma los pensamientos que la torturaban. Con ello sufría también, pero ese sufrimiento aún lo soportaba. El otro ya no.

Después de un rato había logrado sustituir la desazón por la melancolía y la emoción que le transmitía el cantante.

Salieron de Póo en dirección a Celorio para realizar una visita a Aurora, la madre de Clara en la residencia de ancianos situada entre la entrada al pueblo y la carretera general, a escasos kilómetros. Nada más salir de Póo una larga recta con subidas y bajadas, ocultaban la carretera bordeada de una espesa arboleda que se inclinaba reverente sobre la carretera. Los árboles unían sus copas hasta formar una especie de bóveda natural, que les proporcionaba una deliciosa sombra.

Por el camino, De la Fuente llamó al Cuartel para ordenar a San Román que investigara la sidra Hermanos Moreno, seguro de que aquello tenía que conducirles a algo importante. De paso le ordenó que convocara a todo el equipo. Tenían que ponerse al día.

Aparcaron en un ancho de carretera justo enfrente de la entrada principal y se bajaron.

La cuidada entrada a la residencia denotaba la atención que debían de recibir los ancianos que estaban alojados.

—Buenos días —saludó De la Fuente con su embaucadora sonrisa.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles?

Tras las presentaciones oportunas, tuvieron que conceder a la recepcionista varios segundos para que superara el asombro y la expectación de estar ante los que llevaban el caso asesinato más sonado en los últimos tiempos. Ella, rápidamente, los había relacionado con los investigadores que mencionaba el artículo de El Comercio sobre el terrible desenlace de la hija de una de sus ancianitas.

De la Fuente prosiguió comunicando a la susodicha la importancia que para la investigación tenía, que la residencia les permitiera tener una pequeña entrevista con Aurora.

—Un momento, por favor —les indicó colaborativa.

La recepcionista descolgó el teléfono y tras una breve conversación con su interlocutor, les anunció que el gerente de la residencia quería verles.

—Sin problema —contestó De la Fuente con una mueca despreocupada.

La recepcionista les acompañó a través de una puerta que quedaba justo detrás de su puesto y tras golpear en otra, les hizo pasar a un diminuto despacho.

—Buenos días, soy Gerardo Álvarez, gerente de la residencia —se presentó.

De la Fuente volvió a hacer una vez más las presentaciones oportunas.

—Por favor —dijo ceremoniosamente mientras mostraba dos sillas al otro lado de su mesa para que ambos se sentaran—. Ella, seguramente, estará en su habitación —comenzó sin más preámbulos—. Hemos intentado ocultarle la información inventándonos una excusa para justificar que el martes no hubiese venido a verla —dijo dando a entender que estaba perfectamente informado.

—Pero, según tenemos entendido, tiene alzhéimer, ¿no? —interrumpió Posada algo contrariada.

—Sí, sí, pero su hija la adiestró para que todos los días, a primera hora de la mañana tachara el día en que estaba en un calendario y así supiera cuando venía a verla. Además, está en una fase muy inicial —aclaró—. Como de costumbre —prosiguió— esa mañana, en el desayuno, no paró de contar que venía su hija. Al principio cuando ella no llegaba, le dimos una excusa y ella se conformó, pero viendo que Clara ni tan siquiera la llamaba, siguió insistiendo. A nosotros nos extrañó, pero no podíamos hacer nada —se justificó—. El miércoles nos enteramos de todo por la prensa e intentamos engañarla diciéndole que Clara estaba enferma y que por eso no había venido. Pero, como les dije, su enfermedad no está muy avanzada aún, y a pesar de ella, se ha dado cuenta perfectamente de que algo grave pasaba. Desde que ingresó en nuestra residencia su hija no ha faltado ningún martes. Incluso ha llegado a venir estando algo acatarrada; cogía una mascarilla de las que utilizan en la cocina del restaurante y se la ponía sin dudar por eso de evitar el contagio —explicó sonriente recordando lo graciosa que se la veía—. Así que finalmente, hemos tenido que decirle la verdad a medias. Le contamos que había muerto en un accidente —comentó pesaroso—. Como comprenderán, ella se ha disgustado tremendamente. Sean comprensivos, no está para muchos trotes. Se ha quedado sola en la vida —reseñó lastimoso—. Sólo le quedan su yerno y su nieto que vienen muy de cuando en cuando a verla.

Posada y De la Fuente, que se habían mantenido en silencio escuchando atentamente la explicación que les daba el gerente, se daban cuenta de la delicada situación de la anciana.

—Descuide —contestó el sargento— nos hacemos cargo y le aseguro que no la molestaremos más de lo estrictamente necesario, pero es inexcusable que hablemos con ella.

—Bien, en ese caso, los conduciré hasta su habitación. Seguro que está ahí, no ha querido salir desde entonces. Y la verdad es que no la estamos obligando —aclaró.

Gerardo Álvarez les acompañó por amplios pasillos con evidentes signos de acondicionamiento a las necesidades especiales de los ancianos. A Posada le sorprendió el agradable olor a flores de azahar que se respiraba. El gerente se detuvo ante una puerta entreabierta, la golpeó y la abrió sin esperar respuesta.

Una cabellera canosa, cortada con perfecta rectitud por encima del hombro, sobresalía de un sillón arrimado a la ventana de la pequeña y sencilla habitación, en la que, además, se veía una cama de noventa acompañada de un par de mesitas a ambos lados. En una de ellas reposaba un reloj despertador de los de antes, un calendario y un rotulador rojo, todo escrupulosamente colocado.

—Buenas días Aurora. Estos señores que me acompañan quieren hablar contigo sobre tu hija —introdujo Gerardo Álvarez—. ¿Qué te parece?

Aurora volteó la cabeza para mirar a su improvisada visita con los ojos llorosos.

De la Fuente y Posada habían entrado tras el gerente situándose a la vista de la anciana. En su regazo observaron una caja del tamaño de una de zapatos forrada con papel de regalo deslucido que ella acariciaba sin cesar.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó prudentemente.

Ella movió la cabeza de arriba abajo lo que le dio pie a abandonar la estancia tras indicarle los nombres de la peculiar pareja, y colocar cerca de ella las dos sillas que la recepcionista había llevado, siguiendo las indicaciones del gerente, para que ellos se acomodaran.

—Aurora, no queremos molestarla —comenzó De la Fuente mientras se sentaba cerca de ella—. Sabemos que está pasando un mal momento, pero necesitamos información sobre su hija, es simple rutina —comentó intentando quitar hierro al asunto—. Si no le molesta vamos a grabar esta conversación, ¿está usted de acuerdo?

De la Fuente había decidido que, pese a que tenían que evaluar la información que la anciana les diese con sumo cuidado, debían seguir el mismo protocolo que utilizaban en todas las entrevistas. Era un procedimiento que le daba muy buen resultado y que aplicaba siempre que le era posible.

Tras su consentimiento, Aurora comenzó a narrarles una historia que los dejó perplejos. Aquello lo cambiaba todo y aquella caja que tan gentilmente les había entregado con la promesa de que se la devolverían era la prueba de ello.

Llanes, 1971

El verano había dado paso al otoño y el trabajo en el llagar aumentó exponencialmente hasta bien avanzado el mes de diciembre. Roberto había contratado a varios jornaleros para la recolecta de la manzana, pero la recepción de distintas variedades y la selección visual de cada una de las partidas para escoger las mejores, era cosa suya. Además sin un capataz que organizara el trabajo, él tenía que planificar y participar en el lavado, la trituración y el prensado. Y para colmo, parecía que Álvaro estaba más atolondrado que nunca y cometía errores casi de continuo, por lo que agradecía hasta que se mantuviese al margen y no participase en el día a día. Incluso para quitárselo de encima le encomendaba tareas insignificantes que él, por otra parte, realizaba sin protestar.

Todo ello sobrecargaba de trabajo y de preocupaciones a Roberto, que por aquel entonces, comenzó a encontrarse débil, a sentir pequeños mareos y hasta en alguna ocasión a percibir unas palpitaciones en su corazón sin causa aparente. Su salud no era la que siempre le había caracterizado. Incluso había perdido el gusto por la sidra que bebía prácticamente a diario con el fin de detectar cualquier defecto en el sabor con el transcurso del tiempo. Ya no disfrutaba ni de la comida ni del tequila con el que finalizaban Álvaro y él habitualmente.

Sin embargo, pese a que no se encontraba bien, continuaba manteniendo sus costumbres, sobre todo porque no quería mostrar la debilidad que padecía a su mujer ni a su hermano, ni al resto del personal. La única manera de imponer su criterio y de que todos supieran quién mandaba en la casona y en el llagar, era procediendo como lo había hecho hasta la fecha: severo e implacable. Sin piedad. Y eso era imposible si se mostraba endeble.

Mientras charlaban con la adorable anciana, De la Fuente notó la insistencia del zumbido de su móvil en el bolsillo del pantalón, pero la revelación que Aurora les estaba ofreciendo relegaba lo demás, fuese lo que fuese, a un segundo término. Su cerebro, que trabajaba a gran velocidad, olvidando por completo aquella persistente llamada.

Al salir con Posada al volante en dirección al Cuartel, y el alma en vilo por la jugosa información que habían escuchado de boca de Aurora, abrió la caja. Mirando ensimismado el contenido, intentaba encajar toda la información que tenían. En su cabeza parecía que la respuesta quería emerger, pero algo la retenía. Y se inclinaba a pensar que las pistas que Aurora les había proporcionado eran fundamentales para que todo terminara de encajar...

El Cuartel era un hervidero de actividad. Aquella energía motivaba la inquieta

mente de Posada y más aún la de De la Fuente. Él avanzó seguro de a dónde quería ir seguido de ella, sin tan siquiera saludar a su llegada.

—López, ¿ha revisado los movimientos bancarios?

A López aquella pregunta lo cogió desprevenido.

—Aún no he llegado a eso. Estoy enzarzado con las llamadas de fijo y móvil. San Román está con ese tema —se excusó.

—Bien. Deje lo que está haciendo y solicite al registro una relación de nacimientos en diciembre de 1971 y también de defunciones. Es muy urgente —ordenó.

—¿De 1971? —preguntó perplejo.

—Sí. Eso es —confirmó mientras daba media vuelta y se marchaba.

De la Fuente atravesó el pasillo a grandes zancadas hasta llegar a la entrada, pero San Román no estaba. En su lugar había un guardia que De la Fuente no conocía.

—¿Y San Román?

—Está en una de las salas, con el papeleo.

El sargento arrancó veloz hacia una de las salas. Si su intuición no le engañaba, sabía en cuál estaba. Sólo había dos y una estaba acaparada por él, así que era lógico que Pili estuviese en la otra. Abrió la puerta de sopetón y allí estaba.

—¿Averiguó algo de la sidra?

—Esa sidra ya no existe.

—¿Está segura?

—Sargento, me conozco todas y cada una de los lagares buenos, malos y regulares en cincuenta kilómetros a la redonda y he probado todas y cada una de las clases de sidra que tenemos. Y sí, estoy segura. No existe.

—Pues rabile por *internet* a ver si averigua algo. Es muy importante San Román. ¡Ah! Y encargue unas pizzas o unos bocadillos donde quiera y que nos los traigan si puede ser. Hoy va a ser un día muy largo...

—¡Sargento! —oyó de lejos.

De la Fuente miró hacia el lugar donde lo reclamaban, descubriendo muy a su pesar que de nuevo era el capitán quién le reclamaba.

—Le he llamado en reiteradas ocasiones. ¿Dónde cojones tiene el móvil?

—Disculpe mi capitán. Lo tenía sin sonido —justificó.

—¡Pues mal hecho! —contestó enfurecido—. He dejado en su mesa la orden judicial para pinchar el teléfono de Pablo.

—Gracias, pero siento decirle que ya no es necesaria mi capitán.

—¿Cómo?

—Está mañana han cambiado mucho las cosas. Creemos que Pablo no es sospechoso. Y posiblemente tampoco lo sea Ángel. En realidad ninguno es sospechoso salvo el conductor del coche, el Golf que recogió a Clara. Pero aún no sabemos de quién se trata.

—¿Qué me está contando? ¡No entiendo nada!

—Si me lo permite, en cinco minutos tendré una reunión con todo el equipo para comunicar lo que hemos averiguado esta mañana. Le aseguro que no tiene desperdicio. Me encantaría que asistiera a ella, pero si le es imposible asistir o lo prefiere, podemos mantener una reunión en su despacho una vez haya planificado con mi equipo los siguientes pasos. Estamos en un momento crucial.

El sargento no quería que el capitán se sintiese relegado al último lugar, pero no le quedaba más remedio que emplazar su reunión a un poco más tarde si quería que su gente avanzase en la investigación.

—Podrá dedicarme cinco minutos ahora ¿no cree? —rebatía iracundo—. He quedado con la juez en que la informaría de todo antes de comer, así que pase y cuénteme como vamos —ordenó algo más tranquilo—. Mientras no tengamos al sustituto del jefe de la Policía Judicial, yo soy su enlace —soltó orgulloso y satisfecho.

—Por supuesto.

El sargento entró en el despacho del capitán y le resumió los avances del caso.

En la tranquilidad de su improvisado despacho, De la Fuente volvió a abrir la caja. Se permitió un instante en el que admiró la delicadeza con la que habían sido guardados durante tantos años, envueltos con aquel bonito lazo de color rojo. Extrajo con cuidado alguno de los sobres. Uno a uno fue abriéndolos y leyendo las escuetas felicitaciones escritas con perfecta caligrafía cursiva. Aquella era la misma letra de las cartas que Pablo les había ocultado.

Una vez reunidos en la sala con un café humeante en las manos que, como de costumbre, había hecho Pili, esperaron hambrientos a que llegaran las pizzas que habían encargado. Mientras, De la Fuente aprovechaba el tiempo preparando su exposición. Quería que fuera completa y había demasiados detalles como para no revisar aquel entramado todo cuánto pudiera. Con ello, el sargento dispuso de más tiempo del que necesitaba, llegando a impacientarse por aquella inútil pérdida de tiempo a la que se veía obligado, aunque para él era preferible eso que no verse interrumpidos en medio de la reunión. El resto estaban igualmente expectantes ya que, a pesar de sus reiterados intentos, Posada no había desvelado a sus compañeros, ni tan siquiera a la insistente San Román, el bombazo que habían escuchado aquella mañana de boca de Aurora Amieva. De la Fuente sería el emisor de aquella noticia.

No se iba a andar con chorradas. Tenía una información demasiado sustanciosa como para que no justificase una llamada a su Señoría. Y viendo la hora que era, le propondría una comida de trabajo. De esa forma, a ella le sería difícil negarse. Pero en caso de que ella no aceptase, su ego estaría a salvo, porque ella solamente habría declinado una comida de trabajo.

Cuando cogió el móvil y vio el nombre de Carolina, tras pulsar en llamadas recientes, el hormigueo que percibía en el estómago cada vez que pensaba en ella se

incrementó. Ella no atendió la llamada.

La cabeza de Naves comenzaba a fraguar el pesimismo, cuando le llegó el sonido de un *whatsapp*. Era de ella.

reunida

descubrimiento muy importante. Nuevo móvil

????

Se lo cuento comiendo. Luego no puedo

Ella tardó un rato en contestar, llegando a desesperar a Naves.

Pase por el juzgado

A la postre, había acertado con su maniobra. Tenía lo que quería...

En cuánto llegó el mozo con el encargo y todos empezaron a dar cuenta de las pizzas, el sargento comenzó sin demora comentándoles ampliamente su parada en Póo tras el hallazgo del coche de Clara.

—Es decir, que Alberto fue asesinado. Aunque intentaron hacernos creer que se trataba de un suicidio, él mismo nos dejó la prueba de que no era su intención. Lástima que no nos dijera el nombre de la persona con la que se iba a citar, porque de ser así nos lo hubiera puesto muy fácil. Pero al menos sabemos que está relacionado con la sidra Hermanos Moreno. Supongo que desde que hablamos no hay ningún avance ¿no? —preguntó mirando a San Román.

—Pues siento decirle que no, sargento. Me ha dado tiempo a navegar un poco por *internet*, pero hasta ahora no he encontrado nada. Lo que sí le aseguro es que no es una sidra que exista ahora mismo en el mercado.

—Bueno, quizá siga existiendo pero con otro nombre —apuntó Posada.

—No descarte esa opción San Román. Cuanto menos estúdiela, es interesante —aclaró De la Fuente sin querer alabar la aportación de Posada ante la suspicacia que se había levantado a su alrededor—. Quiero que centre todos sus esfuerzos en este asunto. Como ve es de suma importancia.

—Sí, sargento.

—Es decir, que Ángel y Pablo quedan fuera de sospecha, ¿no?

—Pues sí. Al menos de la muerte de Alberto. Si hubieran sido ellos, él los hubiera reconocido...

—Claro —respondió Herrera con una mueca de afirmación marcada en su rostro.

—Por otro lado, hemos visitado a la madre de Clara en la residencia de ancianos... —dijo el sargento cambiando de tema—. A raíz de la información que ella nos ha dado esto ha dado un nuevo giro.

Todos se mantenían expectantes deseando conocer cuál era esa información que tanto influía en la investigación.

—En realidad ella no es su madre biológica —soltó.

Las caras de extrañeza, el asombro y el momentáneo silencio de unos y otros daban muestras de la maquinación que todos, sin excepción, estaban realizando, intentando encajar las piezas del puzle.

De la Fuente continuó.

—Aurora nos ha desvelado algo que enfoca este asunto desde otra perspectiva. Hemos grabado la conversación, os la voy a poner y luego hablaremos de cómo reorientar la investigación.

El sargento presionó la App del móvil, lo dejó en la mesa en la que estaba apoyado y con los brazos cruzados se mantuvo atento escuchando, una vez más, la voz lenta, temblorosa y raspada de la anciana.

—Clara, mi Clara —sollozó— mi dulce niña... La encontré hace casi cuarenta y cinco años. Lo recuerdo como si fuera ayer... aquella noche lloviznaba sin parar y el sonido del viento que arreciaba era lo único que se escuchaba. Eso y el humilde llanto de un bebé. Al principio pensé que eran imaginaciones mías... tenía tantas ganas de tener una niña... y yo no podía ¿sabe? No podía... Llevaba cinco años casada y los hijos no venían... y aquel llanto... Me dejé guiar por él hasta el soportal de la Basílica de Santa María del Concejo. Y allí estaba. Dentro de un cesto envuelta en una mantita...

Las lágrimas arrollaban por el rostro de la anciana y la voz se le quebró. Con una mano temblorosa se sujetaba la cabeza y con la otra arrastraba el pañuelo de tela que tenía entre sus manos, por los empequeñecidos y gastados ojos.

—¿Quiere un poco de agua? —se oyó decir al sargento.

La anciana bebió del vaso que él le daba. Algo más sosegada miró a De la Fuente con aquellos vidriosos ojos de color indefinido.

—Tómese el tiempo que necesite... no tiene prisa.

Era tan bonita —continuó— era el bebé perfecto con su tez blanca... y tan pequeña... la cogí en cuello y en aquel momento ya la quise con toda mi alma, supe que aquella niña era mi niña, que me la había enviado Dios y que yo debía ser su madre. Era 15 de diciembre, un regalo de Navidad. Dios había respondido a mis plegarias... Me la llevé a casa y cuando entré y José escuchó el llanto de aquel bebé, se me quedó mirando, se acercó al cesto y en su cara vi que él iba a ser un buen padre para ella... Él deseaba ser padre, tanto como yo madre. La abrazó, mientras fui a por algo de leche para alimentarla, con tanto amor... Ninguno de los dos sabíamos cómo hacer, pero conseguimos darle de comer y ella se tranquilizó... era tan buena... y siempre lo fue... —contó emocionada—. Los dos lloramos de alegría mientras la abrazábamos porque por fin íbamos a ser una familia, lo deseábamos tanto..., teníamos tanto amor que darle... Entre los dos decidimos que aquella niña sería nuestra y nadie nos la iba a arrebatar. Y si queríamos que no nos la quitasen y que todos creyesen que era nuestra, teníamos que marcharnos de Llanes. Pero José era marinero, pescar era lo único que sabía hacer y necesitábamos el dinero que él ganaba; y más con una niña a la que cuidar. Así que acordamos que yo daría la

excusa de tener que cuidar a una prima, me iría por un tiempo con la niña y él seguiría viviendo en Llanes, enrolándose en el barco pesquero como había hecho siempre. Durante tres días me dediqué a despedirme de la gente del pueblo y a fingir que me encontraba cansada y algo desganada, para que cuando regresase con ella todos creyesen la mentira.

Aurora se detuvo por unos instantes. Necesitaba tranquilizarse para seguir con su historia... Sus recuerdos eran tan intensos...

—Alquilamos una pequeña casita en Las Regueras. Era el sitio perfecto, rodeado de naturaleza con sus montañas y enormes extensiones de verdes praderas. Estaba muy cerca de Oviedo, lo que facilitaba que José pudiera venir a vernos. Pero a la vez parecía ubicado a miles de kilómetros del resto del mundo. Las Regueras nos aportaba algo muy importante para nosotros: la seguridad de la vida en el campo lejos de la ciudad en la que alguien pudiera reconocernos, nunca se sabe —matizó—. En el pequeño jardín que teníamos planté lo que me pareció más necesario. Nos alimentábamos del pescado que me traía José cada vez que venía a vernos y de lo que nos daba el huerto. Como teníamos pescado en abundancia, hacía trueque con los vecinos. Lo cambiaba sobre todo por carne, por leche y por huevos. Aquella época fue muy feliz pese a que estábamos separados. Allí hicimos buenos amigos, eran buena gente y nos acogieron tan bien, que al poco éramos como de toda la vida... Guardo tan buenos recuerdos... —rememoraba con nostalgia—. Nos dio mucha pena marchar, pero cuando Clara tenía algo más de un año, José y yo decidimos que ya era hora de volver, ya no queríamos seguir separados. Él quería ver crecer a su hija y estar conmigo, así que regresamos y presentamos a Clara. Como ella era pequeña para su edad sólo tuvimos que fingir que tenía unos meses menos para que si alguien hacía cálculos no sospechara, así que pensamos que la fecha de su cumpleaños sería el 15 de julio, siete meses después de su nacimiento.

Fuimos dichosos, la vida nos había regalado aquella preciosa niña y los tres estábamos felices. Hasta que el 15 de diciembre del año en que Clara cumplía los dieciocho años, comenzaron a llegar...

La anciana abrió la caja que tenía sobre su regazo y sacó un fajo de cartas atadas con un lazo rojo.

Y cada 15 de diciembre llegaba una. Nadie, salvo nosotros, conocía esa fecha. Nadie..., salvo sus verdaderos padres —dijo con la voz entrecortada por el llanto.

Con la primera nos pusimos muy nerviosos. No teníamos miedo de que nos acusaran de robar a Clara, ella estaba abandonada, pero teníamos miedo de que sus verdaderos padres la quisieran recuperar. Y entonces, ¿qué sería de nosotros?

Con incesantes lágrimas de aquellos entristecidos ojos arrollando por aquella dulce anciana, Aurora quiso continuar, pero el llanto y la angustia se lo ponían difícil.

Cada año Clara recibía una carta felicitándola por su cumpleaños. Con el tiempo, viendo que solamente se trataba de recibir cartas nos tranquilizamos, yo me encargaba de estar pendiente del correo y de esconderla. Mi hija nunca supo de la

existencia de estas cartas ni de que era adoptada. Cuando ella se casó y se fue a vivir con Pablo, yo conseguí una copia de la llave de su buzón. Quién sea que le enviara las cartas dejó de hacerlo en mi casa y comenzó a enviarlas a su nueva dirección. Yo las he cogido hasta que vine a vivir a la residencia; no quería ser una carga para mi hija. —Aurora se secó las lágrimas y continuó—. Mi memoria me falla tanto que hasta me olvidé de las cartas, pero en cuanto me dijeron que ella había tenido un accidente, supe que algo había pasado. No suelo leer el periódico, en general son malas noticias y hace tiempo que he decidido que no quería conocer la maldad que hay por el mundo. Pero el miércoles lo hice. Leí la noticia, así que sé que la han matado y por eso les cuento toda esta historia, porque el que le haya hecho eso a mi niña, tiene que pagar su culpa. Era lo único que me quedaba, ya no tengo a nadie, José murió hace tres años y ahora Clara ya está con él, ya no va a venir a verme. Ya no me queda nada...

La tensión que se respiraba tras la visita de la Guardia Civil era palpable. Nico no estaba listo para acudir al tanatorio con su padre, y Pablo estaba furioso porque le hubiesen acusado de matar a su mujer y más porque Nico se lo creyese. Sin embargo, la situación había llegado a un extremo tal que ninguno de los dos resistía hablar de ello, habían tocado fondo. Pablo decidió no ahondar en sus diferencias con su hijo y Nico aceptó de buen grado el mutismo de su padre.

Cuando por fin bajaron a la calle, un taxi los estaba esperando desde hacía un buen rato para llevarlos al tanatorio. Estaba situado a las afueras de Llanes, en la entrada este y en coche no llevaba más de cinco minutos, pero andando les llevaría unos veinte. Pablo tenía miedo llegar tarde...

Atravesaron la acera e iban a subirse al taxi, cuando una voz les detuvo. Lara estaba apostada en las cercanías de su portal desde que le había llegado el chivatazo de la incineración de Clara.

—Siento mucho lo ocurrido —dijo procurando que su rostro transmitiera compasión.

—Gracias —contestó Pablo sin mirarle a la cara.

—¿Se sospecha de alguien? —preguntó ella mientras caminaba a su lado.

—¿Por qué me hace esa pregunta? —respondió iracundo recordando las palabras del sargento aquella misma mañana—. ¿Es usted periodista?

—El pueblo tiene derecho a saber lo que ha pasado, ¿no le parece?

—¡Déjenos en paz! —gritó mientras empujaba a su hijo al interior del vehículo.

El incómodo silencio del interior del taxi tras la escena que habían vivido, había empujado al conductor a pisar el acelerador llevándolos a más velocidad de la permitida. Posiblemente quería librarse de su embarazoso pasaje.

Al llegar el aparcamiento estaba prácticamente vacío y la soledad del lugar lo impregnaba de desolación. Solamente había un coche que probablemente pertenecía a

algún trabajador del tanatorio.

Pablo resopló fuertemente antes de entrar, viendo a través del cristal de la entrada que ya los estaban esperando.

Mientras De la Fuente pulsaba la aplicación del teléfono para detener la grabación, el silencio reinó en la sala. La conmovedora historia de Aurora y el palpable sufrimiento de la anciana les habían dejado turbados.

El móvil de De la Fuente comenzó a zumbear encima de la mesa. Él echó un vistazo a la pantalla para ver de quién se trataba y cortó la llamada. En ese momento se percató de que tenía otra pendiente. Y esa le preocupaba. Pero volvió al caso y a la reunión.

—Está claro que la truculenta historia que nos ha relatado Aurora, dispara el caso hacia un horizonte muy diferente al que estábamos trabajando. Esta carta —dijo mientras arrancaba el portátil— es casi al cien por cien la última. La encontró Pablo en el despacho de Clara antes de que recibiéramos la llamada de alerta que dio el turista, es decir, el martes a primera hora de la mañana. Todos dedujimos erróneamente que, por la carta que nos mostró Laila, Clara tenía un amante o cuanto menos un admirador. Pero esa carta es de su padre o de su madre biológicos, porque es el mismo tipo de letra del resto de las cartas que Aurora ha guardado y nos ha entregado. La letra es inconfundible. Y si la leéis de nuevo, veréis que se trata de una cariñosa carta de un progenitor a su hija. Es más, por la caligrafía está claro que estamos buscando a una persona muy mayor, anciana. Probablemente vinculado a la sidra que Alberto comenta en su mensaje.

—Pero... ¿Qué tiene que ver con el homicidio?

—Aún no lo sé. Me cuesta creer que siendo su padre o su madre la hayan querido matar, pero alguna vinculación tiene que tener. Lo que sí sabemos es que la muerte de Alberto está relacionada con alguien vinculado a esa sidra. Y que, el que lo mató muy probablemente mató también a Clara. Necesitamos saber quiénes son los verdaderos padres de ella porque estoy convencido de que algo tienen que ver con todo este misterio.

—¿Alguno pudo ser el conductor del Golf? —preguntó López.

—Puede ser, pero me extraña. No es un coche propio de alguien mayor.

—Y entonces Pablo, Ángel y Alberto ¿dejan de ser sospechosos? —preguntó Herrera.

—Pues por lo que aparenta, sí. Parece ser que Pablo desconocía la existencia de las cartas. Su versión encaja bastante bien con lo que nos contó Aurora —aclaró—. Por otro lado, es probable que quién siguió al Golf fuera Alberto. Pablo nos dijo que no sabía dónde estaba su coche y el que apareciera cerca de las vías en Póo, indica que fue Alberto quién lo usó, además allí estaban las botellas con las que se supone que se emborrachó. Y en cuanto a Ángel, creo que no pinta nada en todo esto.

—Volvemos a empezar... —dejó caer López con una buena dosis de pesimismo.

—Sí López, volvemos a empezar pero sabemos por donde tenemos que avanzar —dijo De la Fuente con ganas de continuar con la investigación—. San Román, quiero resultados. Si no encuentra nada en *internet* habrá que acercarse a la biblioteca a ver si hay algún libro que recoja algo sobre los lagares o sidras, en principio del concejo. López, como le dije necesitamos los nacimientos de 1971. Céntrese en el mes de diciembre. Si no encuentra nada, ampliaremos el rango de búsqueda. Lo mismo le digo para las defunciones. Es una aguja en un pajar, pero necesitamos saber el nombre de los padres de Clara si queremos avanzar con la investigación. Herrera, ¿ha descubierto algo más en Póo?

—No señor. Ambos bares estaban cerrados ese día. Uno por vacaciones y el otro por descanso semanal. No encontré ningún testigo.

—¡Muy listo! —exclamó De la Fuente en voz alta sin pretenderlo—. Bien, en ese caso, vamos a regresar a la ensenada. Usted, Posada y yo. Intensificaremos el sondeo... Lo que tenemos claro es que ella se subió al Golf y que al poco estaba muerta. Desde algún sitio tuvieron que tirarla al mar, así que hay que ampliar la zona de búsqueda y finalizar con los que estaban pendientes de su primera incursión. Haremos círculos concéntricos para llevar un orden. Me reuniré con ustedes para marchar en cuanto haga un par de llamadas.

Aquella llamada le había supuesto un vuelco en el corazón. Él no había tenido la voluntad de borrar su número, ni tan siquiera la de bloquearla. Y en aquel momento se arrepentía. Porque casi prefería desconocer que ella lo llamaba y devolver la llamada como si tal cosa, sin pensarlo demasiado y, sobre todo, sin recordar. No quería saber nada de ella, pero el hecho de no haberla eliminado del todo de su vida le daba los indicios suficientes para saber que eso se debía a algo. Hacía más de un año que De la Fuente no sabía nada de su ex mujer; desde que se había marchado de casa y la había encontrado medio desnuda con otro, no habían vuelto a hablar. Y en aquel momento cuando había conseguido olvidarla e iniciar una relación con Posada, ella volvía a inmiscuirse en su vida. Podía no llamarla, pero no quería. Algo en su interior necesitaba escuchar su voz. Así que instintivamente sin haberse concedido mucho tiempo para meditarlo, pulsó en su número. Ella contestó casi de inmediato.

—Hola.

—¿Qué quieres María?

—Te echo de menos.

—¡Ah! ¿Sí? Haberlo pensado mejor.

—Tienes razón. Me equivoqué y no volverá a ocurrir. Lo siento de veras. Te echaba de menos y me sentía sola. Y como una idiota me lancé a los brazos del primero que pasó por delante. Pero nunca lo quise ni querré a otro. El tiempo me lo ha confirmado. No he dejado de pensar en ti ni un día.

—Mi trabajo no ha cambiado María, sigo teniendo que viajar, así que seguirías estando sola.

—Lo sé. Pero me he dado cuenta de que te quiero tanto que no puedo estar sin ti. Lo soportaré mucho mejor que esta maldita soledad.

—¿Y él? ¿Ya te has cansado de él?

—Él nunca ha significado nada para mí. Lo he apartado de mi vida. No lo he vuelto a ver desde... —ella se cayó a sabiendas de lo que le dolía a De la Fuente recordar aquel tortuoso día—. Y tú ni tan siquiera me has pedido el divorcio y ya ha pasado mucho tiempo. Eso significa algo Javi.

—Sí, eso significa algo...

Hizo la otra llamada que tenía pendiente ansioso por recibir buenas noticias.

—¡Ya era hora! —le dijo la otra voz.

—¡Pertierra! Cuéntame algo interesante.

—Dalo por hecho. Hemos analizado los correos de Clara y hemos encontrado uno que no tiene desperdicio. Es una respuesta de su banco, del Santander.

—¿Y? —preguntó De la Fuente en ascuas.

—Pues que en él le adjuntan un Plan de ahorro y capitalización por importe de 156.000 euros.

—¡Menuda cifra!

—Han realizado imposiciones por importe de 6.000 euros.

—No me lo digas, todos los 15 de diciembre desde hace veintiséis años.

—Eso es, ¿cómo lo sabes?

—¡Pertierra! ¿Crees que aquí no realizamos nuestro trabajo? —respondió con sorna.

—Está claro que sí.

—¿Sabemos el nombre de quién las realiza?

—No. Tendrás que sonsacar al del banco...

—Mil gracias Pertierra. Te debo una. Esta información es crucial en la investigación.

—En ese caso cuando vuelvas por Gijón me debes una copa en Fomento.

—Eso está hecho.

Estaban cerca, lo presentía...

Al llegar al juzgado, la secretaria de Carolina lo había dejado de piedra con su pregunta:

—¿Cuatro estaciones, marinera, vegetal...? Ella ya ha escogido...

—La misma que ella —respondió atolondrado.

—Bien. Espere cinco minutos. En cuánto ella esté libre le aviso.

En pocos minutos estaba sentado en el despacho de Carolina. Un muchacho llegó con las pizzas, las comieron y se despidieron. Pero entretanto él le había contado los avances de la investigación.

La comida con la juez había sido de las más rápidas que había tenido en toda su vida. Ni en su época de opositor, en plena vorágine de exámenes, había comido tan rápido. Ella aún tenía muchas horas de trabajo por delante; en un juzgado nunca estaban las cosas al día, pero ella insistía en esa misión imposible. Y él tenía que fingir que tenía tanta prisa como ella.

Sin embargo, había sido un momento mágico para él. Y eso no tenía precio, pese a que las pizzas no le gustaban, y que para él la hora de la comida era sagrada. Incluso le había parecido que ella dejaba a un lado su frialdad y que tenía con él una postura menos a la defensiva. Eso había dado alas a su imaginación.

La llamada al director del banco había resultado infructuosa; él estaba de vacaciones. Y aunque el amable empleado que le atendió prometió localizarlo con celeridad, De la Fuente estaba, aún así, molesto por tener que esperar. Sobre todo por la importancia que tenía para la investigación la información que les pudiera dar. O quizá lo que le pasaba era que se sentía incómodo por la comprometida situación en la que se veía inmerso tras la llamada de su ex. Ella tenía razón en una cosa, estaban separados, pero no divorciados. Y ni él ni ella habían dado muestras de querer dar el siguiente paso. Él nunca había pensado en ello. Incluso había dado a entender a Posada que su relación con su ex estaba zanjada, pero ahora le surgían dudas. ¿Realmente era así? Y si la respuesta era sí, ¿por qué diantres no había solicitado el divorcio?

Mientras acudió en busca de sus compañeros, procuró zanjar los pensamientos de su vida privada y el malestar que le generaban las dudas y que quebrantaban el sosiego que le había costado tanto alcanzar.

Posada se subió rápidamente al todoterreno con la celeridad que le imprimía el sargento, percibiendo en sus ojos una expresión extraña que no había visto hasta entonces.

Durante más de dos horas estuvieron preguntando por las calles y picando en las puertas de las privilegiadas casas que miraban hacia la ensenada con la esperanza de que alguno de los vecinos hubiese visto u oído algo. De la Fuente empezaba a sospechar que aquello era una pérdida de tiempo hasta que le sonó el móvil.

—Dígame Herrera.

—No estoy seguro de que sea algo importante, pero como dijo que lo llamásemos hasta por lo más insignificante...

—Herrera ¿dónde está?

—En Barro al final de la calle perpendicular a la general, la que bordea la ensenada. Justo enfrente del cementerio, al otro lado de la ría —aclaró.

—Estoy muy cerca de usted. Venga hasta la general y nos vemos en un minuto. ¿Y Posada? ¿Sabe dónde está?

—Sí. La estoy viendo.

—Pues avísela y que venga también.

Caminaron bajo el implacable sol deseando que llegara la bolsa de aire frío que se descolgaba del norte y que en el pronóstico del tiempo de los informativos ya habían avanzado para el día siguiente.

Mientras se dirigía a su encuentro, el móvil del sargento volvió a sonar. Observó por escasos segundos la pantalla, pero rápidamente descolgó ansioso por escuchar las buenas noticias que aventuraba: habían localizado a Juan Velasco, el director del banco y en media hora los esperaría en la oficina. De la Fuente, eufórico, se acercó a Herrera con una sonrisa en el rostro.

—Cuénteme...

—He estado con una mujer de unos treinta y pico: Nora Cué. Una chica solitaria que vive en una de las casas que linda con la ensenada y con una vista prodigiosa de toda su costa.

—¿Y?

—Ella dice que no vio nada y que no sabe nada, pero me ha resultado extraño que tuviera infinidad de arañazos por las piernas y por los pies, sobre todo cuando le pregunté cómo se los había hecho. Me comentó que caminando por el monte, pero después de vacilar mucho, y además no supo decirme cuál en concreto. Me resultó extraño —dijo como disculpándose, pareciéndole una tontería según lo contaba.

—Bien, puede ser interesante... Sobre todo porque parece que no decía toda la verdad ¿no?

Viendo la reacción del sargento, Herrera se animó a contar lo que López se había callado en la reunión y que a él sí le parecía, por lo menos, interesante.

—No. Pero además hay otra cosa... El otro día cuando fuimos por las casas próximas al puerto, hubo un señor que nos contó algo muy extraño... Alguien le robó un par de playeros que había dejado en el exterior de su casa, por el olor, ya sabe. Al día siguiente se los devolvieron. Él no podía dormir pensando en que entraban en su propiedad y se quedó vigilando en una hamaca que tiene en el porche. Quedó adormilado pero no lo suficiente como para no enterarse de que se los devolvían. La llamó pero ella echó a correr como alma que lleva el diablo.

—¿La llamó? —dijo De la Fuente recalcando «la».

—Sí. Era una chica. Acompañada de un perro.

—¿Podía ser esa tal Nora? —intervino Posada.

—Pues... posiblemente, porque el señor no la pudo ver en la oscuridad de la noche pero dijo que era una chica menuda y de larga melena. Y esa descripción coincide con Nora. Y además tiene perro.

—Bien Herrera. Siga indagando por el resto de casas que nos quedan pendientes. Posada y yo regresaremos a Llanes, nos está esperando el director del banco —aclaró

— luego volveremos aquí. Quiero hacer una visita a nuestra chica misteriosa. Llame al Cuartel y que alguien investigue sobre ella.

El Santander estaba ubicado en los bajos de uno de los edificios más singulares de la villa.

La silueta del director de la oficina se entreveía a través del cristal biselado del único despacho que había y que, se distinguía desde la entrada a la sucursal. La entidad estaba atestada de público que aprovechaba la apertura del banco un jueves por la tarde para resolver sus asuntos. Posada y De la Fuente esperaron pacientes a que alguno de los empleados quedara liberado del cliente al que estaban atendiendo. Ellos tenían prisa, pero asaltar sin más al director no era su forma de proceder. No obstante, la presencia de Posada acompañada de alguien a quién ninguno ponía cara, alertó a los empleados, y provocó algún que otro cuchicheo entre los que, aburridos, estaban haciendo cola en la ventanilla. Todos los presentes habían leído o escuchado algo del misterio que envolvía la muerte de la propietaria de uno de los restaurantes mejor considerados del pueblo. Era imposible no estar al tanto, porque además en la prensa regional, en la nacional e incluso en los noticiarios de casi todas las cadenas de televisión, se había mencionado algo de la investigación. Unos más y otro menos, pero todos trataban el tema.

El que estaba sentado en la mesa más próxima a la entrada, se disculpó ante el cliente que estaba atendiendo y descolgó el teléfono para alertar al director. En pocos segundos Juan Velasco se acercó a ellos y los condujo a su despacho.

La colaboración del director había sido plena, máxime tras mostrarle el mandamiento judicial que Posada llevaba a buen recaudo.

Juan tenía muy fresca la información que solicitaba el sargento, sobre todo, porque él se había encargado personalmente de enviar a Clara el mail con el contenido del Plan de ahorro, siguiendo las oportunas órdenes de su cliente.

El director se lució con todo tipo de detalles respondiendo sin dudar al bombardeo de preguntas del sargento y la cabo. Ambos estaban eufóricos: sabían quién había realizado las imposiciones a nombre de Clara y no sólo eso, además tenían su dirección.

Llanes, 1971

Pese a su marcado carácter, Roberto era cobarde. Y su cobardía le impedía consultar al doctor ante el temor de que tuviera algo incurable, porque con el tiempo los síntomas iban a más.

Con el deterioro de su salud, el mal humor se agudizó. Seguía desahogando su ira contra ellos dos como siempre, pero les infligía las palizas con menos fuerza y las noches las pasaba casi todas descansando en su habitación.

En cuestión de meses, su salud se vio seriamente deteriorada. Dolores se convenció de que realmente estaba enfermo, cuando las nauseas comenzaron a ser continuadas y su debilidad era patente, no sólo para ella, sino también para todos los que por uno u otro motivo, trataban con él.

Finalmente, él aceptó la idea de acudir a la consulta del doctor. Pero tras varias visitas, ni él ni otros colegas con los que había consultado el tema fueron capaces de emitir un diagnóstico. Solamente le podían decir que se trataba de una enfermedad desconocida para ellos que, poco a poco, le estaba arrancando su vitalidad.

Con todo, Dolores había ganado algo de libertad pese a que no se separaba de él y se encargaba, incluso, de prepararle la comida que los doctores habían recomendado para aplacar su malestar. Pero él necesitaba medicamentos, y ella acudía regularmente a la farmacia de su padre para hacerse con los que iban recetándole y que, principalmente, le evitaban los desagradables e incesantes ataques de náuseas y vómitos. Con ellos únicamente aminoraba sus síntomas, porque realmente, no eran capaces de encontrar la cura.

Dolores se sentía dichosa por la oportunidad que se le había presentado de demostrarle que era una buena esposa. Ejercía su tarea de enfermera a la perfección. Además, con el precario estado de salud de Roberto, los maltratos fueron desapareciendo por completo. Incluso por vez primera notaba que la trataba de una manera diferente, con algo de respeto. Ella veía en sus ojos cómo le suplicaba ayuda. Aunque a ella nunca llegó a darle lástima. Habían sufrido tanto...

Por contra, ella y su hijo se sentían aliviados con la enfermedad de Roberto. Para ellos, aquello había sido un respiro. El niño había descubierto lugares de la casa que desconocía por completo, puesto que su madre lo había recluido en su habitación para que no se tropezara con su padre, salvo cuando muy de tanto en tanto, segura de que Roberto estaba fuera y de que tardaría en regresar, disfrutaba de un paseo con él por la finca.

Uno de esos días en que el crío jugaba por los miles de rincones de la casa, encontró a su madre subiendo las escaleras con una bandeja en la mano. Quería preguntarle si podía jugar con él como tantas veces hacía, así que la siguió sigiloso como ella le había enseñado para no molestar a su padre. De pronto antes de que él la alcanzara, ella se detuvo, apoyó la bandeja en una cómoda que había en el deambulatorio, sacó de debajo del mandil un pequeño frasquito, lo abrió y vertió

unas gotas sobre la comida. Aquella comida olía deliciosa y él tenía mucha hambre desde hacía un rato. Así que, mientras su madre dejaba la bandeja allí apoyada para acercarse a abrir la puerta de la habitación de su padre, él sacó el lado travieso de un crío de su edad y metió la cuchara en el guiso. Cuando se la iba a introducir en la boca un manotazo hizo volar la cuchara por los aires. Él, atónito, se quedó mirando los desorbitados ojos de su madre.

—¡Ni se te ocurra volver a hacer eso! —le regañó muy enfadada pero en voz baja para que nadie más la oyese.

—¿Por qué? —preguntó él curioso.

—Sólo es para papá —le susurró al oído.

El niño asintió y marchó corriendo a jugar en el jardín, disfrutando de aquel lujo del que tanto tiempo había prescindido.

Al día siguiente, a la hora de la comida, aguardó a su madre. Y cuando vio que volvía a sacar aquel botecito, se acercó, apoyó fuertemente su mano en la de ella e infinidad de gotas comenzaron a caer sobre el plato hasta vaciar el frasco. En un principio ella retuvo con energía su mano, pero tras mirarlo a los ojos y ver lo que veía en los de él, lo permitió. Permitted que la venganza definitiva fuera de él. Permitted que aquellas gotas de Colme, un medicamento que se recetaba para los alcohólicos y que en ellos el efecto no era perjudicial, pero que se comportaba como un veneno mortal en aquellas personas que seguían bebiendo, cayeran sobre su comida segura de que aquel era el fin. Porque Roberto no había dejado de beber ni un solo día y eso en combinación con el Colme era lo que le estaba matando.

Ella llevaba suministrándole las gotas desde que había urdido su plan y había tenido la oportunidad de acercarse a la farmacia a ver a su padre. Mientras él acudía a la trastienda a por una fórmula magistral o a por cualquier medicina que no tuviese a mano, ella se aprovisionaba del medicamento. Dolores tenía los conocimientos suficientes para saber cómo suministrarlo y cómo conseguir que él se encontrara lo suficientemente enfermo como para eliminar la fuerza de su cuerpo y con ello las ganas de maltratarlos. No pretendía matarlo, pero bien pensado era lo que se merecía y no le quitó la satisfacción a su hijo.

Aquella noche Roberto murió.

La noche siguiente, mientras aún velaban su cuerpo, un incendio quemó su alma y su cuerpo dejando la casona en ruinas.

Dolores retornó junto con su hijo a la casa de su padre. Ambos atravesaron la verja con las iniciales SM para no regresar nunca más al sufrimiento que habían vivido. Madre e hijo cogidos fuertemente de la mano avanzaron por la calle principal con lágrimas recorriendo sus mejillas, rotos por una vida de tortura, por una huella imborrable marcada a fuego en su corazón vacío, por el alma rasgada en mil jirones, pero con una semilla que comenzaba a germinar seguros de que había un mañana, un futuro en el que los dos serían felices, el uno junto al otro.

El implacable calor no terminaba de ceder. Eso y el agotamiento que empezaba a hacer mella por la intensidad de la jornada y la cantidad de horas dedicadas a la investigación, hacía que avanzaran lentamente hacia el coche.

Tras pasar un buen rato en la sucursal del Santander al amparo del aire acondicionado, sus cuerpos se habían aclimatado lo suficiente como para echar de menos aquella temperatura nada más asomarse a la calle. Y sobre todo al volver a introducirse en el todoterreno que, mientras tanto, había permanecido bajo los potentes rayos del sol, convirtiendo el interior del vehículo en una sauna con un grado de humedad insoportable. Posada arrancó el motor y accionó el climatizador pese al escaso trayecto que discurría entre Llanes y Andrín, su próxima parada.

La casona en Andrín, donde vivía Álvaro no tenía pérdida. Estaba situada justo enfrente de la Iglesia de San Juan Bautista. Y aunque no tenían una dirección exacta, la descripción de Juan Velasco había sido lo suficientemente detallada como para identificarla nada más verla. Ambos permanecieron en el coche admirándola durante un tiempo escaso, aunque difícil de determinar.

La vivienda, de estructura cuadrada, se componía de sótano, planta baja, primera planta y bajo cubierta. Disponía de un llamativo mirador de madera apoyado sobre pilares metálicos, con los que se configuraba magistralmente un porche de entrada, y una espléndida galería, también de madera, situada en la fachada oeste, alzándose prodigiosamente sobre gran parte del pueblo. Las ventanas gozaban de balcones volados de fundición con adornos florales. Únicamente la fachada principal era de mampostería de piedra irregular. El resto de las paredes estaban lucidas y pintadas de un intenso color azul que le daban vida. La casa estaba protegida por un altísimo muro de piedra salvo por la entrada principal que, siguiendo la tradición de las casonas de indianos, estaba cercada por una tapia de poco más de un metro, emergiendo a partir de él una verja de hierro forjado sujeta por regias columnas de piedra, con una altura de unos dos metros.

Aquella casa parecía trasladarlos a otro tiempo, sobre todo porque además, aparcado justo enfrente había un Cadillac Series 75. Uno de esos antiguos y enormes coches que popularmente se denominó Haiga, perfectamente mantenido, con la carrocería más brillante que jamás habían visto. De la Fuente había leído en algún lugar los avatares que, esos coches venidos de América, habían tenido que sufrir en la Guerra Civil y las dificultades para matricularlos en los años cuarenta debido a las leyes proteccionistas. Que aquel estuviera allí, delante de sus narices y en tan buen estado era un milagro.

Se bajaron seducidos por experimentar lo que se sentía al entrar en una casa señorial como aquella, abrieron la verja y tras subir las escaleras que los llevaba al porche, golpearon con los nudillos la puerta de madera noble. Una señora de corte rancio les abrió con modales refinados.

—¿Qué desean?

—¿Vive aquí el señor Álvaro Sotiello?

—Sí, efectivamente.

La señora, que resultó ser su ama de llaves, los invitó a pasar. Ella desapareció al poco por una escalera imperial que surgía desde la entrada. Entretanto, ellos esperaron a los pies de aquella majestuosa escalera, que se enaltecía orgullosa de organizar a su alrededor varios pasillos que llevaban a otras dependencias.

—Acompáñenme, por favor —les indicó cuando al rato volvió a bajar.

Ambos la siguieron sorprendidos por el desdoblamiento de la escalera que surgía desde un diminuto descansillo y que permitía ascender, por la derecha o por la izquierda, hasta llegar a un deambulatorio. Varias habitaciones se distribuían admirablemente a su alrededor, convirtiendo la escalera, también en aquella primera planta, en la protagonista de la estructura arquitectónica de la casona. El fascinante lucernario que reposaba en lo alto del edificio favorecía que los rayos del sol se colasen, realzando la belleza del interior de la casa con un juego indescriptible de luces de diversos colores.

Mientras la seguían, ella les iba advirtiendo del debilitado estado de salud de su amo, sobre todo en aquellos días en los que lo aquejaba una profunda bronquitis que le dificultaba la respiración más de lo habitual.

—Espero que sepan comprender que en su situación haré un esfuerzo por atenderles. Por su bien, les ruego que no dilaten la visita más de lo necesario.

El sol penetraba a través del ventanal reposando sus rayos sobre el diminuto cuerpo de un anciano sentado en una silla de ruedas que, a pesar de la temperatura exterior, no lo calentaba lo suficiente y se veía cubierto por una manta de mohair en tonos azules.

Con un hilo de voz comenzó a hablar antes de que ninguno de los dos pudiera formularle alguna pregunta.

—Yo era su padre —les dijo sin embargo con rotundidad—. Y la abandoné.

—¿Sabe lo que ha pasado?

—Lo he leído en la prensa —respondió cabizbajo con voz de ultratumba.

—Necesitamos que nos cuente...

—Esta fue la casa que mi padre mandó construir —lo interrumpió mientras miraba a su alrededor—. Fue un emigrante que se enriqueció con el negocio de la caoba que fundó en México. Durante muchos años vivimos en la opulencia, pero con el tiempo, muy a su pesar, tuvo que abandonar la empresa y el país debido al hundimiento del mercado. La revolución mexicana y la primera guerra mundial habían dado al traste con su negocio. —Álvaro se detuvo durante un rato para tomar aire. Mientras, De la Fuente y Posada esperaban pacientemente.

Pero tuvimos la suerte —retomó— de que nos tocó la lotería de Navidad. Y mi hermano mayor que buscaba desesperadamente la manera de volver a enriquecerse, vio su oportunidad comprando con el dinero del premio el llagar. Estaba convencido de que la sidra era un producto prometedor.

—¿Estamos hablando de la sidra Hermanos Moreno?

—Sí. Efectivamente —contestó mirándolo por primera vez a los ojos.

El llagar estaba ubicado en una enorme extensión de terreno con una pumarada rica en manzanos y una lujosa casona de indianos. Roberto y yo nos fuimos a vivir a la casona, abandonando la casa de mi padre. Esta casa —puntualizó.

—Yo no me casé —dijo apenado—. Por aquel entonces, cortejaba a Rosario, hija de los dueños de una tienda de tejidos en Llanes. La adoraba, aunque en ese momento no lo sabía, pero con el tiempo me di cuenta de lo enamorado que había estado de ella. Hubiera sido una buena esposa, pero para mi hermano era poca cosa, y él era... como decirlo... tan arrogante y ambicioso... Un día ella me dijo que estaba embarazada. Y yo se lo conté a Roberto, le conté que ella estaba embarazada y que tenía que casarme. Pero él se negó —dijo desesperado—. Y aquello fue mi ruina.

El anciano se quedó miraba por la ventana hacia el exterior, pero en realidad había regresado a 1971.

—Era mi hermano mayor y yo había aceptado que las propiedades estuviesen a su nombre. Así que, o me atenía a sus reglas, o me quedaba en la calle sin nada. Le tenía tanto miedo... Veía como trataba a su mujer, a su hijo, a los empleados... y a la postre me faltó el valor necesario para enfrentarme a él, no supe plantarle cara. Dejé pasar el tiempo deseando que cuando ella diera a luz, cambiase de opinión. Pero no fue así. Ella murió en el parto. Y sus padres que no sabían nada de su embarazo, porque apenas se le notaba y simplemente parecía que había echado algunos kilos, repudiaron a la niña. Una de sus hermanas me avisó y yo la recogí, era tan bonita... La llevé a casa y en cuanto la vio Roberto me obligó a deshacerme de ella. Él quería que la matase, nadie se va a enterar —me decía—, pero yo no podía hacerlo. Así que la abandoné en la Basílica. Esperé escondido durante largo rato a que alguien la recogiese. La noche era desapacible y nadie paseaba por la calle. Hasta que llegó Aurora. Ella la encontró y se la llevó. Era el 15 de diciembre de 1971.

—¿Escribió usted estas cartas?

—Sí, son mías —respondió exhausto.

—Quería verla ¿no es así?

—Sí. Quería verla. Desde que cumplió los dieciocho años he ingresado un millón de pesetas en un plan de ahorro a su nombre. Ya sé que el dinero no me exime de mi pecado —dijo con gran pesar—, pero quería que ella viviese con la tranquilidad que da el respaldo económico. Me queda muy poco tiempo de vida, soy mayor aunque hoy en día nos empeñamos en decir que nunca se es lo suficientemente mayor... Tengo ochenta y un años y mi único deseo es disfrutar de mi única hija lo que me resta de vida. Bueno, era. Por eso, a pesar de que nunca tuve respuesta de ella, busqué una oportunidad. Quería contarle lo del dinero e intentar que me perdonase.

—¿Cuándo fue la última vez que contactó con ella?

—El sábado pasado hice que mi chófer intercediese en mi nombre. Sé que la recogió a la salida del restaurante, le habló de mi ansia por reunirme con ella, por conocerla, y le entregó una de las cartas que tiene en su mano.

—¿Está seguro de que fue el sábado?

—Sí. Estoy seguro.

—Y usted, ¿nunca estuvo con ella?

—Bueno... lo que se dice estar con ella, no. Pero hace unos días, en septiembre, fui a cenar a su restaurante... Sentirme tan cerca de ella fue mi mayor satisfacción. Hacía muchos años que no era tan dichoso. Lo que hizo que, pese a que ella no parecía querer mucho de mí, me animara a dejar testamento. Se lo dejo todo a ella.

Aquellas palabras resonaron en De la Fuente como si se tratara de un engranaje que acabase de encajar con un impecable click.

—¿Anteriormente no había hecho testamento?

—No. No había nadie a quién le dejara mis bienes.

—Discúlpeme si soy muy directo pero... si no fuera Clara, llegado el momento, ¿a quién se lo hubiera dejado todo?

—Creo que Clara seguiría siendo mi única opción.

—¿No tiene más familia?

—No. Hace muchos años que no tengo familia —respondió con la mente en otro lugar y en otro momento...

En cuánto estuvieron subidos al coche, De la Fuente llamó a López.

—La sidra Hermanos Moreno perteneció a la familia Sotiello Moreno. Son los propietarios de Villa Concepción, la casona medio derruida y apuntalada que está a la entrada de Llanes. Coméntalo con San Román y entre los dos buscad información de la familia. Eran dos hermanos: Álvaro y Roberto. Quiero conocer su vida de principio a fin.

Salieron de Andrín con el alma en vilo, soliviantados por la información que estaban obteniendo y por la sensación de sentirse tan cerca de resolver el caso y a la vez tan lejos... Parecía que rozaban la solución con las manos y sin embargo cada vez que descubrían algo, un misterio envolvía su hallazgo. Era como si no terminasen de obtener la información completa y siempre les faltase algo. En esos momentos apostarían a que el móvil del crimen era la herencia, pero con Clara fuera de juego ¿quién sería el beneficiado?

A Posada se le había pasado por la cabeza la idea de que, antes de cambiar el testamento, los herederos fuesen su ama de llaves y su chófer, y que ellos hubiesen urdido el plan para matar a Clara. Una vez muerta tendrían vía libre para convencer al moribundo de que los nombrase herederos. Pero resultó que eran marido y mujer, y que ambos tenían una coartada sólida. El lunes de noche el señor Sotiello los había llamado en varias ocasiones desasosegado porque el catarro le provocaba una seria dificultad respiratoria que sólo podía resolver con oxígeno. Los dos habían acudido a sus llamadas, e incluso se habían quedado haciendo guardia junto a él. Así que ellos quedaban descartados.

—¿Y el conductor del Golf? ¿Quién podrá ser? —recordó Posada—. Esto parece

un callejón sin salida —comentó para romper el hielo. Entre ellos últimamente había un abismo.

—La clave está en la herencia, pero no tenemos heredero. Parece imposible que alguien no tenga nadie a quién dejar sus bienes —reflexionó Javier en voz alta.

—¿Crees que merece la pena hablar con esa chica, con Nora?

—No perdemos nada. Muchos de los casos en los que trabajo los resuelvo por ser muy minucioso, por ser concienzudo hasta con lo más absurdo. Eso marca una diferencia fundamental. Normalmente no hay grandes pistas, son los pequeños detalles lo que, en muchas ocasiones, resuelven el enigma. Así que sí, merece la pena —contestó respondiendo a su pregunta.

Aparcaron el todoterreno unos metros antes de la entrada a la casa e hicieron el resto del camino andando hasta el lugar que Herrera les había indicado. Él los estaba esperando en el portón principal.

—¿Algo interesante?

—Nada. El resto de la tarde fue infructuosa. Nadie ha visto ni oído nada. Y eso que la tranquilidad de este paraje permite escuchar hasta el trino de los pájaros a kilómetros de distancia.

—¿Le han enviado información de Nora?

—Sí. Esa pobre chica ha vivido un tormento.

Herrera les relató la información que tenía de Nora dejándolos apesadumbrados con su historia.

—Vale. Entraremos Posada y yo. Usted quédese aquí. No queremos impresionarla demasiado.

De la Fuente abrió el portón sin timbrar para anunciar su llegada. Un alegre cocker que movía la diminuta cola sin parar fue en su busca soltando muy de vez en cuando un ladrido. Al poco, una silueta se asomó al porche.

—¿Qué desean? —preguntó con el ceño fruncido y un tono cortante.

—Necesitamos hablar con usted, Nora —respondió De la Fuente sacando su identificación aunque a aquella distancia era imposible que ella la viera.

—¡Zac, ven aquí!

El perro obedeció y sumiso dio media vuelta para reunirse con su dueña. Ellos lo siguieron hasta ella.

—Disculpe la molestia Nora —comenzó De la Fuente— pero tenemos que hablar con usted —repitió.

—Pasen —respondió mirando para Posada con tono resignado.

Nora les hizo entrar mientras de reojo echaba un vistazo a la ventana de su vecino, que para su desesperación estaba asomado mirándola fijamente. Ella sintió una desazón agobiante que fue perceptible para su visita.

El sargento hizo una señal a Posada que comprendió enseguida. Viendo que ella se dirigía a su compañera, De la Fuente se puso a un lado y dejó paso a Julia para que ella guiase la entrevista.

—Tiene una vista preciosa —dijo Posada admirando la ensenada y la pequeña capilla con su cementerio.

—Sí. Es un lugar privilegiado.

—¿Vive sola?

—Sí.

—¿Desde cuándo vive aquí? —preguntó despreocupadamente conociendo perfectamente la respuesta.

—Desde hace un par de meses.

—Ha tenido mucha suerte al poder comprar o alquilar esta casa.

—Era de mis abuelos, así que lleva toda la vida en mi familia. De hecho, mis primeros años de vida trascurrieron aquí.

—Seguro que fue una infancia muy feliz —apuntó Posada pensando en el contraste de ver aquellos ojos tan tristes.

—Sí, sí lo fue.

—¿Conocerá entonces a sus vecinos?

—Bueno... sobre todo a Paco, el vecino que linda con mi parcela.

—¿A nadie más?

—En realidad no me relaciono con nadie...

—¿No tiene familia? —cuestionó Posada suponiendo que aquella sería una pregunta difícil para Nora.

Ella se quedó mirándola angustiada por la pregunta y por la respuesta que tenía que dar. Aún le costaba reconocer ante los demás esa realidad. Los recuerdos eran tan intensos y tan duros que fustigaron sin compasión su quebrado espíritu. Su mente viajó en el tiempo.

Sí la tenía, al menos tenía una hija: Isabel, de la que no sabía nada desde hacía algo más de un año, porque a Eduardo lo había perdido también un par de años atrás, pero para siempre... Ya casi no se acordaba de Jose, su pareja. Rememoró cuando lo conoció. Era tan dichosa a su lado y lo amaba tanto que el mundo dejaba de existir si no estaba con él. Eran tan felices que incluso su inesperado embarazo al poco de iniciar su relación los había colmado de felicidad. Ella quedó embarazada de Isabel y aunque eran jóvenes y no lo esperaban, aquel momento se había convertido en uno de los mejores de su vida. Y aunque no formalizaron su relación, ellos se sentían como si lo hubieran hecho, se decían que nadie más que ellos podía atestiguar su amor. Años más tarde nació Eduardo, su querido Eduardo. Un niño al que amaba profundamente pese a que, desde que era un bebé, la tenía totalmente absorbida llevándola hasta el agotamiento. Él era un niño extremadamente inteligente que necesitaba permanecer activo tanto física como mentalmente, de continuo, lo que le provocaba una inquietud que arrollaba a cualquiera que estuviera a su alcance. No tenía nada que ver con su sosegada hermana. Él acaparaba toda su atención y, aunque Nora se reprochaba el abandono de Isabel, y la niña era capaz de transportarla a un estado perpetuo de serenidad que la llenaba plenamente, no podía evitar estar

continuamente pendiente de Eduardo. Clamaba al cielo porque Isabel fuese tan comprensiva como parecía y que en el futuro no le pasase factura.

Con el tiempo, descubrieron que Eduardo era, además, tremendamente sensible. Esa combinación de inquietud y sensibilidad, hacía que sus padres, y en especial Nora, tuviesen que desarrollar unas habilidades especiales para tratar con su hijo. Habían consultado con pediatras y psicólogos y en ambos casos aseguraban que Eduardo simplemente era un niño con mucha energía, y precisamente por ello muy sano. Ella había aprendido a comprender y a tratar a su hijo, por lo que pese al gran esfuerzo que tenía que hacer, estaba feliz con él, con su vida y con su familia.

Sin embargo, todo se complicó cuando Nora tuvo la posibilidad, junto con otra compañera y a la postre amiga, de ascender en su trabajo. Había quedado una vacante en la empresa de desarrollos informáticos en la que trabajaban, y para ella era la recompensa por los grandes esfuerzos que había realizado sin pedir nada a cambio. Finalmente, el puesto fue para ella, y Marisa, su amiga, se convirtió curiosamente en su rival. Su relación fue empeorando con el tiempo. Marisa, celosa por el éxito de Nora, centró todos sus esfuerzos en eliminarla como si de un adversario se tratara, ninguneándola en algunos casos, haciéndole insoportable el día a día en otros. Continuamente buscaba la manera de dejarla en evidencia, recalcando sus errores e incluso haciendo una exhaustiva campaña en su contra entre sus compañeros y otros jefes de departamento. Y por supuesto, en la gran mayoría de las ocasiones, ella mentía, pero era tan convincente... El estrés al que Nora se vio sometida fue tan extremo, que sus nervios afloraron con su amado Eduardo.

Aquel fatídico día, un soleado y frío domingo de otoño en su ciudad natal de Oviedo, estaban terminando de prepararse para salir. En el momento menos oportuno el crío, que tenía el día algo más inquieto que de costumbre reclamó, irascible, la atención de Nora, impidiendo que pudiera terminar de plancharse el pelo, en su empeño por evitar aquella terca y horrorosa onda que insistía en permanecer. Ella daba vueltas a una reunión que tenía en la oficina al día siguiente para justificar un proyecto que había sido ruinoso, lo que provocaba que sus nervios estuviesen a flor de piel sólo de pensar en enfrentarse a Marisa, convencida de que ella aprovecharía la situación para pisotearla, para destruirla. La obstinación de Eduardo por algo carente de importancia, la sacó de sus casillas. Ella rompió todas las reglas y precauciones que tenía que mantener con él para que las cosas fluyeran con normalidad. Desbocada y fuera de sí, le gritó despavorida hasta el punto de desear no querer saber nada más de él, largándolo con su padre que, paciente, los esperaba en la calle para ir a dar un paseo por la Plaza del Fontán y, posteriormente comer en algún restaurante del Bulevar de la Sidra que aún no habían decidido.

Aquellas palabras penetraron hondamente en Eduardo, que sin más, salió pegando un portazo y corriendo como alma que lleva el diablo escaleras abajo.

Nora se arrepintió al minuto de haberle gritado y se lanzó tras él, pero ya era tarde. Su error lo pagaría el resto de su vida. El fatal desenlace se cumplió cuando

Eduardo ofuscado por las palabras de su madre, cruzó la calle sin mirar y un coche que circulaba a más velocidad de la debida, se lo llevó por delante para segar su vida.

Ella aún recordaba el chirrido de los frenos y el aparatoso accidente que se generó. La imagen del cuerpo de su hijo inerte tirado en el suelo tras haber sobrevolado por encima del coche la acompañaba día tras día. El charco de sangre que manaba de la cabeza del pequeño Eduardo daba la suficiente información. No hacía falta esperar al 112 para conocer el alcance de las lesiones.

Y Nora lo había deseado. Había deseado por un fugaz e inexplicable instante no volver a verlo, no saber nada más de él, y su deseo se hizo realidad. Y más tarde deseó volverse loca y la irracionalidad la acompañó mucho tiempo, demasiado. Y después, que su vida no tuviese sentido y no lo tenía, pues el sueño de que Eduardo regresase nunca se lograría y la idea de ver al resto de su familia, tampoco. Estaba segura de que él, Jose, no la perdonaría jamás. Ella tampoco se perdonaba.

Eduardo estaba enterrado hará dos años el próximo mes, en el coqueto cementerio de la Iglesia de Nuestra Señora de los Dolores de Barro, abrazado por la sinuosa ría, justo enfrente de su casa desde donde lo veía y se sentía muy cerca de él. El resto de su familia, Jose y su hija Isabel, habían desaparecido de su vida y no sabía nada de ellos desde hacía muchos meses.

Desde entonces Nora había pasado una larga temporada en la que se intercalaron varias crisis de depresión aguda con alucinaciones, por las que tuvo que ser ingresada en la Clínica San Rafael de Oviedo.

En aquellos momentos vivía únicamente en la compañía de Zac y con la presencia eterna de Eduardo enfrente de su casa. Y sorprendentemente eso era lo que deseaba: vivir sola y con el cementerio en el que estaba enterrado su hijo presente en su día a día, para que no tuviese la oportunidad de pasar página y olvidar aquel error fatídico que una vez cometió.

Le gustaba Paco y estaba muy a gusto con él. Él le había devuelto a la vida, pero no tenía derecho a ser feliz. No quería serlo.

—¡Nora! ¡Nora! —escuchó como en una ensoñación.

Ella reaccionó algo aturdida, pero enseguida se recuperó. Estaba acostumbrada al sufrimiento y aunque momentáneamente aquellos pensamientos la sometieron, no eran diferentes a los que llevaba royendo durante los últimos tiempos.

—Nora, estamos aquí para ayudarla —señaló Julia con su habitual tono dulce—. Pertenece a la Policía Judicial y nuestra obligación es velar por las personas. Sabemos que a usted le ha pasado algo, las heridas y arañazos que tiene por las piernas son evidentes para cualquiera... ¿Dónde se los hizo?

—Caminando por el monte —contestó cabizbaja.

—Bien, pero sinceramente Nora, usted y yo sabemos que nadie camina por el monte y se desgracia así las piernas sin motivo alguno...

—Me metí por entre unos zarzales.

—¿Y no se dio cuenta? —preguntó incrédula.

—No —contestó Nora con una sonrisa de medio lado siendo consciente por primera vez de que en realidad no se había enterado. Aquel día, el miedo la tenía totalmente ofuscada.

—Y... ¿por dónde exactamente?

—Por los alrededores —contestó vagamente.

—Nora, nosotros la ayudaremos, no le va a pasar nada, no tenga miedo. Usted sabe algo que no nos quiere contar. Y nosotros necesitamos saber eso que nos oculta, por su bien y porque el que ha matado a Clara no puede andar suelto por ahí, así que, tiene que confiar en nosotros... No tenga miedo, nosotros la protegeremos.

Nora la miraba indecisa, ya no sabía qué hacer. Las dudas se agolpaban en su cabeza.

—Esa mujer tenía marido e hijo. Un hijo de quince años que tendrá que vivir el resto de su vida sin ella...

Aquello llegó al corazón de Nora impactándola brutalmente. Posada había dado en el clavo. Nora les narró en detalle todo lo que había visto.

—¿Podría reconocerlo? —preguntó De la Fuente cuando ella finalizó.

—Sólo le vi una mano... cuando él me estaba sujetando por el tobillo... Quizá si la volviera a ver...

De la Fuente llevaba un rato observando el portátil que Nora tenía encima de una mesa de estudio ubicada al otro lado de la zona de estar. Hacía un rato que por el rabillo del ojo había visto parpadear una lucecita y aunque no estaba seguro, creía haberla visto de nuevo hacía pocos segundos.

—Nora —dijo mirando hacia el ordenador—. ¿Deja el ordenador siempre encendido?

—Pues sí, me aborrece teclear la contraseña cada vez que quiero consultar algo.

—¿Usa la cámara?

—No. Nunca.

—¿En qué trabaja?

—Bueno... He retomado algo de mi antigua actividad. Me dedico a diseñar páginas web y la imagen corporativa de negocios. Desde que estoy aquí, me puse en contacto con alguna empresa y ya he recibido un par de encargos —aclaró.

—¿Trabaja en casa?

—Sí.

—Su cámara está funcionando —afirmó.

Nora miró asustada hacia el ordenador y una luz parpadeó. Corrió hacia él y bajó la tapa.

—¡Nora, la están espiando!

Ella lo miró asustada.

—Sí sabe algo más nos lo tiene que contar. Ahora ya no hay marcha atrás. Tenemos que pillar a ese tipo lo antes posible, ¿sabe algo más? —insistió De la Fuente.

De pronto la escuchó. En su interior escuchó esa voz que la animaba a contarle todo.

—El de ahí —explicó señalando la casa de su vecino— él es el que me vigila. Lo sabe todo de mí, lo que hago y cuando lo hago, lo tiene todo anotado y continuamente me observa a través de unos prismáticos.

Los tres cruzaron la calle dispuestos a arrestar al vecino de Nora como sospechoso del homicidio de Clara y posiblemente el de Alberto. Abrieron la verja y pasaron lo más discretos que pudieron para no alertarlo. De la Fuente quedó en la entrada principal junto con Posada y envió a Herrera a la parte trasera por si hubiera una vía de escape, pese a que Nora les había explicado exhaustivamente que la única entrada y salida era por la puerta principal. Ellos obviaron preguntarle, a propósito, cómo lo tenía tan claro.

El sargento apretó el timbre y en poco tiempo se asomó el propietario que tanto atemorizaba a Nora.

—¿Qué desean? —preguntó con el ceño fruncido.

—Somos de la Policía Judicial —contestó mostrando su placa—. Queremos hacerle unas preguntas.

—Pasen —contestó huraño.

—¿Cómo se llama?

—Tino.

—¿Tino que más?

—Faustino González Menéndez —respondió enfadado.

Posada, mientras tanto, había subido a la habitación que Nora le había indicado donde se encontró toda la documentación que ella les había descrito. Era evidente que él la vigilaba y muy de cerca. Él quiso explicarles, pero ellos simplemente lo arrestaron. Tendría que dar muchas respuestas, pero en el Cuartel.

Hacía un rato que había anochecido y un viento que prometía enfurecerse con el paso del tiempo, revolvía las ramas de los árboles, pero la temperatura seguía siendo pegajosa.

Durante el trayecto hasta Llanes, el ambiente entre los cuatro ocupantes que viajaban en el todoterreno era bastante tenso. Ninguno hablaba. Todos tenían verdaderas ganas de llegar al Cuartel para librarse del suplicio y la incomodidad que suponía compartir un espacio tan pequeño con la tirantez que se respiraba.

La voz de que había un arrestado sospechoso de los homicidios se corrió rápidamente por el Cuartel hasta el punto de que varios guardias curiosos por conocer al que había conseguido traerles de cabeza desde el martes, se habían asomado al pasillo provocando un revuelo mayor del que ya había de por sí.

Mientras De la Fuente y su equipo acompañaban al acusado a la sala de interrogatorios, Sotres y Bustillo, que eran dos de los que se habían asomado a mirar,

cumplieron las órdenes que De la Fuente les dio mientras pasaba por delante de ellos, descargando del coche las pruebas que habían requisado en su casa y llevándolas a la sala.

Antes de interrogar al acusado, el sargento reunió a todo el equipo entorno a las pruebas. Los cinco, incluida San Román, echaron un concienzudo vistazo a todo el material incautado. Había una retahíla de evidencias que lo culpabilizaban de espiar a Nora y que además lo situaban en el lugar y hora del crimen: la ropa que Nora había abandonado en la playa de Niembro, el registro de todos y cada uno de los pasos que ella había dado desde ese mismo momento en el calendario, las anotaciones en la libreta... Pero por más que lo intentaban no encontraban la conexión con los homicidios. Necesitaban muchas explicaciones.

Cuando entraron en la sala, Faustino seguía con el ceño fruncido. De la Fuente dejó caer encima de la mesa varias bolsas de plástico. Cada una de ellas portaba una prueba.

—En estos documentos tenemos suficientes evidencias para situarlo en el lugar y la hora del crimen de Clara Amieva. Nos lo ha puesto muy fácil, así que yo de usted iba hablando y colaborando con nosotros.

Faustino miró los documentos y seguidamente miró al sargento. Tras unos segundos en el que le sostuvo la mirada, dijo un número de teléfono al que quería que llamasen, posiblemente de su abogado.

Tanto el sargento como la cabo intentaron sonsacarle alguna respuesta, pero no consiguieron nada. Faustino seguía empecinado en su silencio. Las únicas palabras que salían de su boca eran para repetir, una y otra vez, el teléfono al que insistía que llamasen. Pero tampoco les aclaraba de quién se trataba y eso les ponía en un aprieto. Bien podía tratarse de un cómplice con el que no habían contado y que esa fuese una forma de darle aviso. No podían ceder a su chantaje.

Finalmente, viendo que no había forma de que el arrestado les contase nada, De la Fuente desistió hasta el día siguiente. Esperaba que después de pasar la noche encerrado, Faustino quisiera colaborar.

Con la cabeza saturada, De la Fuente dio por finalizada la jornada bien entrada la noche. Sin embargo, aún tenía algo que resolver y que se le antojaba complicado. La conversación que había tenido con su ex había tocado unos sentimientos enterrados desde hacía bastante. Necesitaba tiempo para pensar en ello y no sabía cómo deshacerse de Posada sin hacerle daño. No quería contarle lo que había ocurrido, pero tampoco quería plantarla sin más. Porque aunque no habían quedado en nada para esa noche, era de suponer que ella esperaba algo. Necesitaba una excusa y no sabía qué decirle que tuviera sentido y que a ella no le pareciera mal.

Salió de su despacho con el alma en vilo y se acercó al área donde ella tenía su mesa de trabajo.

—Posada, ¿puede venir un momento? —le dijo ante su sorpresa. Ella leyó en su mirada que algo pasaba. Con el corazón bombeando contra su pecho, se levantó y lo siguió.

—Algo se nos está escapando —comenzó sin más preámbulos—. Necesito pensar. Seguiré trabajando en el hotel. Si te parece nos vemos mañana.

De la Fuente la miró con ganas de ver una cara amiga, no quería que aquellos ojos verde-uva tan bonitos se entristecieran ni sufrieran. Necesitaba pensar en el caso y en lo que iba a hacer con su vida, y deseaba que la excusa que le había dado diera resultado.

—De acuerdo. Nos vemos mañana —respondió ella con una punzada de tristeza. Sabía que algo había pasado. Las cosas entre ellos habían cambiado—. ¿Quieres que te acerque? —preguntó intentando mostrar que no estaba decepcionada.

—No gracias. Llevaré mi coche.

—Pues hasta mañana.

—Adiós —respondió él.

El día había pasado muy lentamente, pero al fin se había acabado. Pasar el día entero en el tanatorio atendiendo a las visitas, a los empleados de la funeraria y al teléfono había fulminado su poco espíritu. Del funeral, casi no se había enterado. Sólo le consolaba saber que ya había terminado. Clara ya estaba muerta y enterrada.

Derrotado, se dejó caer en la cama. Tenía tantas cosas danzando por su cabeza, que, a pesar del cansancio, dudaba de que pudiera conciliar el sueño. Y eso que se podía decir que, prácticamente, estaba al límite de pastillas. Posiblemente a eso se debía la calma que notaba.

Sin embargo, estaba equivocado. La sobredosis de medicamentos que llevaba encima lo adormeció en poco tiempo.

Percibió una ola de amargura al entrar en la soledad de su apartamento. Desde que Javier había vuelto a Llanes, prácticamente no habían estado a solas disfrutando de su incipiente relación. El problema era que se trataba precisamente de eso, de una incipiente relación muy lejos de la estabilidad que a ella le apetecía tener. Y eso le preocupaba. Le daba la sensación de que él no quería lo mismo que ella. O quizá la cuestión era que él no tenía las cosas tan claras como ella. Detectaba ciertos vaivenes en su forma de actuar que la tenían desconcertada. Tan pronto sentía que él la adoraba y percibía la pasión con la que él se acercaba a ella, la abrazaba y la besaba ardientemente, como si no pudiese vivir ni un segundo alejado de ella, como si tuviese que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse y que el deseo permaneciese controlado, como si quisiese devorarla a todas horas y esa sensación estresante y por ello tan placentera del deseo contenido lo estuviese volviendo loco. Tan pronto sentía

eso como su facilidad para alejarla de él, para mantenerse distante, para necesitar estar a solas sin ella.

Posada era inteligente, perspicaz y muy observadora. Y no necesitaba mucho más para darse cuenta de que algo había cambiado en él. Se lo veía en su mirada, en esos ojos tan irresistibles para ella, en esos ojos que ejercían de imán hacia los suyos evitando que pudiera alejar su mirada de la de él.

Agotada por los acontecimientos del día y abatida por la incertidumbre que estaba viviendo con Javier, se tumbó rendida en la cama dejándose vencer por un sueño inquieto.

No había dormido muchas horas pero notaba su mente funcionando a todo tren y que su cuerpo le pedía actividad. Llevaba unos cuantos días sin salir a correr y, precisamente, eso era lo que necesitaba.

Aún de noche, salió por la puerta del hotel dispuesto a trotar durante al menos cuarenta y cinco minutos por la senda que llevaba hasta la playa de San Martín que, según el recepcionista, merecía la pena. Caminó a buen paso por la acera hasta llegar a la desviación que le había indicado, y a partir de ahí, comenzó a correr por una empinada cuesta ascendente, alternada con algunas descendentes, que lo llevó hasta una pequeña cumbre situada encima de la playa. Con la respiración agitada y los músculos ardiendo, percibió el bienestar que siempre le devolvían su cuerpo y su mente tras una buena ración de intenso ejercicio. A la izquierda observó unas escaleras hechas de tierra, de peldaños desiguales, que llevaban hasta el arenal. Las bajó, se desnudó y echó una carrera para sumergirse en el mar sorteando las olas. Durante un tiempo jugueteó con ellas, hasta que agotado decidió salir. Se vistió y subió de nuevo por las escaleras hasta llegar de nuevo a la pequeña cumbre. Allí, en el acantilado, donde la tierra quedaba cortada en vertical con asombrosa perfección, se tumbó. Cerró los ojos y respiró hondo llenando sus pulmones del oxígeno puro y su mente de la serenidad que transmitía aquel paraje. Cuando los volvió a abrir los destellos de miles de estrellas lo deslumbraron. Aquel día, el firmamento se le antojaba espectacular, no tanto porque fuera único, sino más bien, porque se había detenido a admirar algo que, por suerte, la naturaleza le ofrecía en más ocasiones de las que lo valoraba. Disfrutó de la libertad que le daba el sentirse observado por el mar y por el cielo estrellado. Sólo, sin nada que le preocupase, sin nada que le perturbase, sin presiones, sin ataduras... Y en ese momento lo decidió. Sabía lo que quería hacer...

La noche había sido una de las peores. Todo se entremezclaba en su cerebro atosigándola sin cesar. De alguna manera mantener el recuerdo encerrado en su mente le hacía más llevadero su día a día. Pero saber, que el equipo de la Policía Judicial

que se había presentado en su casa estaba al tanto, era como reconocer al mundo su error. Y eso rompía las fibras de su alma un poco más. Hasta entonces, aquel episodio de su vida se perpetuaba oculto y su vergüenza también. Pero ahora estaba en boca de todos y el sentimiento de mala madre que desde entonces la acompañaba, correría por entre las flores, los árboles y el mar juzgándola para cincelar los remordimientos en su carne y no abandonarla jamás.

La sensación de sentirse encerrada de nuevo en su propia casa, volvió con mayor tenacidad. Sin embargo en esta ocasión era lo que deseaba; sentirse encerrada y no volver a salir nunca más. Había contado su secreto, el que mantenía al asesino protegido por su silencio, y habían descubierto su otro secreto, aquel que guardaba con celo en el fondo de su corazón. Así que el exterior no le ofrecía nada que pudiese desear. Solo desolación.

Durante largas horas Nora permaneció envuelta en sus oscuros pensamientos con Zac a su lado. Pero cuando la parca claridad del crepúsculo comenzaba a hacerse presente, el cocker salió de la habitación donde ambos convivían, seguramente para escaparse al exterior por el escondite secreto, que Nora nunca se acordaba de buscar.

Mientras tanto, ella siguió languideciendo y recordando aquel fatídico lunes de madrugada.

De pronto por su mente cruzó una fugaz idea. Sobrecogida, se despabiló para detenerse a reproducir aquello que había llamado su atención. Regresó a la ensenada, al momento en que desesperada y casi sin resuello nadaba para salvar su vida, vio cómo volvía a subir por las escaleras, cómo soltaba a Zac en el puerto y cómo aquella mano la arrastraba hacia el fondo del mar. Y aquella mano... aquella mano la podía reconocer... no se había dado cuenta hasta entonces, pero aquella mano tenía una peculiaridad que la hacía diferente y que por tanto podría reconocer si la volviese a ver. ¡Aquella mano tenía vitíligo! ¡La falta de pigmentación de una parte de su mano identificaba al homicida! En aquel momento era de noche y no era tan fácilmente apreciable, pero estaba segura de que a plena luz del día tenía que ser evidente. De la Fuente le había preguntado si lo podría reconocer y en aquel momento no estaba del todo segura. Sin embargo, ahora sí lo tenía claro. Nerviosa, se lanzó a la planta de abajo en busca del inalámbrico para llamar al Cuartel. Aquella pista era crucial y tenían que saberlo.

Preparado para iniciar el día, De la Fuente bajó las escaleras del hotel y se dirigió al restaurante. Aún no había asomado ningún cliente y el olor a café recién hecho y de la bollería tostada, no impregnaba el ambiente como el día anterior. Raquel se dio la vuelta alertada por el crujir de la madera, asombrada porque ya hubiese llegado alguien a desayunar.

—¡Qué madrugador! —le dijo.

—¡Tus desayunos son irresistibles! —contestó De la Fuente verdaderamente

hambriento después de haberse saltado la cena del día anterior.

—Siéntate donde quieras y vete decidiendo... En breve estará listo.

Javier disfrutó de un completo desayuno que en esta ocasión incluyó huevos revueltos con bacon, cocinados por Raquel, además de repetir la deliciosa opción del jueves.

Mientras daba buena cuenta de aquellos sencillos pero deliciosos manjares, recordaba la larga conversación con el Comandante y las conclusiones a las que había llegado, pero también recordaba con nostalgia a Posada. Él había tomado una decisión: tenía que hablar con ella cuanto antes. El problema radicaba en que tendrían un día bastante complejo y no sería fácil encontrar un hueco en que estuvieran ellos dos solos. Pero se imponía hablar con ella en cuanto pudiera, se lo debía.

Con el estómago lleno y la cabeza funcionando a tope, salió del hotel.

Un suave viento que arremolinaba montones de hojas de un bonito color anaranjado confirmó que por fin se había alejado la ola de calor dejando paso al arrebatador otoño de Asturias. De la Fuente respiró profundamente disfrutando de la tibia brisa que se revolvía con él, observando el perezoso amanecer con un firmamento en que, en contraste con su paseo nocturno, los claros aparecían entremezclados con algunas nubes en distintos tonos.

A aquellas horas de la mañana el Cuartel se mantenía tranquilo y los pocos que estaban en sus puestos concentrados en sus quehaceres.

El sargento sabía que Posada aún no había llegado porque en el aparcamiento no estaba su coche, pero aún así se pasó por su mesa antes de ir a ver a Faustino. El área del equipo de la judicial estaba desierto, así que De la Fuente se fue en busca del sospechoso, esperanzado porque durante la noche hubiese meditado y cambiase de actitud.

De pronto notó vibrar el móvil en el bolso del pantalón. Descolgó y mantuvo una conversación con su ex sin percatarse de que Posada estaba cerca de él.

—Estoy de acuerdo María... no podemos acabar así...

—Perfecto. Entonces nos vemos el domingo para comer en Fomento. Escoge terraza.

—Un abrazo. Chao.

Escuchó únicamente las últimas palabras, pero eran las suficientes para tener la certeza de que él había quedado con su ex y de que por el contenido de la conversación, su relación no se había acabado.

Se retiró sin que él se diera cuenta. Posada llevaba masticando desde el día anterior que su relación no tenía futuro. Y aunque ya estaba bastante concienciada, la certeza le impactaba más de lo que hubiera deseado.

Necesitó unos minutos para serenarse y asumir la realidad, tras los cuáles decidió que no era el momento de lamentos. Consiguió relegar su vida personal a un segundo

plano. En aquellos momentos necesitaba tener la cabeza despejada para cumplir con su trabajo como una buena profesional y eso era lo que iba a hacer. Cuando acabase la jornada, ya vería lo que hacía.

Él lo esperaba sentado, mirando fijamente al suelo con las manos sujetas una contra la otra, como si estuviese recapacitando.

—El teléfono es de un abogado.

—Bien. Comenzamos el día con buen pie... ¿El suyo?

—No, pero él les aclarará todo esto. Si, como dice, no quiere perder el tiempo yo de usted hablaba con él.

—Prefiero hablar con usted.

—No voy a hacerlo y usted sabe que estoy en mi derecho. Hable con el abogado.

—¿Cómo se llama?

Faustino se le quedó mirando por unos instantes como tanteando la idea de decirle su nombre.

—Ernesto Valle.

—Bien. Hablaré con él, pero antes acláreme una cosa, ¿por qué la espía?

—Yo no la espío.

—Y entonces... ¿Por qué tiene anotados todos sus movimientos?

—Porque la vigilo.

—¿Y me quiere decir qué diferencia hay? —preguntó De la Fuente desesperado.

—Yo no oculto lo que hago. Un espía sí.

—Bien. Y salvando esa diferencia, ¿sería tan amable de explicarnos por qué la vigila?

—Porque me pagan para que lo haga.

—¿Cómo? —respondió perplejo De la Fuente.

—Llame al abogado. Estoy en mi derecho —repitió.

Le molestaba tener que acceder a las exigencias de Faustino, pero no encontraba otra alternativa. De la Fuente se dirigió a su despacho con la idea de buscar en el ordenador el nombre que Faustino le acababa de dar para verificar si ciertamente se trataba de un abogado. Entro en *Google*, puso el nombre y tras dar al intro, emergieron varios enlaces con su nombre e incluso varias imágenes que respondían a Ernesto Valle. Efectivamente era abogado y además socio de un prestigioso despacho de la calle Uría de Oviedo.

Cogió su móvil y marcó el número que ya les había dado la noche anterior.

—¿Sí?

—¿Es usted Ernesto Valle?

—El mismo, ¿qué desea? —preguntó un tanto cortante al consultar las intempestivas horas.

De la Fuente se presentó.

—¿Conoce a Faustino González?

—Sí, sí. Lo conozco —respondió resoplando.

El sargento mantuvo una conversación de al menos media hora en la que no dejaba de salir de su asombro. Entretanto el resto del equipo se había incorporado a su puesto, expectantes.

La conversación con Ernesto había despejado muchas dudas a De la Fuente, pese a que lo que escuchó no era precisamente lo que esperaba.

En cuanto colgó, llamó por el teléfono interno a Posada y le pidió que se acercara con todos a la sala.

Tardó varios minutos en reproducirles la conversación que acababa de mantener y en dar nuevas órdenes a su equipo. En esos momentos tenían que trabajar a contrarreloj.

—Posada vaya a buscar a Faustino y llévelo a la sala de interrogatorios.

Cuando De la Fuente entró en la sala con un café en la mano para Faustino, él se le quedó mirando convencido de que ya sabía toda la verdad.

—¿Por qué no nos lo ha contado? —le preguntó sabiendo cuál era la respuesta.

—Ya lo sabe. Había jurado que nunca diría nada. Y eso fue lo que hice.

—Cuénteme todo lo que sepa, ahora ya no hace falta que mantenga el secreto. Estamos investigando un doble homicidio, usted estuvo en el lugar de los hechos y necesito que nos lo cuente todo con detalle. Si lo prefiere —dijo Javier viendo la cara de Faustino— le pongo con Ernesto. Él le eximirá de su juramento.

—Se lo agradezco.

De la Fuente no daba crédito a lo que estaba escuchando. Su propuesta había surgido únicamente para terminar de convencer a Faustino, pero en ningún momento se planteó seriamente hacer aquella llamada. Sin embargo, pese a que parecía que no terminaban de arrancar el día, admiró su honestidad y su empeño por cumplir con su palabra.

Cuando el abogado le dio permiso para contarle todo, Faustino cambió radicalmente de actitud y se mostró colaborativo.

—Mi encargo era vigilar a Nora —confirmó—. Supongo que ya sabrá que ella ha sufrido mucho por el accidente que mató a su hijo y que ella se siente culpable de lo que le ha pasado...

—Sí. Lo sabemos, pero aún así, quiero que usted nos lo cuente...

—Bien. Si es lo que quiere...

Faustino se detuvo unos segundos para sorber un poco del café que el sargento le había llevado y organizar su historia.

—Ernesto es un amigo de la infancia de Jose, la pareja de Nora, y cuando sucedió el accidente, él fue el que se encargó de todos los trámites legales. Ella —continuó— estuvo ingresada en la clínica San Rafael varias veces en los últimos dos años con

una depresión aguda. La última vez fue la peor. Había perdido las ganas de vivir y ni su pareja ni su hija podían hacer nada por ayudarla; cada vez que le daban el alta, volvía a caer en el abismo. Parece ser que Jose, con el tiempo y viendo que aquello no tenía solución, llegó a desesperarse. La niña tenía de aquella doce años y necesitaba a su madre, pero cuando Nora estaba en casa, solamente se respiraba tristeza y amargura. Y lo que es peor, nadie tenía derecho a ser feliz, ni la chiquilla. Nora sólo pensaba en Eduardo. Isabel no existía. Jose tampoco. Y su padre quiso alejar a la niña de aquel sufrimiento, era demasiado joven para soportar aquella situación y merecía ser feliz. Entonces él tomó una decisión salomónica: vender la casa y desaparecer con su hija. Para ello contrató a Ernesto de nuevo, pero esta vez con el objetivo de que velara por ella. Él, Ernesto, por encargo de Jose, ingresa todos los meses dinero en una cuenta para que a ella no le falte de nada. Además, Jose le dio poderes a Ernesto para que lo representara en lo que fuera necesario. Una vez resuelto todo, con las mismas, desapareció.

Quince días antes de que dieran de alta a Nora, Ernesto intentó por todos los medios contactar con Jose, pero le fue imposible. Parecía como si la tierra se los hubiese tragado. Por lo que no le quedó más remedio que resolver lo más básico: dónde iba a vivir, porque económicamente Nora no tiene problemas. Ella conservaba la vivienda de sus abuelos, su única propiedad, así que Ernesto comenzó a acondicionar la casa de Barro. Llevaba varios años cerrada y lógicamente necesitaba algunos arreglos. Uno de los días que salí a pescar, lo vi y me detuve a preguntarle quién iba a vivir allí. Él había pensado en que aquella casa era la mejor alternativa para Nora, pero estaba preocupado porque necesitaba que alguien estuviese pendiente de ella. Cuando le conté mi relación con la familia, vio el cielo abierto. Conocía a los abuelos de Nora —aclaró—, ellos se habían portado fabulosamente conmigo. Enviudé muy joven ¿sabe? y nunca tuve hijos, así que viví sólo prácticamente toda mi vida. Y aunque soy muy independiente y me gusta mi forma de vida, ellos siempre se preocuparon por ayudarme si lo necesitaba. Estaba en deuda con ellos, así que cuando Ernesto me lo propuso, no dudé en vigilar a Nora, era una manera de devolver lo que había recibido. Él buscaba a alguna persona que pudiera ser sus ojos y sus oídos. No quería dejarla sola sin alguien que la vigilase por lo que pudiera pasarle. En cuanto me lo planteó, acepté. Y hasta insistió en pagarme, aunque yo infructuosamente me negué en rotundo, porque él me paga por lo que hago.

Pero el día que le dieron de alta, Ernesto no estaba esperándola para recogerla. Él se había equivocado de fecha, pensaba que era al día siguiente. Cuando contactaron con él desde la clínica para interesarse por su retraso, él se disculpó y se puso rápidamente en marcha. Pero Nora había engañado a los de la clínica diciéndoles que él ya estaba. Salió, cogió un taxi y se fue a su casa de Oviedo sin esperar a que él llegara. Ernesto llegó al poco, tras ella, pero tarde. Y seguro de a dónde se había ido, fue hasta su casa, pero también llegó tarde. Él la encontró sentada en las escaleras del rellano. Sola descubrió que allí ya no vivía nadie de su familia, que nadie la estaba

esperando, que aquella ya no era su casa. Jose se había deshecho de ella porque no le tenía ningún aprecio. Aquella casa había destrozado su vida y no quería ni verla delante. Así que Nora se sintió desahuciada, por así decirlo. Ernesto la acogió en la suya mientras buscaba la forma de proponerle que se fuera a vivir a Barro. Ella, viendo que no le quedaba otra opción, aceptó resignada.

Faustino se detuvo para tomar otro poco de café.

—Hace dos meses aproximadamente, se vino a vivir aquí, a Barro. Él se encargó de todo. La ayudó en el traslado e incluso le regaló a Zac, su perro. Aunque ella cree que era abandonado, Ernesto se lo compró con su dinero y se lo regaló para que se sintiera acompañada. Y para que no la molestara si ella un día no estaba muy animada —hizo una mueca para que ellos comprendieran sin que tuviera que explicarles más — hizo colocar una puertecita para que el perro pudiese entrar y salir a su antojo.

Aquella historia contada por Faustino completaba parte de la que ya sabían.

—Ernesto me informó de todo. De su pasado, de su enfermedad, todo lo que consideró que tenía que saber para poder realizar mi trabajo y ayudarla si lo necesitaba. Incluso tengo anotadas las medicinas que toma, sus revisiones,... Yo hice esas anotaciones —dijo señalando las pruebas— para informar a Ernesto sin que se me escapara nada, algunas veces me falla la memoria —se excusó—. Hice mi trabajo a conciencia —apuntó— incluso, cómo sabía que ella no dormía bien por el informe que le habían entregado a Ernesto, ponía el despertador para seguirla en los paseos nocturnos y en sus baños en la ría. Nunca estuvo sola, yo siempre la acompañé.

—¿Y el lunes la siguió?

—Sí. Como siempre.

—¿Y qué vio? —preguntó De la Fuente expectante.

—Ella salió de casa entorno a las tres de la madrugada y se dio un paseo con Zac hasta la playa que hay junto a la iglesia. Se desnudó y entró en la ría. Yo la esperé. La esperé durante mucho tiempo, pero ella no regresaba, así que recogí su ropa angustiado, pensando que le había pasado algo. Sólo me tranquilizaba saber que estaba con Zac y que el perro nunca la abandonaba. Pensé en que podía haber salido por otro lado, pero era absurdo que abandonara su ropa. Estaba decidido a dar parte a la Guardia Civil, pero antes, tenía que asegurarme de que ella no hubiese regresado a casa. Cuando iba a marcharme, vi como se acercaba un bote de remos a la orilla. No sé porqué pensé en ocultarme. Desde el cementerio vi como el hombre arrastraba el bote y lo dejaba en la playa junto a los otros. Aquel hombre subió, con dificultad, las escaleras que van de la playa a la iglesia.

—Perdone, pero... ¿por qué dice que subió con dificultad? —interrumpió el sargento.

—Ese hombre era mayor, desconozco si de mi edad o más joven, pero mayor. Cuando terminó de subir las escaleras, estaba sin respiración. Tuvo que descansar unos segundos antes de continuar.

—Gracias. Continúe.

—Pasó tan cerca de mí, que tuve que contener la respiración para que no me viese, porque, sinceramente, aquel tipo no me daba confianza. Se subió a un Golf y se marchó.

—¿Está seguro?

—¡Por supuesto!

—¿Y no vio la matricula?

—Si le soy sincero, la vi. Pero en aquel momento no la apunté y me bailan las cifras. Creo que empieza por 67, pero no estoy seguro.

De la Fuente miró a Posada y ella, sabiendo lo que él quería, salió de la sala y fue en busca de sus compañeros.

—La matricula del Golf puede empezar por 67. ¿Tenemos alguno?

—Sí. Tengo la lista ahora mismo en mis manos y a simple vista veo dos.

—Bien. Prepáranos un resumen con esos y con los que salgan variando de posición esas dos cifras, con todos los datos, nombre y dirección sobre todo. En cuanto la tengas llévala.

—Sí. Por eso la vigilaba tan de cerca —escuchó Posada al abrir la puerta de la sala—. No estaba seguro de que ella corriese peligro, pero era mi responsabilidad cuidar de ella. Y eso hice.

—Y le puedo asegurar que ha realizado un trabajo excelente —apuntó el sargento.

—Gracias señor. ¡Ah! Por cierto. Ese chico que ahora la corteja no me gusta nada. No existía hasta el martes cuando apareció por primera vez en su casa.

—¡Ah! ¿No?

—No.

La mente de ambos investigadores funcionaba a toda velocidad. ¿Podía ser que él tuviese algo que ver en todo esto?

—Una pregunta —dijo Posada de pronto—, en la inspección no hemos encontrado un ordenador... ¿no tiene?

—No señora, esas cosas no son de mis tiempos.

Ambos quedaron pensativos con la respuesta que les dio Faustino. Alguien la estaba vigilando además de él, por lo que o el homicida sospechaba de ella o incluso sabía que ella era el testigo. Nora corría un grave peligro.

Para su desgracia, prestaba muy poca atención a teléfono. No recibía llamadas, a lo sumo, la de algún vendedor que a buen seguro no le interesaba lo que le pudiera ofrecer. Tampoco las hacía. Por lo que tener localizado el aparato no era una prioridad. Después de buscar por todo el salón donde por fin lo encontró, no le sorprendió que estuviera sin batería. Lógico, le prestaba tan poca atención...

Repentinamente, se acordó de que tenía móvil. En ese momento sonrió, casi imperceptiblemente, por la ocurrencia de Paco de regalárselo. Lo había visto rodando por la cocina. Se dirigió hacia allí con los nervios estallando por todo el cuerpo y con

el corazón presionando contra su pecho. Con movimientos imprecisos lo cogió de la encimera donde lo había dejado. Paco había tenido una paciencia infinita enseñándole lo más básico. No había contraseña de entrada ni nada que le impidiese llamar directamente, pero no se sabía el teléfono de la Guardia Civil, ni recordaba dónde había dejado la tarjeta que De la Fuente le había dejado por si acaso. Iba a salir de la cocina en su busca, cuando oyó a Zac lloriquear. Extrañada se dio media vuelta girando su cuerpo hacia donde creía que venía el llanto. Juraría que era al otro lado de la puerta, en el porche. Se acercó y de pronto vio algo extraño. Al lado de la puerta de salida, había un cristal fijo que iba desde el techo hasta el suelo. Muy próximo al suelo, había una especie de ventanita, como una puertecita. ¿Era por ahí por donde salía Zac...?

Esa puertecita estaba prácticamente oculta por el mobiliario de la cocina y ella no se había fijado en ella. Se acercó, la levantó y lo vio. La escasa luz que producía el crepúsculo no era suficiente como para distinguir qué le impedía entrar, como lo hacía, seguramente, desde que el abogado se lo había llevado, diciéndole que se lo había encontrado en la calle, en Oviedo, y que tras unos días en la perrera municipal, nadie lo había reclamado.

La persiana de la puerta estaba echada. El cristal fijo carecía de ella. Nora, subió la persiana y abrió la puerta para ayudar a Zac.

En ese momento, una mano fuerte, varonil y con vitíligo la agarró. Ella ahogó un grito quedándose petrificada con la mirada fija en su captor, que sin lugar a dudas era el homicida. Finalmente la había cazado.

El sargento ordenó a una patrulla de seguridad que acercaran a Faustino a su casa y que, muy discretamente, se quedaran por las cercanías vigilando a Nora. Faustino, además, se había comprometido a continuar con su labor, y también de avisarlos ante cualquier indicio de que algo no fuera cómo debía. Mientras, el equipo de De la Fuente, trabajaba sin descanso sabiendo que estaban muy cerca.

—¡Joder! —soltó de pronto López.

Él echó a correr en busca del sargento. El resto corrió tras él, sospechando que por lo escandaloso que había sido había descubierto algo.

—¡Aún hay familiares! —gritó al entrar en la sala donde estaba De la Fuente visiblemente alterado.

—¿Cómo?

—Dos —puntualizó—. ¡Una cuñada y un sobrino!

—Podría ser lo que buscamos, pero no encaja con lo que nos ha contado Faustino...

—Bueno, todo depende de los años que tenga el sobrino —dijo Posada esperanzada.

—Puede ser. ¿Sabemos cómo se llaman?

—Sí, Dolores y Francisco.

De alguna manera, Nora se las arregló para reaccionar a tiempo y, de nuevo, zafarse de su captor. Dio media vuelta y, sin pensar en nada más que en escapar, echó a correr escaleras arriba para encerrarse en su habitación. Cerró la puerta y accionó el pestillo de seguridad del pomo de bronce antiguo. Se alejó de la puerta avanzando marcha atrás sin perder de vista el cerrojo. Sintió el móvil en su mano, lo miró y pensó en llamar a Paco. Era el único número que tenía memorizado y su acceso era rápido porque lo tenía en favoritos. Pulsó en su nombre sintiendo que era su salvador, pero antes de que él pudiera atender su llamada, el teléfono se apagó. Estaba sin batería.

Desesperada y con la cabeza a punto de estallarle por la tensión, advirtió que no estaba segura. Percibió un repentino vuelco en el corazón seguido de un escalofrío que le erizó el vello de la nuca. El miedo había dejado paso al pánico y las intensas palpitaciones que sentía en algún lugar de su cuerpo, quizá en la cabeza o quizá en el corazón, la dominaban paralizándola hasta el punto de no poder ni tan siquiera gritar: el otro lado del pomo disponía de un agujero por el que, introduciendo algo muy fino, desbloqueaba el seguro. Aquella certeza la ponía a merced del homicida.

Ella se alejó algo más sin despegar los ojos de la puerta. De repente, vio como el seguro comenzaba a girar forzosamente hacia el lado contrario al que ella había dado. La agitada respiración, la presión en la cabeza, el corazón bombeando enloquecido y la garganta con ese dolor tan intenso la tenían medio desmayada. Él entró como un miura. Ella se dio media vuelta para escapar pese a que no había donde ir. Tropezó con la cama y cayó encima de ella. En ese momento el homicida la agarró por el pelo y le tapó la nariz y la boca con algo que la adormeció.

En los escasos segundos que mediaron hasta que quedó profundamente dormida, Nora vio a Eduardo.

Por fin se reuniría con él. Era lo que más deseaba...

Mamá. Mamá, escuchó en la lejanía. Ella sonrió. Estaba feliz, dichosa porque lo veía. Al final de aquel túnel se encontraba Eduardo, llamándola. Él tenía los brazos estirados hacia ella con una sonrisa en sus labios y una mirada en sus inocentes ojos tan dulce, que la colmó de felicidad. Por fin volvía con él, lo tenía sólo a unos pasos. Su dicha era tan grande que las lágrimas que no derramaba desde hacía muchos meses volvían a arrollar por su rostro. Volvía a sentir, volvía a ser tan feliz como lo había sido tiempo atrás, volvía a tener la paz que no lograba alcanzar más que en sus intempestivos baños en la ría de Niembro. La placidez y la serenidad que sentía eran tan profundos, que deseaba que ese momento perdurase una eternidad. Para siempre. Corrió hacia él, dichosa.

Nora, Nora, soy Posada —le dijo una voz lejana.

Pero Nora estaba en un lugar del que no quería volver, del que no quería regresar. No quería despertar.

Él la miraba con una sonrisa tan luminosa y todo su ser emitía una felicidad tal, que le embargaron de nuevo las ganas de llorar emocionada por verlo tan feliz y sentirse tan cerca de él. Lo había echado tanto de menos...

—¡Mamá!

—¡Edu! —le dijo llena de alegría.

—Mamá, tienes que ser feliz, hazlo por mí. No hay nada que desee más.

—Lo seré. Ahora junto a ti ya nada me lo puede impedir.

—Mamá, no puedes venir conmigo. Aún no es el momento...

—Sí, sí lo es. Yo no quiero vivir sin ti. Te necesito —sollozó.

—Y yo a ti mamá. Yo también te necesito, pero aún es pronto para que estemos juntos.

—¡Eduardo!

—Estamos muy cerca el uno del otro. ¿No lo comprendes?

—¡Hijo! —gritó asustada por perderlo.

—Mamá, estoy contigo. Y siempre lo estaré. Siempre. Te quiero.

Ella despertó con lágrimas en los ojos. Posiblemente no había sido más que un sueño. Un sueño maravilloso en el que había tenido la dicha de verlo y de sentirlo muy cerca, había sido tan real...

Nunca sabría la verdad, no sabía si su reencuentro había sido fruto de su imaginación o lo había vivido. Pero lo que sí tenía claro es que Eduardo era feliz, estaba feliz. Y eso era precisamente lo que más deseaba Nora. Él la quería, la quería con toda su alma. Él la había perdonado, si es que había algo que perdonar. Y ahora le tocaba perdonarse a sí misma.

Nora despertó a tiempo de ver cómo De la Fuente, López y Herrera se llevaban esposados a dos hombres. Desconcertada por ver lo que estaba viendo, intentó incorporarse. Pero aún estaba mareada y Posada, que estaba a su lado, la calmó.

—Tranquila —le pidió Posada.

—Pero... ¿por qué arrestáis a Paco? El no...

Paco al ver que ella se había despertado la miró desesperado.

—¡Vaya! ¡Has conseguido que se enamore de ti! Gracias hijo, tú nunca me defraudas. Sabía que podía contar contigo —dijo su «perseguidor» a Paco.

—¡Nora, no es lo que parece!

—Déjala Paco, no es muy lista, no te merece. No ha sido capaz de darse cuenta de

que estaba llamando al menos indicado —dijo carcajeándose.

Ella estaba desconcertada. No se podía creer lo que estaba escuchando. ¡Paco!, ¡implicado! ¡Todo había sido un engaño! ¡Todo!

No se lo podía creer y por más que lo pensaba no era capaz de asimilar que Paco estuviese metido en el meollo. Sin embargo, era cierto. Y en esos momentos se daba cuenta de que había sido una idiota y se había dejado embaucar por él. Todo había sido organizado para que ella cayese en sus redes. Él había accedido a su historial y lo había utilizado en su beneficio. Sabía sus gustos culinarios, el porqué de su desgraciada vida, y hasta su pasión por «El Bolero de Ravel», ¡todo! Y lo había utilizado para enamorarla, seguramente con la intención de tenerla dominada o controlada, y descubrir a tiempo si reconocía al asesino de Clara, es decir, a su padre.

Ella creía que la vida no podía golpearla más de lo que ya lo había hecho, pero aquello la hundió un poquito más. Y las fuerzas que últimamente sacaba de algún rincón de su antiguo ser, desaparecieron junto con Paco.

Había infinidad de cabos sueltos que tenían que amarrar si querían descubrir el entramado de aquella truculenta historia. Pero para ello necesitaban que uno y otro colaborasen con ellos.

De la Fuente pensó en apretarle las tuercas a Antonio amenazándole con lo que le iba a suceder a su hijo. Quizá tocándole la fibra sensible como padre que era, podrían sonsacarle toda la información. Seguro de que esa podía ser una buena estrategia, entró en la sala de interrogatorios.

—Usted y su hijo están metidos en un buen lío —dijo nada más entrar—. Usted ha vivido lo suyo y ya tiene una edad, así que puede que le importe poco. Pero le aseguro que a su hijo lo vamos a acusar del homicidio de Clara y de Alberto, y que no va a ver la luz el resto de sus días.

—¡Él no es culpable! —gritó.

—Pues a mí me parece que sí lo es y lo que usted opine no tiene mucho peso en estos momentos.

—¡Pero es que él no es el que lo ha hecho!, ¡he sido yo! —gritó desesperado.

—Ya, pero resulta que él está metido hasta la médula y posiblemente algo más si no hubiera sido porque nosotros llegamos a tiempo. Es culpable y cómplice como poco.

—¡Pero si él no tiene ni idea! —bramó.

—Es su palabra contra la nuestra, ¿quién cree que va a ganar?

—No pueden culparlo... ¡No hizo nada!

—Yo no lo tengo tan claro, ¿y tú Posada?

—No. Yo más bien creo todo lo contrario.

—Se lo contaré todo, pero tienen que dejarlo en paz. Él no tiene nada que ver —dijo desesperado—. Es médico, trabaja en el Centro Médico de Oviedo y si esto saliera a la luz caería en desgracia. Su vida no ha sido fácil y no se merece que, por un error como el que están cometiendo, todo por lo que ha luchado se vaya al traste. Él no es culpable y nadie puede enterarse de que estuvo encerrado. ¡Nadie! Se lo contaré todo, pero por Dios, déjenlo en paz, tienen que soltarlo... —rogó desesperado.

—¿Por qué? —le preguntó De la Fuente tentando la suerte.

—¡Por qué! ¿Quiere saberlo? —bramó desesperado.

—Sería un buen comienzo...

—¡Por justicia! —contestó pausadamente en cada una de las sílabas—. ¡Y por venganza contra los hermanos Sotiello! —gritó febril con la vena del cuello visiblemente dilatada.

—¡Explíquese!

—Roberto, el hermano mayor de Álvaro, maltrató a su mujer y a su hijo. ¡Y el cobarde de Álvaro lo consentía! ¡No hacía nada por evitarlo!

De la Fuente hiló rápidamente.

—Así que, ¿mató a Clara para vengarse de Álvaro? —preguntó incrédulo.

—Usted no sabe lo que pasó... Así que no me juzgue con esa ligereza... —dijo con una mueca despectiva.

—¿Qué pinta usted en todo esto? —preguntó obviando su comentario.

—Yo lo viví. Viví cómo Roberto vejaba a Dolores, cómo los maltrataba, cómo les pegaba.

—Sigo sin entender que pinta usted en todo esto...

—Antes de que él se casara con Dolores —dijo con desprecio—, yo ya la conocía.

Ella ayudaba a su padre en la farmacia. Siempre se la podía ver rondando por allí...

De pronto pareció como si Antonio se sumergiera en una época muy lejana. Su tono de voz había cambiado y su mirada se mantenía fija pero sin mirar hacia ningún sitio en concreto, como si su cuerpo y su mente se hubieran desplazado a otra dimensión...

—Nunca olvidaré el primer día que me atendió —dijo emocionado— tan dulce y tan risueña... Me trató como nadie en el mundo me había tratado, como si fuera de alta alcurnia. Y sin embargo, yo iba sucio y mal vestido de trabajar en una huerta. Aquel día me enamoré locamente de ella, para siempre. De aquella soñaba con que algún día sería mi mujer. Pero yo era huérfano y tenía muy poco que ofrecerle, así que ni tan siquiera me atreví a mostrarle mis sentimientos. Cuando me enteré de que se casaba con ese malnacido, creí morir. La mujer de mis sueños se iba con otro y yo estaba tan enamorado que la rabia me quemaba las entrañas. Odié mi vida. Odié mis raíces aún sin conocerlas. Odié el orden social que condicionaba que el destino de un

hombre estuviera marcado desde su nacimiento. Yo había nacido pobre y no tenía derecho a nada más que a seguir siéndolo. Y por ello, no podía enamorarme de una mujer que no fuera de mi condición social.

Antonio se detuvo a coger aire, aún sentía el resquemor en su piel.

—Posteriormente —continuó— vino el nacimiento de Paco y eso supuso un golpe aún más duro para mí. Se reirán porque es lo lógico dentro de un matrimonio, pero a pesar que ella... con él... ¡Paco tenía que ser mi hijo, no el de Roberto! —bramó—. Me reproché infinidad de veces mi cobardía, no haber luchado por ella... Durante un tiempo perdí el rumbo, lo que más deseaba en el mundo se había volatizado y poco me importaba lo que fuera de mí. Lo poco que ganaba haciendo míseros trabajos me lo gastaba bebiendo engullido en mi desgracia. Hasta que un día, borracho como una cuba, me enzarqué en una pelea de la que salí muy mal parado. Un hombre al que di pena me recogió de la calle y me cuidó durante mucho tiempo —recordó con nostalgia—. Daba clases en la Escuela de Capataces de Villaviciosa —relató con una sonrisa en los labios al recordarlo—. Él me curó las heridas del cuerpo y del alma, me salvó la vida en todos los sentidos, me enseñó todo lo que sabía, me dio una profesión, un medio de vida, y me devolvió el amor propio que había perdido. A él se lo debo todo —reconoció con devoción.

Cogió aire como si le faltara oxígeno con una profunda bocanada antes de continuar.

—Poco a poco fui asimilando que ella tenía su vida junto a él y que yo no podía hacer nada. Intenté por todos los medios olvidarme de ella, pero me fue imposible. Día tras día seguía pensando en ella, soñando con ella. Era algo que llevaba tan fuertemente arraigado en mi corazón que, no sé cómo ni cuándo, dejó de importarme que estuviera casada, solamente necesitaba estar cerca de ella, a su lado. Fue entonces cuando comencé a fraguar una idea: si no podía tenerla, si no podía ser mía, la vería todos los días. Con eso me bastaba, al menos eso creía —soltó con una mueca ante lo absurdo que le parecía haber conjeturado con aquella idea—. Así que me las apañé para que Roberto me contratara de capataz; era bueno y no lo tenía difícil.

De la Fuente y Posada, permanecían en silencio asimilando el relato de Antonio.

—Solamente quería mantenerme cerca... no soñaba con ser correspondido, ella era de otro. Pero cuando él comenzó a despreciarla y a maltratarla, Dolores necesitó llenar un vacío que se hacía cada vez mayor. Él estaba totalmente absorbido por el llagar, y su mujer y su hijo eran prescindibles. Solamente les prestaba atención cuando quería desahogar su genio o su frustración. Pensaba que le pertenecían igual que le pertenecía el llagar, como si fueran un objeto más de su propiedad —dijo con desprecio—. Dolores necesitaba sentirse amada y descubrió que yo la amaba. Pero entonces llegó el desastre. Él debió de sospechar lo nuestro y eso le volvió loco. No sé qué fue lo que le hizo, ella nunca me lo contó, pero lo que sí sé es que de repente todo cambió. Un día dieron un extraño paseo por el bosque a horas intempestivas. Yo los seguí, pero al poco de adentrarnos en él los perdí. Roberto era muy astuto y cada

poco se daba la vuelta, por lo que tuve que alejarme de ellos para que no sospechara que los seguía —explicó—. Los sonidos en la noche se difunden y se multiplican con una intensidad abrumadora y cualquier ruido se hace eco a kilómetros de distancia. Y yo tenía miedo que me oyese tras ellos. Quise ser tan cauto que los perdí. Regresé a la casona, pero tardaron tanto que llegué a desesperarme. Hasta que al final los vi regresar, casi tres horas más tarde. Aquel día vi el horror en el rostro de Dolores, en su mirada. Algo tremendo había ocurrido, de eso estaba seguro. Yo no sabía qué hacer. Sabía que algo había pasado pero no sabía el qué. Y tenía miedo por Dolores, sufría por ella, su expresión lo decía todo. Durante un rato estuve dándole vueltas a la situación. Cada vez me encendía más hasta el punto de llegar a estallar. La incertidumbre de lo que había pasado me estaba volviendo loco. Así que entré en la casona para enfrentarme a él, no podía dejarlo así. Discutimos y Dolores alertada por los gritos se asomó. Pero hizo como si yo no le importara ni lo más mínimo. Yo sabía que no era cierto, que ella me amaba tanto como yo a ella. O eso creía por el apasionado beso que nos habíamos dado en la mañana. Pero su actitud era otra muy diferente. Aquello me partió el alma.

Roberto me echó de su finca, me echó a la calle, me dejó sin trabajo y me alejó de Dolores —gritó iracundo fijando la vista en De la Fuente—. Y lo peor de todo no era que me hubiese quedado sin trabajo, lo peor era que no podría estar con ella, y eso me quemaba por dentro. Intenté verla en varias ocasiones, pero él la tenía encerrada en la casa, continuamente vigilada y durante mucho tiempo me fue imposible. Hasta que él enfermó y ella ejerció de enfermera para él; hasta ahí puede llegar la bondad de una persona —expresó con tono condescendiente—. Ella acudía regularmente a la farmacia de su padre a por las medicinas que aliviaban sus dolores. Yo me enteré y provoqué un encuentro a escondidas para que ella no pudiera negarse. Entonces pude confirmar que era cierto: ella me amaba tanto como yo a ella. Se lanzó a mis brazos y lloró con amargura. Ese fue su primer instinto, pero estaba rota en mil pedazos y finalmente me rechazó. Las lesiones físicas y psicológicas eran tan severas que había quebrado la barrera del sufrimiento. Lo único por lo que peleaba era por su hijo, porque no siguiera sufriendo los azotes que le propinaba casi a diario. Maltrataba a Dolores y a Paco —detalló—. Les pegaba y Dios sabe que más les hacía. Y yo, que seguía amando a Dolores tan profundamente como el primer día juré que la vengaría. Él le infligía más daño del que nadie nunca se lo hará y juré que ayudaría a que ellos también se vengaran y se quedasen con todo lo que era suyo. ¡Con todo! —gritó.

Antonio necesitó tomar aire de nuevo. Narrar aquellos momentos revivía unos sentimientos de odio tan arraigados en su corazón que se exaltaba continuamente, más de lo que su edad le permitía.

—Las palizas y las violaciones fueron desapareciendo con la enfermedad —retomó—, sobre todo cuando el agotamiento le hizo perder su bravura. A su muerte la casa se quemó, y yo sospecho que no fue de modo fortuito. Paco era un niño de poco más de siete años que odiaba a su padre y todo lo que implicaba su pasado.

Probablemente su deseo porque todo lo que le recordaba a él desapareciera, se hizo realidad. Por eso hoy en día está apuntalada y medio derruida. Su hermano Álvaro tampoco se hizo cargo de ella. Él acusó a su sobrino de haber quemado la casa, de hecho siempre afirmó que lo había visto hacerlo, pero nadie le creyó porque Paco no se despegaba de su madre y ella como buena esposa —dijo con rabia— estaba velando el cuerpo. Aún así él siguió culpándolo y nunca lo perdonó, ni quiso saber nada más de ellos. Pero yo creo que él utilizó ese argumento para quedarse con la herencia. Dolores regresó, junto con su hijo, a la casa de su padre sin nada; en una maleta entraban todas sus pertenencias. Su padre recogió los pedazos que quedaban de ellos, y yo dediqué mucho tiempo a recomponer a Dolores y otro tanto a Paco. Ellos son mi familia. Son mi mujer y mi hijo. Dolores y yo esperamos un año para casarnos porque ella así lo decidió, porque si por mi hubiera sido no hubiera esperado ni un día.

Antonio se detuvo a beber un poco de agua, tenía la boca seca. Tomo aire y continuó. Aún le quedaba mucho por contar...

—Recientemente Dolores fue a visitar a Álvaro —continuó—. Sabe que está muy delicado de salud y, pese a que yo intenté hacerla cambiar de idea, no la convencí. Él le contó que dejaba todos sus bienes a su hija, a Clara. Ninguno sabíamos de la existencia de una hija. Y como supondrán a Dolores le disgustó la maniobra tan cobarde que su cuñado volvía a hacerle para dejar a Paco sin nada. Ni ella ni su hijo habían heredado de Roberto. Y en su momento, no lo querían. Pero con el paso de los años vio las cosas de una manera diferente. Ella decía que al menos después de tanto sufrimiento lo único que podía amortiguar un poco aquellos años, era que Francisco tuviese derecho a su herencia. Ella solamente me dijo: arréglalo por favor. Y yo lo hice. La riqueza de Álvaro no es de él, la generó su hermano, y su hijo tiene derecho a quedarse con todo o al menos con una parte. Sin embargo, esa malnacida que no se supo que existía hasta hace unos días se lo iba a quedar todo...

—Usted fue a buscarla al restaurante ¿no?

—Sí. La engañé. Sabía por Dolores que Álvaro estaba buscando un encuentro con ella. Él le había contado que al enterarse de que estaba muy delicado de salud, ella había accedido a verlo. Organicé un engaño para que ella creyese que el final estaba cerca. Ella aceptó sin más pensando en que si no acudía a la cita a aquellas intempestivas horas probablemente no lo conocería en vida.

—La llevó a su casa y allí la mató. Sabemos que ella no murió ahogada —detalló.

—No, no la maté. La llevé a casa, sí, la metí en el sótano simulando que él la atendería allí y le serví un whisky con burundanga. Dicen de ella que anula la voluntad, pero no inmediatamente. Con ello pretendía que me firmase un documento en el que renunciaba a la herencia, enviárselo a Álvaro en su nombre y que el diera por perdido su último intento. Asunto resuelto.

—Burundanga...

—Sí. Se la di suponiendo que sería prácticamente imposible que ella renunciase

por sí misma. Estamos hablando de mucho dinero y a nadie le amarga un dulce — aclaró—. Mientras hacía efecto la droga, solamente quise hablar con ella, descubrirle quién era el verdadero Álvaro Sotiello, hacerla entrar en razón. Pero ella se puso muy terca, se dio cuenta de que algo raro pasaba y quiso huir. Yo la atrapé, forcejamos y se escapó, pero en su precipitada fuga resbaló y se desnucó. Yo no la maté, fue un accidente.

—Y si fue un accidente como dice. ¿Por qué no aviso a la Guardia Civil? — preguntó Posada.

—Pues porque todo sería muy sospechoso. Nadie me creería, sobre todo cuando saliera a la luz lo de la herencia. Y además, ya le había suministrado la droga.

—Y luego decidió deshacerse del cadáver en la ría —apuntó De la Fuente.

—Sí. Mi error fue no alejarme más de la costa. Pero los años no pasan en balde y las fuerzas empezaron a fallarme, así que decidí dejarla allí convencido de que el mar haría el resto.

—Pero tuvo la mala suerte de que Nora estaba nadando.

—Sí. Ese fue mi problema —dijo agotado.

—E intentó atraparla, pero se escapó.

—Sí.

—Pero supo que era ella, porque usted le metió el troyano que le permitía controlar el ordenador de forma remota, que la convertía en su «esclava» como se dice en la jerga ¿no?

—Eso es.

—¿Y cómo es que una persona de su edad domina la informática de esa manera como para meter un troyano en el ordenador de Clara?

—Me crié en la calle. No tengo familia además de Dolores y de Paco. Y mis compañías no siempre fueron las más recomendables. Pero no le voy a decir el nombre de quién me ha enseñado. Eso no es parte del acuerdo.

—De eso hablaremos más tarde...

—Como quiera, pero no voy a cambiar de opinión.

—¿Cómo supo que se trataba de Nora? —preguntó De la Fuente retomando el tema.

—Obviamente llevé a Clara en coche hasta la playa. Así que cuando acabé con ella, regresé a mi casa igualmente en coche, tardé escasos minutos. Eran cerca de las cuatro de la mañana y ni tan siquiera me metí en la cama, me quedé pensando en cómo se había truncado mi plan. Y de repente, en la casa que lindaba por la parte de abajo con la mía, se encendió la luz del salón y al cabo de un rato la de una de las habitaciones. Estaba claro que alguien acababa de entrar en casa, así que viendo la hora que era y teniendo en cuenta la alta probabilidad de que quién estuviera dándose un baño a esas horas fuera un vecino, sospeché inmediatamente de ella. Por eso le puse el troyano y por eso engañé a Paco para que se hiciera amigo de ella.

—Por lo que Paco sí que es cómplice...

—No. Ni mucho menos —respondió seguro de sí mismo—. A él lo convencí para que entablara amistad con Nora y la convenciera de que cortase el seto que cierra su finca. Nos impide la vista de la ría, y aunque era una patraña, tenía consistencia. Le dije que su madre lamentaba no ver la ensenada y disfrutar de ese paraje inigualable. Él adora a su madre y haría lo que fuera por ella. Así que no me puso ninguna pega. Era una artimaña para que él estuviera cerca y me contase todo lo que ella le dijese. Sospechaba de ella, pero no estaba seguro al cien por cien. Si Paco estaba con ella podía confirmar si era ella o no. Entre nosotros hay mucha confianza y apostaría mi vida a que él me hubiese comentado cualquier cosa que ella le hubiese contado.

—¿Cómo podemos estar seguros de que no lo está encubriendo, de que no nos está mintiendo?

—Paco no estaba en Niembro. El martes a primera hora regresó de unas vacaciones en Cerdeña, pero aún le quedaban unos días y como su madre estaba muy afectada por su conversación con Álvaro, yo lo llamé para proponerle que se quedara unos días con nosotros. Ella siempre se anima cuando viene a vernos, revive. Él llegó a Santander en el vuelo del martes por la mañana. Lo puede comprobar.

—Descuide. Lo haremos. Es decir, que usted nos asegura que Paco no sabía nada...

—No. Nada en absoluto. Él únicamente hacía el paripé de quedar con ella para contentar a su madre.

—¿Y lo de Alberto? ¿También fue un accidente?

—Tuve la mala suerte de que Alberto estuviera allí, en el puerto, esperando a que Clara saliese. Él había echado mano a la caja y ella lo había pillado, así que lo despidió. Según me contó, estaba esperando a que ella saliese del restaurante para disculparse con ella. Al ver que ella se subía a mi coche, nos siguió y llegó hasta mi casa. La aparición de Clara muerta en el mar corrió como la pólvora por todo el municipio. Él no tardó en darse cuenta de lo que había pasado. Así que me amenazó con contarle todo si no conseguía que mi hijo tratara a su madre sin costes de ningún tipo.

—La madre de Alberto necesitaba un tratamiento contra el cáncer ¿verdad? —dijo Posada recordando el aspecto enfermizo de aquella señora.

—Sí. Un tratamiento pionero muy caro y que desarrollan muy pocos centros hospitalarios. Él robaba dinero a Clara para pagarle un tratamiento a su madre en el IMOMA, en el Centro Médico de Oviedo, donde ejerce Paco —aclaró—. Estuve a punto de hacerlo, de hablar con mi hijo y convencerlo para que lo hiciera. Y conociendo a Paco, si yo se lo hubiera pedido seguro que lo hubiera hecho. Pero para él era un verdadero compromiso. Él no puede llegar así como así y tratar a alguien sin que haya un seguro médico por detrás o se pague la factura correspondiente. Yo no quería darle ese problema, ni tampoco podía pagar el importe del tratamiento sin levantar sospechas. No quería que Dolores se enterara —explicó—. Además, no me fiaba de Alberto y tenía miedo a que después vinieran más chantajes.

—Y entonces decidió matarlo...

—Era mi única salida. Era él o yo.

—Continúe.

—Quedé con él en vernos en Póo, cerca de la iglesia, un sitio lo suficientemente apartado y además cerca de un paso a nivel alejado que me parecía apropiado. Noté su reticencia, pero aceptó. Tenía que haber hecho caso a su instinto, pero, por suerte, no lo hizo. Cuando llegué, él ya estaba. Fui en su busca y la verdad es que estaba bastante borracho, así que me lo puso fácil. Yo también llevaba whisky en abundancia, nos subimos a mi coche y le ofrecí un trago. Volví a utilizar la burundanga mezclada en el alcohol. Esperé a que le hiciera efecto y lo llevé al paso a nivel. El final, ya saben cuál fue.

El capitán puso al tanto del arresto a la juez Carolina y respondió a todas sus preguntas algo desganado. Había deseado regresar a su rutina, finalizar con aquel caso, pero ese había sido un momento de flojedad. Y ahora, odiaba que hubiese llegado ese momento, porque eso suponía que ya no tenía excusa para sus llamadas y reuniones. La única satisfacción que le quedaba, es que ella lo había felicitado por un trabajo excelente, según sus palabras. Ella, en cierta medida, también sentía algo que no sabría describir. A la postre, se había acostumbrado a que él estuviese pendiente de ella. Y hasta podía ser que lo echara de menos...

Naves se sentía tan bajo que no tenía el ánimo necesario para enfrentarse a los medios. Pero era una de sus obligaciones y tenía que hacerlo.

De la Fuente, había insistido fervientemente en la importancia de esa tarea con ganas de quitarse de encima a los periodistas que se agolpaban en la recepción, pero sobre todo a Lara. Esa mujer escribía unos artículos concienzudos y contrastados, pero sus ganas de venganza con Posada, la llevaban a extralimitarse en sus métodos. Además, estaba convencido de que era de ese tipo de mujer que nunca enterraba el hacha de guerra. Y prefería tenerla bien lejos.

El capitán Naves ofreció la rueda de prensa para los medios en las instalaciones del cuartel a media tarde. Cuando vio aparecer a Carolina por entre el público, todos sus pesares desaparecieron.

Al finalizar estaba henchido por cómo se había desarrollado. Había tenido uno de esos días lucidos, uno de esos en los que las palabras fluían de su boca con un dominio de la situación tal que, hasta él mismo se quedó impresionado.

Carolina se marchó antes de que él pudiera hablar con ella. Pero él, que era capaz de ver las cosas desde un prisma especial, estaba satisfecho. Eso le daba la excusa perfecta para contactar una vez más con ella.

Había pasado el día entero y no había tenido ni un solo minuto de tranquilidad

para hablar con Posada. Y en aquel momento, después de comunicar a su comandante la resolución del caso, aclararle los detalles y dar por finalizada la investigación, reproducía las últimas horas con ella.

Posada se había despedido de él, mientras hablaba con su jefe. Con los labios le había dicho «agotada. Me voy». Y se había ido. Mientras se masajeaba inconscientemente la barbilla, rumiaba esa actitud inusual en ella por dos cosas: por la interrupción y porque decidiera marcharse por muy cansada que estuviera. Permaneció meditando durante un tiempo, hasta que se decidió: tenía que hablar con ella. Cerró el ordenador, recogió sus cosas y se fue.

Al poco, estaba en su portal. Recordaba con afecto el día en que cambió de ruta y en lugar de dirigirse al directamente a la inauguración del hotel de Póo fue a buscarla a su casa. Se sonrió al darse cuenta de que era la segunda vez que en poco tiempo estaba en la misma situación.

Subió las escaleras de dos en dos y delante de su puerta, soltó una bocanada antes de timbrar.

Ella no esperaba a nadie. Acudió a la puerta desganada, esperando que se tratara de algún vendedor. Pero era él. Su corazón rebotó contra su pecho como la primera vez que se sintió locamente enamorada de él, como cuando experimentó como el roce de su mano erizaba su vello.

Ambos quedaron mirándose un buen rato. Él con una mano apoyada en el marco de la puerta y esa mirada atrevida que la devoraba. Ella embelesándolo con la dulzura de su rostro.

—¿Puedo pasar? —preguntó prudente.

—Por supuesto —sonrió tímidamente haciéndose a un lado.

Él pasó, pero seguidamente se giró y la arrinconó contra la puerta. Ambos se miraban a los ojos ávidos por el deseo explotando en sus cuerpos, con sus rostros muy cerca el uno del otro. Durante un rato la tensión que soportaron fue enloquecedora, pero ninguno se movía. El corazón de Posada aceleraba sus pulsaciones y el de él no se quedaba a la zaga.

Él flexionó su cuerpo para abarcar el de ella, pero antes de llegar a besarla se detuvo. Ella enloqueció al oler su cuerpo. Él la sentía tan cerca, rozándose tan intensamente...

—Te quiero.

—¿Cómo? —dijo ella petrificada.

—Te quiero con toda mi alma y no puedo vivir sin ti. Me tienes desquiciado. En la vida había sentido esto por una mujer. No sabes lo que me ha costado frenar mi deseo durante estos días. Ha sido un placentero calvario, porque el no tenerte hizo que me cuerpo sintiera como nunca ha sentido. Pero si tengo que seguir así mucho tiempo más, voy a chiflar. Quiero contar lo nuestro a los cuatro vientos y que todos se enteren de que estamos juntos. Y no tener que escondernos para mostrar nuestra relación. Te quiero y ahora que todo ha finalizado, ya no resisto estar sin ti. Quiero

explorar y besar cada rincón de tu cuerpo.

—¿Pero? ¿Si yo te oído esta mañana cómo quedabas con tu ex? —dijo desconcertada.

—¡Ah! ¿Sí? Así que andas espiándome ¿no? —dijo con una mirada maliciosa... —. Por eso tu cambio de actitud... Ahora lo entiendo... Sí. He quedado con ella —le dijo acercándose más—. Le voy a pedir el divorcio. Te quiero a ti. No a ella.

Ella lo miró emocionada. Había soñado con escuchar aquellas palabras y le parecía imposible que hubiese llegado el momento y de que aquello fuese verdad.

Él retiró suavemente el tirante derecho de su bonita camisola. Después el izquierdo. Acarició sus hombros desnudos, y disfrutó viendo como la tela revoloteaba hasta el suelo. Con la respiración agitada, ella introdujo sus manos por debajo de su camiseta y tras disfrutar del tacto de su piel, se la quitó. El roce de sus pieles los excitó aún más. Él cogió su rostro entre sus manos y la besó, jugueteando con sus labios, sintiendo como su corazón reventaba de pasión. Se desnudaron mutuamente y dieron rienda suelta al deseo que se respiraba por todos los poros de la piel hasta el amanecer...

Posada y De la Fuente, dedicaron parte de su descanso a visitar a Pablo y a Nora. Aunque no podían contarles todos los detalles, sí querían aclararles algunos puntos de su investigación que, por otro lado, les afectaba directamente. Durante todo el viernes habían tenido una actividad febril sin un minuto de descanso, confirmando todos los pormenores de la declaración de Antonio, con el papeleo e infinidad de llamadas para dejarlo todo zanjado. Pero en aquel momento, con el caso resuelto, ambos estaban de acuerdo en que se lo debían.

Su primer encuentro fue con Pablo. Nico también estaba presente, por lo que tras explicarles el entramado del caso, entre ellos se abrió un puente de esperanza. El sosiego que ambos sintieron al saber que Clara no tenía un amante había facilitado que hubiera un poco más de comprensión. Los dos tuvieron que hacer un esfuerzo por entender a la otra parte. Pablo, dándose cuenta de que la actitud de su hijo obedecía a la creencia de que su madre los había abandonado. Y aceptando que él tiene una edad en la que va necesitando más libertad, más poder de decisión dentro de unos límites que, con el tiempo, tendría que ir incrementando. Y Nico, entendiendo que su padre no era el culpable de todo lo malo que les ocurriese y que ni la rebeldía, ni los desplantes era un medio de comunicación apropiado.

Profundizaron algo más en el descubrimiento de la adopción de Clara. De la Fuente buscó las palabras más adecuadas de que fue capaz cuando entró en esta complicada cuestión. Sobre todo, porque había un abuelo que deseaba fervientemente conocer a su nieto y formar parte de su vida.

—Eso es imposible —respondió Pablo.

—No. No lo es. Lo hemos verificado todo y él está dispuesto a hacerse la prueba

de paternidad.

—Y, ¿qué se supone que tenemos que hacer ahora?

—Él está ansioso por recibir una llamada suya. En el pasado cometió muchos errores, y lo reconoce. Ahora quiere hacer lo que esté en su mano por rectificar.

Pablo miró a Nico como primera muestra del cambio que tenía que reinar en su vida a partir de ese día. Él asintió con la cabeza.

—Bien. Lo llamaré.

—Este es su número —dijo Posada entregándole un *post-it*.

—¿Y qué va a hacer con el restaurante? —preguntó De la Fuente.

—No quiero que desaparezca, se lo debo a ella. Así que intentaré llegar a un acuerdo con Ángel ofreciéndole una parte del negocio. Él es perfecto para gestionarlo. Y Laila podría ser una encargada ejemplar. He quedado con ellos esta tarde.

—Es una buena noticia Pablo —contestó Posada—. Sería una lástima que no continuara la excelente tarea de Clara.

—Sí. Ella se lo merece.

Se despidieron de ellos y mientras se acercaban a por el coche donde lo tenían aparcado, Javier pasó el brazo por los hombros de Julia y la acercó a él dándole un cariñoso beso en la boca.

Nora los esperaba sentada en el porche, mirando al cementerio.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó Posada con su dulce voz.

—Bien. Gracias —contestó algo melancólica.

—Tanto el sargento como yo creímos conveniente explicarle, extraoficialmente, lo sucedido. Yo personalmente considero que es importante conocer el porqué de las cosas...

—Estoy intrigada, lo reconozco —respondió sincera. Ella los miró con ganas de saber y ellos no se hicieron de rogar.

—Pero antes de nada, queremos agradecerle su colaboración. Ha sido muy valiente —comentó De la Fuente.

—No sabe cuánto les agradezco que hayan llegado a tiempo...

—Después de que su vecino nos contara su historia, una patrulla de seguridad se encargó de traerlo de vuelta a Barro y de quedarse por los alrededores de su casa para protegerla. Ellos fueron los que nos alertaron de que algo extraño pasaba. Vieron entrar a Paco bastante alarmado y no les pareció normal. Y nosotros acabábamos de descubrir la relación de Paco con Clara.

—¿Y ya saben lo que le ocurrió a esa pobre mujer? —preguntó curiosa.

—Clara murió accidentalmente al intentar escapar de Antonio, él no la mató. La drogó para manipularla a su antojo, y ella en su huída se dio un mortífero golpe en la cabeza. Pero sí fue el que se deshizo del cuerpo pensando en que era su única salida. A él fue al que vio en la ensenada y el que la persiguió.

Ella los miró sorprendida.

—En cambio sí mató a Alberto —continuó Posada—. Estaba desesperado por ocultar su error con Clara y eso le llevó a tomar una mala decisión. En cualquier caso —continuó— nada de lo que sucedió tenía que implicarla. Simplemente usted se encontraba en el lugar equivocado.

—¿Y por qué la quiso matar? —preguntó curiosa.

—Porque ella era la heredera de una fortuna y él quería que esa fortuna fuese para su hijastro, para Paco.

—¿Paco?

—Sí. Paco. Pero él no tuvo nada que ver en todo esto —dijo entornando los ojos.

—Ya... se lo agradezco... La confianza es algo que se gana con mayor o menor dificultad, pero una vez que se pierde es difícil recuperarla —respondió pesada pero muy segura de lo que decía.

—Lo comprendo. Sólo se lo comento porque me parece justo que lo sepa.

—¿Qué le va a pasar a Antonio?

—Habrá que esperar al juicio, pero ha confesado, así que es fácil deducir cómo va a acabar esta historia —contestó el sargento.

—¿Y a su madre? —preguntó haciendo clara referencia a Dolores.

—En principio no hemos visto implicación alguna.

—¿Y su tío? Álvaro se llamaba ¿no?

—Pues es curioso. Parece ser que en cuánto se enteró de la detención de Antonio, se puso en contacto con Dolores. Ha reconocido que Paco tiene derecho a la herencia, al menos la legítima. Le ha propuesto llegar a un acuerdo para repartirla entre Paco y Nico, su nieto. Personalmente creo que, en parte, se siente culpable de la muerte de Clara, pero también de no haber parado los pies a su hermano cuando maltrataba a su cuñada y a su sobrino. Un poco tarde para tomar la decisión correcta —dejó caer el sargento— pero al menos ha rectificado.

—No creo que Paco tuviera ninguna dificultad en recibir lo que le corresponde como hijo de Roberto —aclaró Posada—, pero es mejor así.

Después de pasar un buen rato, Posada y De la Fuente se despidieron de Nora. En su expresión quisieron observar un atisbo de luz, de paz...

Ella los acompañó hasta el portón de entrada. Faustino, su vecino, también salía en ese momento. Ambos se saludaron amigablemente. Después del duro momento que habían vivido, Nora había pensado en visitarlo para disculparse con él. Pero al conocer de boca de Posada y De la Fuente las verdaderas intenciones de Faustino, decidió dar un paso más allá.

—Si usted pone el pescado yo lo cocino. ¿Le apetece?

Él afirmó con un gesto, convencido de que no volvería con las manos vacías. Una sonrisa afloró a su rostro. También al de Nora.

El sonido del despertador la sobresaltó. Sonriendo, aunque extrañada, alargó la mano para detener el soniquete. Durante un buen rato, se quedó mirando para los números que brillaban en la oscuridad de la habitación. Eran las ocho de la mañana. Apoyada sobre los codos pensativa, asimiló que por fin había dormido toda la noche. Se estiró satisfecha y rebosante de felicidad y, con esa sonrisa que desde hacía unos días aparecía cada vez más en sus labios, se levantó y se dirigió hacia la ventana para abrir la contra y disfrutar del amanecer.

El otoño había llegado con bastante retraso, pero al fin había llegado. Nora admiró embelesada la espectacular acuarela del cielo en la que, los tonos dorados de los perezosos rayos del sol se entremezclaban juguetones por entre las plumizas nubes, que se esparcían por el firmamento. Esa amalgama contrastaba con la naturaleza anaranjada de los bosques, que se alzaban al otro lado de la ría. El mágico reflejo en el agua de la Iglesia de Nuestra Señora de los Dolores y su cementerio, junto con aquel colorido cielo dibujaba una postal que bien podría ser una de las siete maravillas del mundo.

Su impaciencia por adentrarse en aquella estampa y por visitar a su hijo como hacía todos los días desde que ella se había perdonado, la apresuró. Aquel día era especial. Era 15 de octubre, su cumpleaños. Y con el único con el que le apetecía estar era con Eduardo. Y con Zac, por supuesto.

Se vistió a toda prisa una camiseta, unos vaqueros y una chaqueta. Se calzó los playeros y bajó las escaleras de su acogedora casa asturiana. Se tomó un desayuno más ligero que otros días ansiosa por caminar hasta el cementerio. Cogió una bolsa con utensilios de limpieza que siempre llevaba para que su morada estuviera impecable, y salió de casa con Zac meneando la cola alegremente. Mientras avanzaba por la carretera disfrutando del paisaje, respiraba profundamente saciándose del olor a mar que tanto apreciaba. Al llegar, subió ágilmente las escaleras, bordeó la iglesia por el lado derecho y se paró ante la lápida de Eduardo.

Con suma tranquilidad, sacó los utensilios y productos de limpieza que llevaba, se agachó sobre su tumba y se dispuso a limpiarla con dedicación. No tenía prisa.

Al cabo de un rato, percibió unas pisadas, pero continuó a lo suyo sin preocuparse de quién pudiera estar.

—Nora —escuchó por detrás.

Ella quedó paralizada. Aquella voz... Pero no podía ser —se decía meneando la cabeza de un lado a otro.

—Nora —volvió a escuchar un poco más alto.

Ella sintió como un escalofrío recorría su cuerpo, pero no se movió, no se atrevía. Tenía miedo de lo que le esperaba.

Una mano se apoyó en su hombro.

Ella se giró muy lentamente con los ojos desorbitados y una expresión de pavor reflejada en su cara.

Fue poco a poco recorriendo con su mirada el cuerpo que estaba de pie a su lado

hasta que llegó al rostro que correspondía con la voz. Nora se quedó mirando fijamente sus ojos, aquellos ojos azules que tanto había amado. Ella se levantó y permaneció mirándolo lo que pareció una eternidad.

Su mente desenterró miles de recuerdos.

—Mamá —dijo una voz tímida que asomó por detrás.

Ella la miró y en un impulso irrefrenable, corrió hacia la voz y se abrazó a ella. Las lágrimas, silenciosas, anegaron sus rostros.

—¡Isabel! —clamó desbordada por la emoción.

Ambas se mantuvieron abrazadas estrechándose sin poder soltarse como si pretendieran recuperar los minutos, las horas, los días y los meses perdidos, como si tuvieran miedo de despertar de un sueño y perderse de nuevo.

Nora, que había permanecido con los ojos cerrados, los abrió mientras continuaba apretada contra Isabel y por entre las gotas que se arremolinaban impidiéndole ver con claridad, lo vio a él. A Paco.

Isabel pasó el día con su madre. Jose lo había aceptado como primer paso hacia la renovación de las relaciones familiares. Ellos no podrían volver donde lo habían dejado. El daño que se habían hecho era demasiado profundo y a consecuencia su relación irreparable. Pero a partir de ese momento Isabel podría pasar tanto tiempo como quisiera con su madre. Jose reconocía que su hija la echaba de menos e Isabel le estaba eternamente agradecida por su comprensión. Los catorce son una edad muy complicada y necesitaba simplemente saber que ella estaba ahí para cuando la necesitase.

Paco se había dedicado a localizarlos en cuerpo y alma. Quería el perdón de Nora porque la amaba profundamente. La única forma que encontró de demostrarle su amor y de intentar que ella volviese a confiar en él, era reconciliarla con su familia, pese al miedo de que ella quisiese volver a Oviedo y reiniciar una vida junto a ellos. Pero para Nora eso era imposible. Ella quería estar con Eduardo. Y además estaba enamorada de Paco...



ANA ZARAUZA nació en Oviedo. Finalizados sus estudios de Ciencias Empresariales en la Universidad de Oviedo, desarrolló su carrera profesional en consultoría de calidad. Posteriormente se especializó en el sector turístico, llegando a gerenciar la delegación en Asturias del Instituto para la Calidad Turística Española. Actualmente, es la Directora de la Escuela de Hostelería Principado de Asturias. «Algo que ocultar» es su primera novela, a la que sigue «El silencio de Nora».